

Clifford R. Shaw
(en colaboración con Maurice E. Moore)

**La historia natural
de una carrera delincencial**

Traducción de Sonia Muñoz

archivos del Índice
Cali

Clifford R. Shaw

Edición original:

The Natural History of a Delinquent Career (1931)

Primera edición, 2020

© de la traducción S. Muñoz, 2020

© proyecto editorial archivos del Índice, 2020

e-mail: archivosdelindice@yahoo.com

<http://www.archivosdelindice.com>

Introducción

Creo que él [Shaw] estaba en su mejor momento cuando entrevistaba a delincuentes juveniles de quienes conseguía «la historia completa» muy rápidamente y sin ninguna coacción. Con los delincuentes nunca he estado seguro de si él se unía a ellos o ellos se unían a él. De todos modos, muchos jóvenes infractores produjeron historias de vida para él, algunas de las cuales fueron publicadas¹.

I

Apenas despuntando el siglo veinte, un niño de una comunidad campesina en Indiana entró en una herrería. Al observar que su propietario estaba de espaldas, el chico decidió tomar unos cuantos clavos de uno de los barriles que contenían cientos de ellos. El dueño del negocio, al darse la vuelta y percatarse de la presencia del pequeño, le dio un caluroso saludo. Pero al avergonzado niño, justo cuando hacía el intento de escapar de allí, se le fueron cayendo del bolsillo los clavos robados. El propietario los recogió, y sin reprenderlo le preguntó: “bueno, Clifford, ¿qué ibas a hacer con estos clavos?” El chico respondió con timidez: “iba a construir un camión...” Entonces el buen hombre le propuso: “pues hagámoslo juntos”². Años después, el sociólogo

¹ Palabras de Henry D. McKay citadas por Jon Snodgrass en “Clifford R. Shaw y Henry D. McKay: Chicago Criminologists”, *The British Journal of Criminology*, vol. 16, No. 1, January 1976, p. 8.

² En el artículo del profesor de sociología Jon Snodgrass se ofrece una versión un poco distinta de la ocasión: el dueño del taller habría tomado al niño de los pies, lo habría puesto boca-abajo y sacudido hasta que los clavos robados

estadounidense Clifford R. Shaw (1895-1957) aduciría que este incidente –que más de una vez mencionaría en público con cierto afecto para ilustrar las inocentes fechorías de su niñez– había sido decisivo en la formación de la perspectiva que sustentaría el trabajo de su vida.

Pero tal vez haya que desconfiarse del motivo o de la serie de motivos que nos damos con la quizás inconsciente aspiración de contar con un relato de nuestra vida que parezca tener *un sentido*. Como si ese sentido –de cuya búsqueda dan fe tantísimos escritos autobiográficos– pudiese perfilarse gracias a la intervención de un vínculo conductor entre un acontecimiento temprano, que el narrador convierte en anécdota primordial, y aquellos que se han ido ensartando durante el transcurrir de una carrera o de toda una vida. En una narración biográfica esta suerte de efecto auto esclarecedor o explicativo no se conseguiría solo, como tantas veces se ha dicho, mediante la concatenación cronológica de unos hechos en la que los más tempranos dan paso, es decir, parecieran ser causa de los siguientes, sino también, como en el caso sobre el que escribimos aquí, acudiendo al recuerdo de un hecho que jugaría el papel de explicación plausible de lo que somos o de lo que hemos hecho a lo largo del tiempo. Como si dijéramos: “sí, fue aquello que pasó cuando tenía siete años lo que, en el fondo, me ha incitado a seguir este camino”.

Y aunque durante nuestras pesquisas sobre la carrera y obra de Shaw se recuerda en varias ocasiones la anécdota infantil con la que nosotros mismos encabezamos esta presentación, nos resistimos a tratar de continuar con la secuencia que ella insinúa y vamos a dejarla olvidada durante un momento: por eso, en lugar de ofrecer aquí un expediente temporal que destaque algunos *hitos* de su carrera *de principio a fin* para ayudarle a imaginar a quien nos lea quién fue esta persona y cuál fue la sociología que practicó³, preferimos que lo atisbe siguiendo el camino

fueron cayendo al suelo. Sea como fuere, en esta reminiscencia el adulto y el niño también se juntan para construir un camión de juguete. Ver a Jon Snodgrass, op. cit, p. 2.

³ De todas formas, una mínima nota informativa, como la que sigue, podría motivar a la persona interesada a profundizar en la obra de Shaw –algo que nosotros no hacemos aquí–: Snodgrass, por ejemplo, comenta que los estudios sobre la delincuencia juvenil que se llevaron a cabo bajo la dirección de Shaw durante las décadas de los años 1930 y 1940 en el Institute for Juvenile Research

que abre una única pero no simple cuestión: ¿qué tipo de autoría ejerció el autor de *The Natural History of a Delinquent Career*? Nuestra íntima convivencia de más un año con esta obra –leyéndola, traduciéndola, discutiéndola– nos permite hacer algunas conjeturas.

II

De los seis estudios que aparecen reseñados en la última página del volumen que hemos traducido, y todos ellos apoyados por la University of Chicago Press y el Behavior Research Fund⁴, tres tienen como autor a Clifford R. Shaw: *Delinquency Areas*, del año 1929, *The Jack Roller*, de 1930, y *The Natural History of a Delinquent Career*, de 1931, sobre el que se ofrece la breve descripción siguiente:

Este estudio vuelve real el contraste entre un acto delictivo según se informa en la prensa y el mismo evento descrito en la historia de vida de un joven. Éste muestra el efecto de una vida familiar desorganizada, la asociación con pandillas y las condiciones del vecindario sobre los comienzos y evolución de una carrera delincencial.

Cuando sale a la luz *The Natural History of a Delinquent Career* Shaw tiene 36 años, y si nos limitásemos a considerar tan solo la escueta información recién mencionada, podríamos suponer que en aquel momento él es ya un autor que lleva cierto tiempo estudiando la delincuencia. Pero lo que no se puede deducir de ésta es que desde 1919, y al tiempo que iniciaba sus estudios de doctorado en sociología en la Universidad de Chicago, Shaw vivía en un *settlement* localizado en una

en Chicago fueron considerados en aquel entonces como contribuciones importantes al pensamiento criminológico. Snodgrass también apunta que esas aportaciones podrían agruparse en tres grandes áreas: “(a) la colección de autobiografías de delincuentes juveniles, (b) la investigación sobre la distribución geográfica de delincuentes y (c) la creación de un programa de prevención de la delincuencia conocido como el Chicago Area Project (CAP)”. Snodgrass, op. cit., p. 1. Sobre el Chicago Area Project hacemos una breve mención más adelante.

⁴ Sobre el Behavior Research Fund, ver nuestra nota 10.

empobrecida zona no distante del centro de esa ciudad y en su mayor parte habitada por inmigrantes del este de Europa⁵.

Pero, claro, en Chicago Shaw estaba en otra orilla: pues desde 1921 y prosiguiendo a la vez sus estudios de doctorado (los que concluye, sin doctorarse, en 1924), había trabajado primero como oficial de libertad condicional (parole officer) en la Illinois State Training School for Boys⁶ y, entre 1924 y 1926, en la Cook County Juvenile Court. En palabras de Shaw, sus tareas en la institución correccional comprendían “(...) las labores usuales para la investigación de casos previa a la libertad condicional, visitas a familias, encontrar empleos para personas en libertad condicional, etc. Yo era el responsable de un promedio de 75 personas en libertad condicional”. En su empleo en la corte del Condado de Cook, las actividades de Shaw “(...) incluían la investigación de casos, la preparación de peticiones y otros documentos legales, las visitas a hogares, las presentaciones de casos en la corte, etc. Este trabajo se desplegaba en toda la ciudad y me puso en contacto con las distintas agencias que ofrecían servicios a los niños. Mi experiencia en la corte del Condado de Cook fue valiosa porque me puso en contacto con cientos de delincuentes y familiaridad con los detalles del procedimiento de la

⁵ Según Thomas A. Jaconetty y Nicole A Jaconetty, autores de *An Historical Perspective of the Juvenile Court Movement in Chicago (1890-1930) and its Impact and Continuing Social and Legal Implications*, en la década de 1880 habrían migrado hacia los Estados Unidos unas 5.200.000 personas, en su mayoría polacas, eslavas, italianas, húngaras y yiddish. Desde 1880 hasta 1920 esa inmigración ascendería a más de 23.500.000 personas. Asimismo, la ciudad de Chicago habría más que doblado su población en la sola década de 1880 a 1890; en ese año de 1890 cerca de tres cuartos de sus 1.099.000 habitantes o habían nacido en el extranjero o uno de sus padres lo había hecho. Ver el artículo citado en: <https://jmls.uic.edu/restorative-justice/pdf/juvenile-court-movement.pdf>.

⁶ En 1904, en aplicación de una ley expedida en 1899 y con el apoyo del Estado de Illinois y de donantes influyentes, se abrieron las instalaciones campestres del Illinois State Home for Delinquent Boys, la primera institución de detención para jóvenes delincuentes del Estado (en 1905 pasaría a llamarse la St. Charles School for Boys y en 1939 la Illinois State Training School for Boys). En sus inicios, esta escuela, que favorecía un régimen disciplinario militar, llegó a albergar entre 750 a 950 chicos. El joven protagonista de la historia de vida que podrá leerse más adelante, había estado también recluido en St. Charles.

corte”⁷. Este joven de origen campesino se había vuelto a encontrar con el mundo delictivo, pero ahora en el corazón mismo de la criminalidad urbana.

Los años veinte del siglo XX en Chicago habrían sido entonces para Shaw años seminales⁸: su experiencia como oficial de libertad condicional le habría permitido formular hipótesis sociológicas y recoger información para sus publicaciones posteriores, las historias de vida que salieron a la luz más tarde provendrían de delincuentes que conoció durante este período, el programa de acción que impulsaría en los años treinta habría emergido de dichas teorías e historias de vida⁹. Puede entonces suponerse que *The Natural History of a Delinquent Career* y, por supuesto, *The Jack-Roller*, venían fraguándose antes de que Shaw fuese nombrado director del naciente Departamento de Sociología del Institute for Juvenile Research en 1926¹⁰.

⁷ Estas dos citas, que provienen de una solicitud de subvención que había remitido Shaw, son recogidas por James Bennett en su libro *Oral History and Delinquency. The Rhetoric of Criminology*, University of Chicago Press, 1981, Chicago, pp. 165-166. Se advertirá que para esta presentación acudimos sin cesar al estudio de Bennett: inteligente, exhaustivo, y de un rigor excepcional. Durante su escritura, Bennett tuvo acceso, entre otros documentos, a las numerosas historias de vida de delincuentes juveniles que todavía reposan en los archivos del Institute for Juvenile Research.

⁸ Según lo atestiguan las distintas opiniones recogidas por Bennett, op. cit., p. 166.

⁹ “Probablemente Shaw empezó a reunir historias de vida de delincuentes juveniles desde el año temprano de 1921. De 1926 a principios de 1940 (especialmente de 1929 a 1933), si la documentación que queda es representativa, Shaw y sus colegas del Institute for Juvenile Research coleccionaron cientos de historias de vida de delincuentes en libertad condicional, de delincuentes adultos (algunos de los cuales eran «delincuentes profesionales»), y de otra gente, como parientes de delincuentes”. Bennett, op. cit., p. 277.

¹⁰ El antiguo Juvenile Psychopathic Institute de Chicago, en cuya fundación en 1909 participó el médico psiquiatra inglés William Healy, pasó a llamarse Institute for Juvenile Research en 1917. Este Instituto implementó la primera clínica de orientación para el niño y el segundo programa de formación psicológica de la nación. También fue pionero en la formación de siquiátras infantiles. Para financiar sus proyectos, el Instituto contó con fondos privados y

III

Como veremos enseguida, *The Natural History of a Delinquent Career* es una suerte de compilación de textos de desigual extensión y diversa procedencia que enmarcan la historia de vida de Sidney, un joven delincuente¹¹, el escrito más extenso de todos. Recordar el lugar que dichos textos ocupan en este volumen quizás nos ayude a divisar otro aspecto del cometido de Shaw como autor declarado de esta obra.

Luego de su página inicial, en la que aparecen el título del libro y el nombre y cargo del autor y de su colaborador¹², encontramos:

gubernamentales. Como decíamos, en 1926 Shaw fue nombrado Director del Departamento de Sociología del Instituto, en el que se llevarían a cabo labores de investigación sobre la delincuencia y la criminalidad así como el estudio, tratamiento y supervisión de niños problemáticos y/o en libertad condicional. Esta nueva división se pudo crear cuando "(...) los Amigos del Institute for Juvenile Research, un grupo de ciudadanos privados, se reunieron en 1924 para recaudar fondos para crear el Behavior Research Fund; este fondo permitiría que el personal del Institute for Juvenile Research realizara labores de investigación, con grandes volúmenes de trabajo proveniente de la corte de menores, y que hubiera sido imposible hacerlas en otra parte. (...) Ernest Burgess, que iba a convertirse en el director en funciones del fondo en 1929 (para ayudar a hacer una fusión con la Universidad de Chicago, que fracasó), convenció al director del Institute for Juvenile Research y al Behavior Research Fund para que se incluyese un Departamento de Sociología en el nuevo acuerdo de investigación. Sin duda Burgess también recomendó a Clifford R. Shaw para que fuese el jefe del departamento". Bennett, op.cit., p. 166. Es probable que Shaw, antes o después de vincularse al Instituto, hubiese conocido el trabajo pionero del Dr. Healy: su insistencia en conocer el punto de vista del niño delincuente al que trataba, en escuchar su *propia historia*, o sus argumentos sobre la causalidad múltiple de la delincuencia.

¹¹ Bennett, op. cit., p. 5, se percata de la dificultad de utilizar la noción de "joven delincuente", cuya historia de vida podría ayudar a deshacer la apariencia monolítica del epíteto y a descubrir continuidades en las experiencias de delincuentes y no delincuentes.

¹² Maurice E. Moore, colaborador de Shaw en este estudio, es presentado en la primera página del libro como "asistente de sociología"; allí también se dice que Moore fue antes un joven trabajador en la Juvenile Protective Association, asociación de protección del menor, fundada en 1901 por Jane Addams y sus

Prólogo, de Rodney H. Brandon, Director del Departamento de Bienestar Público del Estado de Illinois (páginas vii-ix del original).

Prefacio del editor, del profesor E. W. Burgess (páginas xi-xii).

Prefacio del autor, de Clifford R. Shaw (páginas xiii-xiv).

Índice

Capítulo I, Apodado un “retrasado”, cuyo propósito sería doble: primero, presentar una serie de fragmentos de prensa en los que se “condena” al delincuente; y, segundo, transcribir el “registro oficial de arrestos y encierros” de Sidney, el chico protagonista de la historia de vida que se publica más adelante (páginas 1-12).

Capítulo II, Un área de delincuencia, hace una descripción de la “zona de delincuencia” en que transcurrió la infancia y adolescencia de Sidney, con un mapa de la zona anexo (páginas 13-25).

Capítulo III, Compañeros de delincuencia: aquí se presentan los registros oficiales de los delitos y arrestos de los integrantes de las diferentes pandillas a las que perteneció Sidney (páginas 26-41).

Capítulo IV, Trasfondo familiar: aquí puede leerse la transcripción de algunos extractos de los registros de una agencia social sobre la situación del padre y la madre de Sidney, así como las declaraciones del padre y la madre del chico sobre su vida familiar (páginas 42-50).

Capítulos V, VI, VII, VIII, IX, XI: Transcripción de la historia de vida de Sidney (páginas 53-223).

Cap. XII, Sumario e interpretación tentativa de factores sociales: aquí el autor describe aquellos factores implicados en el “origen y desarrollo de las actitudes y comportamiento delictivos de Sidney” (páginas 224-234).

Discusión, del profesor E.W. Burgess, en torno al tipo de delito perpetrado, a la personalidad de Sidney, a la validez científica de las historias de vida, a la formación de la personalidad del delincuente, a sus probabilidades de reformarse o al posible mérito de la historia de vida (páginas 235-254).

Discusión, de Mary M. Bartelme, Jueza de la Corte de Menores del Condado de Cook, en la que critica el modo en que algunas instituciones (familiar,

colegas. Es probable que Shaw hubiese conocido allí a Moore; lo es menos el que Moore fuera uno de los tantos jóvenes en libertad condicional que solían encontrar trabajo en las oficinas del Institute for Juvenile Research bajo el amparo de Shaw y sus colegas.

escolar, correccionales, de justicia) asumen los actos delictivos cometidos por niños y jóvenes (páginas 255-260).

Apéndice I, Breve sumario de resultados médicos. Escueta descripción del resultado de dos exámenes clínicos que se le hicieron a Sidney en su primera infancia y después de ser encarcelado (páginas 261-262).

Apéndice II, transcripción de extractos de la historia de vida de Gerard, el chico cómplice de Sidney en los actos de atraco a mano armada y violación por los que fueron condenados a prisión (páginas 263-280)¹³.

La anterior esquematización del orden que siguió la composición de *The Natural History of a Delinquent Career* no solo nos permite observar mejor su arquitectura –doce delgadas secciones que envuelven, antecediéndola o prosiguiéndola, una gruesa pieza central, la historia de vida de un joven infractor–, sino que nos incita a imaginar el trabajo extra-textual, íbamos a decir social, implicado en la producción de este libro¹⁴. Porque Shaw, en vez de limitarse a dar a conocer, con la introducción de rigor, la historia de vida de un menor conflictivo, quiso que se oyeran también las voces de dos funcionarios destacados del Estado de Illinois (un director del departamento de bienestar social y una importante jueza de la corte de menores¹⁵) que estuvieron

¹³ Algunos de nuestros comentarios siguientes sobre el modo en que fue recogida la historia de vida de Sidney podrían aplicarse a la de Gerard, que aparece al final de este libro, pero sobre la que, dado el énfasis que privilegia esta presentación, no hacemos referencia particular alguna.

¹⁴ Las tres historias de vida publicadas por Shaw siguen la misma pauta que describimos aquí: una historia de vida que es objeto de sendos comentarios antes y al final de la misma. Eso lo corrobora Bennett: “De las tres historias de vida publicadas por Shaw en forma de libro, 389 páginas corresponden a comentarios y 454 páginas a escritura autobiográfica”. Cf. Bennett, *op. cit.*, p. 190.

¹⁵ Mary M. Bartelme (Chicago, 1866-1954), reformista social, jueza y primera Guardiana Pública del Condado de Cook, dedicó casi toda su vida a la reforma de las leyes del menor y al bienestar de los niños, especialmente de las niñas. Como se advierte en la siguiente cita, esa labor habría dejado una honda impronta: “Ella es la gigante, la persona que eclipsa a todas las otras en el movimiento de la Corte del Menor de Chicago. Se ha dicho que ella y Jane

dispuestos a defender, como se desprende de sus respectivos artículos, una forma, novedosa para la época, de comprender la delincuencia. Los argumentos de Ernest Burgess¹⁶ y Shaw que se plasman en este libro, y en armonía con lo expuesto por dichos funcionarios en lo que atañe al delinquir del menor, habrían sido también discutidos en las propias aulas de la Universidad de Chicago: tales argumentos, que podían afiliarse a teorías de sociólogos respetados¹⁷, ayudarían a controvertir la representación convencional del delincuente que hacía la prensa, y de la que Shaw nos presenta en este libro unos fragmentos, o que compartiría el “gran público”.

El otro pequeño conjunto de textos que compila *The Natural History of a Delinquent Career* –el expediente médico de Sidney¹⁸, los fragmentos de las entrevistas realizadas a sus padres, el historial delictivo del menor y de otros integrantes de pandillas– habría podido sumarse al libro gracias a los vínculos que Shaw había mantenido, y que en su cargo en el Institute for Juvenile Research conservaría todavía, con trabajadores sociales, agencias de ayuda social o la corte de menores. Y, por supuesto, se hallaría su tarea de encontrar a un chico con las capacidades expresivas de Sidney y de motivarlo a contar su historia, cuestión de la que hablaremos en breve.

Los diferentes artículos y voces que recopila este volumen favorecerían entonces la realización de un fin central: ilustrar o mostrar las diferentes dimensiones sociales implicadas en la creación de un

Addams son las dos mujeres más famosas en América”. Ver a Thomas A. Jaconetty y Nicole A Jaconetty, op. cit.

¹⁶ Ernest W. Burgess (1886-1996) fue, junto a Robert E. Park, uno de los más destacados miembros de la llamada Escuela de Chicago de Sociología. Aunque conocido sobre todo por sus trabajos de sociología urbana, también realizó investigaciones sobre la delincuencia.

¹⁷ Según Bennett, “En general, la originalidad de Shaw radicó en su aplicación de conceptos de otros sociólogos al estudio de la delincuencia de una manera completa y concentrada sin precedentes”. Bennett, op. cit., p. 185.

¹⁸ Incluir en este volumen las transcripciones del historial médico del niño protagonista de esta historia de vida, en el que se le atribuye una “inteligencia superior”, operaría como una prueba *científica* que vendría a controvertir aquella idea, que perviviría todavía en los años 1930, de que un delincuente suele ser un deficiente mental.

delincuente, utilizando para ello un documento personal como su pieza más rotunda. Bennett podría tener razón cuando califica las historias de vida de Shaw como un *predispositional device*, esto es, como un artefacto persuasivo. Al quererse ilustrar o mostrar una carrera delincencial se apelaría de inmediato a una audiencia: ¿ilustrarle o mostrarle a quién?, se pregunta Bennett: “Las historias de vida de Shaw tenían tres audiencias: los sociólogos profesionales, el gran público, y un grupo que comprendía a trabajadores sociales, reformadores, voluntarios en organizaciones comunitarias, a estudiantes de sociología, etcétera –esto es, a personas con un interés no tan condensado como el de sociólogos y tampoco tan amorfo como el del público en general, pero suficientemente interesadas en comprar un libro sobre este tema y estar abiertas a una visión y esquema de interpretación más o menos original”¹⁹. Un esfuerzo que quisiera allanar el camino o, si se quiere, convencer de la necesidad de prevenir la delincuencia con otros métodos y por fuera de las entidades existentes.

Y, en efecto, en el año de 1932, un año después de la publicación de *The Natural History of a Delinquent Career*, se crea el Chicago Area Project, o CAP: un programa experimental orientado a prevenir la delincuencia que se implementaría en tres áreas de bajos ingresos de Chicago. El CAP procuraba que fuesen los propios residentes de cada vecindario, y no un

¹⁹ El número de ejemplares vendidos de dos de sus historias de vida son quizás un buen indicio –aunque, por supuesto, no el único– del interés que estos estudios suscitaron en distintos momentos: *The Jack-Roller* se publicó por primera vez en 1930 y se reimprimió en 1938. En 1949 el libro se había agotado con un registro de ventas de 2.606 ejemplares; 733 copias habían sido distribuidas de manera gratuita. El primero fue el mejor año de ventas de este libro, con 699 copias vendidas; de allí en adelante el número de ventas fue de unos 150 ejemplares al año, aunque después de 1939 éstas cayeron a unas 75 copias. A febrero de 1981, la edición de 1966 en rústica de *The Jack-Roller* alcanzó las 23.000 copias vendidas. En cuanto a *The Natural History of a Delinquent Career*, su primera edición se agotó en 1935 y se reimprimió en 1938. Hasta 1948 se habían vendido unas 1.425 copias, mientras que unas 586 habían sido distribuidas de manera gratuita. Su reedición de 1966 se agotó 10 años después, con un registro de ventas de unos 2.165 ejemplares. De una nueva edición en rústica, que salió en 1976, se habían vendido, a junio de 1978, 102 copias. Ver a Bennett, op. cit., pp. 316-317.

profesional externo, quienes asumieran esta tarea. Por eso la acción del *indigenous worker*, o trabajador nativo, sería central para el programa: “Shaw trataba de reclutar como organizadores de la comunidad a personas que habían crecido y vivían en la comunidad a la que eran asignadas. Esto se hacía para atraer al proceso a los habitantes reales del mundo del delincuente o del delincuente potencial. Es decir, los trabajadores nativos eran personas cuyas historias de vida, si las hubiesen escrito (casi ninguno lo hizo), hubieran revelado un mundo social similar al de las historias de vida que Shaw recogía de los delincuentes. El hecho de creer que los propios habitantes eran capaces de encontrar vías para su propio mejoramiento era sin lugar a dudas, en aquella época, una idea bastante revolucionaria”²⁰.

IV

Hemos visto que el grueso de la obra que nos ocupa –unas ciento setenta páginas del original en inglés– lo compone la propia historia de un muchacho delincuente: ¿sobra acaso preguntarse quién es el verdadero autor de dicha historia? ¿Shaw no ha debido jugar en ella el forzoso papel de autor *by proxy*, de autor por delegación, puesto que fue ese joven, a quien Shaw bautizara como Sidney²¹, quien realmente la escribió? Dos razones, quizás las más sobresalientes, nos impiden responder de modo concluyente: la primera tendría que ver con las condiciones en que se habría producido la historia de vida del

²⁰ Bennett, op. cit., p. 174.

²¹ Digresión: una persona puntillosa señalaría que la letra S mayúscula del apellido Shaw se trasladó a la primera letra del nombre que Shaw le asignó a dos de los protagonistas de sus historias de vida publicadas: Stanley, Sidney. Esa persona añadiría que Shaw estaba obligado a hurtarles sus verdaderos nombres, pero que lo hizo dándoles una parte del suyo. Existieron otras donaciones, quizás menos insustanciales que la recién mencionada: los réditos de las ventas de *The Jack-Roller* se entregaron a Stanley, su narrador; Sidney, a quien leeremos enseguida, se convertiría al salir de la prisión en asistente de un criminólogo (¿gracias a la recomendación de Shaw?); algunos de los chicos que visitaban el Institute for Juvenile Research recibían a veces dinero para dulces o pequeños préstamos que nunca se devolvían.

muchacho; la segunda, con las huellas de la presencia de Shaw que se advierten a lo largo de todo el relato de Sidney.

Bennett nos recuerda que para los investigadores del Institute for Juvenile Research la entrevista personal solía ser su manera predilecta de recoger las historias de vida. Cuando ellas se allegaban en las mismas oficinas del Instituto –instalaciones que en aquella época visitaba todo tipo de personajes: desde chicos de los vecindarios del West Side de Chicago hasta jóvenes en libertad condicional, desde familiares de los menores hasta hombres de dudosa reputación–, se acudiría a veces a un estenógrafo oculto o al recurso de una grabadora (un dispositivo al que se acudiría después de los años treinta). El registro se transcribía y después se editaba para obtener una historia continua. Un ejemplo más de cuán intervenidas fueron esas historias. ¿Pero no lo es por fuerza cualquier narración que se entrega a pedido de un oyente que la recoge, transcribe y *ajusta* para sus propios fines?

Otras historias de vida, como la que convoca nuestra atención en estas páginas, se obtuvieron mediante un procedimiento distinto, seguramente más largo y pausado: motivando al muchacho a escribir su historia. Ahora bien, ¿cómo se llevaba a cabo este proceso? A partir de una entrevista inicial con el joven, se hacía una enumeración de los problemas de conducta que había tenido, de sus fechorías, arrestos, encierros o comparecencias ante el tribunal. Esta lista se ordenaba cronológicamente y se la devolvía al chico para que la usara como una guía en la escritura de su relato²², por lo que sería la fecha del calendario el hilo conductor de la historia²³. Al joven narrador también se lo instruía

²² Burgess, en el “Prefacio del Editor” que se podrá leer más adelante, aduce cómo los investigadores del Institute for Juvenile Research evitaban las preguntas-guía, que podrían influenciar al narrador de su historia, y que, además, ellos trataban de confirmar la veracidad de los eventos narrados mediante entrevistas adicionales (a padres, a miembros de pandillas, a directores de escuela, etc.).

²³ De modo tal vez contradictorio, en la historia de vida de Sidney (tal vez buscando proteger así la identidad del muchacho y la de las distintas personas que se nombran en la misma) los eventos narrados, salvo en un par de ocasiones, no se rubrican con fecha alguna: una ausencia que le imprimiría un cierto carácter atemporal a toda la narración. El silencio de los distintos comentaristas de esta obra sobre el tiempo histórico en que sucedieron tales

para que tratara de hacer “(...) una descripción completa y detallada de dicha experiencia, la situación en que ocurrió y la impresión que le causó. Si el primer ensayo era exiguo, y solía serlo, y Shaw pensaba que podía conseguir un relato más detallado, se animaba al escritor para que elaborase un poco más”. En otros momentos se socorría al joven tomando ejemplos de lo que él ya había escrito.

En alguna ocasión –en este mismo texto que hemos traducido o en el estudio de Bennett que tantas veces citamos– nos hemos encontrado con dos versiones, casi idénticas, de algunos fragmentos del relato de Sidney. Entonces, en efecto, al joven se lo motivaría a veces para que reescribiese ciertos pasajes de su historia: asumimos que serían aquellos que, para Shaw, debieran ser más detallados, o más explícitos, o más convincentes. Había también sucesos que se omitían, incluso con el concurso de Shaw: Bennett cuenta, por ejemplo, que Stanley, el protagonista de la historia de vida de *The Jack-Roller* y amigo de Shaw, se solía entrevistar con éste en las oficinas del Institute for Juvenile Research o en la propia residencia del investigador: la rememoración de ciertos eventos ocurridos durante el encierro de Stanley en prisión los hacía carcajearse a los dos; pero esos momentos jocosos no hacían parte de la historia escrita de Stanley.

No parece arriesgado sugerir que el procedimiento anterior anticipa ya un tipo preciso de relato: una historia cuyos eventos se despliegan en un tiempo que encadena progresivamente los hechos, con un protagonista que al nacer es arrojado a un rudo mundo, que él no creó, y que paulatinamente sucumbe ante la fuerza de las circunstancias²⁴.

eventos contribuiría a afirmar ese carácter. Una falta que nosotros mismos, en esta presentación, tampoco corregimos.

²⁴ Aunque en las numerosas historias de vida que Shaw acopió se reiteraría monótonamente esta secuencia de caída, él no deja de preguntarse en *The Natural History of a Delinquent Career* por qué el hermano de Sidney fue en cambio un joven ejemplar. En otras palabras: ¿cómo explicarse el que una misma situación social *desorganizada* no invite invariablemente a la delincuencia? Shaw, pero sobre todo Burgess, ofrecen en este libro algunas respuestas provisionales a esta compleja cuestión, que estaría además detrás del estudio posterior de Shaw y Henry D. McKay sobre la historia de vida de cinco hermanos. Ver a Clifford R. Shaw y Henry D. McKay en *Brothers in Crime*, University of Chicago Press, Chicago, 1938. McKay (South Dakota, 1899-1980),

Tampoco sería aventurado aducir que el relato que estamos a punto de leer tiene al mismo tiempo un cierto carácter realista y ficcional: porque, por un lado, se ajustaría a las convenciones narrativas de algunos géneros populares en aquella época –como fueron, por ejemplo, las *verdaderas confesiones*, en primera persona, de personajes del bajo mundo que se publicaban en revistas populares–y con los que tanto Shaw como el chico estarían familiarizados²⁵. Y porque, más importante todavía, la historia de la vida del chico se compuso como si *fuese o tuviese* una trama que un editor acucioso (¿Shaw?) habría dispuesto en episodios debidamente titulados, queriendo tal vez así convertirla en un relato más atractivo para sus audiencias. La propia vida como una trama compuesta por saltos de un acto delictivo al siguiente y que por tanto excluye cualquier pasaje o hecho disonante que altere esa carrera²⁶.

también investigador del Institute for Juvenile Research, llevó a cabo varios estudios en compañía de Shaw. Para profundizar en la carrera de McKay, Snodgrass, op. cit., ofrece algunas pistas.

²⁵ Bennett recuerda cómo en la ciudad de Chicago, y desde finales del siglo diecinueve, empezaron a florecer el reportaje periodístico naturalista y las autobiografías. Él además imagina afinidades entre la nueva arquitectura que se alzó en la ciudad de Chicago a principios del siglo veinte, que usaba profusamente el cristal en ventanales y corredores, y que, por tanto, pareciera difuminar las fronteras entre el interior y la calle, y el gusto por la lectura del *documento personal*, que exponiendo aspectos recónditos de personajes marginales generalmente, azuzaba y complacía la curiosidad del anónimo ojo lector. Cf. Bennett, op. cit., p. 151-152. Roger A. Salerno, en “Clifford Shaw and the Jack-Roller” en *Sociology Noir. Studies at the University of Chicago in Loneliness, Marginality and Deviance, 1915-1935*, McFarland and Company, North Carolina, 2007, pp. 143-158, también aborda, entre otras, esta cuestión.

²⁶ Se advertirá que no por azar Shaw evita interrumpir con sus propios comentarios el fluir que quiere darle a esta historia de vida y opta por dejarlos consignados en notas a pie de página. Shaw también se olvida pronto de seguir poniendo en cursivas –como originalmente había dicho que haría– aquellas frases del relato de Sidney sobre las que quería llamar la atención.

V

Shaw nos dice que Sidney, a quien conocía desde hacía seis años, comenzó a escribir su relato durante su tercer año de reclusión en una prisión estatal, luego de haber sido encontrado culpable de los delitos de violación y asalto a mano armada. El chico fue enviado a la cárcel cuando estaba a punto de cumplir diecisiete años, por lo que tendría unos veinte cuando empezó a escribir la historia que estamos a punto de leer. ¿No resulta sorprendente que Sidney, quien persistentemente eludía ir a la escuela y no parecía haber cultivado el hábito de escribir, haya sin embargo redactado esta larga historia?²⁷ Aduzcamos por ahora que para él su situación de encierro en prisión, es decir, la abrupta ruptura con su vida anterior, la contracción de su espacio vital, su soledad, los castigos, las horas de inactividad así como la agotadora rutina del penal, lo predispondría a recordar, a reflexionar, a observar y a escribir²⁸. ¿Pero basta este supuesto entorno *favorecedor* de la prisión para explicarnos la disposición de Sidney a escribir su historia? ¿No lo habría empujado a hacerlo un estímulo mayor? ¿Y no sería éste, como se tendería a pensar de inmediato, el que su historia o, mejor, el que la publicación de su historia, sirviera a los intereses de Sidney, a una hipotética revisión de su caso y una disminución de sus años de pena?²⁹

Bennett por su parte apunta que, aparte de otras posibles motivaciones, “Los intereses más fuertes de los chicos cuyas historias aparecieron en los libros de Shaw parecen haber sido el orgullo de participar en una empresa importante y la esperanza de hacer algo de

²⁷ Aunque no ha de olvidarse que se nos ha reiterado que Sidney poseía una inteligencia sobresaliente, que había aprendido a leer en yiddish sin dificultad y que pasaba largas horas leyendo en prisión.

²⁸ Nos abstenemos de citar las innumerables obras, algunas sobresalientes y no solo autobiográficas, que se han gestado en una prisión.

²⁹ Burgess, en la última parte de este volumen, desestima esa suposición. No obstante, adviértase que a Stanley, el protagonista de *The Jack-Roller*, le fue otorgada su libertad condicional después de la publicación de su historia de vida, la más “exitosa” en términos de ventas y citaciones bibliográficas de todas aquellas publicadas por Shaw o por Shaw y McKay

ellos mismos”³⁰. Shaw sabía escuchar y sabía ganarse la confianza de los muchachos, por lo que en la conversación entre el adulto y el joven, en esas sesiones, seguramente terapéuticas³¹, de preguntas y respuestas, de sugerencias, de ensayar a escribir, de borrones y reescritura, Shaw, incitándoles a escribir su historia, reconocería a los jóvenes como *personas*, una condición que las instituciones formales de entonces, y que Shaw conocía muy bien, les había negado: ¿no había que tratar al niño delincuente de Chicago como fue tratado décadas atrás el ladronzuelo Clifford por el dueño de aquella herrería en Indiana?

Es muy probable que durante el periodo de escritura de la historia de vida de Sidney la relación que ya existía entre este muchacho y Shaw se hubiese estrechado. Tanto que en su escrito –y ello a pesar de las maniobras editoriales que habría sufrido– se pueden leer, aquí y allá, frases que recuerdan la confidencia epistolar:

Sabes que siempre sentí pena por ellos. Quizás sea porque su mente es equilibrada y saben hacer algo mejor que haber hecho lo que hicieron, lo que su sangre les pedía. Por favor no me malinterpretes. Sé que lo que hicieron fue algo terrible.

Sabes yo sentí una sensación rara en mi columna vertebral cuando cogimos el dinero del viejo y cuando obtuve cinco dólares como mi parte.

Tú sabes y yo sé que nadie puede realmente beneficiar a un prisionero sino él mismo.

³⁰ Bennett, op. cit., p. 280. Aunque el mismo Bennett perspicazmente se pregunta si los libros de Shaw tendrían en mente al grupo de muchachos narradores como una posible audiencia lectora. Sea como fuere, Sidney se permitió fantasear en ser él mismo un autor: ¿no quería escribir una novela sobre unos famosos delincuentes?

³¹ Conversaciones terapéuticas quizás también para Shaw: Bennett insinúa que a través de las historias de vida de los muchachos delincuentes –en las que las penalidades que sufrían como internos en los centros correccionales ocupan sendas páginas de sus relatos– se canalizaría la propia rabia que sentía Shaw frente al funcionamiento de esos establecimientos.

¿Sobredimensionamos el peso de esas frases si aducimos que Sidney, al redactar su historia, volvía y elaboraba sobre lo que ya había hablado con Shaw porque era Shaw, quien parecía conocerlo tan bien, el principal destinatario de su historia? ¿No escribiría Sidney por y para Shaw?

*archivos del Índice
Cali, julio de 2020*

THE NATURAL HISTORY
of a
DELINQUENT CAREER

CLIFFORD R. SHAW

*Research Sociologist and Head of the Department of Research
Sociology, Institute for Juvenile Research and
Behavior Research Fund*

IN COLLABORATION WITH

MAURICE E. MOORE

*Assistant in Sociology, Institute for Juvenile Research
Formerly Boys' Worker, Juvenile Protective Association*



THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS
CHICAGO · ILLINOIS

CLEVELAND COLLEGE
LIBRARY

PRÓLOGO
UNA DECLARACIÓN DEL DIRECTOR DEL
DEPARTAMENTO DE BIENESTAR PÚBLICO,
ESTADO DE ILLINOIS

La lectura concienzuda de este segundo volumen de estudios de caso, publicado bajo la supervisión de Clifford R. Shaw, me ha convencido de que estos estudios son de un gran valor. En el primer volumen, *The Jack-Roller* [el asaltante³²], tuvimos el ejemplo de una rehabilitación reconstrucción, bien a través del tratamiento social o de la madurez. Aquí, en *The Natural History of a Delinquent Career* [la historia natural de una carrera delincencial], tenemos la historia de un fracaso, con, por supuesto, la posibilidad de que el sujeto del caso haya adoptado una actitud social favorable pero no haya tenido la oportunidad de expresarla dada su presente condición de encarcelamiento.

Considero este caso, *La historia natural de una carrera delincencial*, como completamente típico. Creo sinceramente que en este momento la gran mayoría de los hombres en prisión en Illinois son solo ligeras variantes de las experiencias sociales del sujeto de este estudio de caso. El fracaso total de la iglesia y el relativo fracaso tanto del hogar como de la escuela privan a este muchacho de comprender adecuadamente la diferencia entre el bien y el mal. Es una historia lamentable porque me resulta claro que consciente o inconscientemente este chico anhelaba todo el tiempo ser bueno. “El único modo en que pude haber dejado de hacer esto era que se me enseñara cómo hacer otra cosa así de interesante”. Esta es la señal de la tragedia, y esa enunciación suya se acopla casi en el mismo aliento con “Deseaba conocer algunas otras cosas para hacer”. Como dije antes, lo increíble para mí es que tengamos

³² *Jack-roller*: en la jerga de la época era quien asaltaba a borrachos o a personas que yacían dormidas en la calle.

Clifford R. Shaw

tan pocos delincuentes considerando el hecho de que tantísimos chicos son las víctimas del fracaso del hogar, la iglesia, y la escuela y tienen tan pocas oportunidades reales de desarrollo en el camino correcto.

Me interesaba mucho leer lo que Sidney tenía que decir sobre la vida en la institución en la que está encarcelado, y le pedí al Sr. John R. Cranor, superintendente de una de nuestras instituciones penales estatales, que leyera esos capítulos y me diera su respuesta. Sigue la carta del Superintendente Cranor.

4 de marzo de 1931

*Honorable Rodney H. Brandon
Director de Bienestar Público
Springfield, Illinois*

QUERIDO SEÑOR BRANDON: He leído las galeradas de *La historia natural de una carrera delincencial*, compilada por los señores Shaw y Moore. Esta es una historia vívida del desarrollo natural de un muchacho desamparado a través de grados ascendentes de delitos en una carrera delincencial. Opino que la mayor parte de la historia es cierta, aunque los estudiosos que lean este libro deben tener constantemente en cuenta que la actitud del individuo está alterada, y que la expresión de su opinión debe ser aceptada como el producto de dicha mente.

Estuve particularmente interesado en el capítulo sobre el "Encarcelamiento" en el que este chico describe el tratamiento de los prisioneros en una institución penal. Se notará que sus citas más importantes se refieren a administraciones pasadas y que señala que una nueva administración está tratando de consolidar un programa constructivo. Estoy seguro de que si este joven fuera un recluso de mi institución, yo acogería personalmente su crítica, en tanto es política nuestra mantener tales relaciones con nuestros reclusos que ellos puedan saber que su bienestar está continuamente en nuestras mentes. Opino que esto es verdad respecto de todas las instituciones de nuestro grupo penal.

No hay duda de que este libro tiene una misión. Estamos realizando un verdadero servicio al ponerlo en marcha en su camino hacia un gran número de estudiosos de los problemas sociales. Si cumple su función creando una mentalidad social que dé lugar a un estado social que vuelva prácticamente

imposible para los niños padecer la misma experiencia que este joven ha tenido, éste habrá cumplido su propósito.

Muy atentamente,

JOHN R. CRANOR
Superintendente General

Quienes lean *La historia natural de una carrera delincencial* (espero que sea un buen número) se darán cuenta de que la defensa de la sociedad contra ese fracaso radica en el reforzamiento de los servicios prestados a la infancia por el hogar, la iglesia, y la escuela. La iglesia y la escuela deben llevar a cabo un servicio de formación del carácter más comprensivo para el niño de la familia inadecuada o del hogar roto. En algún lugar en nuestra estructura social debe existir el fichero de todos los ciudadanos potenciales de la próxima generación. Alguien debe considerar que estos niños y niñas tienen tanta importancia que debe ser tarea de alguna autoridad velar para que cada uno de ellos reciba de la casa, la iglesia o de la escuela el conocimiento de las cosas que los convertirán en sus años adultos en sujetos que cooperan en la sociedad en vez de delincuentes. Siempre me ha parecido que si tomamos la educación obligatoria con el espíritu en que se crearon las asambleas generales en Estados Unidos y llegamos a entender que aquel principio significa que el estado ha de velar para que cada niño tenga una educación, estaríamos en el camino correcto.

No estoy pasando por alto, de manera alguna, los numerosos esfuerzos realizados por el Compulsory Education Department [departamento de educación obligatoria] de las escuelas de Chicago en el caso de Sidney, pero sin importar cuántos fueron, el hecho es que sus esfuerzos no tuvieron éxito.

Cuando encuentro a menos de ciento setenta y cinco graduados de la escuela secundaria entre los más de diez mil hombres que están en las prisiones de Illinois el 1 de enero de 1931, empiezo a darme cuenta de que un diploma de la escuela secundaria es prácticamente una inmunidad a la prisión, y que una civilización inteligente debería acudir y prestar un par de billones del costo de la delincuencia de 1940 para gastarlo en 1931, haciendo que la educación pública sea no solo obligatoria sino plenamente inclusiva, para que cada niño, nacido en

Clifford R. Shaw

Estados Unidos de América, tuviera el beneficio de una orientación adecuada y que hubiera dinero suficiente para que alguien pudiera asegurarse de que fuera eficaz en cada caso. Espero que la lectura concienzuda de *La historia natural de una carrera delincencial* servirá para despertar el interés del público en un auténtico programa para la educación adecuada del niño y la prevención de la delincuencia.

RODNEY H. BRANDON

Springfield, Illinois

1 de marzo, 1931

PREFACIO DEL EDITOR

El registro de la historia de vida es un instrumento relativamente nuevo para el estudio del comportamiento humano. Debería como tal emplearse con plena conciencia de sus beneficios, limitaciones, y posibles defectos.

Nadie cuestionará el valor de la historia de vida como un documento humano cuando se escribe libremente y con franqueza. Ella introduce al lector en la experiencia interior de otros hombres, hombres en apariencia muy diferentes de sí mismo: delincuentes, vagos, y otros aventureros. A través de la historia de vida él se familiariza con aquellas personas alejadas de la rutina protegida de su propia existencia, de la misma manera íntima en que se conoce a sí mismo o a un amigo. Ya que vive, durante un momento, sus carreras, y participa en sus recuerdos y errores, aspiraciones y fracasos, se da cuenta de la semejanza básica de todos los seres humanos a pesar de las diferencias, reales como son, de dotación biológica y experiencia social.

Concediendo que la historia de vida posee este valor humano único, ¿cuál, si tiene alguna, es su función como instrumento de la investigación científica? ¿Está diciendo la verdad el autor del documento? ¿No está influenciado, consciente o inconscientemente, por la concepción que tiene de su audiencia? ¿Acaso alguien conoce suficientemente bien las causas de su propia conducta como para que a su declaración, tan sincera como pueda ser, se le otorgue plena credibilidad?

Estas y otras preguntas deben enfrentarse directamente antes de que se tome alguna decisión definitiva sobre los méritos de la historia de vida como instrumento de la investigación científica. Aquí no se intentará dar una respuesta. Aunque sí debe llamarse la atención sobre el cuidado y el juicio empleados en la obtención y verificación de los documentos contenidos en este volumen y en las otras historias de vida

que se preparan para esta serie. Primero que todo, a la persona se le pide que escriba la historia de su experiencia, a su manera, sin ser influenciada por una serie de preguntas-guía detalladas. Los eventos de la historia son luego comprobados gracias a entrevistas con padres, hermanos y hermanas, amigos, compañeros de pandilla, maestros y directores de escuela, oficiales de libertad condicional y trabajadores sociales. Se obtienen registros oficiales y los recuentos de las fechorías se cotejan con informes escritos.

Finalmente, se ha tenido en cuenta que es peligroso aventurarse en generalizaciones basadas en los datos de unos pocos estudios de caso. Por esa razón el Señor Shaw y sus colegas están ahora comprometidos en la tarea de obtener un número considerable de historias de vida de carreras delictivas. La comparación y el análisis de una colección suficientemente grande de estos documentos deberían arrojar luz sobre la validez de su uso en la investigación científica del comportamiento humano.

E. W. BURGESS

PREFACIO DEL AUTOR

Este volumen es el segundo de una serie de estudios de caso detallados que se publican como parte del programa de investigación sociológica del Institute for Juvenile Research and Behavior Research Fund [instituto para la investigación juvenil y fondo de investigación del comportamiento]. Cada caso incluido en la serie ha sido seleccionado con el fin de arrojar luz sobre algún aspecto particular del problema de la delincuencia juvenil o para ilustrar el uso de un método especial en el análisis y tratamiento de casos.

El primer caso de la serie, *The Jack-Roller: A Delinquent Boy's Own Story* [el asaltante: la propia historia de un muchacho delincuente], se publicó como una ilustración concreta del valor que puede tener el material compuesto por la "propia historia" en el análisis y tratamiento de casos de delincuencia juvenil.

La historia de caso que se presenta en este volumen es la de un hombre joven reincidente que fue condenado a una institución penal estatal pocos meses antes de que cumpliera diecisiete años, después de haber estado implicado en una serie de delitos violentos que incluía el robo a mano armada y la violación. Mientras el propósito principal del volumen es el de mostrar que los hábitos, actitudes y filosofía de la vida que subyacen a estos actos delictivos han sido construidos gradualmente a través de las experiencias sociales sucesivas del agresor durante un período de años, el material de la historia de caso también revela la reacción emocional del público ante estos delitos violentos, así como el proceso legal implicado en la decisión final del caso.

El contacto del autor con el sujeto de este estudio de caso se prolongó durante un período de seis años. Durante este lapso, los materiales para la historia de caso se recolectaron de los registros de agencias sociales, tribunales, clínicas de comportamiento, instituciones correccionales, de entrevistas con amigos y parientes del sujeto, así como de una serie de

entrevistas personales con él mismo. Es innecesario decir que este caso se publica con su pleno consentimiento y que se han enmascarado todos los nombres y fechas que pudiesen revelar su identidad.

El autor desea expresar su deuda con el Local Community Research Committee [comité de investigación de la comunidad local] de la Universidad de Chicago, del Institute for Juvenile Research y el Behavior Research Fund, que aseguraron los fondos e instalaciones necesarios para continuar el estudio general del que el presente volumen constituye una parte.

Tengo una deuda de gratitud con los señores Henry D. McKay, Fred M. Zorbaugh y Yale Levin; con John C. Weigel, administrador, Institute for Juvenile Research and Behavior Research Fund; y con la señora Lilian Davis, asistente editorial, Institute for Juvenile Research.

El autor reconoce su gran deuda con los profesores W. I. Thomas, Ellsworth Faris y Robert Park por sus valiosas sugerencias y puntos de vista; y con el doctor Paul Schroeder, criminólogo del Estado y director del Institute for Juvenile Research. Mi particular gratitud hacia el profesor Ernest W. Burgess, director en funciones del Behavior Research Fund, y hacia la honorable Mary M. Bartelme, jueza de la Cook County Juvenile Court [tribunal de menores del condado de Cook], por sus discusiones críticas de la historia de caso.

CLIFFORD R. SHAW

TABLA DE CONTENIDO

I.	Apodado un “retrasado”	31
II.	Un área de delincuencia	47
III.	Compañeros de delincuencia	63
IV.	El trasfondo familiar	81

LA PROPIA HISTORIA DE SIDNEY

V.	Cómo aprendí a mentir y a robar	95
VI.	Aislado con otros delincuentes	121
VII.	Andando por el camino	153
VIII.	Convirtiéndome en un “pez gordo”	175
IX.	Ocupando la primera página	201
X.	La condena asegurada	223
XI.	Encarcelado	241
XII.	Sumario e interpretación tentativa de los factores sociales	273
	Discusión. Profesor Ernest W. Burgess	285
	Discusión. Honorable Mary M. Bartelme	307
	Apéndice I	313
	Apéndice II	317

Clifford R. Shaw

CAPÍTULO I APODADO UN “RETRASADO”

A la edad de dieciséis años y ocho meses, Sidney Blotzman, el sujeto del presente estudio de caso, fue arrestado bajo la acusación de violación y sentenciado por un período de veinte años en una institución penal del Estado. Esta ofensa constituyó la culminación de una larga serie de delitos graves que incluía el asalto a mano armada, el hurto de automóviles y el robo, por no mencionar numerosos actos delictivos menores. En cada uno de ellos Sidney estuvo implicado con uno o más compañeros. Su cómplice en la ofensa sexual fue un chico de su misma edad, con quien había estado comprometido en otro tipo de delitos.

REACCIÓN DEL PÚBLICO

Dado el carácter sensacional de la acusación por la que fue detenido, el caso de Sidney tuvo una cobertura considerable en los periódicos locales. A través de titulares o historias noticiosas de primera página, los detalles del delito fueron vívida y gráficamente descritos. La ofensa, tal como se presentó al público, es expuesta en los siguientes extractos de las noticias.

A

LÍDER RETRASADO DE PANDILLA ES ATRAPADO Y CONFIESA

Sidney Blotzman, 16 años, interno prófugo de St. Charles Home for Boys [escuela San Calos para menores], arrestado hoy por un equipo de detectives de la comisaría X, confesó durante el interrogatorio del capitán Earl Larson que él fue uno de los tres asaltantes de la señorita Margaret Milfords, Calle____, después de que su acompañante hubiera sido robado y golpeado hasta la inconciencia el 16 de septiembre.

Dos de ellos, George Gerard, de 16 años, Calle _____, y Billy Leggett, de 17 años, Calle _____, son los otros que confesaron que ellos y Blotzman atacaron a la señorita Milfords.

ATAQUES ATRIBUIDOS A BLOTZMAN

Según la policía, hasta que Blotzman escapó del Escuela San Carlos tres semanas antes, los ataques contra las mujeres no hacían parte de las actividades de la pandilla.

Blotzman estaba cumpliendo una sentencia en San Carlos por robo y asalto. Se fugó con Leggett, también un agresor de mujeres, y regresaron de frente a su antigua guarida de South Side. A la policía local se le reportó la evasión solo diez días después de que hubiesen huido, dijo hoy el capitán de detectives Albert Smith.

SE UNE A LA PANDILLA DESPUÉS DE LA FUGA

Antes de ir al Hogar, Blotzman conocía a Gerard y Leggett aunque no era su amigo cercano. Cuando escapó, él y Leggett se hicieron miembros de una organización conocida como el Athletic Burns Club [club deportivo Burns], que tiene su sede en la Calle _____. Fue allí donde se convirtieron por primera vez en amiguetes de Gerard.

“Según las confesiones de Gerard y Leggett, fue en las estancias del Club donde tramaron sus diversos delitos”, dijo hoy el capitán Smith. “La membresía allí cuesta un dólar y no se hizo investigación alguna sobre la índole de quienes aplicaron. Fue Blotzman, dijeron los otros dos, quien sugirió que cuando agarraran a una pareja debía golpearse al hombre y atacar a la mujer después de haberlos robado”.

Se cree que la señorita Milfords es tan solo una de las mujeres tratadas así. La confesión de su ataque se allegó tan solo después de que ella y Recco hubieran identificado sin dudas a Gerard.

LA SEÑORITA MILFORDS SUMINISTRA LA CLAVE

La señorita Milfords hizo posible el arresto de la pareja. Una palabra, el apodo de Gerard, fue la clave que ella suministró a la policía. Mientras yacía en el suelo después de haber sido tratada brutalmente, la señorita Milfords le dijo a la policía que había oído cuando uno de los atacantes llamaba al otro: “Vamos, *Whittie* [Blanquito]”.

Con solo esto para guiarlos, la policía empezó a investigar e ir a la caza de algún joven duro de South Side que respondiera al apodo. Eventualmente se cruzaron con Gerard. Supieron que por la noche permanecía fuera de casa, que andaba con gente sospechosa, y que aunque no trabajaba parecía estar bien provisto de dinero.

Al otro lado de la calle de su vivienda, el capitán Earl Larson y los sargentos Ralph Brode, Charles Brown y Emmett Will acecharon durante toda una noche.

Gerard salió a las 6:30 a.m., vio a los hombres que se le abalanzaban y se echó a correr. Fue sometido y capturado.

LEGETT SE ABLANDA

En la estación fue interrogado. Bajo presión, dio los nombres de sus amigotes. La policía salió y los detuvo. Ellos también fueron interrogados. Leggett eventualmente se ablandó, dejó escapar unas cuantas cosas, y al final empezó a confesar. Gerard se dio cuenta de que el juego había terminado. Él igualmente empezó a hablar.

Desde el principio surgió el nombre de Blotzman, pero Blotzman no estaba entre los ocho chicos duros. La indagación en los archivos del Tribunal de Menores mostró que él había sido condenado por robo de autos, que estuvo en libertad condicional bajo la tutela de su padre, que desde entonces había sido “un buen muchacho” y había trabajado asiduamente. Sin embargo, había pasado algún tiempo en San Carlos, había escapado y andaba suelto.

B

OCHO ATRAPADOS EN LIMPIEZA DE RETRASADOS

La mayor parte de los muchachos de la pandilla que había aterrorizado el South Side en meses recientes fueron arrestados la noche anterior. Se obtuvieron confesiones...

“Esta pandilla de chicos duros cometieron por lo menos 100 robos en los últimos meses”, declaró el fiscal Klanton. “Las mujeres tenían miedo de salir por la noche”.

“A causa de las acciones de esta pandilla, Roy Dennis estaba tan asustado el sábado por la noche que mató al policía Whit, uno de los detectives que estaban tras los retrasados, cuando pretendía interrogar a Roy Dennis, a quien lo acompañaba su esposa...”.

C

BUSCAN DEMOSTRAR QUE LOS RETRASADOS DETENIDOS ATACARON A MUCHAS

Mujeres, víctimas recientes, reconocen a jóvenes matones

A cada una de las mujeres atacadas durante los últimos meses se le pidió la noche anterior que se presentara en la oficina del detective para identificar a los muchachos retrasados que confesaron haber cometido numerosos robos y asaltos a mujeres...

Una mujer, que dijo ser la señorita Clay de la Asociación _____, telefoneó al jefe de detectives Frank Marshall para rechazar la retención de los muchachos

en la oficina de éste. Ella insistió en que debían ser enviados de inmediato a la Juvenile Detention Home [hogar de detención de menores].

El jefe Frank Marshall y el capitán Albert Smith dijeron que estos muchachos eran demasiado duros como para ser confinados con delincuentes ordinarios. Ellos pertenecen a Pontiac, le dijo el jefe Marshall a la señorita Clay, y él los retendría...

D

RETRASADO DERROTADO GRITA. LA PANDILLA FRENTE A LAS VÍCTIMAS

Se reportó otro intento de asalto a una mujer, y un hombre, identificado hoy como asaltante en otro caso y como el noveno miembro de la pandilla Blotzman-Gerard, reconocidos secuestradores de mujeres, se acobardaron en las celdas de la oficina del detective y suplicaron clemencia...

E

RETRASADO ES ACUSADO. ÓRDENES DE DETENCIÓN SEGÚN VOTACIÓN

Se informó que hoy el gran jurado votó órdenes de detención con acusación por asalto y robo contra Gerard y Sidney Blotzman, jóvenes confesos líderes de una pandilla de retrasados de South Side, por el secuestro de chicas automovilistas...

Las actitudes sugeridas en los extractos anteriores son probablemente típicas de las del público en general con referencia a todos los delincuentes culpables de asalto sexual a las mujeres. Estas actitudes, de carácter esencialmente emocional, encuentran su expresión en varios epítetos oprobiosos, entre los que el término "retrasado" sea tal vez el más común. Éste, técnicamente usado para definir a una persona con un cociente intelectual de 50-70³³, y que denota una deficiencia mental más

³³ Terman ofrece la siguiente definición técnica del término "retrasado": "de los débiles mentales, aquellos entre 50 y 70 I.Q. [cociente intelectual] incluye a la mayoría de los retrasados (alto, medio y bajo); aquellos entre 20 o 25 y 50 son por lo común clasificados como imbeciles; y aquellos con menos de 20 o 25 como idiotas. Según esta clasificación, un idiota adulto alcanzaría como tope una inteligencia de hasta los 3 años de edad; el imbecil adulto tendría un nivel mental de entre los 3 y 7 años; y el retrasado adulto abarcaría una inteligencia

que moral, en el uso popular se ha convertido en el sinónimo de violador. La locución ha sido tomada de la terminología de la sicología, en la que tiene un significado muy limitado y preciso y referido taxativamente al grupo con el cociente más alto de los débiles mentales³⁴. Popularmente el término denota que la persona es degenerada, carente de sensibilidad moral y, tal vez, incapaz de amoldarse a los estándares tradicionales de la sociedad convencional. De acuerdo con esta actitud popular, Sidney fue apodado de “retrasado”, a pesar de que poseía una inteligencia muy superior, ya que ostentaba un cociente de 119.

En vista del carácter impactante y sensacional de los casos de asalto sexual, no debe sorprender que el público quiera recurrir a medidas drásticas en su esfuerzo por protegerse del “retrasado” o violador. La misma definición del delito, tal como se lo concibe públicamente, lleva consigo la demanda de que el castigo sea severo. Sigue a continuación otra cita de prensa que comenta el caso de Sidney:

Existe depravación en la vida metropolitana cuyas fuerzas sociales dejan pasar demasiado tiempo en su manejo, si es que alguna vez tienen éxito. Cuando la juventud está impregnada de esa depravación y por tanto se muestra impávida ante cualquier corolario probable del delito, aquella situación que hace que una mujer tenga temor de estar en las calles después del anochecer, y

desde cerca de los 7 a los 11 años”. (Lewis M. Terman, *The Measurement of Intelligence* [la medición de la inteligencia], Houghton Mifflin Co., 1916, p. 79).

³⁴ El uso que hace la prensa y el público en general del término “retrasado” para referirse a los violadores se remonta a la época en que los primeros estudios parecían indicar una correlación alta entre la debilidad mental y la delincuencia. Estudios recientes han desacreditado en buena medida esta hipótesis temprana. Ver a William Healy y a Augusta F. Bronner, *Delinquents and Criminals, Their Making and Unmaking* [delincuentes y criminales, haciéndose y deshaciéndose], Macmillan Co., 1926, pp. 149-639. Carl Murchison, *Criminal Intelligence* [inteligencia criminal], Worcester, Mass., Clark University Press, 1926, 291 pp; Herman M. Adler y Myrtle Worthington, “The Scope of the Problem of Delinquency and Crime as Related to Mental Deficiency” [el alcance del problema de la delincuencia y la criminalidad con relación a la deficiencia mental], *Proceedings of the Forty-Ninth Annual Session of the American Association for the Study of the Feeble-Minded*; Curt Rosenow, “Is Lack of Intelligence the Chief Cause of Delinquency?” [¿es la falta de inteligencia la principal causa de la delincuencia?], *Psychological Review*, vol. XXVII, March, 1920.

que sea posiblemente peligroso para ella el estarlo incluso con un acompañante, se produce naturalmente.

¿Qué medida disuasoria es la de enviar a un joven atrapado en el intento de violar a una mujer a una escuela-granja juvenil? Ninguna en absoluto. La misma sentencia constituye un aumento de su reputación en la vida de la pandilla. Estos jóvenes brutos son hombres cuya importancia crece cuando han sido pillados en la comisión de un gran delito, y a causa del mismo construyen su pequeño peldaño, mimados por una sociedad paternalista que toma en consideración su entorno, y que pronto los libera para hacer dicho entorno todavía más infernal...

Lo que la juventud depravada necesita es el ejemplo de un castigo conforme, no la postración judicial que substituye la penitenciaría por la soga, ni la ley que considera que una escuela-granja es la sanción para un intento de violación.

Un editorial de otro periódico declara:

Ocho muchachos –llámelos retrasados si quiere, ya que parece ser un término popular– han sido arrestados por atacar a mujeres– raptos y asalto...

Los delitos contra las mujeres son el trabajo de aquella clase de bestia absoluta a la que solo el miedo puede controlar. Una vez que se deja que animales de ese tipo se imaginen que la ley es débil para prevenir o aun para vengar tal violencia cobarde, muchos les seguirán...

Mediante epítetos y reacciones emocionales la sociedad siempre ha tratado de controlar la conducta de sus miembros. Las leyes, en la medida en que son eficaces, son tan solo la cristalización de estas actitudes emocionales y morales. Es únicamente con referencia a estas actitudes que los actos se definen como penales. El castigo, por tanto, no es simplemente la expresión de la venganza contra el delincuente individual, sino que constituye la renovación de la sanción de reprobación que hace la sociedad por el delito cometido. Estas actitudes de la sociedad se vuelven parte del comportamiento situacional y deben ser tenidas en consideración, algo de lo que Blotzman y Gerard cayeron en cuenta cuando se descubrió su delito.

Los detalles del delito, que fueron ratificados durante la audiencia judicial, se resumen en la siguiente declaración oficial:

Alrededor de las siete de la noche del 16 de septiembre, mientras Tony Recco conducía su automóvil en la ciudad de Chicago, se encontró con la testigo procesal, Margaret Milfords, de veintiún años, y la invitó a dar un paseo en su automóvil. Ella aceptó, dieron vueltas hasta cerca de las nueve, y luego detuvieron el vehículo en la avenida S___, a unos cincuenta pies de la esquina de la Calle L___. Inmovilizaron el auto y permanecieron sentados en la parte delantera del mismo durante una media hora, conversando entre sí. Habían ido juntos al colegio y se conocían bien. Entonces, cuando estaban sentados en el automóvil, el acusado y Blotzman pasaron caminando más allá del auto, después retrocedieron y le preguntaron a Recco si tenía un cigarrillo, y él replicó que "No". El acusado y Blotzman se alejaron del auto, pero un poco después regresaron, Blotzman se acercó al coche por el lado derecho y el acusado por el izquierdo. Blotzman apuntó con una pistola a Recco y le ordenó "mantenerlas arriba". Blotzman mandó después a la testigo procesal a que saliera del asiento delantero del auto y fuera al trasero, y le ordenó a Recco que se deslizara hacia la derecha, lejos del lado en que se situaba el volante. Blotzman entró al asiento posterior con la testigo procesal y le dijo al acusado que manejara el automóvil. El acusado no fue capaz de encenderlo, por lo que él y Blotzman intercambiaron de lugar, tomando el acusado la pistola que sostenía Blotzman. Blotzman encendió el auto y condujo hacia el norte por la avenida A___ y la Calle M ___; de allí tomó hacia el oeste por la Calle H___ hasta la calle W___, y luego hacia el sur a la Calle C___, y de allí al este por la Calle J___ hasta un callejón. Durante este recorrido, Gerard asió la cartera de la testigo procesal y tomó dos dólares de la misma, que nunca le fueron devueltos. Cuando llegaron al callejón se le ordenó a Recco que saliera del auto y se internara en la callejuela, donde Blotzman lo esculcó, aunque no le quitó nada. Blotzman le ordenó a Recco que permaneciera en el callejón y le dijo que si no lo hacía le volaría los sesos. Dejaron a Recco en el callejón y se alejaron en el auto hacia las Calles K___ y H___. Ellos le dijeron a la testigo procesal que si se le llegaba a escapar siquiera un grito le volarían los sesos. Cuando detuvieron el auto sacaron a la testigo procesal y se la llevaron hacia el terraplén del ferrocarril cerca de las vías, detrás del cobertizo del carbón, donde estaba oscuro, y la arrojaron ahí. El acusado le preguntó a Blotzman, utilizando el más vil y vulgar lenguaje posible, si él deseaba___ y perpetró el delito imputado. Mientras esto sucedía, Gerard se había recostado junto a la testigo procesal, sujetándola por el cuello de modo que no pudiera moverse. Durante todo el tiempo el acusado sostenía la pistola en sus manos. Ella no podía defenderse porque el acusado tenía ambas manos alrededor de su cuello, asfixiándola, por lo que no era capaz de cambiar de posición. Cuando Blotzman terminó, el acusado procedió a consumir el mismo acto mientras Blotzman la encuellaba

sin que ella pudiera moverse. Luego dejaron a la testigo procesal tendida sobre el piso y se alejaron. Después de que se fueron, la testigo procesal se levantó y regresó a la calle donde se había detenido el auto y a una vivienda donde preguntó si podía usar el teléfono. Se le indicó que fuera a una farmacia en la esquina. Halló algunas monedas en el bolsillo de su abrigo, tomó un tranvía y se dirigió a la casa de su hermana. Cuando llegó a la casa de su hermana lloraba, su rostro estaba sucio, sus ropas rasgadas y llenas de tierra. Estaba en tal condición histérica que fue incapaz de relatarle a su hermana lo que había pasado³⁵.

Es importante advertir que, de acuerdo con el procedimiento legal aceptado, la atención se limitó, a lo largo de la aprehensión, juicio y disposición de este caso, a la consideración de la evidencia estrictamente relacionada con la cuestión de la inocencia o culpabilidad de los acusados. Se consideró el delito como un acto que quedaba aislado por completo de cualquier cosa, excepto de la intención de los acusados y de aquellas definiciones formales de la ley que corresponden al tipo de delito por el que se acusa en el caso³⁶. Reconocemos que es necesario, para probar la inocencia o culpabilidad de un acusado, ver su delito como un acto aislado. Es más, es apenas obvio que la sociedad tiene que protegerse a sí misma del delincuente, tiene que hacer frente a los tipos de delitos a medida que ocurren, y debe idear métodos para su represión. Con este fin se han promulgado las leyes, se han fundado los tribunales de justicia, y se han instituido los métodos disciplinarios. Sin embargo, dado que nuestro procedimiento legal aceptado para casos de adultos acusados, como queda ilustrado en éste, se limita en gran parte a los asuntos que tienen relación directa con la cuestión de la inocencia o culpabilidad del acusado, cualquier consideración de los factores causales implicados queda naturalmente más allá del alcance de su investigación.

³⁵ De los registros del Tribunal Supremo del Estado de Illinois.

³⁶ En su instrucción al tribunal, el juez de primera instancia declaró: "El tribunal los instruye para que bajo juramento no permitan que la compasión o el prejuicio los influencien en absoluto en su declaración del veredicto en este caso. En su deliberación no deben ser influenciados por otra cosa que no sea la ley y la evidencia del caso" (citado de los sumarios del Tribunal Supremo de Illinois).

ESTUDIO DEL CASO

Hemos presentado en las páginas precedentes una imagen de los delitos por los que, a la edad de dieciséis años y ocho meses, se condenó a Sidney, así como la actitud de venganza e indignación que caracterizó la reacción del público frente a los mismos. Esta actitud emocional del público se expresa en el encabezado del presente capítulo, "Apodado «un retrasado»". El resto de este volumen estará dedicado a la presentación de los materiales que arrojan luz sobre el proceso natural o la secuencia de eventos en la vida de Sidney que culminaron en los delitos descritos arriba. Esta investigación de los factores que favorecieron su conducta delictiva se manifiesta en el título del libro, *La historia natural de una carrera delincencial*.

Se ofrece el estudio de caso de Sidney como una ilustración específica de la necesidad de tomar en consideración el proceso completo de la conducta del delincuente en nuestros esfuerzos por entender sus delitos específicos. Desde este punto de vista, la delincuencia se concibe ya no como un acto aislado, sino en su conexión con la condición mental y física del acusado, con toda la secuencia de eventos de su vida, y con las situaciones sociales y culturales en las que tuvo lugar su comportamiento delictivo. Un acto delictivo es parte de un proceso de vida dinámico, y sería artificial no contemplarlo como parte integral de ese proceso. Hasta que el delito no sea visto en relación con su contexto en la historia de vida del individuo, no resulta inteligible. Hasta que no se haga inteligible, no se puede tratar de modo eficaz.

Del estudio detallado del caso se desprende que las ofensas de Sidney descritas arriba parecen haber sido el resultado final de una larga secuencia de eventos que se remontan a su temprana infancia. Esta historia de caso, y otras semejantes, sugieren que en nuestros esfuerzos por tratar eficazmente al delincuente es necesario concentrar nuestra atención en el problema de modificar aquellas situaciones que son responsables de las carreras delincuenciales, como la de Sidney, y empezar nuestro tratamiento de dichas carreras en su estado más incipiente.

En el estudio de este caso presentaremos en primer lugar el registro oficial completo de los delitos, arrestos y encierros de Sidney. Este

registro muestra solo una pequeña proporción del número total de delitos en los que estuvo implicado, ya que se limita a aquellos por los que fue aprehendido. Una descripción más completa de su delinquir y ofensas específicas se ofrece en su propio relato. Entre otras cosas, este registro indica que su carrera delincencial empezó en su temprana infancia y que sus faltas se fueron haciendo más graves a medida que crecía, culminando en últimas en aquellas ya descritas.

REGISTRO OFICIAL DE ARRESTOS Y ENCIERROS

1. A los siete años:
Sidney fue puesto en un Home for Dependent Children [hogar para niños dependientes].
2. Siete años, dos meses:
Escapó del Hogar para Niños Dependientes. Estaba acompañado de un niño de más edad cuando lo hizo.
3. Siete años, cinco meses:
Es arrestado mientras robaba en un almacén de departamentos en el Loop³⁷. Estaba en compañía de Joseph Kratz (de 11 años, 8 meses) e Israel Rathers (8 años, 6 meses) en el momento del arresto. Es entregado a la policía y retenido en la comisaría hasta ser liberado y entregado a la madre esa noche.
4. Siete años, seis meses:
Arrestado en el acto de hurtar en una tienda de departamentos en el Loop. Retenido en la comisaría y entregado más tarde a la madre. En compañía de Joseph Kratz (11 años, 9 meses), Sam Leben (10 años, 7 meses) y Max Izen (11 años, 4 meses).
5. Siete años, nueve meses:
Arrestado mientras robaba junto con Joseph Kratz (12 años) y Max Izen (11 años, 7 meses). Puesto en un Hogar de Detención y más tarde entregado a la madre.
6. Siete años, 10 meses:

³⁷ [N.T. Las numerosas alusiones que en adelante se hacen al Loop se refieren al Elevated Loop de Chicago, un sistema de vías para trenes elevados que forman una especie de *loop*, o bucle, entre las cuatro esquinas más céntricas de la ciudad, y que fuera inaugurado en 1897. El Loop sigue siendo el eje central de su sistema de transporte, al que se le incorporaron tramos subterráneos en los años cuarenta del siglo veinte.]

Arrestado y llevado ante el tribunal bajo la acusación de robo. Al presentar el caso ante el tribunal, el oficial declaró: “Su Excelencia, estos tres muchachos, Joseph Kratz (12 años, 1 mes), Sam Leben (10 años, 11 meses) y *Sidney Blotzman* (7 años, 10 meses) robaron el equivalente a tres dólares en artículos de lana de un almacén en las vecindades de su hogar la noche del pasado martes. Los artículos fueron recobrados y restituidos a su dueño. Joseph y Sam han estado antes en el tribunal y tienen registros de la Parental School [escuela correccional]. Preocupan mucho a sus padres, que han perdido el control sobre ellos. Estos chicos venden los efectos robados a chatarreros en la vecindad. Esta es la primera falta de Sidney”. Liberado y entregado a la madre.

7. Siete años, once meses:

Arrestado en el acto de robar. Estaba en compañía de Joseph Kratz (12 años, 2 meses) y Max Izen (11 años, 9 meses). Puesto en el Hogar de Detención y más tarde liberado y entregado a la madre.

8. Ocho años, seis meses:

Compareció ante el tribunal acusado de absentismo escolar. Internado en la Escuela Correccional de Chicago.

9. Nueve años:

En libertad condicional de la Escuela Correccional de Chicago para vivir en casa con la madre.

10. Nueve años, cinco meses:

Llevado ante el tribunal por absentismo escolar. Internado en la Escuela Correccional de Chicago.

11. Diez años, tres meses:

Arrestado en el Almacén Boston en el acto de hurtar. Estaba en compañía de Tony Domino (14 años, 3 meses) y Nick Domino (12 años, 8 meses). Los tres chicos fueron retenidos durante un día en el Hogar de Detención y luego liberados y entregados a sus padres.

12. Diez años, tres meses y medio:

Arrestado en el Almacén Boston; acusado de robo y destrozo de máquinas tragamonedas. Estaba en compañía de Tony Domino (14 años y 3 meses y medio) y Nick Domino (12 años, 8 meses y medio). Sidney quedó bajo supervisión. Los otros muchachos fueron enviados a la Escuela de Chicago y del Condado de Cook.

13. Diez años, cuatro meses:

Llevado ante el tribunal acusado de absentismo escolar, robo y destrozo de máquinas tragamonedas. Estaba implicado junto a Reuben Silver (14 años, 10 meses), Israel Rathers (11 años, 5 meses) y Tommy Sorto (12 años, 11 meses). Sidney es trasladado a la Escuela Correccional de Chicago.

14. Once años, cuatro meses:

En libertad condicional de la Escuela Correccional de Chicago para vivir con la madre.

15. Once años, seis meses:

Llevado ante el tribunal bajo la acusación de absentismo escolar y recluido en la Escuela Correccional de Chicago.

16. Once años, seis meses:

Escapó de la Escuela Correccional de Chicago pero fue devuelto en menos de una semana.

17. Doce años, seis meses:

Escapó de la Escuela Correccional de Chicago pero fue devuelto en el curso de unas pocas semanas.

18. Trece años:

En libertad condicional de la Escuela Correccional de Chicago para vivir con su madre.

19. Quince años, dos meses:

Llevado ante el tribunal bajo la acusación de robo de automóviles. Estuvo implicado con William Paddock (15 años, 11 meses). Al recibir el caso, el tribunal declaró: "Este muchacho, con su inteligencia superior, debería terminar su secundaria. No creo que vaya a desempeñarse bien en casa. Debería ser ubicado en otra parte y permitírsele que asista a la escuela. Nombraré a un tutor con jurisdicción". El muchacho fue liberado para vivir en su hogar hasta que se le pudiera encontrar un hogar de acogida.

20. Quince años, tres meses:

Acusado de pelear y romper una ventana de vidrio. Puesto en el Hogar de Detención y más tarde liberado y entregado a la madre.

21. Quince años, cinco meses:

Llevado ante el tribunal bajo la acusación de robo de mercancía de su empleador. Recluido en la Escuela de Chicago y del Condado de Cook.

22. Quince años, cinco meses y medio:

Escapó de la Escuela de Chicago y del Condado de Cook.

23. Quince años, seis meses:

Recogido como prófugo y devuelto a la Escuela de Chicago y del Condado de Cook.

24. Quince años, siete meses y medio:

Escapó de la Escuela de Chicago y del Condado de Cook pero fue recogido y devuelto a la Escuela al día siguiente.

25. Quince años, diez meses:

En libertad condicional de la Escuela de Chicago y del Condado de Cook para vivir en su hogar bajo la supervisión del oficial de libertad condicional.

26. Dieciséis años, dos meses:

Arrestado bajo la acusación de robo de automóviles, asalto a mano armada e intento de violación. Enredado con William Paddock (16 años, 11 meses) y William Leggett (16 años, 9 meses). Citando del registro oficial: “Cerca de las 10:15 p.m. el pasado miércoles por la noche, mientras Edgar Malory y su prometida estaban sentados en su automóvil en la calle H___ y la Avenida R___, William Paddock, *Sidney Blotzman* y William Leggett se acercaron al automóvil, uno de ellos sacó un revólver y ordenó a sus ocupantes que se quedaran quietos. Los tres jóvenes subieron a la parte trasera del auto y le ordenaron a Malory que manejara hacia el oeste. Al oeste de la avenida M___, Paddock pasó al asiento del conductor y se hizo cargo del auto, el que condujo hasta un punto en la avenida Y___ cerca de la Calle Z___ . Los jóvenes después ordenaron a los ocupantes que salieran del auto, registraron al señor Malory apuntándole con una pistola y le arrebataron \$1.75. A continuación le ordenaron a la joven dama que pasara al asiento trasero donde Paddock trató de agredirla. Justo en ese momento un escuadrón en un viejo vehículo llegó a la escena y escuchó los gritos de la chica. Los tres jóvenes saltaron del auto y corrieron a través de una pradera desierta hasta donde los oficiales los persiguieron, disparándoles, y capturaron a Paddock. Él fue identificado y admitió la culpa. Blotzman fue aprehendido más tarde. Blotzman y Paddock fueron trasladados a la Escuela San Carlos para Menores”.

27. Dieciséis años, cinco meses:

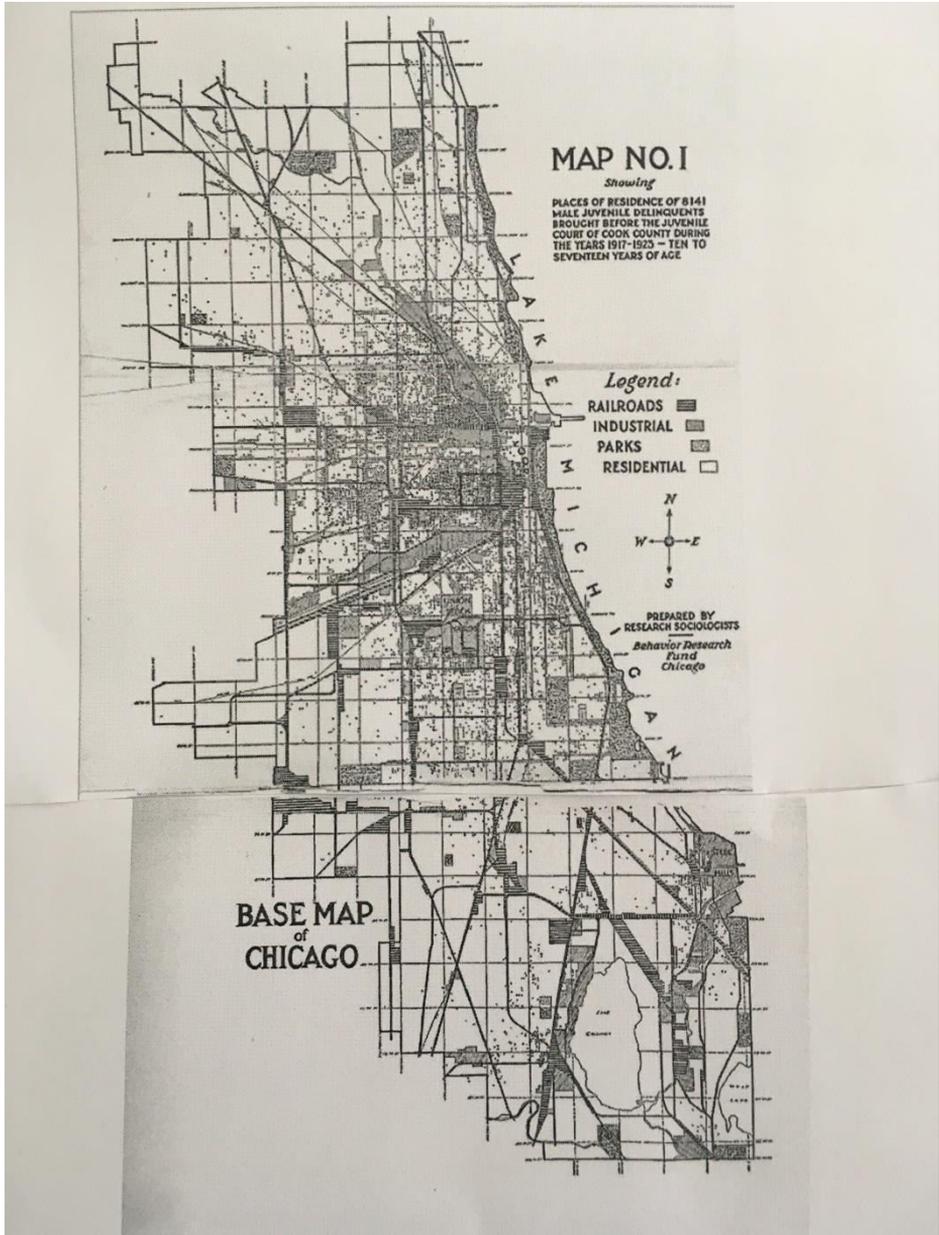
Escapó de San Carlos.

28. Dieciséis años, ocho meses:

Arrestado bajo la acusación de asalto a mano armada y violación. Implicado con George Gerard. Los detalles de este delito ya han sido descritos. Ambos muchachos fueron sentenciados a una institución penal estatal por un período de veinte años.

Según el registro anterior, la carrera delincencial de Sidney empezó cuando él tenía solo siete años de edad. Después de la experiencia inicial de robar frutas de las tiendas del vecindario local, sus infracciones se fueron haciendo más graves, desde variadas formas de pequeños hurtos y absentismo escolar hasta delitos como el asalto con arma de fuego y la violación. Debe también notarse que casi todos sus delitos ocurrieron mientras estaba en compañía de delincuentes mayores.

Clifford R. Shaw



Clifford R. Shaw

CAPÍTULO II

UNA ZONA DE DELINCUENCIA

Justo al oeste del distrito central de negocios, y extendiéndose hacia el norte y sur a lo largo del río, yace la zona de barriadas más extensa de Chicago. Toda ella, rodeada por ferrocarriles, fábricas y otros establecimientos industriales, presenta un cuadro vívido e inconfundible de una comunidad que sufre un proceso de rápido cambio y declive. En esta zona se encuentra el vecindario en el que vivió Sidney durante su niñez, infancia y temprana adolescencia. La ubicación exacta del vecindario, que se extiende desde el oeste del río hasta la Avenida Racine y desde la calle Polk a la Dieciséis, se indica en el Mapa I³⁸.

La característica más obvia del vecindario es el marcado deterioro de sus edificaciones y la presencia de grandes acumulaciones de basuras en calles y callejuelas. Dondequiera hay viviendas de madera deterioradas, sin pintar, que se intercalan entre bodegas, depósitos de chatarra y fábricas. Con el rápido crecimiento de la ciudad, el distrito central de negocios y la industria ha invadido gradualmente este sector, resultando en su deterioro físico y en un cambio en el uso de la tierra. A las viejas casas de vecindad, especialmente aquellas localizadas en la sección este del sector más cercano al Loop, se les ha consentido su decadencia y están siendo reemplazadas por establecimientos comerciales e industriales. Es probable que con el tiempo la porción más grande del barrio sea absorbida por completo para usos industriales y comerciales. Debido a esta tendencia natural, se hacen pocos esfuerzos para propiciar mejoras con propósitos residenciales.

³⁸ La nota del mapa reza: "Mapa no. I mostrando los lugares de residencia de 8.141 jóvenes hombres delincuentes llevados a la corte juvenil del Condado de Cook durante los años 1917-1923, de diez a diecisiete años de edad. Preparado por sociólogos investigadores -Behavior Research Fund, Chicago".

En su descripción de las condiciones físicas en el Near West Side, donde se encuentra el vecindario en cuestión, Jane Addams dice:

La política de las autoridades públicas de nunca tomar la iniciativa y de siempre desear que se las urja a cumplir con su deber, es obviamente fatal para un vecindario donde existe poca iniciativa entre los ciudadanos. La idea que subyace al autogobierno se desmorona en este distrito. Las calles están indescriptiblemente sucias, el número de escuelas es inadecuado, la legislación sanitaria no se ejecuta, la iluminación de las calles es mala, la pavimentación miserable, y escasea tanto en los callejones como en las calles más estrechas, estando más allá de cualquier descripción el hedor de los establos. Centenas de casas carecen de conexión con el alcantarillado de la calle. Los habitantes más antiguos y ricos parecen anhelar mudarse tan rápido como se lo puedan permitir. Ellos les dan cabida a los inmigrantes recién llegados que son concentradamente ignorantes de los deberes civiles...

Las viviendas del distrito, en su mayoría de madera, fueron originalmente construidas para una familia, y ahora están ocupadas por varias. Ellas imitan el tipo de las inconvenientes cabañas artesanales de marco que se encontraban en los suburbios más pobres hace veinte años. Muchas se construyeron ahí mismo donde ahora se alzan; otras fueron llevadas allí sobre rodillos, ya que sus emplazamientos previos habían sido ocupados por fábricas. El menor número de edificios de apartamentos de ladrillo, de tres o cuatro pisos, son comparativamente nuevos, y hay pocas viviendas grandes. Las casitas de madera tienen un aspecto provisorio y por esta razón, quizás, la legislación sobre la vivienda de Chicago resulta completamente inadecuada. Los conventillos traseros florecen; muchas casas no cuentan con suministro de agua salvo el de un grifo en el patio trasero; no existen salidas de incendio; la basura y las cenizas se colocan en cajas de madera que se pegan a las aceras...³⁹.

Por todo el vecindario se manifiesta el inferior estatus económico de sus habitantes. Las rentas e ingresos familiares son generalmente bajos. En 1920 únicamente el 11.8 por ciento de las familias era propietaria de sus hogares; solo el 12.4 del área total de millas cuadradas de la ciudad tenía una tasa menor de propietarios de vivienda en ese momento. En el año 1921, el 4.8 por ciento de las familias dependía económicamente de la caridad; tan solo otra área de la ciudad tuvo en ese año una tasa mayor de dependencia.

³⁹ Jane Addams, *Twenty Years at Hull-House*, New York, 1916, pp. 98-100.

El estado de deterioro del sector lo vuelve sumamente inconveniente para propósitos residenciales. Los alquileres bajos atraen a grupos poblacionales que representan a la clase económica menos favorecida, compuesta en gran parte por los inmigrantes más recientes. Familias e individuos escapan del vecindario apenas prosperan lo suficiente como para hacerlo⁴⁰. Así que durante las últimas décadas ha habido una sucesión muy interesante de grupos culturales habitando en el sector. Los primeros ocupantes eran predominantemente alemanes e irlandeses. Estos a su vez fueron sustituidos por inmigrantes italianos y judíos. En años muy recientes un gran número de negros y mejicanos se ha trasladado al sector, desplazando a sus predecesores. En la actualidad la población está compuesta por una muy variada gama de grupos culturales divergentes.

Según el censo federal de 1920, la población de esta área incluía a más de treinta grupos foráneos, entre los que predominaban italianos y judíos. De la población total, el 51.1 por ciento había nacido en el extranjero y el 42.1 por ciento era nativa con padres nacidos en el exterior. Así que estos dos grupos comprendían el 93.2 por ciento del total de la población del sector. Es interesante notar también que el 22.1 por ciento de la población era extranjera. Solo otra milla cuadrada de área en la ciudad tenía un porcentaje más alto de extranjeros y de nacidos en el exterior.

Con el propósito de entender la conducta delictiva de Sidney es importante prestar atención a la confusión y desorganización social que caracterizan a este sector. Los cambios sucesivos en la composición de la población, la desintegración de las culturas foráneas, la difusión de estándares culturales divergentes y la industrialización gradual de la zona han dado lugar a la disolución de la cultura y organización barrial. La continuidad de las tradiciones e instituciones vecinales convencionales se ha roto. Así que ha disminuido considerablemente la efectividad del barrio como una unidad de control y como un medio de transmisión de las normas morales de la sociedad. El muchacho que crece en este sector tiene escaso acceso a la herencia cultural de la

⁴⁰ La población total de la zona disminuyó en un 45.9 por ciento durante la década comprendida entre 1910 y 1920. Solo el 2.6 por ciento de otras áreas tuvo un porcentaje más alto de reducción.

sociedad convencional. En buena medida, la organización de su conducta se hace mediante su participación en grupos de juego espontáneos y en pandillas establecidas con las que tuvo contacto fuera del hogar. Que esta área sea un hábitat especialmente favorable para el desarrollo de pandillas de jóvenes y de grupos delincuenciales organizados, lo sugiere la siguiente cita de Thrasher:

Al sur del distrito metropolitano descrito arriba se encuentra una comunidad inmigrante supremamente congestionada y donde las pandillas son numerosas. En el lenguaje popular esta zona (el antiguo Distrito Decimonoveno) ha sido conocida como "Moonshine Valley" [el valle del alcohol ilegal] o "Bloody Nineteenth" [la sangrienta décimonovena]. Cuando en 1889 Jane Addams fundó la *Hull-House* en las calles Polk y Halsted, los residentes eran en su mayoría alemanes e irlandeses, pero estas nacionalidades se han marchado ante el influjo de italianos, rusos, judíos y griegos. Aquí encontramos tanto una *Little Italy* [pequeña Italia] como una *Little Greece* [pequeña Grecia], y, recientemente, gitanos, negros y mejicanos han ingresado a la comunidad.

En la parte noroeste de esta área ejerce su oficio una banda de traficantes de droga. Se dice todavía que aquí, también, los conocidos "Cardinellis" realizan sus encuentros, aunque sus líderes y dos de sus miembros hayan sido ahorcados. Si bien con el predominio de italianos, estos grupos a menudo incluyen a hombres y muchachos de otras nacionalidades. Fue en el corazón de *Little Italy* donde la poderosa banda Genna tuvo su cadena de destilerías de la que fluyó bastante del licor ilícito de Chicago. Halsted, la calle de negocios principal del lado oeste y punto favorito de pandillas recientes y antiguas, es inusitadamente variada y colorida en esta sección particular⁴¹.

Al oeste de la comunidad de la *Hull-House* y extendiéndose hacia el sur a través de Roosevelt Road a Fifteenth Place se halla el Gueto. Las pandillas judías que pertenecen a este lugar son menos numerosas que las de otras áreas de barriadas, debido, se dice, al "espíritu más individualista de los judíos", pero más probablemente a que tienen una recreación y una vida familiar mejor organizadas que las que se encuentran entre las clases más pobres de otros grupos de inmigrantes. Estas pandillas que de hecho prosperan en el Gueto, de las que la vieja "Boundary Gang" [banda de la frontera] fue quizás la más célebre, mantienen una guerra intermitente con grupos de las regiones adyacentes. Son conocidas como los "Jews from Twelfth Street" [judíos de la Calle Duodécima].

⁴¹ Ver el documento 55, p. 132. (Referencia en el original).

En el corazón del Gueto se halla el abarrotado mercado de la Calle Maxwell, uno de los lugares más animados y pintorescos de Chicago. Algunas de las pandillas de judíos, como la "Black Hand Society" [sociedad de la mano negra] de Itchkie, un "grupo" de carteristas, encuentran excelentes oportunidades para el entretenimiento y la caza a lo largo de este concurrido Rialto; algo que no pasan por alto las pandillas de otros sectores⁴².

Uno de los problemas más difíciles que plantean las zonas deterioradas de la ciudad es el de proveer actividades de recreación que sean lo bastante estimulantes como para que sirvan de sustituto de las tentadoras aventuras a las que puede acceder un chico en la pandilla. La delincuencia es, en sí misma, una experiencia tan estimulante que las agencias sociales han descubierto cuán difícil resulta proporcionar una actividad sustituta.

La inadecuación de las instalaciones para la recreación supervisada en el vecindario que está en discusión se evidencia en la siguiente declaración de la señorita Claudia Wannamaker, supervisora de recreación del Institute for Juvenile Research.

Las instalaciones para la recreación organizada incluyen una sede de la Biblioteca Pública de Chicago, un establecimiento social, y un parque con dotaciones para el juego tanto al aire libre como bajo cubierta. Otro establecimiento social, justo más allá del límite, atrae a cerca de la mitad de su membresía de este distrito.

Las actividades en el parque son sobre todo deportivas y por tanto se adaptan mejor a los chicos mayores que a los más pequeños. Con un director de juegos para hombres y muchachos, y una para mujeres y chicas, los grupos de juego son grandes, los programas rutinarios, y los contactos entre los líderes y los miembros individuales son por fuerza fortuitos.

Cada uno de los establecimientos sociales cuenta con varios trabajadores de tiempo completo, un personal residente de trabajadores de medio tiempo y voluntarios externos. Muchas de estas personas son inexpertas, ya que en el campo del juego organizado el interés en los niños y el deseo de servir se consideran todavía como los principales requisitos para el liderazgo de grupo. Los programas en los dos establecimientos sociales tienen un carácter más variado y flexible que en el parque, y los grupos de juego son relativamente más pequeños. Sus actividades específicas incluyen tropas de Boy y Girl Scouts,

⁴² Frederic M. Thrasher, *The Gang* [la pandilla], Chicago, 1927, pp. 11-12.

clubes de deportes, clases de costura y cocina, clubes sociales, clases de inglés y ciudadanía y clubes de madres. Grupos de baile social y teatro incorporan a muchachos de ambos sexos a finales de su adolescencia. En ambos lugares las instalaciones deportivas son escasas y se utilizan recursos –gimnasios y piscinas– de fuera del distrito.

En general, para las organizaciones descritas arriba la lucha contra las condiciones del vecindario está perdida. La mayor parte de las propias edificaciones son grises y poco acogedoras; y, comparados con lo que los niños pueden encontrar por sí mismos, los programas son rutinarios y carentes de aventura. De cara a los cambios de la población, uno de los establecimientos sociales ha sostenido una lucha tremenda para poder mantener algún tipo de cohesión de grupo, y a menos que el niño tenga una buena organización familiar tras de sí, es raro que cultive un contacto estable con el centro de juegos. Quizás este estado de cosas sea inevitable en vecindarios como este, aunque, de todos modos, subsiste el hecho de que la situación de las pandillas queda prácticamente intacta, existe poca competencia para aquella emoción de la aventura que la pandilla es capaz de asegurar por sí sola, y no sorprende que Sidney considerara a los almacenes de juguetes del Loop como “un país de las hadas que parecía real”⁴³.

En vista de su marcada desorganización social y cultural, no sorprende que en esta vecindad la tasa de delincuencia sea sumamente alta. Durante un período de tres años, de 1924 a 1926 inclusive, el 22.8 por ciento de los hombres jóvenes entre diecisiete y veintiún años de edad que vivía en el sector había sido acusado en el Tribunal de Menores por delitos mayores. Tan solo cuatro zonas de la ciudad tenían una tasa más alta en ese momento. El Mapa I, que muestra las direcciones de los 8.141⁴⁴ muchachos que fueron enviados a La Corte de Menores con peticiones de presunta delincuencia durante el período de 1917 a 1923, señala una notable concentración de casos en esta área. La tasa de delincuencia para el sector, cimentada en la serie de casos representados en el Mapa I, fue de 10.9 por ciento. Solo el 10 por ciento de las millas cuadradas de la ciudad mostraba una tasa mayor. No menos del 13.4 por ciento de chicos entre los diez y los diecisiete años de edad fue arrestado como presunto delincuente en 1926. El 88 por ciento de otras zonas de la ciudad tenía una tasa más baja. Estas elevadas tasas

⁴³ Comunicación personal.

⁴⁴ Se incluye el caso de Sidney.

sugieren no solo la prevalencia de actividades delincuenciales en el sector, sino que indican que el contacto entre el niño pequeño y el delincuente mayor es casi inevitable en la situación de esta comunidad.

Importa advertir que la delincuencia se ha convertido en un aspecto más o menos permanente de la actividad social de los muchachos que viven en este vecindario. Ella es, en apariencia, parte de la cultura y tradición que se transmite mediante el contacto social. El sector se ha caracterizado por tener una tasa de delincuencia juvenil desproporcionadamente alta desde el año 1900, fecha en que empiezan a estar disponibles los registros sobre delincuencia. Durante el período de siete años de 1899 a 1906, el 17.6 por ciento de los muchachos que vivía en este sector fue llevado ante el Tribunal de Menores como presunto delincuente⁴⁵. Desde este período temprano la tasa solo ha variado ligeramente, a pesar de los notorios cambios que se han producido en la composición de la población.

Con el fin de dar una imagen más concreta y vívida de este barrio, presentaremos enseguida un número limitado de extractos⁴⁶ de las propias historias de muchachos delincuentes que vivían en la inmediata vecindad del hogar de Sidney. Estas manifestaciones son una prueba más del deterioro físico y de la prevalencia de actividades delictivas en el barrio. Apuntan particularmente al espíritu y actitudes morales que prevalecen en el mismo.

Caso No. 1.— Para empezar, las calles de Chicago en los *vecindarios* donde pasé mi primera infancia eran muy pobres y sucios como son casi todas las barriadas. Las viviendas tienen marcos de madera y la mayoría están en una condición muy pobre. Los callejones estaban sin pavimentar y muy descuidados y llenos de basura. Los depósitos de chatarra y los establos de caballos asoman en el centro mismo del *vecindario*, justo a una cuadra de mi

⁴⁵ Ver [Clifford R. Shaw,] *Delinquency Area* [área de delincuencia], Chicago, University of Chicago Press, 1929, cap. viii, pp. 94-102.

⁴⁶ Estos extractos se presentan en la forma exacta en que fueron escritos por los muchachos. [N.T. Los errores ortográficos o tipográficos que pudimos detectar en el original inglés aquí solo se señalan utilizando un tipo de letra distinta para la palabra que ostentaría la falta y, por lo tanto, sin modificar su ortografía convencional en castellano.]

casa estaban los ferrocarriles. Ellos siempre estaban muy llenos de humo y sucios.

En el *vecindario* había judíos, *polacos*⁴⁷ e irlandeses, la mayoría extranjeros y una clase pobre de gente que difícilmente podía leer o escribir pero que tenían un rebaño de “críos”. Algunos eran gente muy honesta y algunos no lo eran, como frecuentemente se encuentra en dichos *vecindarios*. En muchos casos algunos eran limpios, pero la mayoría eran muy sucios. Muchos eran mantenidos por las *sociedades de beneficencia*, como fue con mi gente. Otros que tenían dificultades para ganarse la vida mandaban a sus hijos a ganar o robar todo lo que pudieran para apenas traer el tocino a la casa, como se dice. Casi todos los muchachos que conocí en mi primera infancia eran de esta clase de gente. Para entrar en más detalles sus hermanas y mamás vendían sus *almas* por pan y mantequilla, no porque ellas lo quisieran sino por el bien de la familia. Con tantísimos bebés que alimentar, los hermanos y padres salían al trabajo, y si no podían encontrarlo se convertían en pistoleros, no porque estuvieran buscando los llamados caminos “fáciles” de ganarse la vida, que a menudo *resulta* el más duro, sino por el bien de la familia. Ponte en sus zapatos. Si la *sociedad de beneficencia* te rechazaba, con la excusa de que eras joven y saludable pero también demasiado perezoso para encontrar trabajo, entonces te encontrabas en un estado de abandono. Estos eran los *vecinos* y los sucesos diarios en mi propio *vecindario*.

Puedes casi juzgar por ti mismo cómo era que los adultos en el *vecindario* pensaban sobre la delincuencia. La manera en que la veían era “déjalo que robe si quiere, con tal que no sea a mí sino para mí”. Los tiempos siempre eran pobres en el *vecindario* y yo y otros niños teníamos que robar carbón de las vías del ferrocarril y a veces romper los sellos de las cajas de los vagones para conseguir fruta o cualquier cosa que contuviera el vagón. Me parecía que mucha gente empujaba a los chicos jóvenes a la delincuencia comprándoles los artículos robados. Los negociantes de chatarra compraban la chatarra robada a estos chicos y muchas veces los estimulaban a robar para que ellos así pudieran comprarles la chatarra. Nunca hacían alguna pregunta. A ellos no les importaba cómo, qué o cuándo se conseguían las cosas, simplemente para que así pudieran comprarlas. Parte del dinero iría a las madres y padres de estos niños, y por tanto nueve de cada diez veces ellos habrán estimulado la mente del niño a trabajar por el dinero fácil.

⁴⁷ [N.T. *Polocs* en el original. El autor querría decir *pollocs*, una forma injuriosa de referirse a los polacos.]

La mayoría de los juegos que jugaban los chicos más pequeños era “a los dados”, jugando con pistolas de juguete, peleando, basureando y robando. Ves cómo puede ser criado así un niño, sin que él sepa cuál fue su primer estreno en el delito. Pero a medida que se vuelve mayor y mira hacia atrás y ve justamente por qué y dónde pasó su temprana infancia, la situación se resuelve. En el *vecindario* los muchachos mayores iban por grandes cosas, como robo de autos, asaltos, hurto con allanamiento y robo en tiendas. Los chavales siempre se mezclaban con estos tipos grandes y los oían hablar sobre sus robos.

Gran parte del robo que hacían los chicos pequeños era de fruta, ropa, carbón, mercancía de los vagones de carga, chatarra, y algunas veces el asalto a alguna vivienda de *los vecinos*. La calle Maxwell, que entonces era el único mercado en la *vecindad*, era un buen lugar para que ahí robaran los chicos. Los muchachos desde los dieciséis a los veinte años acostumbran rondar por las esquinas en espera de algún viejo borracho al que lo golpearían y le quitarían cualquier cosa de valor que pudiera tener. La gente se detendría y *miraría* e incluso se ríe mientras los muchachos robaban al borracho. Esto pasaría durante el día donde todo el mundo podía verlo y a la gente mayor solo le *hacía* gracia la cosa. Dondequiera que se reunían los tipos mayores hablarían de *robar*. Los tipos mayores eran llamados “peces gordos” por su habilidad para hacer dinero rápido metiendo la mano en los bolsillos, arrebatando carteras, y el uso de pistola en asaltos. Incluso tenían lo que se llama “patrocinadores”, un abogado o alguien con enchufe. Tan pronto como eran atrapados se presentaría un abogado y también un fiador y afuera a la calle se fue el muchacho. El “patrocinador” trabajaba bajo un acuerdo de miti-miti.

Durante mi época en el *vecindario* había una conocida pandilla que se hacía llamar la Valley Gang [la pandilla del valle]. Frankie Lake y Terry Druggan estaban a la cabeza de esta pandilla. En ese entonces eran muy activos en robos, atraco a mano armada, y muchos de los asesinatos en el *vecindario* eran obra de esta pandilla. Los muchachos, jóvenes y viejos, hicieron parte de esta clase de vida. Tenían muchos “patrocinadores” y también lo que llaman “mandamases”. Esta banda tenía sobre todo a irlandeses, y a chicos polacos y muy pocos judíos. Ellos acostumbraban atacar camiones y vender las cosas en la Calle Maxwell. También robaban autos y despojaban los autos de sus neumáticos y se metían en las tiendas y las desvalijaban de mercancías. El dinero les llegaba fácil a estos muchachos. Todo parecía color de rosa para las madres y padres, hermanas y hermanos, a quienes no les importaba cómo uno o muchos de los hermanos estaban haciendo todo el dinero que entraba en la familia. Los pequeños quedaban impresionados por estos grandulones y se hacían a la idea de que

robar era una manera fácil y color de rosa de hacer mucho billete. Esto es algo sobre el *vecindario* que viví durante mi infancia.

Caso No. 2.— En mi vecindario las casas están muy densamente situadas. Si no fuera por el campo de juegos un poco alejado, los muchachos del vecindario no tendrían un lugar para la recreación. Los callejones no están pavimentados. Están mugrientos y sucios. Cada vez que la gente desea echar sus cenizas o basura, simplemente caminan al porche trasero y la lanzan, esparciéndola sobre techos bajos y patios. Algunos de los bordes de las aceras están deshechos y necesitan arreglo a todo lo largo de la calle. La gente tiene que pagar muchos impuestos. Cada vez que hay una ampliación de las calles o arreglo de algo, los propietarios encuentran una gran factura en su buzón. Esta gente es pobre. Es una vecindad pobre, y son los chicos jóvenes quienes llaman al diablo en el vecindario. Conozco chicos que esperan a los *vendedores ambulantes* en callejones y, mientras el conductor está al frente, roban sus bananos. Algunos muchachos seguirán a un vendedor ambulante hasta que lo atrapan en alguna calle solitaria. Algunas veces los chicos podrían tener un auto Ford, uno de ellos saltaría sobre el vagón, empieza a tirar cajas de frutas fuera y a ponerlas luego en el auto y emprender la carrera.

Un amigo mío vino a verme una noche en su automóvil, dejándolo fuera de mi casa. Entró para hablar y charlamos por un buen rato. Cuando por casualidad miró afuera por la ventana y vio que su automóvil no estaba. Salimos corriendo y cerca de una cuadra más allá vimos a un montón de chicos, alrededor de seis en número, empujando el vehículo hacia un callejón. Iban a desvalijarlo. No tenían más de diez o doce años. Cuando me vieron acercarme les dije que no debían tocar ningún auto en frente de mi casa, y contestaron que ellos pensaron que era de algún extraño que vino a ver a la gente del piso de arriba.

Muchas veces me levantaría en la mañana, saliendo por detrás hacia el callejón y encontraría un auto desvalijado. Los muchachos *arrancaban* los neumáticos —quitaban las baterías, cárter, carburador. Dejaban únicamente el armazón y los guardabarros y *algunas veces* hasta arrancaban los guardabarros. A un amigo mío lo mataron tratando de arrancar un foco Lorraine de un auto a plena luz del día...

Cada vez que los muchachos de la cuarentaidós salen y roban, siempre pueden *vender* su botín en la vecindad. Por ejemplo, un abrigo que han robado y que puede costar \$25, lo venderían por cinco *dólares*. Vestidos de \$10 y \$15, los venderían por \$3-\$5. Si un compañero está siendo *perseguido* por el policía, siempre puede meterse en la casa de cualquiera en el vecindario y lo ocultarían

y lo protegerían. No se atreverían a denunciarlo. Conozco algunos tipos que robaron una carga entera de cortadoras de césped y limpiadoras de alfombras que le costarían a cualquiera \$60 en un almacén. La pandilla de la cuarentaidós las vendería por \$15 la pieza. Otra vez empujaron un camión detrás de mi casa y tenían una gran cantidad de vestidos. Eran cuatro muchachos y cada uno tomó una carga en sus brazos y uno se fue a un lado de la calle, otro tomó un callejón, otro otra calle y vendieron los vestidos. Después de que habían vendido todos los vestidos, contarían su dinero, verificarían, quizás alguna gente no pudo pagarle todo al compañero ahí mismo. Pagarían la semana siguiente y ellos siempre reunirían su dinero. Algunos compañeros a lo mejor tenían chicas, guardarían un abrigo o algunos vestidos y se los darían a sus chicas. No se haría ninguna pregunta. Ellas simplemente tomaban las cosas y las traían a casa y se las pondrían, y si alguna vez les preguntaban dónde las consiguió, no se atreverían a decir. Porque si lo hicieran, el tipo que se los dio a ella la descubriría y nunca más saldría con ella y los otros compañeros de la cuarentaidós tampoco saldrían con ella porque *sospecharían* que si la chica le diría a su amiga donde consiguió los vestidos, pues le diría incluso a los *polis* si fuera interrogada por ellos. Por esta razón las chicas de la cuarentaidós nunca dicen nada a nadie sobre nada.

Hay compañeros de la cuarentaidós que aguardan en pasillos oscuros a que un hombre lo atraviese. Tal vez un montón de cuatro chicos lo estarían esperando cuando el hombre lo cruzaba. Uno pondría sus brazos alrededor del cuello de la víctima, otro *desciende en picada* hacia sus piernas, mientras otro todavía lo patearía en el estómago, toma sus objetos de valor y *lo golpea*. Si una mujer viniera hacia ellos, los tipos le arrebatarían su bolso. Siempre puede oírse en ese vecindario a alguna mujer protestando porque su bolso le ha sido arrebatado. Es una cosa fácil de hacer para los chicos, tan solo esperar en algún pasillo oscuro y cuando una dama viene, arrebatar el bolso y correr a través del pasillo hacia el callejón y alejarse. Si los cuarentaidós descubren que hay alcohol o whiskey en una farmacia, la asaltan y lo agarran. Porque en ese vecindario, gran cantidad de farmacias tenían whiskey en el sótano. Tenían la farmacia solo para un ciego, pero ese era realmente un lugar donde vendían alcohol ilegal. Si un tipo salía de allí con una botella en una bolsa, pensarías que se trataba de una receta que le ha dado el doctor. Hay abundantes metederos de cerveza en el vecindario y todos están siendo dirigidos por algún miembro de la cuarentaidós, ya que ese era su nuevo negocio sucio en 1928.

Alguna gente piensa que la pandilla de la cuarentaidós no tiene agallas. ¡Qué va!, tres o cuatro compañeros nuestros se meterían en tropel a un auto, irían a ciertos vecindarios, y allí iríamos hasta un almacén de ropa, cogeríamos un tablón que tendríamos en el carro y lo lanzaríamos a través de la puerta. Lo

llamaríamos “estrellar un metedero”. Mientras la alarma antirrobo está sonando, todos nosotros cogéramos una brazada de vestidos, los pondríamos en el auto y a escurrirse. Es solo cuestión de pocos minutos. Los venderíamos a nuestros amigos o a un reducidor por un tercio de su precio. Si no teníamos amigos, los venderíamos a la gente del vecindario por un cuarto de su valor. Así es cómo la pandilla de la cuarentaidós se deshace de sus “cosas calientes”.

La diferente clase de gente de nuestro vecindario ahora son casi todos mejicanos y negros. Los mejicanos no son tan mala gente para llevarse bien aunque pelearán constantemente con los italianos, pero el negro es odiado por la gente blanca. Una noche la pandilla de la cuarentaidós cogió unas pistolas y vació un edificio de apartamentos, yendo allí cerca de la medianoche y echando bala sacó a los *niggers* [negracos] de la cama. Ocho familias se mudaron en una noche. A la mañana siguiente todo el mundo se había ido del edificio. Ahora está *remodelado* y allí vive toda gente blanca. Los de la cuarentaidós se ubican muy densamente alrededor de todo el vecindario. Su lugar de reunión está en Taylor y Halsted.

Los tipos viejos de la pandilla son los “mandamases” en el vecindario. Cada niño pequeño trata de entrar en la pandilla y ser un mandamás. *Robar* es lo principal para conseguir “estar de buen lado” con los tipos poderosos.

Caso No. 3.— Hasta donde puedo acordarme fue cuando tenía alrededor de cinco años de edad y vivíamos en las Calles M y W en Chicago. Nuestra familia era muy pobre y mi padre tenía que mantener un hogar para ocho hijos y mi madre con \$20 a la semana que ganaba en una fábrica. Vivíamos en cuatro habitaciones en un sótano en un viejo edificio a una cuadra del río y las carrileras. Al lado de nuestra casa había una bodega y en la parte trasera había un establo para caballos de una compañía de entregas. El vecindario era viejo y lleno de todas clases de gente. Mi padre decía que el vecindario era bueno cuando él llegó aquí, pero que vinieron los mejicanos y los negracos y todo cambió. Unos negracos y una familia india vivían al lado de nosotros y nos peleábamos con ellos todo el tiempo porque a nosotros no nos gustaban los negracos. Los muchachos romperían sus ventanas, gritarían en sus puertas y arrojarían latas dentro de su casa. Ellos abrirían su puerta y nos gritarían que paráramos, pero les diríamos que se fueran al infierno, o algo así. Luego ellos llamarían a la policía y cuando llegaban nos dispersaríamos escapando por callejones y pasillos. Nos la pasábamos siempre haciendo bromas, basureando y robando desde la mañana a la noche.

Cogeríamos algunas botellas de leche en frente de la tienda de comestibles y las romperíamos en el porche de alguien. Entonces romperíamos ventanas o agarraríamos algunos botes de basura y los arrojaríamos en las escaleras

delanteras de alguien. Después de hacer este trabajo sucio, y corriendo a través de callejones y patios, iríamos a una tienda de comestibles. Allí algunos de los chicos se esconderían en un corredor mientras yo me haría con una canasta de uvas. Cuando el hombre venía detrás de mí, pues los chicos saltaban de sus lugares y cada uno cogía una canasta de uvas. Mientras tanto, si mi canasta de uvas era para mí un obstáculo para escurrirme, la arrojaría lejos. El tendero por coger sus uvas abandonaría la persecución, pero al regresar a la tienda, descubriría que faltaban cerca de diez canastas de uvas. *Maldeciría* el día en que cayó en el viejo, viejo truco. Muchas veces me devolvería otra vez y llegaría a la tienda antes que su encargado, solo para ver las expresiones de su rostro. Cuando *ha* visto todas las cosas faltantes que los otros chicos habían tomado, algunas veces me descubriría y perseguiría, pero eso era como una tortuga tratando de atrapar un conejo porque yo era considerado el chico más veloz del vecindario. Mientras tanto los otros chicos habían ido a nuestro sitio de reunión y todos nos encontraríamos allí. Mientras nos comíamos las uvas, hablaríamos del tendero y del truco que le jugamos. “Digan, chicos, ¿no fue ésa una fácil y no tienen estas uvas buen sabor? Estoy considerando seriamente ir y comprar un poco más”. Había doce y quince chicos en la pandilla y si no era cogiendo uvas, estaríamos sacando pasteles de la panadería metiendo largas varas con clavos pegados al extremo y pasándolas a través de las ventanas. Pegaríamos los pasteles y los jalaríamos y nos los comeríamos justo allí en frente de la pastelería. Algunas veces golpearíamos la puerta principal. El hombre saldría y nos perseguiría, mientras los otros chicos irían a la parte trasera de la panadería y se llevarían una gran cantidad de pasteles y tortas. Luego, nos subiríamos a las gradas de la puerta al otro lado de la calle y nos comeríamos las cosas delante del panadero.

Algunas veces, la pandilla entera asaltaría un vagón de chatarra, un carro del vendedor de fruta, o un *puesto de periódicos*. Hacíamos de todo en la pandilla, cualquier cosa por la emoción y la excitación. Puedo decir honestamente que nunca fuimos a casa a menos que hubiéramos tenido algún tipo de emoción, verano o invierno.

No puedo recordar cuándo empecé a robar por primera vez. Fue tan pronto como empecé a jugar en las calles y callejones con mi hermano mayor y sus compinches. Ellos robaban chatarra, tuberías de plomo de edificios en la vecindad, robando tiendas, desvalijando carros y violentando a borrachos. Nos meteríamos en un edificio y cortábamos las tuberías y las arrastramos a nuestro sitio de reunión o a un patio trasero. Cuando teníamos una gran pila se la venderíamos al chatarrero y luego esa noche quizás *entraríamos* a su cobertizo y a robarla de vuelta y vendérsela a otro negociante.

Un día nos capturaron a todos cortando tuberías de plomo en un edificio. Eso fue cuando tenía alrededor de nueve años. Fuimos a la comisaría y allí admití el robo. Me hice responsable porque era muy pequeño y pensé que me darían una sentencia corta y a los otros compañeros los dejarían libres. Pero mi hermano fue enviado a San Carlos y los otros dos compañeros fueron al Hogar Correccional por seis meses, mientras yo fui enviado al Cook County School for Boys [escuela para varones del condado de Cook]. Fui recluido en la del Condado de Cook en junio 1. Me quedé allí hasta agosto 18 y fui dejado en libertad condicional.

Llegando a casa volví a caer en la vieja banda y nos fuimos otra vez a romper ventanas y robar. Hasta que una noche tres muchachos y yo hablamos de robar la Escuela____. Lo hicimos. Trepamos por el pequeño tejado, otro muchacho y yo, dejando a dos muchachos afuera para darnos avisos y si alguien viniera ellos debían silbar, así que procedimos a entrar en la escuela. Fuimos directo a la oficina. Allí cogimos algunos lápices y plumas de oro. Algunos anillos y muchísimas otras cosas. Luego volvimos dando un rodeo por todas las aulas, y cuando terminamos salimos al tejado para encontrarnos con los otros chicos. Cuando llegamos al tejado, oímos un silbido que se suponía que era nuestra señal de que alguien estaba viniendo. Los otros muchachos conmigo entraron corriendo en la escuela mientras yo corría por el filo del tejado. Me incliné justo cuando sonó un disparo de revólver y oí el silbido de la bala pasar por encima de mi cabeza. Volví corriendo hacia el otro extremo del tejado y *salté*. Luego corrí a través del patio de la escuela y hacia la calle. Pensé que estaba a salvo pero cuando me di la vuelta, un detective estaba justo detrás de mí. Gritó para que me detuviera, pero seguí corriendo y me disparó –una, dos, tres veces. Una y otra vez –cinco tiros–. Me escurrí por un callejón y salté sobre una cerca y me eché al suelo. Durante media hora. Me eché allí por media hora y luego me levanté, miré por encima de la tapia y vi al detective a dos cuadras de distancia y me escabullí hacia casa. Tan pronto como llegué a casa me fui a la cama. Mientras tanto dos de los chicos que nos estaban dando aviso fueron atrapados y nos *soplaron*. Vinieron a mi casa y me sacaron de la cama y me llevaron a la comisaría de la Avenida Hudson. Allí volví a admitir mi robo. Fui llevado a la Escuela del Condado de Cook por segunda vez. Permanecí allí cuatro semanas y luego me enviaron a casa de visita para Navidades. Fui a casa pero no volví a la escuela hasta que fui atrapado por mi oficial de libertad condicional y fui devuelto allí por tercera vez. Serví hasta el 10 de marzo, seis semanas, y luego me dejaron en libertad condicional.

Cuando regresé a casa, empecé a tumbar borrachos, asaltando y robando en tiendas con los compañeros en la vecindad. Había alrededor de doce tipos en la pandilla y nos repartimos en pequeños grupos para ir a robar. No había día en

que alguien no fuera pinchado. En esa vecindad no piensas nada de nada sobre un arresto. Muchas veces fui arrestado y puesto en la comisaría. A los doce años fui pillado y llevado a la Juvenil. Esa vez fui recluso en San Carlos donde me quedé por casi dos años.

Cuando salí regresé a casa y luego me metí en el pillaje de autos y finalmente aterricé en Pontiac⁴⁸. Me enviaron aquí por un delito de auto.

Como ves yo empecé por caer con los otros tipos que robaban alrededor de mi casa. Empecé cuando tenía solamente siete años y no podía abandonar. Mi familia era pobre y por eso no intentaron impedir que nosotros los muchachos robáramos. Mi hermano está pagando tiempo en Joliet⁴⁹ y empezó como yo, con otros chicos. Cuando yo tenía ocho o nueve salía a robar con grandulones de unos veinte años. No le ponía bolas a eso de robar, excepto para tener emoción, por dinero fácil y para estar con mis amigos.

Los materiales precedentes sirven para llamar la atención sobre algunas de las características más importantes de la situación de la comunidad en la que vivió Sidney. En su detallada historia de vida, que se presenta en los capítulos subsiguientes, se sugiere la manera en que esta situación contribuyó al desarrollo de sus actitudes y conducta delincuenciales.

⁴⁸ [N.T. Aquí se haría alusión a la Illinois Boys Reformatory School, o escuela correccional para niños de Illinois, un reformatorio localizado en la población de Pontiac, Estado de Illinois, que empezó a albergar a jóvenes delincuentes desde su apertura en 1871.]

⁴⁹ [N.T. La cárcel de la ciudad de Joliet, Illinois, o centro correccional de Joliet, recibió reclusos desde el año 1858. La institución fue clausurada en 2002.]

Clifford R. Shaw

CAPÍTULO III

COMPAÑEROS EN LA DELINCUENCIA

Como se indicaba en el capítulo previo, más del 15 por ciento de los varones de diez a veintiún años de edad que viven en las cercanías de la casa de Sidney son aprehendidos cada año como presuntos delincuentes. En vista de esta tasa sumamente alta de delincuencia, no sorprende que Sidney, a una edad muy temprana, tuviera numerosos contactos con delincuentes y criminales. A la edad de seis años y medio se asoció con un pequeño grupo de jóvenes delincuentes que vivían todos en un radio de dos cuadras de su casa. Estos compañeros eran de uno a cinco años mayores que Sidney. Cuatro miembros del grupo ya tenían antecedentes en el Tribunal de Menores cuando Sidney tuvo su primer contacto con ellos. Robar en tiendas, el tipo de delito en el que se especializaban, era una tradición establecida del grupo que había sido transferida a los compañeros de Sidney por muchachos mayores quienes, en el momento del primer contacto de Sidney con la pandilla, estaban cumpliendo sentencias en instituciones correccionales para delincuentes mayores y criminales adultos.

Un cuadro de las actividades delincuenciales de esta primera cuadrilla a la que perteneció Sidney, y en la que se produjeron sus primeros delitos, se presenta en los siguientes registros oficiales de los miembros del grupo. Con el fin de mostrar la manera en que se transmitieron patrones delincuenciales a través de la pandilla, se exponen dichos registros oficiales en secuencia cronológica, procediendo del miembro mayor al miembro menor del grupo. Al estudiar estos registros, el lector advertirá hasta qué punto cada miembro del grupo estuvo involucrado en la delincuencia antes de que Sidney tuviera su primer contacto con él.

LA PRIMERA PANDILLA DE SIDNEY

El miembro de la pandilla de más edad era Reuben Silver, cuatro años y seis meses mayor que Sidney, y quien vivía a pocas puertas de la vivienda de éste. Reuben era el mayor en una familia de cinco hijos. No había desorganización familiar en este caso y los padres ejercían una supervisión muy cercana sobre sus niños. Según los exámenes psicológicos aplicados cuando tenía catorce años de edad, Reuben tenía un cociente de inteligencia de .98, lo que lo sitúa en el grupo que tiene una inteligencia promedio.

REGISTRO OFICIAL DE REUBEN SILVER

1. Nueve años, dos meses:
Implicado con Joseph Kratz (8 años, 11 meses) y un compañero mayor bajo la acusación de pequeño hurto en la vecindad. Los tres chicos fueron retenidos en el Hogar de Detención de Menores y más tarde puestos en libertad y entregados a sus padres.
2. Once años, once meses:
Arrestado con dos chicos de 15 años de edad en el acto de robar un almacén en el Loop. Puestos en el Hogar de Detención y más tarde liberados y entregados a sus padres.
3. Doce años, un mes:
Apareció ante el Tribunal de Menores con los mismos dos compañeros; fue acusado de absentismo del hogar y de la escuela, de robo con allanamiento y hurto en tiendas. Fue liberado para vivir en casa bajo la supervisión del oficial de libertad condicional. Los dos compañeros mayores fueron remitidos a la Escuela de Chicago y del Condado de Cook.
4. Doce años, diez meses:
Apareció ante el Tribunal de Menores con los mismos compañeros bajo la acusación de robo en grandes almacenes en el Loop. Fue puesto bajo la supervisión de un oficial de libertad condicional. Los dos compañeros fueron remitidos a la Escuela San Carlos para Menores.
5. Trece años, ocho meses:
Arrestado en el Almacén de Kresge en el Loop en el acto de extraer una cartera. Estaba en compañía de otro muchacho. Puesto bajo la supervisión del oficial de libertad condicional.
6. Catorce años, diez meses:
Arrestado con *Sidney Blotzman* (10 años, 4 meses), Tommy Sorto (12 años, 11 meses) e Israel Rathers (11 años, 5 meses) bajo la acusación de absentismo del

hogar y de la escuela, pequeños hurtos en la vecindad, robo en almacenes en el Loop, y destrozo de una máquina tragamonedas en la plataforma elevada. Enviado a la Escuela San Carlos para Menores.

7. Diecisiete años, siete meses:

Arrestado bajo la acusación de hurto de mercancía en grandes almacenes. Enviado a la Casa Correccional.

El segundo miembro de la pandilla de más edad era Joseph Kratz, cuatro años y tres meses mayor que Sidney. Joseph era el mayor de una familia de cuatro hijos. Su familia se desorganizó a raíz de la muerte del padre, cuando Joseph tenía ocho años. Después de la muerte del progenitor la madre se empleó fuera del hogar.

Joseph fue tal vez el compañero más íntimo de Sidney durante su temprana niñez. Antes de entrar en contacto con Sidney, Joseph había sido arrestado tres veces por acusaciones de robo, y ya había pasado seis meses en la Escuela Correccional de Chicago por ausentismo escolar.

De acuerdo con las pruebas psicológicas, a los trece años de edad Joseph tenía un cociente de inteligencia de 1.04, lo que lo sitúa en el grupo que posee un alto promedio de inteligencia.

REGISTRO OFICIAL DE JOSEPH KRATZ

1. Ocho años, once meses:

Arrestado bajo la acusación de pequeño hurto en la vecindad. Implicado con Reuben Silver (9 años, 2 meses) y otro compañero de más edad. Los tres chicos fueron retenidos en el Hogar de Detención de Menores y más tarde liberados y entregados a sus padres.

2. Diez años, cinco meses:

Arrestado bajo la acusación de robo en almacenes en el Loop. Implicado con un compañero mayor. Llevado ante el Tribunal de Menores, Joseph fue puesto bajo la supervisión de un oficial de libertad condicional. Su compañero fue enviado a la Escuela San Carlos para Menores.

3. Once años, un mes:

Arrestado en el acto de robar en un gran almacén en el Loop. Implicado con Max Izen (10 años, 8 meses). Ambos muchachos fueron enviados a la Escuela Correccional de Chicago.

4. Once años, siete meses:

Liberado de la Escuela Correccional de Chicago.

5. Once años, ocho meses:

Arrestado mientras robaba en el gran almacén Fair en el Loop. Estaba en compañía de Israel Rathers (8 años, 6 meses) y *Sidney Blotzman* (7 años, 5 meses) en el momento del arresto. Fueron entregados a la policía y retenidos en la comisaría hasta ser liberados y devueltos a sus padres.

6. Once años, nueve meses:

Arrestado en el acto de robar en un gran almacén en el Loop. Estaba en compañía de Sam Leben (10 años, 7 meses), Max Izen (11 años, 4 meses) y *Sidney Blotzman* (7 años, 6 meses). Retenido en la comisaría y más tarde liberado y entregado a sus padres.

7. Doce años:

Arrestado mientras robaba en una tienda con Max Izen (11 años, 7 meses) y *Sidney Blotzman* (7 años, 9 meses). Los chicos fueron puestos en el Hogar de Detención y más tarde liberados bajo la supervisión de un oficial de libertad condicional.

8. Doce años, un mes:

Arrestado y llevado ante el tribunal bajo la acusación de robo con allanamiento. Implicado con Sam Leben (10 años, 11 meses) y *Sidney Blotzman* (7 años, 10 meses). Puesto en libertad condicional.

9. Doce años, dos meses:

Arrestado en el acto de robar en un almacén. Estaba en compañía de Max Izen (11 años, 9 meses) y *Sidney Blotzman* (7 años, 11 meses). Puesto en el Hogar de Detención y más tarde entregado a sus padres bajo la supervisión de un oficial de libertad condicional.

10. Dieciséis años, dos meses:

Arrestado con Sam Leben (15 años) bajo la acusación de hurto de automóviles. Encerrado en la Escuela San Carlos para Menores.

11. Diecisiete años, dos meses:

Puesto en libertad condicional de la Escuela San Carlos para Menores.

12. Dieciocho años, cuatro meses:

Arrestado bajo la acusación de hurto de mercancías de un gran almacén en el Loop. Llevado ante el Tribunal de Menores y puesto en libertad condicional para adultos.

13. Diecinueve años, siete meses:

Arrestado bajo la acusación de robo de mercancías de un camión. Implicado con dos compañeros adultos. Puesto nuevamente en libertad condicional para adultos.

14. Diecinueve años, siete meses:

Arrestado bajo la acusación de hurto de automóviles. Estaba en compañía de Max Izen (19 años, 2 meses).

15. Veintiún años:

Arrestado en compañía de San Leben (19 años, 10 meses); acusado de robo de automóviles.

16. Veintiún años, cinco meses:

Se involucró en el fraude de contrabando y fue asesinado por un gánster rival.

Otro miembro de la primera pandilla de Sidney era Max Izen, tres años y diez meses mayor que éste. Max y su hermano mayor habían sido arrestados en numerosas ocasiones, acusados de absentismo del hogar, pequeño hurto y robo en tiendas. En este caso se trataba de una familia desorganizada en razón de la enfermedad de la madre, que había sido puesta en un sanatorio para tuberculosos cuando Max tenía ocho años. El padre, carpintero, trabajaba de modo irregular, era un bebedor excesivo y muy abusivo con los niños. Muchas veces abandonó a la familia y en una ocasión fue encerrado en la Chicago House of Correction [casa correccional de Chicago] acusado de crueldad hacia su esposa e hijos.

Max era el segundo de una familia de ocho hijos. Su hermano, tres años mayor que Max, era un delincuente habitual que había estado comprometido en varios casos de pequeños hurtos, robo de carteras, hurto en almacenes y robo con allanamiento. Según pruebas psicológicas, a los doce años de edad Max tenía un cociente de inteligencia de .98, lo que lo sitúa en el grupo que posee una inteligencia media.

REGISTRO OFICIAL DE MAX IZEN

1. Ocho años, diez meses:

Arrestado con su hermano; acusado de absentismo del hogar y pequeño hurto. Puesto en el Hogar de Detención y más tarde liberado y entregado al padre.

2. Nueve años, ocho meses:

Arrestado con su hermano bajo la acusación de pequeño hurto y absentismo del hogar. Puesto en el Hogar de Detención y más tarde liberado y entregado al padre bajo la supervisión de un oficial de libertad condicional.

3. Diez años, tres meses:

Arrestado en el Almacén Boston en posesión de mercancía robada. Estaba en compañía de otros dos chicos. Retenido durante una noche en el Hogar de Detención y liberado y entregado al padre.

4. Diez años, ocho meses:

- Arrestado en el acto de robar en un gran almacén en el Loop. Involucrado con Joseph Kratz (11 años, 1 mes). Ambos chicos son reclusos en la Escuela Correccional de Chicago.
5. Once años, cuatro meses:
Arrestado en el acto de robar en un gran almacén en el Loop. Estaba en compañía de Joseph Kratz (11 años, 9 meses), Sam Leben (10 años, 7 meses), y *Sidney Blotzman* (7 años, 6 meses). Retenido en la comisaría y más tarde liberado y entregado a los padres.
6. Once años, siete meses:
Arrestado mientras robaba en una tienda con Joseph Kratz (12 años) y *Sidney Blotzman* (7 años, 11 meses). Puesto en Hogar de Detención y más tarde liberado y entregado a los padres.
7. Once años, nueve meses:
Arrestado en el acto de robar en una tienda. Estaba en compañía de Joseph Kratz (12 años, 2 meses) y *Sidney Blotzman* (7 años, 11 meses). Puesto en el Hogar de Detención y más tarde liberado y entregado a los padres bajo la supervisión de un oficial de libertad condicional.
8. Trece años, cinco meses:
Arrestado con su hermano mayor y con Sam Leben (12 años, 8 meses); acusado de allanar dos casas y hurtar catorce dólares en una y tres dólares y veinticinco centavos en la segunda. Puesto en el Hogar para Niños Dependientes.
9. Catorce años:
Robó diez dólares y escapó del Hogar para Niños Dependientes.
10. Catorce años, dos meses:
Recogido como fugitivo y llevado ante el tribunal. Liberado para vivir en su hogar bajo la supervisión de un oficial de libertad condicional.
11. Catorce años, cuatro meses:
Se presentó ante el tribunal al expirar el período de supervisión. En vista de que su registro bajo supervisión no fue satisfactorio, continuó bajo libertad condicional por tres meses.
12. Catorce años, cinco meses:
Llevado ante el tribunal en compañía de su hermano y de Sam Leben (13 años, 8 meses); es acusado de arrebatarle la cartera a una dama. Continuó bajo supervisión.
13. Catorce años, seis meses:
Arrestado en compañía de Sam Leben (13 años, 9 meses); acusado por robo de mercancía en grandes almacenes en el Loop. Liberado para vivir en casa bajo la supervisión de un oficial de libertad condicional.
14. Catorce años, siete meses:

Arrestado en compañía de Sam Leben (13 años, 10 meses) bajo la acusación de hurto en tiendas. Ambos chicos fueron recluidos en la Escuela de Chicago y del Condado de Cook.

15. Catorce años, siete meses y medio:

Liberado de la Escuela de Chicago y del Condado de Cook.

16. Catorce años, once meses:

Arrestado bajo la acusación de pequeño hurto y robo en tiendas. Puesto en el Hogar de Detención y más tarde liberado y entregado a sus padres.

17. Quince años, siete meses:

Arrestado bajo la acusación de hurto en grandes almacenes en el Loop. Retenido en la comisaría y más tarde liberado y entregado a sus padres.

18. Dieciséis años, cinco meses:

Max y otros dos chicos fueron arrestados bajo la acusación de hurto en el Almacén Boston. Max fue enviado a la Escuela de Chicago y del Condado de Cook. Los otros muchachos fueron puestos bajo supervisión.

19. Dieciséis años, siete meses:

Escapó de la Escuela de Chicago y del Condado de Cook.

20. Dieciséis años, nueve meses:

Max y otros cuatro chicos fueron llevados ante el tribunal con la acusación de irrumpir en un garaje y robar un automóvil. Max es enviado a la Escuela San Carlos para Menores y los otros son puestos bajo supervisión.

21. Dieciocho años, tres meses:

Puesto en libertad condicional de la Escuela San Carlos para Menores.

22. Diecinueve años, dos meses:

Arrestado bajo la acusación de robo de automóviles. Estaba en compañía de Joseph Kratz (19 años, 7 meses). Recluido en la Casa Correccional por un año.

Otro miembro de la primera pandilla con la que se identificaba Sidney era Sam Leben, tres años y un mes mayor que éste. Sam era el menor en una familia de cinco hijos. Tres meses antes del nacimiento de Sam su padre murió y la madre se vio forzada a buscar empleo fuera del hogar. En distintos momentos de la infancia de Sam la familia dependió de la caridad.

Según pruebas psicológicas, cuando Sam tenía trece años de edad mostraba un cociente de inteligencia de .76, lo que lo sitúa en la frontera de la clasificación de deficiencia mental.

REGISTRO OFICIAL DE SAM LEBEN

1. Diez años, siete meses:

- Arrestado en el acto de robar en un gran almacén en el Loop. Retenido en la comisaría y más tarde liberado y entregado a la madre. En compañía de Joseph Kratz (11 años, 6 meses), Max Izen (11 años, 4 meses) y *Sidney Blotzman* (7 años, 6 meses).
2. Diez años, ocho meses:
Involucrado con Israel Rathers (8 años, 8 meses) bajo la acusación de hurto en almacenes. Puesto en el Hogar de Detención y más tarde liberado y entregado a los padres.
 3. Diez años, once meses:
Arrestado y llevado ante el tribunal bajo la acusación de robo con allanamiento. Implicado con Joseph Kratz (12 años, 1 mes) y *Sidney Blotzman* (7 años, 10 meses). Los chicos fueron puestos en el Hogar de Detención y más tarde liberados bajo la supervisión de un oficial de libertad condicional.
 4. Doce años, ocho meses:
Robo con allanamiento en dos residencias con Max Izen (13 años, 5 meses). Ambos chicos fueron puestos en el Hogar de Detención y más tarde liberados y entregados a sus padres.
 5. Trece años, ocho meses:
Llevado ante el tribunal con Max Izen (14 años, 5 meses). Acusado de robar carteras. Puesto bajo la supervisión especial de un oficial de libertad condicional.
 6. Trece años, nueve meses:
Arrestado en el acto de robar en un gran almacén en el Loop. Involucrado con Max Izen (14 años, 6 meses). Puesto en el Hogar de Detención y más tarde liberado y entregado a sus padres bajo la supervisión de un oficial de libertad condicional.
 7. Trece años, diez meses:
Ante el tribunal con Max Izen (14 años, 7 meses); acusado de robar en tiendas y escaparse del hogar. Sam y Max fueron enviados a la Escuela de Chicago y del Condado de Cook.
 8. Catorce años, cuatro meses:
Puesto en libertad de la Escuela de Chicago y del Condado de Cook.
 9. Catorce años, cuatro meses:
Arrestado en compañía de dos adultos bajo la acusación de robo en almacenes en el Loop. Puesto en libertad condicional.
 10. Catorce años, cinco meses:
Arrestado con otro chico mientras robaba en un gran almacén en el Loop. Recluido en la Escuela San Carlos para Menores.
 11. Quince años:

Arrestado con Joseph Kratz (16 años, 2 meses) bajo la acusación de hurto de automóviles. Recluido en la Escuela San Carlos para Menores.

12. Quince años, ocho meses:

En libertad condicional de la Escuela San Carlos para Menores.

13. Diecisiete años, siete meses:

Arrestado con un adulto bajo la acusación de robo con allanamiento y recluido en la Casa Correccional.

14. Dieciocho años, siete meses:

Liberado de la Casa Correccional.

15. Diecinueve años, diez meses:

Arrestado en compañía de Joseph Kratz (21 años); acusado de robo de automóviles. Recluido nuevamente en la Casa Correccional.

16. Veinte años, cuatro meses:

Liberado de la Casa Correccional.

17. Veinte años, ocho meses:

Arrestado con un adulto bajo la acusación de asalto con arma de fuego y recluido en la Casa Correccional.

18. Veintiún años, ocho meses:

Arrestado bajo la acusación de robo con allanamiento y hurto de automóviles. Involucrado con un compañero. Recluido en el State Reformatory [reformatorio estatal] en Pontiac.

El primer miembro de la pandilla con el que Sidney tuvo contacto fue Israel Rathers, un año mayor que Sidney. No hay desorganización familiar en este caso. Según las pruebas psicológicas, Israel tenía un cociente de inteligencia de 1.05, lo que lo sitúa en el grupo que posee un alto promedio de inteligencia. Israel no fue solamente el primer miembro de la pandilla que influenció a Sidney, sino que probablemente fue a través suyo que Sidney se asoció con la pandilla.

REGISTRO OFICIAL DE ISRAEL RATHERS

1. Ocho años, seis meses:

Arrestado mientras robaba en el Gran Almacén Fair en el Loop. Estaba en compañía de Joseph Kratz (11 años, 8 meses) y *Sidney Blotzman* (7 años, 5 meses) en el momento del arresto. Entregado a la policía y retenido en la comisaría hasta ser entregado a los padres.

2. Ocho años, ocho meses:

- Arrestado bajo la acusación de robo en almacenes. Implicado con Sam Leben (10 años, 8 meses). Puesto en el Hogar de Detención y más tarde liberado y entregado a los padres.
3. Ocho años, once meses:
Llevado ante el tribunal por una petición que invocaba absentismo escolar. Liberado para vivir en el hogar bajo la supervisión de un oficial de faltas.
 4. Nueve años, seis meses:
Llevado nuevamente ante el tribunal por una petición que invocaba absentismo escolar. Confinado en la Escuela Correccional de Chicago.
 5. Diez años, ocho meses:
Liberado de la Escuela Correccional de Chicago.
 6. Once años, cinco meses:
Arrestado bajo la acusación de robo en almacenes. Implicado con Reuben Silver (14 años, 10 meses). Recluido en la Escuela de Chicago y del Condado de Cook.
 7. Once años, ocho meses:
Escapó de la Escuela de Chicago y del Condado de Cook.
 8. Catorce años, cinco meses:
Arrestado bajo la acusación de robo con allanamiento. Implicado con un compañero. Enviado a la Escuela San Carlos para Menores.
 9. Dieciséis años:
En libertad condicional de la Escuela San Carlos para Menores.
 10. Diecisiete años, dos meses:
Israel y dos compañeros “robaron el equivalente a \$200 en mercancías de un maletero”. Llevados ante el Tribunal de Menores y puestos en libertad condicional para adultos.
 11. Diecisiete años, seis meses:
Con un compañero allanaron y robaron en una tienda. Puestos en libertad condicional para adultos.
 12. Dieciocho años, cuatro meses:
Asalto en la oficina de una compañía de lácteos. Implicado con dos compañeros. Israel es recluido en la Casa Correccional.
 13. Diecinueve años, tres meses:
Liberado de la Casa Correccional.
 14. Veinte años, siete meses:
Llevado ante el tribunal con la acusación de hurto de automóviles. Implicado con tres compañeros. Condenado a reclusión en el Reformatorio Estatal de Illinois en Pontiac.

LA SEGUNDA PANDILLA DE SIDNEY

Cuando Sidney tenía aproximadamente diez años de edad su familia se mudó a otro sector del barrio descrito en los capítulos previos. Aquí él se asoció con un grupo de chicos italianos que estaban involucrados en prácticas delictivas. Aunque se trataba de un grupo bastante grande, que incluía de doce a quince muchachos, Sidney se implicó en actividades delincuenciales con solo tres de ellos, a saber, Nick Domino, Tony Domino, y Tommy Sorto. Los siguientes registros oficiales muestran la amplia variedad de prácticas delincuenciales en las que estaba comprometida la pandilla. Es importante advertir que estos tres chicos tenían largos historiales en el Tribunal de Menores antes de que Sidney tuviera su primer contacto con ellos.

REGISTRO OFICIAL DE NICK DOMINO

1. Nueve años, un mes:

Arrestado bajo la acusación de pequeño hurto. Involucrado con su hermano Tony (10 años, 8 meses) y Tommy Sorto (9 años, 3 meses). Puesto en el Hogar de Detención y más tarde liberado y entregado al padre.

2. Nueve años, siete meses:

Arrestado bajo la acusación de robo con allanamiento. Estaba implicado con su hermano Tony (11 años, 2 meses) y Tommy Sorto (9 años, 9 meses). Retenido en el Hogar de Detención por una semana y liberado y entregado a los padres bajo la supervisión de un oficial de libertad condicional.

3. Diez años, un mes:

Llevado ante el tribunal con la acusación de absentismo del hogar y de la escuela. Recluido en la Escuela Correccional de Chicago.

4. Diez años, siete meses:

Liberado de la Escuela Correccional de Chicago.

5. Diez años, once meses:

Arrestado en compañía de su hermano Tony (12 años, 6 meses); acusado de "haber robado \$10 de una caja de dinero en una tienda de la vecindad". Puesto en libertad condicional.

6. Once años, cinco meses:

Recogido como fugitivo y puesto en el Hogar de Detención. Liberado y entregado a los padres.

7. Doce años, ocho meses:

Arrestado en el Almacén Boston mientras robaba. Estaba en compañía de *Sidney Blotzman* (10 años, 3 meses) y Tony Domino (14 años, 3 meses).

- Retenido por un día en el Hogar de Detención y después liberado y entregado a los padres.
8. Doce años, ocho meses y medio:
Arrestado en el Almacén Boston y acusado de robar en almacenes y violentar máquinas tragamonedas. Estaba en compañía de *Sidney Blotzman* (10 años, 3½ meses) y Tony Domino (14 años, 3½ meses). Recluido en la Escuela de Chicago y del Condado de Cook.
 9. Doce años, once meses y medio:
Escapó de la Escuela de Chicago y del Condado de Cook.
 10. Trece años, un mes:
Recogido como fugitivo. Había estado lejos de casa durante tres días. Llevado ante el tribunal y puesto en libertad condicional.
 11. Trece años, seis meses:
Recogido por la policía en un callejón de periódicos. Había estado fuera del hogar durante diez días. Liberado y entregado a los padres.
 12. Trece años, seis meses:
Llevado ante el tribunal como fugitivo. Al presentar el caso ante el tribunal, el oficial declaró: “Este muchacho es un truhan habitual, siempre busca el Loop, se asocia con malas compañías, llega a casa a la 1:30 cada noche, y roba de los porches. La libertad condicional no es una medida efectiva. Él ha estado en la Escuela Correccional de Chicago y en la Escuela de Chicago y del Condado de Cook”. Recluido en la Escuela de Chicago y del Condado de Cook.
 13. Trece años, ocho meses:
Escapó de la Escuela de Chicago y del Condado de Cook.
 14. Trece años, ocho meses:
Recogido por la policía como fugitivo a las 12:30 a.m. Su madre fue notificada pero se negó a recibirlo en casa. Ella dijo: “Él huyó del hogar y yo no puedo manejarlo”. Puesto en el Hogar de Detención de Menores y más tarde liberado y entregado a la madre.
 15. Trece años, diez meses:
Arrestado bajo la acusación de robar en el Gran Almacén Fair. Estaba en compañía de otros tres muchachos. Recluido en la Escuela de Chicago y del Condado de Cook.
 16. Trece años, once meses:
Escapó de la Escuela de Chicago y del Condado de Cook.
 17. Catorce años, cuatro meses:
Arrestado bajo la acusación de robo con allanamiento. “Este chico y sus dos compañeros admiten que en los últimos dos meses han allanado y robado doce o quince hogares”. Recluidos en la Escuela San Carlos para Menores.
 18. Quince años, dos meses:

Escapó de San Carlos.

19. Diecisiete años, tres meses:

Arrestado bajo la acusación de robo con allanamiento. Él y un compañero habían allanado y robado más de veinte casas. Su “método era llamar a la residencia por teléfono, luego, si nadie contestaba, forzar la entrada a través de una ventana”. Recluido en el Reformatorio Estatal en Pontiac.

20. Diecinueve años, tres meses:

En libertad condicional del Reformatorio Estatal en Pontiac.

21. Veintidós años, cuatro meses:

Arrestado bajo la acusación de robo con allanamiento. Recluido en la Casa Correccional.

REGISTRO OFICIAL DE TONY DOMINO

1. Diez años, cuatro meses:

Arrestado con otros dos chicos mayores bajo la acusación de robo con allanamiento. Puesto en el Hogar de Detención y más tarde liberado y entregado a los padres.

2. Diez años, ocho meses:

Arrestado bajo la acusación de pequeño hurto. Implicado con su hermano Nick (9 años, 1 mes) y Tommy Sorto (9 años, 3 meses).

3. Once años, un mes:

Arrestado en el acto de robar en un gran almacén en el Loop. Implicado con otros dos chicos mayores. Retenido en la comisaría y más tarde liberado y entregado a los padres.

4. Once años, dos meses:

Arrestado bajo la acusación de robo con allanamiento. Estaba implicado con su hermano Nick (9 años, 7 meses) y Tommy Sorto (9 años, 9 meses). Retenido en el Hogar de Detención durante una semana y liberado y entregado a los padres bajo la supervisión de un oficial de libertad condicional.

5. Doce años, seis meses:

Arrestado en compañía de su hermano Nick (10 años, 11 meses); acusado de “haber robado \$10 de una caja de dinero en una tienda de la vecindad”. Puesto en libertad condicional.

6. Trece años, tres meses:

Arrestado con otro chico bajo la acusación de robo con allanamiento. Llevado ante el tribunal y recluido en la Escuela de Chicago y del Condado de Cook.

7. Trece años, nueve meses:

En libertad condicional de la Escuela de Chicago y del Condado de Cook.

8. Catorce años, tres meses:

Arrestado en el Almacén Boston en el acto de robar. Estaba en compañía de su hermano Nick (12 años, 8 meses) y *Sidney Blotzman* (10 años, 3 meses). Los tres chicos fueron retenidos en el Hogar de Detención por un día y luego liberados y entregados a sus padres.

9. Catorce años, tres meses y medio:

Arrestado en el Almacén Boston acusado de robar en almacenes y violentar máquinas tragamonedas. Implicado con *Sidney Blotzman* (10 años, 3½ meses) y Nick Domino (12 años, 8½ meses). Recluido en la Escuela de Chicago y del Condado de Cook.

10. Catorce años, once meses:

Arrestado en posesión de “mercancía robada que había tomado de un gran almacén en el Loop”. Llevado ante el tribunal y recluido en la Escuela de Chicago y del Condado de Cook.

11. Quince años, cinco meses:

En libertad condicional de la Escuela de Chicago y del Condado de Cook.

12. Diecisiete años, nueve meses:

Arrestado bajo la acusación de robo con allanamiento. Implicado con dos compañeros. Llevado ante el Tribunal de Menores y recluido en la Casa Correccional.

13. Dieciocho años, ocho meses:

Liberado de la Casa Correccional.

14. Veintiún años, seis meses:

Arrestado bajo la acusación de llevar armas ocultas. Llevado ante el Tribunal de Menores y puesto en libertad condicional para adultos.

REGISTRO OFICIAL DE TOMMY SORTO

1. Nueve años, tres meses:

Arrestado bajo la acusación de pequeño hurto. Implicado con Tony Domino (10 años, 8 meses) y Nick Domino (9 años, 1 mes). Puesto en el Hogar de Detención y más tarde liberado y entregado a su hermana.

2. Nueve años, nueve meses:

Arrestado bajo la acusación de robo con allanamiento. Involucrado con Tony Domino (11 años, 2 meses) y Nick Domino (9 años, 7 meses). Retenido en el Hogar de Detención durante una semana y liberado y entregado a la hermana.

3. Once años, tres meses:

Llevado ante el tribunal bajo la acusación de absentismo del hogar y de la escuela. Recluido en la Escuela Correccional de Chicago.

4. Once años, nueve meses:

En libertad condicional de la Escuela Correccional de Chicago.

5. Doce años, seis meses:

Arrestado bajo la acusación de robo en tiendas. Implicado con otro chico. Retenido en el Hogar de Detención y más tarde liberado y entregado a su hermana bajo la supervisión de un oficial de libertad condicional.

6. Doce años, once meses:

Llevado ante el tribunal bajo la acusación de ausentarse de la escuela, robar en tiendas y violentar máquinas tragamonedas. Estaba implicado con Reuben Silver (14 años, 10 meses) y *Sidney Blotzman* (10 años, 4 meses). Tommy fue recluido en la Escuela de Chicago y del Condado de Cook.

7. Catorce años, seis meses:

En libertad condicional de la Escuela de Chicago y del Condado de Cook.

8. Dieciseis años, tres meses:

Arrestado bajo la acusación de robar en tiendas. Recluido en la Escuela San Carlos para Menores.

8. Veintiún años, un mes:

Arrestado bajo la acusación de robar en tiendas. Involucrado con un compañero. Puesto en libertad condicional para adultos.

CLUB DEPORTIVO BURNS

Cuando Sidney tenía aproximadamente quince años, su familia se trasladó del vecindario original en Near West Side. Poco después de mudarse a esta nueva vecindad, Sidney se vinculó al Club Deportivo Burns, cuya sede quedaba a solo unas pocas puertas de su casa. A través de este club entró en íntimo contacto con algunos de los delincuentes más notorios de Chicago. Aunque él no estuvo realmente implicado en las actividades delictivas de estos delincuentes adultos, su frecuente trato con ellos en el club ejerció una marcada influencia en el desarrollo de sus propias actitudes delictivas. Él tuvo sus contactos más íntimos con los miembros más jóvenes del Club, entre quienes se hallaban William Paddock, William Leggett y George Gerard. Estos chicos eran solo unos pocos meses mayores que Sidney. Fue al asociarse con ellos que él se involucró en el robo de automóviles, el asalto a mano armada y la violación.

REGISTRO OFICIAL DE WILLIAM PADDOCK

1. Once años, cuatro meses:

- Arrestado bajo la acusación de pequeño hurto. Puesto en el Hogar de Detención, y luego de haber sido retenido por unos pocos días, fue liberado y entregado a los padres.
2. Doce años, ocho meses:
Llevado ante el tribunal por una petición que alegaba absentismo escolar. Liberado bajo la supervisión de un oficial de faltas.
 3. Catorce años, un mes:
Llevado ante el tribunal por petición de absentismo escolar. Recluido en la Escuela Correccional de Chicago.
 4. Catorce años, siete meses:
En libertad condicional de la Escuela Correccional de Chicago.
 5. Quince años, cinco meses:
Arrestado con un compañero mayor “bajo la acusación de hurtar una camioneta valorada en \$275”. Llevado ante el tribunal y puesto bajo la supervisión de un oficial de libertad condicional.
 6. Quince años, once meses:
Arrestado bajo la acusación de hurto de automóviles. Implicado con *Sidney Blotzman* (15 años, 2 meses). Ambos chicos fueron llevados ante el tribunal y puestos en libertad condicional.
 7. Dieciseis años, once meses:
Arrestado bajo la acusación de hurto de automóviles, asalto a mano armada e intento de violación. Implicado con *Sidney Blotzman* (16 años, 2 meses) y William Legget (16 años, 9 meses). Llevado ante el tribunal y recluido en la Escuela San Carlos para Menores.
 8. Diecisiete años, dos meses:
Escapó de la Escuela San Carlos para Menores.
 9. Diecinueve años, cuatro meses:
Arrestado y llevado ante el Tribunal de Menores bajo la acusación de hurto de automóvil. Implicado con un compañero adulto. Puesto en libertad condicional para adultos.
 10. Veinte años, tres meses:
Arrestado y llevado ante el Tribunal de Menores bajo la acusación de robo de automóvil. Implicado con un compañero adulto. Recluido en la Casa Correccional de Chicago.

REGISTRO OFICIAL DE WILLIAM LEGGETT

1. Once años, siete meses:
Arrestado con otros cuatro chicos. Acusado de hurto de mercancía de vagones de carga. Retenido en el Hogar de Detención de Menores y más tarde liberado y entregado a los padres.

2. Doce años, once meses:
Arrestado con otros dos chicos; acusado de violentar vagones de carga. Llevado ante el tribunal y puesto bajo la supervisión especial de un oficial de libertad condicional.
3. Trece años, un mes:
Arrestado con otros cinco chicos; acusado de “cortar el cable señalizador de bloqueo del ferrocarril”. Llevado ante el tribunal y puesto en libertad condicional.
4. Trece años, cuatro meses:
Arrestado con un grupo de muchachos bajo la acusación de robo de mercancías de vagones de carga. Recluido en la Escuela San Carlos para Menores.
5. Catorce años, ocho meses:
En libertad condicional de la Escuela San Carlos para Menores.
6. Quince años, cuatro meses:
Arrestado bajo la acusación de robo con allanamiento y devuelto a San Carlos.
7. Dieciséis años, cinco meses:
En libertad condicional de San Carlos.
8. Dieciséis años, nueve meses:
Presuntamente implicado con *Sidney Blotzman* (16 años, 2 meses) y William Paddock (16 años, 11 meses) en el robo de automóvil, asalto a mano armada e intento de violación. No aprehendido.

REGISTRO OFICIAL DE GEORGE GERARD⁵⁰

1. Dieciseis años, once meses:
Arrestado bajo la acusación de asalto a mano armada y violación. Involucrado con *Sidney Blotzman* (16 años, 8 meses). Los detalles de este delito ya han sido descritos en el capítulo I. Tanto Blotzman como Gerard fueron recluidos en una institución penal estatal por un período de veinte años.

Los registros precedentes sugieren que las acciones delictivas de Sidney hacían parte de las actividades de los grupos de juego y pandillas de los que era miembro. Es claro que la delincuencia era una tradición establecida en estos grupos antes de que Sidney entrara en contacto con ellos. Por ejemplo, robar en tiendas era una práctica tradicional en la primera pandilla. Tres miembros de ese grupo habían sido arrestados y llevados repetidamente ante el tribunal bajo la

⁵⁰ Se presenta la “propia historia” de Gerard en el Apéndice II.

Clifford R. Shaw

acusación de robar en tiendas antes de que Sidney se asociara con el grupo. Es importante advertir que las primeras acciones delictivas de Sidney se confinaban en su mayor parte al robo en tiendas y, por consiguiente, estaban estrictamente de acuerdo con las actividades y tradiciones de su pandilla.

CAPÍTULO IV EL TRASFONDO FAMILIAR

La historia familiar es, en este caso, una en la que la pobreza extrema, el alcoholismo, la discordia doméstica y el abandono son características destacadas. Nunca, durante el periodo entre la primera infancia de Sidney y el momento de su encarcelamiento en el reformatorio estatal, la familia constituyó un grupo unificado, capaz de ejercer un control consistente y efectivo sobre su comportamiento. Constituye un vívido ejemplo de esa clase de familias desorganizadas y desamparadas que, bajo la implacable presión de fuerzas económicas, terminan sumergidas en los deteriorados y tugurientos distritos de la gran ciudad.

Los padres de Sidney habían nacido en Polonia de descendencia judía y emigraron a América en el momento de su matrimonio. Vivieron en Canadá durante tres años, tres años en la ciudad de Nueva York, y al final de este periodo vinieron a Chicago, estableciendo un hogar en el Gueto. Por culpa de los repetidos abandonos del padre, su empleo irregular e irresponsabilidad, la madre debió asumir las responsabilidades económicas y paternas de la familia. Durante la infancia y la niñez de Sidney la madre estuvo empleada fuera del hogar y en varias ocasiones tuvo necesidad de buscar ayuda financiera en entidades de caridad.

Padre.— Cuarenta y seis años de edad. Nacido en Polonia, emigró a los Estados Unidos a la edad de dieciséis años. Es un sastre. El trabajador social, que mantuvo estrecho contacto con la familia durante muchos años, lo describió como

un proveedor muy pobre e inclinado a evadir su responsabilidad en los momentos más cruciales. Él es extremadamente impulsivo, tiene un temperamento muy malo y un hábito de beber excesivo. Cuando está borracho es cruel con su esposa e hijos. Ha abandonado a la familia en muchas ocasiones,

a veces permaneciendo lejos durante más de un año. Ha sido arrestado por no proveer al hogar, abandonar y golpear a su esposa e hijos.

Madre.— Cuarenta y siete años. Nacida en Polonia, emigró a los Estados Unidos con su esposo. Es descrita por el trabajador social como

una muy buena ama de casa, muy interesada en sus hijos, y trabajadora. Ha hecho todo tipo de esfuerzos para atender las necesidades de sus hijos. Es algo tímida, temerosa y nerviosa. Tendiente a preocuparse. Religiosa y fiel a las tradiciones de la Sinagoga Judía Ortodoxa.

Hermanos.— Hay dos hijos en esta familia, Sidney y Abe. Una de las características del caso es que Abe, que tiene ocho años más que Sidney, es en la mayoría de los aspectos una persona modélica. Siempre ha sido comprensivo y obediente de su madre, ha asistido regularmente a la escuela y a la sinagoga, nunca ha tomado parte en actividades delictivas, ha hecho todos los esfuerzos para disuadir a Sidney de delinquir, y ha trabajado regularmente desde los doce años de edad, aportando sus ganancias a la madre. La conducta de Sidney contrasta nítidamente con la de su hermano. De hecho, sería difícil encontrar a dos hermanos cuya conducta mostrara unas tendencias más ampliamente divergentes.

Los siguientes extractos de los registros de una agencia social que tuvo contactos con la familia durante más de veinte años evidencian los conflictos emocionales, la inseguridad económica y la confusión que caracterizó la situación de la familia durante la infancia y adolescencia temprana de Sidney.

1. *Dos años antes del nacimiento de Sydney.*— INVESTIGACIÓN ESPECIAL: El señor Blotzman fue remitido a la prisión durante un año por no proveer y maltratar a su esposa. Ella está ansiosa por trabajar y sostener a su hijo pero está débil y hay poco que pueda hacer. Su casa está en una condición excelente. Tiene una nueva estufa y sofá de los que se deben \$50.00 y se han pagado \$11.00. Yo creo que ella debería devolver esas cosas y nosotros le compraremos otras. Es posible que su esposo pague la multa que se le aplicó. En cuyo caso seremos informados. Mientras tanto ella es indigente y necesita asistencia.
2. *Veintidós días después de la última entrada.*— El señor Blotzman fue perdonado por el Alcalde y hoy fue liberado de la prisión de Bridewell.

3. *Dos semanas después.*— El señor Blotzman no está viviendo con su mujer. Dejó \$5.00 para su mujer e hijo.
4. *Dos semanas después.*— El señor Blotzman se niega a pagar los muebles de su casa. Él dice que, si ella se divorciara, él pagará los muebles y le dará algo de dinero por ello.
5. *Once días después.*— La señora Blotzman y el hijo son indigentes. Se han llevado los muebles porque el señor Blotzman se negó a hacer los pagos. La señora Blotzman dijo que al señor Blotzman parecía complacerle el que se los hubieran llevado.
6. *Dos meses después.*— El señor Blotzman se niega a sostener a la esposa, diciendo que ella no es su esposa, lo que no es cierto. El empleador del señor Blotzman le solicitó que apoyara a la esposa pero él se negó, aunque después dio \$5.00.
7. *Un mes después.*— El señor y la señora Blotzman no se llevan bien. La señora Blotzman declara que él gasta su dinero y tiempo en cualquier otro lugar antes que en casa. La señora Blotzman cree en la magia y está tratando, de esta manera, de recuperar el amor de su marido. El señor Blotzman dice que la señora Blotzman pone algo en su comida para hacer que la quiera y, por tanto, causa problemas dado que él se niega a tomar sus comidas en el hogar.
8. *Dos meses después.*— La señora Blotzman reclama ayuda dado que su marido la está maltratando de nuevo; no le dejará tener medios suficientes para vivir. Le da a su mujer diez o quince centavos al día. La golpea, la insulta, y hace todo lo posible para que ella lo abandone.
9. *Catorce días después.*— El señor Blotzman fue llamado a la oficina en respuesta a una carta. Se mostró muy desdenoso; se negó a dar a su mujer alguna suma especial de dinero o a tratarla de una forma diferente. Él nunca come en casa y llega a la casa a cualquier hora de la noche. Es evidente que está tratando de desembarazarse de su esposa.
10. *Once días después.*— La señora Blotzman fue a la comisaría de policía para quejarse de su esposo, quien continúa golpeándola y dañando su ropa. Ella interpuso una orden para que fuera arrestado.
11. *Once meses después.*— El señor Blotzman puso una demanda de arresto contra su esposa por un cargo de conducta desordenada. Dice que ella es culpable de relación impropia con otros hombres. La señor Blotzman niega la acusación, afirmando que él quiere deshacerse de ella difamando su reputación. Se investiga la acusación y se encuentra que el señor Blotzman había ofrecido a otro hombre \$10.00 si él juraba que la señora Blotzman era una prostituta. Este hombre dijo que el señor Blotzman le comentó que quería divorciarse de la señora Blotzman.

12. *Siete días después.*— La señora Blotzman en el juzgado y la demanda en su contra fue desestimada porque no se pudo mostrar prueba alguna contra su reputación.
13. *Ocho días después.*— La señora Blotzman en la oficina y afirmó que el señor Blotzman había llevado a un hombre al hogar como inquilino. Ella estaba temiendo que el señor Blotzman estuviera tramando algo con el inquilino para hacerla aparecer como inmoral con este hombre. Se decidió iniciar una demanda para proveer la manutención por separado. Se le aconsejó a la señora Blotzman que deje de inmediato a su esposo.
14. *Tres días después.*— El señor Blotzman en la comisaría de policía y solicitó una orden de arresto para la señora Blotzman. La acusó de haber abandonado el hogar y trató de decir cosas calumniosas sobre ella. De hecho, el señor Blotzman la había golpeado y sacado de la casa el día anterior.
15. *Cinco días después.*— La señora Blotzman se inscribió como indigente y prometió vivir lejos de su marido, lo que hizo. Se le adelantó dinero a la señora Blotzman.
16. *Un mes después.*— El caso se presentó en el juzgado y se le ordenó al señor Blotzman pagar \$5.00 semanales a la señora Blotzman. El señor Blotzman declaró que estaba sin empleo. Le imploró a la señora Blotzman que le permitiera volver con ella. Él no tiene ingresos y solo está tratando de rehuir el pago de la pensión alimenticia. La señora Blotzman prometió vivir separada de él.
17. *Siete días después.*— El señor y la señora Blotzman están viviendo juntos de nuevo.
18. *Seis meses después.*— La señora Blotzman fue abandonada por su esposo. Ella espera ser ingresada pronto y está ansiosa porque su hijo sea atendido en casa hasta que ella vuelva del hospital.
19. *Diecisiete días después.*— La señora Blotzman dio hoy a luz a un niño [Sidney].
20. *Seis meses después.*— La señora Blotzman está viviendo en dos habitaciones con sus hijos. El señor Blotzman la ha abandonado. Ella está indigente. Gana \$2.00 a la semana y solicita ayuda para calzado y carbón. Muy nerviosa y ansiosa. Se le adelanta dinero.
21. *Cuatro meses después.*— La señora Blotzman está viviendo con sus hijos en una habitación. Hogar pobremente amueblado. Ella trabaja todos los días y hace trabajos especiales por la noche. Hogar limpio.
22. *Seis meses después.*— La señora Blotzman llamó hoy y explicó que su marido había vuelto hacía dos meses. Él se portó bien durante un tiempo pero ahora abusa de ella, como lo hizo antes.
23. *Cuatro años después.*— La señora Blotzman llamó a la comisaría de policía y explicó que su marido vuelve a estar ebrio; que en esta condición es muy

brutal con ella y con sus hijos. Está muy ansiosa por mandarlo lejos para una cura por la bebida. Se consideró conveniente arrestar al señor Blotzman.

24. *Al día siguiente.*— El señor y la señora Blotzman en la comisaría de policía. El señor Blotzman afirmó estar deseoso de abandonar la bebida, pero que para él es imposible lograrlo; sin embargo, no quiere ir a Bridewell. Piensa que, si pudiera tener trabajo en una granja durante el verano, se podría alejar del hábito de la bebida y ser capaz de retomar su trabajo en el otoño. El señor Blotzman es un buen esposo y padre cuando está sobrio y vale la pena darle la oportunidad de hacer de sí mismo un mejor hombre. Bebe tanto que su cuerpo está hinchado.

25. *Dos días después.*— La señora Blotzman en la oficina y dijo que su marido fue al hospital para tratarse.

26. *Dos años después.*— Se visitó el hogar y se encontró al señor Blotzman. Parecía como si no se hubiera recuperado totalmente de una juerga de borrachos. La señora Blotzman ha estado trabajando durante los últimos tres meses examinando huevos. El hogar estaba muy sucio; los platos amontonados en cualquier parte; el piso no había sido barrido por días; la ropa de cama sucia.

27. *Dos meses después.*— El señor Blotzman fue arrestado y acusado de conducta desordenada. Fue recogido borracho. Se retiró la acusación.

28. *Siete meses después.*— El señor Blotzman explicó que Sidney está volviendo a las andadas de nuevo; va al centro de la ciudad; visita las tiendas por departamentos y trae a casa las baratijas que roba⁵¹.

Evidencia adicional sobre el conflicto entre los padres, la ausencia de una supervisión paternal consistente y el severo tratamiento de los hijos por parte del padre, se recoge en la siguiente declaración de la madre.

Nací en Varsovia ocho días después de la muerte de mi padre. Mi padre era un médico y un buen hombre y mi madre también era buena. Ella era estricta y me vigilaba todo el tiempo. Me casé con mi marido cuando tenía 16 años y él se casó conmigo por mi dinero. Vinimos a América directamente y vivimos en Canadá tres años. Allí vivimos con sus padres, pero a sus padres yo no les gustaba ya que querían que su hijo (mi marido) se casara con la hija de un rabino. Después de tres años nos trasladamos a Nueva York. Allí vivimos tres

⁵¹ Debe tenerse en cuenta que las pocas entradas seleccionadas que se acaban de presentar no representan de forma alguna el gran volumen del excelente servicio que esta agencia social ha prestado a esta familia. La agencia mantuvo un contacto estrecho con la familia durante muchos años. Su trabajo con Sidney se interrumpió por su frecuente reclusión en instituciones correccionales.

años y medio. Entonces él no me trataba ni bien ni mal. Se fue a Chicago y no supe de él durante varios meses. Supe dónde estaba y él me mandó una carta y un pasaje y vine a Chicago.

Cuando vine por primera vez a Chicago vivimos en la Calle B__ y la Calle T__ durante seis meses. Tenía entonces un chico y mi marido quería divorciarse. Él tenía otra mujer, pero me negué a dejar que se divorciara de mí. Solía pegarme con sus puños, era un diablo. Me golpeó feo y quemó todas mis ropas. Lo hice arrestar y fue sentenciado a seis meses en Bridewell.

Entonces trabajé en una fábrica de sombreros de hombre para mantenerme a mí y al bebé. Aproximadamente en un mes fui a Alderman H__ e hice sacar a mi marido de Bridewell. Él estaba feliz de haber salido, pero estaba loco de nuevo. Entonces nos trasladamos a las Calles M__ y T__. Permaneció en casa durante un mes y luego se fue a St. Louis, Missouri, donde permaneció seis meses. En esa época yo estaba embarazada, cargando a Sydney. Mientras el viejo estaba fuera trabajé todos los días limpiando sombreros viejos para vivir. Ganaba \$5.00 por semana y tenía que cuidar de mí y de Abe porque él [marido] nunca me daba dinero alguno. Había ahorrado \$30.00 para arreglar mi diente, y él [esposo] los encontró y los tomó para pagar su pasaje a St. Louis. Mientras estuvo lejos, nació Sydey y pasados tres meses yo fui a St. Louis para estar con él. Allí vivimos ocho meses. Él tenía una pequeña tienda de ropa de segunda mano y durante esos ocho meses que vivimos allí no me trató mal pero yo viví como un perro. Él bebía mucho y yo tenía que encargarme de la tienda aun cuando mi bebé tenía solo cuatro meses de edad. A los ocho meses nos fuimos a vivir a Kansas City, Missouri. Aquí es donde empezó el peor problema. Vivimos allí cerca de un año. Él estaba siempre bebiendo y tenía muchas mujeres. Peleábamos todo el tiempo y yo estaba casi famélica. Vendí unas cosas y volví a Chicago con los hijos. Me trasladé a la Calle O__ cerca de J__, y viví en la trastienda de una tienda de comestibles. El viejo nunca me mandó dinero ni me escribió durante un año. Trabajé en la industria de los sombreros y entonces recibí dinero de la Caridad. Finalmente, el viejo me escribió y dijo que quería casarse con otra mujer. Le dije que si quería casarse lo podía hacer. Un año después regresó y me encontró y prometió que sería bueno y que no volvería a beber. Compró a tiempo algunos muebles pero no los pagó y entonces yo tuve un problema. Los años en que él estuvo lejos fueron los más felices desde que me casé. Pronto empezó a beber y a estar lejos de nuevo. Nos trasladamos a las Calles P__ y T__. Aquí él se puso peor bebiendo y golpeando a los hijos. Sidney tenía siete años y se estaba volviendo malo con los chicos. Él abandonó la escuela y estaba robando. Me preocupaba por Sidney y él [marido] no me ayudaba. Vi por un anuncio en el periódico que se necesitaban mujeres en los campos de remolacha de Michigan. Pensé que

podría obtener trabajo allí y mantener a Sidney apartado de problemas. Fui a C__ Michigan. El viejo no fue. Él no estaba trabajando, sino viviendo a mi costa.

Yo estaba débil y enferma y preocupada pero el viejo no me ayudaba. Volví a Chicago tras ocho semanas. ¿Qué me encontré al volver? No había hogar. El viejo había vendido todos los muebles y se los había bebido. Estaba enferma y viví en una casa con una amiga durante un tiempo. La Caridad me ayudó a empezar. Conseguí un empleo en una factoría de huevos, separando lo blanco de lo amarillo. Arrendé dos habitaciones para mí y los hijos. El viejo tenía una habitación donde estaba viviendo. Un día cuando volví a casa del trabajo encontré al viejo tirado en el piso de mi habitación completamente borracho. Él quería algunos cigarrillos y cuando comencé a cruzar la calle para conseguirlos me atropelló un automóvil. Me llevaron al Hospital del Condado. Cuando estaba en el hospital durante dos semanas el viejo nunca siquiera me vino a visitar. Tenía el hombro roto. Cuando volví al hogar él aún no estaba en mi casa. Abe [el hijo mayor] empezó a trabajar y me daba todo su dinero. Abe siempre fue bueno conmigo. Abe siempre fue un chico modélico y fue siempre bueno conmigo. Él siempre iba a Cheder, donde un rabino aprende y a una escuela de Talmud Torah. Pero Sidney nunca fue. Era diferente de Abe. En el agua hay todo tipo de peces –carpas, pescado blanco, de todos los tipos. Sucede lo mismo con los hijos de una madre. Una vez cuando Sidney tenía ocho años, el rabino lo golpeó por no estudiar y nunca volvió.

Fui a la Calle T__ y vi a mi viejo y comencé a reír y él vio que yo no estaba enojada con él. Me habló y dijo que estaba avergonzado ante los vecinos. Dijo “No te avergüences y vuelve”. Volvió por la callejuela y dijo que quería volver a hacer de nuevo un hogar. El hizo de nuevo un hogar cerca de las Calles T__ y A__. El volvió a tener un negocio de sastrería y nos llevamos bien. Después de seis meses nos mudamos a la Avenida A__ con la Calle T__. El viejo empezó a beber y a golpearme. Su hermano vivía con nosotros y me trataba mejor que lo que lo hizo el viejo. Abe estaba trabajando y me daba todo su dinero y no me dejaba trabajar. Sidney estaba metido en muchos problemas robando y vagando por fuera de la escuela. El viejo se volvió malo, me insultaba, borracho todo el tiempo, y golpeaba a los chicos. Ambos le tenían miedo. Cuando yo le cocinaba, él lo tiraba por el fregadero. Peleaba por todo, me golpeaba y me maldecía. Él siempre se alegraba de que Sidney estuviera en problemas. Cuando la policía hablaba sobre Sidney, el viejo lo hacía todo peor para Sidney.

Cuando Abe se quiso casar, le pregunté si la muchacha era judía. Dijo que sí. Yo quise conocer a su familia y a la chica para ver si ella era respetable. Me llevó a la casa de la muchacha y encontré que era respetable y dije que todo estaba bien. Abe trajo a la chica a la casa y dijo “Papá, esta es mi novia”. El viejo ni

siquiera se levantó ni le dijo hola. Abe estaba avergonzado, así que la traté bien. Abe invitó al viejo para que fuera a la boda pero él se negó, y desde entonces Abe nunca volvió a hablar con el viejo.

El viejo es siempre malo. Si un día me besa, al siguiente me golpea. Siempre fue malo con los niños. Ninguno le habla. Cuando Sidney tenía seis años, le pidió un penique para comprar caramelos. El viejo lo golpeó tan fuerte que un cuarto de sangre brotó de su nariz y boca. Después el viejo lo llevó a la droguería. Los niños me decían “¿Por qué papá nos trata de esa forma? Y yo les decía “Está nervioso y no está bien”. Pero él era un demonio. Me llamaba vieja puta y loca y cualquier otro insulto. Se fue muchas veces, no sé cuántas.

Cuando Sidney tenía 3 y 4 años de edad era enfermizo y yo sentía pena por él y lo acariciaba. Me sentía tan mal por él que no podía darle fuede o regañarlo. Compré cantidades de dulces y de helado para él. Cuando me resistía a hacerlo él podía llorar hasta que se lo compraba, y eso era lo que yo hacía siempre. Él podía salirse con la suya llorando. Lo llevé al jardín infantil cuando tenía 4 ½ años de edad. Le gustó el jardín. Lo mandé porque estaba teniendo problemas con mi marido y tenía que trabajar, así que sabía que Sidney estaba mejor en la guardería. Fue promovido del jardín a los seis años, y solía venir a casa y leerme la historia de José y sus hermanos, y entonces lloraría por la historia. Siempre lloraba fácilmente.

Sidney se hizo malo junto a otros chicos. Me rompía el corazón cuando los chicos venían a la casa para llevárselo cuando él era tan pequeñito. Nunca tuvo un hogar. Nadie se cuidó de él porque yo trabajé todo el tiempo hasta que Abe fue lo suficientemente mayor para trabajar. Nunca tuvo buenos amigos. Era malo cuando tenía siete años y el viejo solo lo golpeaba.

Le digo la verdad, quizás usted piensa que yo le echo la culpa de todo a mi marido, pero cuando Abe era un niño yo nunca le quitaba los ojos de encima. Pero cuando Sidney era un niño, yo tenía muchos problemas con mi marido, estaba bebiendo tanto, yo no sabía a quién atender primero y tuve que salir e ir a trabajar porque mi marido no me sostenía. Siempre mantuve a Abe conmigo y Sidney estaba más suelto porque yo no siempre estaba en casa para cuidarlo. Tenía que dejarlo e ir a trabajar, y usted sabe cómo se puede malcriar a un niño. Esa es la razón principal.

La siguiente declaración del padre es indicativa de su actitud hostil y poco comprensiva hacia Sidney y la madre.

Sobre lo que usted pregunta sobre Sidney, ¿qué puedo decir? Él, ah, él nació malo como su mamá⁵². Todo lo que no es bueno en él viene de ella. Ella es mañosa y también él lo es, y ella miente para protegerlo pero no para protegerme a mí. Ese chico nació para morir en la horca. Lo sé porque cuando un niño ha sido golpeado tanto como yo he golpeado a Sidney y sigue siendo malo, no puede tener un buen final. Desde que él era suficientemente mayor, digo siete años, para saber mejor, él robaba de todo y mentía e iba con esa mala pandilla y mendigaba en la calle. *Cuando* él era joven, yo bebo pero nunca me emborraché. Siempre bebo un poco para olvidar mis problemas. Mi memoria es muy pobre, no recuerdo fechas, los años han pasado rápido. Ahora que Sidney está lejos, solo tengo un hijo, Abe, y la mamá, ella lo malcría. Ahora Abe piensa no soy bueno pero lo que es correcto es correcto. Abe, ahora fue un buen muchacho. Siempre le decía a Sidney, Sidney por qué no eres como Abe. Él es bueno, será un buen hombre. Le di permiso a Abe para que le pegara a Sidney y él habló con Sidney, y lo golpeó, pero no sirvió de nada, él era malo de todas maneras. Sé que Abe no es culpable de ningún daño, él tenía buenas intenciones para Sidney.

Cuando Sidney era más joven siempre traía cosas robadas a la casa. Un día cuando tenía alrededor de doce, trajo una bicicleta robada a la casa. Dije, “¿Dónde la conseguiste?” y él dijo, como un verdadero ladrón, “La robé”. Le pegué tan duro que uno de sus dientes saltó de su boca y entonces Sidney, mañoso, tuvo el coraje de decir “Esto no es nada peor que lo que tu hiciste hoy”. Dijo que yo había comprado unos trajes que eran mercancía robada. Bien, era verdad, quizás, quizás no, se trataba de negocios. El hombre vino *con* los trajes y yo no le hice ninguna pregunta. Simplemente los compré.

Mi única esperanza es que Sidney deba estar en la cárcel diez años más, ‘tonces todos sus viejos amigos se habrán ido y quizás él cambiará. Merece sufrir y yo no lo iré a verlo porque no es lo suficientemente bueno. No me interesa saber nada de él y no quiero ver sus cartas.

Es evidente del estudio de la historia familiar en este caso que la relación entre Abe y Sidney nunca fue una de intimidad e interdependencia emocional. Había una diferencia de ocho años en sus edades, así como una gran disparidad en sus intereses y relaciones de grupo. Como se sugiere en la siguiente declaración, Abe no solo se

⁵² [N.T. En la versión original se emplea la palabra *mudder*, un término que generalmente usaban los migrantes recién llegados para referirse a la madre.]

sentía superior a Sidney, sino que aparentemente era bastante intolerante con él.

Cuando nació Sidney mi padre se fue y madre tuvo que salir adelante de la mejor forma que pudo. Tenía dos hijos con ella, tenía que ir a trabajar. Traté de cuidar de Sidney pero no pude. Él no le importaba mucho a nadie. Cuando tenía menos de seis años, lo dejaban solo la mayor parte del tiempo.

Padre fue a St. Louis con madre, el bebé y mi persona, y allí nos quedamos unos pocos meses, y luego a Kansas City. Pero padre era malo con mi madre, la golpeaba, y estaba mucho fuera de casa y ella se volvió a Chicago. Él estuvo lejos hasta que Sidney tuvo unos siete años de edad. Nos olvidamos de él y teníamos un pequeño hogar y yo empecé a trabajar para ayudar a mi madre. Entonces mi padre regresó y trataba mal a madre. Él bebía y no le daba dinero alguno a madre. Nunca se preocupó de reconocer a Sidney. Parecía disgustarle Sidney. Siempre me favoreció a mí frente a Sidney. Nunca trató a Sidney como a su hijo. Yo siempre me comporté mejor que Sidney y padre y yo nos llevábamos bien.

Cuando Sidney tenía siete u ocho se metió en una mala pandilla. Yo no quería ir con sus amigos. Me gustaban los compañeros del trabajo y yo estaba más en la casa. Yo nunca tuve problemas en casa cuando estaba pequeño. Vi que Sidney estaba en el camino equivocado y traté de enderezarlo. Lo azoté cantidad de veces cuando iba por allí con chicos con los que yo no andaría. Lo azoté lo suficientemente fuerte como para que me respetara y me tuviera absoluto temor. Él iba a resentirlo. Pero cuando se metió en problemas yo no quise tener nada que ver con él, porque no tenía corazón para hablarle más o para llevarlo al buen camino porque yo estaba tan desilusionado y había sido tan bueno con él. Cuando él estaba en la escuela correccional, fui para llevarlo a un espectáculo pero nunca mostró ningún aprecio. Cuando estaba en casa él era perfecto, pero cuando salía, sabe Dios lo que podía hacer. *Él no formaba parte del grupo familiar*, ni parecía preocuparle nadie. Padre lo azotaba todo el tiempo y de forma severa, pero para nada.

Una vez cuando fui a casa encontré a mi madre golpeada e inconsciente en el piso. Cuando vi que estaba muy golpeada, me encendí todo, algo que tú no puedes controlar y perdí el control de mí mismo y golpeé a mi padre. Fui arrestado y encerrado durante una hora, con una fianza de \$25. Durante el juicio el juez pidió un fuste al alguacil, diciendo que mi padre debía ser azotado. Se le impuso una orden de alejamiento de \$1000. Ellos todavía tienen problemas y padre está enfadado con madre porque el negocio andaba mal y se fue. Él le escribe a los amigos pero no a mi madre.

Los materiales precedentes parecen revelar al menos tres aspectos importantes de la situación familiar en este caso. Estaba, en primer lugar, la temprana desorganización familiar como una unidad de control y como un medio para la transmisión de la herencia cultural. Es igualmente importante observar, en segundo lugar, que debido a las actitudes poco comprensivas e intolerantes del padre y del hermano, Sidney no hacía, por usar la expresión de Abe, “parte del grupo familiar”. En tercer lugar, es necesario enfatizar la importancia de la inseguridad económica y la incertidumbre de la familia. La familia no solo dependía de la caridad, sino que en varias ocasiones estuvo realmente en situación de indigencia. La forma en que estos aspectos de la situación familiar influenciaron el comportamiento de Sidney está sugerida en su propia historia, que se presenta en los capítulos subsecuentes de este volumen.

Clifford R. Shaw

LA PROPIA HISTORIA DE SIDNEY

Clifford R. Shaw

CAPÍTULO V ⁵³

CÓMO APRENDÍ A MENTIR Y A ROBAR

Al repasar mi vida veo ahora, y de hecho siempre lo supe sin saber cómo evitarlo, que era un tipo de existencia inútil, sin sentido, descuidada⁵⁴.

⁵³ Este es el primer capítulo de la propia historia de Sidney, casi toda ella escrita durante el tercer año de su encarcelamiento en la institución penal estatal. El presente capítulo incumbe especialmente a su temprana situación familiar, sus primeros contactos con la pandilla y el comienzo de su carrera delictiva. La historia, excepto por unas pocas omisiones menores, aparece en la forma precisa en que fue escrita por el muchacho. La puntuación y ortografía del documento original no han sido corregidas. Las declaraciones especialmente significativas han sido puestas en cursiva con el fin de llamar la atención del lector sobre las mismas. Los detalles esenciales han sido confirmados mediante evidencia fiable conseguida de registros de tribunales, registros de caso de agencias sociales, informes de personas que tuvieron un contacto íntimo con él durante el periodo en que ocurrieron sus delitos, y de nuestra propia investigación del caso. La historia debería ser leída para obtener un retrato de las reacciones de la personalidad de Sidney, la propia interpretación de sus experiencias y las situaciones sucesivas en las que vivió. Debe tenerse en mente que en el estudio de las reacciones de la personalidad, las racionalizaciones, prejuicios y exageraciones del muchacho son bastante importantes como una descripción objetiva, siempre que tales reacciones sean debidamente identificadas.

⁵⁴ Es posible que los sentimientos de inseguridad e incertidumbre de Sidney, su confusión y desconcierto, que se expresan en varios momentos a lo largo de su historia de vida, se deban en parte a la ausencia de cualquier vínculo grupal permanente. Su familia, estando desintegrada y siendo económicamente dependiente, poco ofrecía en términos de seguridad. Es más, él nunca perteneció a grupo convencional alguno o a instituciones por fuera del hogar que pudieran ejercer una influencia estabilizadora en su vida. Toda la comunidad, como se indicaba en el capítulo II, se hallaba en un proceso de rápido cambio y desorganización.

Fallé tristemente en entender la vida y cuán seria era. En los períodos críticos yo la pifié. Las emociones que sentía eran las emociones del herido. Y porque no podía entender la vida le atribuía mi infelicidad a la desconsideración de los demás. Sin embargo sé que soy yo mismo la causa de todos mis problemas. *Sé que soy una llaga en la faz de la tierra.* La vida institucional fue solamente un castigo vengativo. No ofrecía un correctivo, simplemente causaba amargura.

Toda mi vida tropecé ciegamente sin entenderla en sus complejidades y sus caminos intrincados. Quizás se me tendieron manos amigas pero no pude entender lo que estaban tratando de hacerme entender. Nunca en mi vida experimenté alegría en hacer daño o avergonzar a quienes trataron de ser amables conmigo, y fallé en su esfuerzo sincero de guiar mis pasos vacilantes. Todo lo que puedo decir hoy es que yo no entendía, no pude entender, que traté con todas mis fuerzas. Aquellos que no eran amables conmigo parecían crueles e inhumanos. Aquellos que olvidaban fácilmente mis transgresiones no me entendían y no podían. *En todo este mundo no pude encontrar a una persona adulta que entendiera.*

Que ciertas cosas estaban mal y ciertas cosas estaban bien, lo sabía; Pero por qué estaban mal yo era muy joven o muy ignorante para averiguarlo a través de la lógica. No podía entender cómo empezar a deducirlo. Y no podía entender por qué yo debía deducirlo. Hice ciertas cosas que se me dijo y nadie me dijo que hiciera lo contrario.

La primera influencia hacia lo equivocado fue mi asociación con un chico llamado Israel Rathers. La mamá y el papá de Israel conocían a mi mamá y papá del viejo país. Aunque era solamente un año mayor que yo, él era aceptado tanto por sus padres como por los míos como un mentiroso consumado. Nada de lo que decía se creyó alguna vez. Yo tenía cerca de seis años de edad en ese tiempo. Recuerdo claramente que él fue la fuente de la que brotaron las semillas de la mentira. *Las semillas cayeron sobre tierra fértil y se arraigaron.*

Un día, cuando visitaba nuestra casa con sus padres, propuso que él dijera a nuestras madres que había un fuerte incendio arrasando justo afuera y que yo debía verificar su cuento. Lo hice y causamos un poco de excitación. Unas pocas lecciones de Israel y yo mismo me convertí en un mentiroso muy bueno. Mi mamá a veces me llamaba Israel el

segundo y cada vez que después surgía la ocasión de dudar de mi sinceridad, ella estaba más que dispuesta a decir, "Tal como Israel".

Nada que interfiriera con el curso de las cosas ocurrió por un largo tiempo después de esto. En ese tiempo había solamente tres miembros en mi familia. Estaba mi mamá, mi hermano Abe, y yo. Vivíamos en la esquina de la Calle L___ y la Avenida W___ arriba de una tienda de comestibles. La vivienda era un edificio de marco y nosotros ocupábamos las cuatro habitaciones delanteras mientras una familia irlandesa vivía atrás.

Mi madre nos sostenía a mi hermano y a mí mismo haciendo costura en casa⁵⁵. Ella cosía las cosas necesarias de los sombreros de fieltro para hombres y algunas veces hacía limpiadores de sombreros que eran usados para propósitos publicitarios. Podía decir por las luces que ella cosía mucho tiempo después de que yo iba a la cama, y con frecuencia cuando me levantaba a la mañana siguiente me la encontraba cosiendo. Supongo que hubo muchas noches en que ella cosía hasta el amanecer.

Durante estos años nunca experimenté nada más que contento. Con toda sinceridad digo que este es el único periodo de mi vida en que experimenté paz y felicidad. *El resto de mi joven vida pasó en la miseria y la agitación.*

Por esta época mi hermano, un muchacho de doce años de mente seria, decidió que ya era hora de ayudar a compartir la carga que mi trabajadora pero feliz mamá había sobrellevado por tanto tiempo. Hasta donde podía recordar, ella había trabajado siempre para nosotros. Él decidió encontrar un empleo a pesar de la objeción de mi mamá de que tuviera que dejar la escuela. Pero él se daba cuenta de que su educación estaba incompleta y asistía a la escuela nocturna por las noches.

No recuerdo mucho de mi padre durante los primeros años de mi vida, porque él estaba lejos la mayor parte del tiempo. Abandonaba a mi madre con frecuencia, algunas veces permaneciendo lejos durante más de un año entero. Recuerdo una de estas veces en que vino a casa que yo difícilmente lo reconocí como mi padre.

Él había desertado el año anterior y ahora volvía a buscar perdón y a implorar ser recibido de vuelta. Fue perdonado y prometió fielmente que nunca más la volvería a dejar. La bebida era su debilidad y también

⁵⁵ Ver la propia historia de la madre en el capítulo IV.

prometió nunca tocar una gota de nuevo. Creo que mi hermano y yo le estrechamos la mano. Ninguna bienvenida tierna y ninguna celebración de su parte. *Él nunca mostró afecto de ningún tipo.*

Compró muchas cositas para mi mamá. También compró un equipo completo de muebles nuevos e hizo saber que nada de lo que pudiera hacer sería demasiado para hacer feliz a mi mamá. Durante un tiempo, pero no muy largo, fuimos muy felices. Al principio mi padre nos llevaba regularmente a mi hermano y a mí a la sinagoga cada sábado. Como mi mamá había velado para que mi hermano fuera provisto con una educación religiosa, él estaba preparado para recoger los beneficios de una vida religiosa⁵⁶. Personalmente yo era muy joven para saber lo que era todo eso. Sabía solamente que la sinagoga era el lugar donde Dios habitaba. De otro modo la sinagoga era un lugar misterioso para mí y antes de que pudiera aprender cuál era su importancia nuestra asistencia empezó a oscilar y luego a fallar. La única vez que se supo que mi padre entró en la sinagoga después de esto fue en el Día de la Expiación. Quizás ese día dice una oración por su madre, cuya muerte fue el único suceso que supe que alguna vez lo conmovió profundamente.

Un día cuando mi mamá y yo volvíamos de alguna parte, nos dimos un susto. Cuando subíamos la *escalera* sentimos que una cosa viva se arrodillaba allí en el umbral de la puerta principal. Estaba muy oscuro y de repente un fósforo se encendió. Allí estaba mi padre *acucillándose* allí

⁵⁶ De la historia de la familia resulta evidente que la madre ejerció una supervisión muy cercana sobre Abe durante su niñez. Gracias a ella, él estuvo desde muy temprano bajo la influencia de la sinagoga y la Torah Talmúdica. No solo se identificó estrechamente con estas instituciones, sino que gracias a ellas estableció muchos contactos personales que al parecer afectaron considerablemente su vida temprana. Por otra parte, Sidney nunca estuvo afiliado a estas instituciones. Todos sus primeros contactos fueron con los chicos que conoció en los grupos de juego, sin supervisión, y en las pandillas de la vecindad. En razón de la repetida desertión del padre y el empleo de la madre fuera de casa después del nacimiento de Sidney, él prácticamente no tuvo ninguna supervisión parental. Es posible que las diferencias en las relaciones grupales de Sidney y Abe durante sus primerísimos años contribuyeran en buena medida en el desarrollo de las tendencias ampliamente divergentes de su conducta. Ver capítulo IV.

con un fósforo en la mano y parcialmente intoxicado. Él le pidió a ella que lo perdonara ya que se había encontrado con algunos amigos a quienes no había visto durante todos estos años y como le ofrecieron bebidas le fue imposible negarse a beber. Mi madre le recordó su promesa hecha fielmente y casi se le partió el corazón.

Después de esto él trabajó firme por un tiempo y luego un día vino a casa otra vez borracho. No pasó mucho antes de que estuviera borracho tanto como estaba sobrio. Ella tuvo que reanudar la costura en casa y sé positivo que trabajaba toda la noche de muchas noches porque ahora tenía que alimentar cuatro bocas en vez de tres. La paga de él se gastaba muchas veces en bebida e incluso en su mayor sobriedad nunca le dio a mi mamá lo suficiente para vivir. *Era impensable para mi hermano o para mí pedirle peniques para dulces.*

Una noche después de la cena le pedí un penique para comprar dulces y me golpeó con el puño cerrado⁵⁷. Tan libremente sangraron mi nariz y boca que seguramente pensó que me había matado. Se apresuró a llevarme a la farmacia de la esquina donde el flujo de sangre se detuvo pronto. Incluso me compró una barra de chicle para calmar mis sentimientos, pero por ningún otro medio mostró alguna emoción cariñosa; simplemente alivio de que no me había matado y así ahorrarse problemas. Cuando me golpeó no lloré porque no sentí dolor, simplemente horror por haberme golpeado tan duro.

Cuando llegamos a casa mi mamá me dijo que escupiera el chicle ya que tenía el hábito de tragármelo. No lo hice lo suficientemente rápido y mi padre vino hacia mí, supongo para hacer cumplir su orden. En todo caso me aterroricé y subí por debajo de la mesa en un esfuerzo por esconderme de él. Me mantuve debajo saltando de un lado al otro y mi padre continuó caminando alrededor de la mesa hablando calmadamente y esforzándose por hacerme salir y escupir el chicle. Todo lo que veía eran sus piernas y pensé que si salía seguro me patearía hasta la muerte.

Fue alrededor de este período que empecé a ir a la escuela y me gustaba. Yo le había preguntado con frecuencia a mi mamá cuando podía empezar a ir. Cuando finalmente fui estaba que me moría de la dicha.

⁵⁷ Este incidente se confirma en la historia de la madre. Ver el capítulo IV.

Poco después de esto conocí a un muchacho llamado Joseph Kratz que vivía a unas pocas puertas de donde yo vivía⁵⁸. Joseph era cerca de cuatro años mayor que yo y sabía mucho. Sabía bastante de la vida y me caía bien, *así que lo hice mi ídolo*. Al principio no me dejaba ir con él a sitios, porque yo era muchísimo más joven que él. Pero finalmente me permitió acompañarlo después de la escuela y nos hicimos amigos rápido. *Él probó ser muy rápido ciertamente; pues un día mientras pasábamos por una tienda de frutas agarró una manzana mientras nadie miraba y pasó por delante de la tienda con la manzana en su mano*. Actuó para mí de la misma manera varias veces y yo no haría nada sino que él debía enseñarme a hacer la misma cosa. Esa fue la primera vez que robé algo.

Esta tienda de frutas tenía canastos, barriles y cajas que contenían frutas y vegetales puestos afuera, ya que el clima era todavía bastante cálido. Él, esto es Joseph, empezó a caminar delante de la tienda de frutas y en cuanto pasó por la tienda de frutas y en cuanto llegó a una caja de frutas agarró algo de fruta y siguió caminando. Me indicó que hiciera la misma cosa.

Yo caminaría detrás de él y tan pronto como él agarrara una pieza de fruta se suponía que debía hacer lo mismo. Tomó mucha práctica y él tuvo que dar muchos ejemplos antes de que por fin yo pudiera cobrar suficiente coraje para seguirle la corriente⁵⁹.

Nunca se me ocurrió pensar si ello estaba bien o mal, era simplemente un juego interesante. *La manzana o la naranja no hacían mucha diferencia como el apoderarse de ellas*. Era cogerlas lo que disfrutaba.

En las tardes posteriores se volvió nuestra costumbre pasar por esta tienda de frutas muchas veces y robar varias cosas. Encontraba tanta

⁵⁸ El contacto de Sidney con Joseph marca el inicio de su carrera delictiva. Joseph, que era cuatro años mayor que Sidney, ya tenía un registro en el Tribunal de Menores y estaba capacitado a fondo en varias formas de robo. Gracias a su influencia Sidney se inició en la pandilla con la que ocurrieron casi todos sus primeros delitos. Ver el registro oficial de Joseph, capítulo III.

⁵⁹ Esta es una vívida descripción de la primera experiencia de robar que tuvo Sidney. Muchas carreras de delincuencia juvenil y delito adulto se originan precisamente de esta manera. Ver el estudio de caso previo del autor, *The Jack.Roller: A Delinquent Boy's Own Story* [el asaltante: la propia historia de un muchacho delincuente], University of Chicago Press, Chicago, 1930, caps. IV, pp. 15-17 y 50-54.

diversión y placer en agarrar una papa o una cebolla como en agarrar cualquier otra cosa. El propietario pronto descubrió qué estaba pasando y en su esfuerzo por reducir más depredaciones de sus existencias empezó a mantener una mirada atenta a nuestra proximidad y a observarnos de cerca cuando pasábamos. Esto solo hizo más interesante el juego y empezó a requerir auténtica destreza para salirnos con la nuestra. A menudo después de esto él nos perseguiría por una cuadra o dos a fin de darnos una lección pero nunca pudo. Esto es cuando empezó a ponerse realmente bueno y no se nos podía mantener lejos después de eso. *Las persecuciones añadían picante a nuestro juegoito.*

Cuando al principio empezamos a ser perseguidos por el encargado de la tienda yo dejaría caer lo que hubiera agarrado, y él se detendría para recuperarlo y eso pondría fin a la persecución. Pero Joseph pronto me enseñó a aguantar lo que tuviera en mi mano. Las persecuciones eran generalmente más largas cuando uno retenía el botín y eso era lo que queríamos⁶⁰.

Pero nos dimos cuenta cuándo llegó a ser demasiado peligroso y escogimos otras tiendas de frutas en las que pescar. Realmente no robábamos mucho, pero éramos ciertamente una plaga y estoy seguro de que los dueños de las tiendas de fruta nos hubieran pagado por alejarnos.

Recuerdo que una noche recogí a unos pocos de mis conocidos y los invité a bajar a una de estas tiendas de frutas y les mostré como podías salir bien librado. Robé cerca de una docena de remolachas grandes. En otro momento robé para la misma camada algunos tomates o algo más para comer. Todo el mundo se divirtió y me animó a seguir esforzándome. Me sentí bien al alcanzar ese éxito ante sus ojos⁶¹. Pero

⁶⁰ Como en muchos otros casos, el temprano delinquir de Sidney asumía el carácter de un juego fascinante. Era el componente de entusiasmo y aventura, más que el deseo de ganancia monetaria, el que entrañaba uno de los incentivos dominantes en su delinquir temprano. Estas experiencias eran un aspecto de las actividades de juego comunes y aceptadas de su grupo y tenían quizás poca más relevancia moral que las actividades de juego puramente convencionales en las que participaba el grupo.

⁶¹ El deseo del chico de lograr la aprobación y el aplauso de sus compañeros constituye uno de los incentivos más poderosos en la delincuencia. Es su

unos pocos de ellos cotorrear con mi hermano y nunca más me rodeé *de* una audiencia después de eso. No quiero decir que después de eso robaba yo solo. El hecho es que nunca robé cuando estaba solo⁶². El aliciente llegaba cuando había *alguien* conmigo y la diversión podía ser mutua. Era un alegre y excitante pasatiempo que me interesaba a mí con exclusión de todos los demás.

destreza y coraje en la ejecución de los delitos lo que a menudo determina su estatus en la pandilla. Tener un registro en el tribunal o en una institución correccional es otro factor que le otorga prestigio ante los ojos de sus compañeros.

⁶² Las experiencias delictivas de Sidney siempre ocurrieron mientras estaba en compañía de otros chicos. En este sentido, él es típico de los delincuentes en general. Más del 90 por ciento de las ofensas por robo en los casos presentados ante el Tribunal de Menores del Condado de Cook son cometidas por grupos de dos chicos o más. Refiriéndose a la pandilla como un factor de la delincuencia, Frederic M. Thrasher declara: "Existen numerosas influencias desmoralizantes en la pandilla sin una dirección. El período de adolescencia, que es particularmente dado al pandillaje, es uno de plasticidad y formación de hábitos. Por esta razón la naturaleza del condicionamiento al que está sujeto el chico de pandilla es supremamente importante desde el punto de vista de su adaptación posterior. Son estas adquisiciones tempranas las que a menudo lo convierten en un problema difícil para la comunidad años después.

La desmoralización comienza con la entrada del chico en la pandilla o antes. El alcance del conocimiento mundano desplegado por los pequeños punks [gamberros] de siete u ocho años asombra al investigador. El proceso continúa gradualmente a medida que el niño pandillero crece. Con frecuencia sufre una evolución bastante dramática, pasando por una serie de etapas, cada una desenvolviéndose a partir de la anterior. Empezando como un holgazán, se convierte a su vez en un delincuente menor, un rufián, un joven deportivo imprudente o uno temerario, un delincuente ocasional, y finalmente, si nada interfiere, se transforma en un gánster experimentado o en un delincuente profesional. El entrenamiento en la pandilla es interrumpido periódicamente por sus estadías en varias instituciones correccionales. Él viene a considerar éstas como poco más que unas excursiones laterales; e incluso puede señalarlas con cierto grado de orgullo. Aunque están proyectadas para "reformularlo", en la mayoría de los casos simplemente aceleran el proceso de desmoralización". *Welfare Magazine*, February, 1927, pp.144-146.

Habiendo oído del Loop, con sus numerosos grandes almacenes llenos de juguetes, yo ansiaba ir allí para ver cómo era. Joseph prometió una y otra vez llevarme allí pero nunca lo hizo durante un largo tiempo. Entonces un día lo hizo. Todo estaba arreglado. Yo debía escurrir el bulto de la escuela e ir con él⁶³. La mañana en que debíamos ir me llevó a un salón de billar que todavía no estaba abierto, y se limitó a hacer saber que íbamos a entrar en él a través de un agujero en una esquina de la ventana de cristal.

El almacén estaba enfrente de una vía pública principal y aquello era indudablemente arriesgado. Parecía una contemplación y ofrecía posibilidades de ser todavía más interesante. Joseph quería que me arrastrara adentro de primero pero me faltó el coraje. Así que él mismo tuvo que arrastrarse adentro primero. Después de que estuvo adentro tuvo que usar bastante persuasión y hacer gestos con el fin de conseguir que lo siguiera. Finalmente pasé arrastrándome y nos fuimos hacia el fondo, él liderando. Fue directo hacia la caja registradora y procedió a vaciarla. Yo hubiera preferido mejor haber explorado la caja de cigarros. Me alcé sobre los dedos de los pies muchas veces en un esfuerzo por echar una mirada en el cajón del efectivo pero Joseph me previno con un

⁶³ La primera deserción de la escuela es siempre relevante para el estudio en tanto ésta tiende a fijar el patrón de su conducta. En nuestros estudios de caso se evidencia que el absentismo ocurre como una respuesta al estímulo social y según un patrón ya establecido en las tradiciones del grupo del muchacho. Nótese, por ejemplo, que el primer absentismo de Sidney estaba motivado, no tanto por un antagonismo contra la escuela, como por un fuerte deseo de participar en las actividades de su pandilla. Es significativo que esta primera deserción fuera planeada sin lugar a dudas por Joseph.

Citando a Trasher: "Aunque volarse de la escuela le parezca inocuo al observador casual, bajo las condiciones urbanas del tipo de zona de pandillas el acto encierra los gérmenes de delitos posteriores. Muchachos en pandillas de absentistas pronto aprenden a dormir fuera del hogar y eventualmente llegan a ausentarse durante semanas o meses cada vez. Recogen harapos, botellas y barriles para venderlos, y de allí no hay sino un corto paso para que roben leche y comestibles de porches traseros, y después bicicletas para excursiones. Casi todos los chicos que se hallan en las salas de absentistas y en la Escuela Correccional son pequeños pícaros inquietos que han sido iniciados en esta vida y a quienes les resulta difícil abrazar algo de naturaleza más estable". (*ibid*).

“¡Shsss!, espera hasta que termine”. Finalmente me permitió servirme del cajón del efectivo. No podía levantarme lo suficiente para ver todo el cajón del efectivo pero vi lo suficiente para hacerme saber que todos estaban vacíos excepto uno, y que contenía monedas de cinco y unas pocas de diez centavos. Para mi gran disgusto él empezó a irse y no habíamos ido a explorar el mostrador de cigarros. Parecía que contenía muchas cosas interesantes⁶⁴.

Nos fuimos apresuradamente hacia la puerta de atrás y Joseph con cautela removió la barra y silenciosamente abrió la puerta con el fin de ver afuera hacia el callejón trasero⁶⁵. No había nadie allí, así que nos escabullimos a través del paso lateral y de ahí a la calle. Con mis manos en ambos bolsillos comencé a hacer tintinear las monedas e hice mucho ruido caminando por la calle. Joseph me reprendió por esto porque estaba atrayendo hacia nosotros la atención de la gente⁶⁶.

Desde aquí fuimos a la estación elevada más cercana y pagando nuestras tarifas ascendimos a la plataforma superior. Estaba a punto de experimentar mi primera vuelta en un tren elevado en la primera ocasión que iba a entrar en el Loop. *Nada en casa ni tampoco en la escuela igualó ésta feliz ocasión*. Recuerdo mi miedo a viajar a semejante velocidad tan alto por encima del suelo. En cada curva me sentía seguro de que estábamos a punto de caer a la calle más abajo. Cuando finalmente

⁶⁴ Esta es la descripción del primer robo con allanamiento en el que participó Sidney. El lector debería notar la diferencia entre la actitud de Sidney y de Joseph frente a este delito. Es claro que Joseph era el líder. Mientras su móvil consistía principalmente en un deseo de ganancia, a Sidney le interesaba el incidente sobre todo como una experiencia nueva y atrayente.

⁶⁵ La atención de lector se dirige al hecho de que Sidney advertía la extrema precaución que observaba Joseph al hacer su salida del almacén. Aquí tenemos de nuevo una ilustración del modo en que el joven malhechor asimila el código y las técnicas del grupo delictivo.

⁶⁶ La conducta de Sidney a estas alturas sugiere que él no era todavía consciente de la relevancia moral del delito en que estaba comprometido. No se había dado cuenta de que había algún peligro particular en hacer “tintinear las monedas”. El significado de esta conducta le fue revelado gracias a la reprensión de Joseph. A través de estas definiciones de la situación es que el delincuente adquiere la técnica de sus compañeros y se vuelve consciente de su identificación con el grupo delictivo.

llegamos al Loop seguro que resultó ser todo lo que pensé que era. *Era un nuevo mundo, un país de hadas que parecía real*⁶⁷.

Lo primero que hicimos fue hacerle una visita al Siegel Cooper's (ahora Edificio Leiter). Siegel Cooper's fue siempre para mí el almacén más interesante después de eso. Monté kilómetros en sus *escaleras mecánicas* y ascensores rápidos. *Vi más cosas interesantes en un día que lo que vi antes en toda mi vida*. Cuando finalmente nos cansamos de montar en las *escaleras* y ascensores de arriba abajo visitamos los departamentos de juguetes. Los departamentos de juguetes y los departamentos de artículos deportivos de cada almacén se visitaron en todas y cada una de las ocasiones en las que visitamos el Loop después de eso.

Seguía haciendo tintinear el dinero en mis bolsillos a cada paso hasta que Joseph finalmente me hizo detenerme en la caja de la cajera y cambiar veinte monedas de cinco por un billete de un dólar. Mientras nos alejábamos de la cajera me preguntó si yo sabía con certeza si había contado correctamente el dinero que le había entregado a la cajera. Como no estaba seguro me dijo que nos devolviéramos y le dijéramos que yo le había dado dos monedas de cinco de más. La cajera habiendo deslizado el dinero en el cajón sin contarle aceptó mi palabra y me devolvió una moneda de diez. *Pensé que era bastante astuto*. Parecía que Joseph nunca pasaba por alto la oportunidad de embaucar a alguien y *yo admiraba esta cualidad en él*⁶⁸.

Visitamos unos pocos grandes almacenes más y paseamos a través de sus departamentos de juguetes, cogiendo los juguetes y divirtiéndonos mucho. Como se estaba haciendo tarde él decidió que debíamos ir a casa. Regresamos en el elevador y nos bajamos unas pocas estaciones antes de la que debíamos y caminamos el resto del camino a casa. Hicimos planes para futuras visitas al Loop. Las impresiones en mi mente del Loop y sus grandes almacenes eran todo un desorden general. La algarabía salvaje reinaba dondequiera y el sistema era desconocido.

⁶⁷ Estas excursiones iniciales en el Loop le abrieron a Sidney un mundo completamente nuevo y contribuyeron al desarrollo de actitudes e intereses que iban a jugar una parte importante en la historia natural de su carrera delictiva.

⁶⁸ Esto ilustra otra vez la manera en que el muchacho adquiere nuevas técnicas delictivas. Nótese la admiración de Sidney por la habilidad de Joseph en la ejecución de sus delitos.

Incluso el policía de tráfico no era tomado muy seriamente. La gente continuamente atravesaba corriendo las calles en cada oportunidad, estuviera el tráfico con ellos o contra ellos. Para nosotros el policía de tráfico era simplemente una molestia. Mezclarse con la muchedumbre, y bregar de una cosa interesante a la otra, vagando de una cosa interesante a la otra, siempre buscando algo más interesante, y recibiendo muchas sorpresas agradables, fue algo de lo que nunca me cansé, no importa cuántas horas o cuantos días pasara en eso⁶⁹.

Cuando llegamos por fin a casa mis lecciones de mentir me vinieron muy bien y demostraron ser muy útiles para engatusar a mi madre⁷⁰. No fue sino hasta que me hubiera volado de la escuela y visitado el Loop varias veces que mi madre descubrió qué estaba pasando. Cuando ella me descubrió, me descubrió completamente.

El hombre de la tienda de frutas donde comprábamos nuestras frutas y vegetales le habló de mi robo. El maestro de la escuela le notificó que mi asistencia era irregular y ella averiguó que había estado visitando el Loop con Joseph. Se me prohibió asociarme con Joseph después de eso. Él tenía una familia muy buena y su padre utilizó todos los medios para hacer que dejara de robar. En esta ocasión fue golpeado con una correa de afeitar por llevarme con él mientras que yo no recibí ningún castigo en absoluto. Después de esto, por todo lo que hiciera mal, él recibía la culpa. Se daba por supuesto que sin él yo estaría bien. Se hizo todo lo que podía hacerse para mantenernos separados. Pero siempre lo busqué

⁶⁹ Con frecuencia las experiencias tempranas del chico en el delito son mucho más estimulantes y atractivas que cualquier forma de conducta convencional en la que podría participar en su propia comunidad. Así que los delitos iniciales tienden a definir actitudes e intereses con los que la conducta convencional difícilmente podría competir. No había nada en el hogar o en la escuela de Sidney que pudiera rivalizar con estas fascinantes excursiones al Loop.

Quizás un tratamiento exitoso del caso hubiera implicado proporcionar actividades sustitutas que fuesen tan estimulantes y satisfactorias como las delictivas.

⁷⁰ Mientras que Sidney era consciente de que su madre desaprobaba su delinquir, el control de ella no era suficiente para contrarrestar la poderosa influencia de la pandilla sobre la conducta del niño. Quizás el mentir protector que se permitía fuese el resultado de las demandas contradictorias que le planteaban estas dos relaciones.

cuando él no me buscaba. *Él tenía una buena cabeza e inventaba muchas maneras en las que podíamos juntarnos siempre.* Finalmente nos mudamos del vecindario. La única razón fue para evitar que anduviera con Joseph⁷¹.

Nos trasladamos a la Avenida H___ y Calle T___. Empecé a asistir a la Escuela G___. Estaba haciendo excelentes progresos en la escuela y las cosas iban bien. No tenía dificultades con mi trabajo escolar y recuerdo claramente la gran zona de juegos con sus aparatos de recreo. No era la zona de juegos más completamente equipada pero no contenía ninguna cosa superflua. La escalera deslizante era alta, el balancín era largo, los columpios estaban suspendidos desde una altura grandísima y el carrusel estaba construido para la velocidad. Pero lo que proporcionaba a todos la mayor diversión eran los grandes columpios de madera que podían sostener a seis. De estos había dos. Los muchachos más atrevidos y más duros los conseguían, pues se requería una falsa batalla para asegurarlos y sostenerlos.

Por supuesto esto era lo que me daba la diversión mayor. Un grupo trataría de forzar al otro grupo a salirse del columpio, y de balancear el columpio tan alto como fue construido para hacerlo. Sobre los columpios corrientes, que estaban suspendidos por dos sogas, a menudo yo me levantaba sobre los asientos y trataba de balancearme por completo alrededor de la barra de soporte. Nunca lo logré, pero estuve cerca en varias ocasiones. Era un deporte bastante bueno saltar desde estos columpios mientras que estaban en pleno vuelo.

Luego sobre los balancines: iríamos hasta arriba del todo y quien estaba en el suelo haría rebotar su extremo con fuerza y el que estaba arriba en el aire recibiría una sacudida. Si no se estaba agarrando fuerte sufriría el peligro añadido de caer al suelo y lesionarse. Incluso el carrusel ofrecía una emoción. Requería un pequeño esfuerzo saltar después de que estaba girando a toda velocidad.

Los días pasaban rápidamente. Me levantaría muy temprano para ir cada mañana a la escuela, pues jugar en la zona de juegos era lo que necesitaba. En invierno la zona de juegos se inundaba y se entregaron patines gratis. Allí pasaría mucho tiempo después de la escuela.

⁷¹ La madre declara que ella se mudó de este vecindario para tratar de alejar a Sidney de la influencia de Joseph y de los otros miembros de la pandilla.

Después de la escuela, cuando iba a casa, sentía que faltaba algo. No tenía juguetes y aunque jugaba con los otros niños en la calle, las noches que pasaba en casa eran vacías⁷². Recuerdo cómo mi padre se emborrachaba regularmente y algunas veces sería cruel con mi madre. Sé que exprimíamos y economizábamos y que a veces el pago que mi hermano traía a casa era lo que mantenía al lobo lejos. Su sobre de pago siempre le llegaba intacto a mi madre. El dinero de bolsillo que él aceptaba estaba muy lejos de lo que podría haber recibido si hubiera querido más.

Sabía que nuestro sustento era incierto⁷³. A menudo sabía que mi padre despilfarraba el salario de mi hermano.

Jugaba con los chicos y chicas en la calle frente a la casa. Jugábamos a todos los juegos de la infancia. Estaba "Cielo Azul", con las casillas marcadas con tiza sobre la acera. "Botón, botón, quién cogió el botón", mientras nos sentábamos en los escalones de las casas vecinas. Luego jugaríamos a la "Vieja Madre Bruja", y también cantaríamos muchas cantinelas infantiles que los niños conocen. Luego cuando se hacía de noche y todas las niñas pequeñas se habían ido a casa, jugaríamos a juegos tales como las "Escondidas"; "Uno, Dos, Tres"; "Luz Roja"; y "Pom, Pom Pedoway".

Por esta época construyeron una escuela próxima a mi casa. La llamaron Escuela C____. Se consideraba que la Escuela G____ estaba a una distancia demasiado lejana para que viajaran unas pequeñas piernas. Estaba a unas cinco o seis cuadras de donde vivía y algunos de los otros niños vivían más lejos que eso.

El advenimiento de la terminación de la escuela debe haber atraído a los padres de Joseph al vecindario, pues se mudaron a una casa justo enfrente de la Escuela C____. Nosotros por supuesto renovamos nuestra camaradería y no pasaría mucho antes de que mi tiempo se dividiera

⁷² El hogar de Sidney estaba casi completamente desprovisto de cualquier facilidad para la satisfacción de deseos fundamentales y el desarrollo de intereses culturales normales.

⁷³ Es evidente que Sidney pronto fue consciente de la precaria condición económica de su familia. Quizás el darse cuenta de este hecho contribuyó en buena medida a sus propios sentimientos de inseguridad e inferioridad.

entre ir a la escuela e ir a ese mundo de hadas de emociones placenteras, el Loop.

Hizo falta poquísima persuasión o ruego, si alguno, de su parte, pues para mí ninguna experiencia de chicos corrientes se comparaba con la experiencia de mezclarse con las grandes multitudes del Loop y forcejear a través de ellas para ir de gran almacén a gran almacén y de almacén de cinco y diez centavos a almacén de cinco y diez centavos. Los juguetes de los chicos corrientes no se podían comparar con los juguetes que yo podía ver y con los cuales jugar cuando iba al Loop. Me imaginaba que los juguetes de los grandes almacenes eran míos. Estoy seguro de que los disfrutaba más porque no podía poseerlos.

Nunca tuvimos el dinero que teníamos en la primera ocasión de nuestra visita al Loop; pero Joseph sabía justo qué hacer para volver innecesario el dinero. *Él me enseñó a robar en almacenes*⁷⁴ y la mayoría de las cositas que robamos eran inútiles. Robábamos de un mostrador y rondábamos hasta otra parte del piso y robábamos de otro mostrador. Iríamos a otro piso y haríamos lo mismo de nuevo. Pensaba que éramos demasiado astutos como para que alguien nos atrapara. Los almacenes eran tan grandes que ni siquiera consideramos el peligro de caminar hasta el mismo mostrador dos veces. Para mi gusto, los almacenes siempre cerraban muy temprano. El Loop entero estaba hecho de variedad. Los mostradores de cada almacén que parecían vender el mismo producto no parecían los mismos por alguna razón. Incluso el departamento de juguetes de cada almacén no parecía contener los mismos juguetes.

Luego los detectives del almacén empezaron a seguirnos; pero ni siquiera nos preocupamos por ellos. Parecía que siempre los veíamos primero, y que era una cuestión sencilla esquivarlos a través del almacén y perderlos. A menudo Joseph me decía mantener mi boca cerrada si

⁷⁴ El estudio de historias de caso de delincuentes juveniles que viven en áreas de delincuencia de la ciudad sugiere que en muchos casos los muchachos adquieren técnicas delictivas y aptitud para robar de la misma manera en que el no delinciente en un vecindario residencial convencional aprende a jugar tenis o adquiere un hobby. Mientras que los valores culturales en las dos situaciones son radicalmente diferentes, el proceso de aprendizaje en los dos ejemplos es, en muchos aspectos, idéntico.

alguna vez nos atrapaban y rogar por una oportunidad⁷⁵. Dos o tres veces un detective del almacén nos atrapó en el acto de sisar un artículo y como lloré nos dejaron sueltos. La primera vez que fui arrestado, me trataron como si hubiera sido un delincuente adulto. Fui arrestado en un gran almacén por hurto en almacén y el chico conmigo, no teniendo nada en sus bolsillos para culparlo, fue dejado libre. A mí me trataron *a la ligera*. En cuanto fui llevado a una de las oficinas privadas del almacén, se pidió una llamada a la policía.

Me pasaron a una patrulla, desde la plataforma de envíos, en la parte trasera del edificio del almacén. No recuerdo si la policía me dijo algo o no. Si lo hicieron, no fue más que lo que le hubieran sido dicho a un ladrón adulto.

En la Comisaría C____ fui tratado tan a la ligera como en el almacén. Tenía solamente unos siete años y medio de edad y estando medio muerto de miedo frente a la probabilidad de ser encerrado en una celda, era incapaz de hablar coherentemente a través de mis lágrimas. Fui reseñado a partir de la información que recogieron de una hoja de papel que uno de los policías había recibido de uno de los hombres del gran almacén.

Mi edad no motivó una palabra de simpatía de alguno de los policías de pie por ahí. Me pusieron en una gran celda donde había dos hombres. No solo la celda sino el cuarto de la celda eran oscuros. Los policías estaban ocupados haciendo algo y no intercambiaban palabras entre ellos. La celda en la que estaba era muy grande y los dos hombres, cada uno sentado en lados opuestos a ella, estaban empapados en la profunda oscuridad que permeaba la atmósfera. Su actitud era de abatimiento y desesperanza. Parecía que habían estado allí durante largo tiempo. Como nadie me había dicho por cuánto tiempo iba a permanecer ahí, pensé, tal vez yo también tendría que quedarme allí hasta que fuera un hombre adulto, y Dios sabe que las barras eran suficientemente gruesas como para resistir por siglos los estragos del tiempo.

⁷⁵ Como se indica aquí, el joven delincuente adquiere, mediante sus contactos sociales, los diversos artificios que emplea para tratar de burlar a los oficiales de policía y detectives.

Me senté lo más cerca posible de la puerta de la celda y lloré porque mi corazón se rompía. Cada sollozo sacudía mi cuerpo con convulsiones. Los dos hombres simplemente apartaron las cabezas de sus manos donde las acunaban y me miraron con ojos en que podía leer tristeza. Ellos mismos estaban tan empapados de tristeza y pena como para venir y animarme. El tic tac del reloj no era más que un martilleo en mi cerebro y el silencio solo acentuaba más mi soledad abyecta.

Pasaron varias horas y alrededor de las nueve de la noche vino un nuevo carcelero y con una voz que era poco más que un susurro, como si *temiera* disturbar las alucinantes sombras, les preguntó a los dos hombres si querían que les comprara algo de comida. Los hombres estaban muy hambrientos pero no tenían dinero. Yo tenía treinta centavos e hice que el carcelero me comprara con eso una bolsa de caramelos. Di a cada uno de los dos hombres un par de piezas de caramelo y, siendo demasiado desdichado como para comer, me senté con la bolsa agarrada fuertemente con una mano alrededor de la abertura y lloré más fuerte que nunca. Los hombres miraban con frecuencia el caramelo, pero yo estaba determinado, sin razón alguna, a aferrarme a él, aunque sabía que yo no iba a comérmelo. Seguían mirando el caramelo pero no decían una palabra. Luego, sin razón alguna, les di la bolsa de caramelo y se la zamparon a bocados. El carcelero se pasó más tarde y quería saber si todavía me quedaba algún caramelo. Cuando le dije que no llamó a los dos hombres conmigo en la celda todo tipo de escoria por comerse mi caramelo. Aunque les había dado a los hombres el caramelo por mi propia voluntad, les permití ser insultados así.

Mi madre vino por mí tarde por la noche, y el dolor que vi en sus ojos me hizo caer la cabeza *de* vergüenza. Yo había estado en la cárcel y ahora era un presidiario.

Quería conocer otras cosas para hacer que fueran tan interesantes de hacer, de modo que no pudiera ser arrestado nunca más; pero no sabía nada más que hacer. Me volví más cauteloso y mantuve una aguda vigilancia de los detectives e hice más de un esfuerzo por alejarme de ellos cuando estaba cerca de ser aprehendido. No podía entender por qué los detectives de la casa, la policía y mi madre me perseguían tanto. Por qué no me dejaban hacer lo que quería hacer ya que yo prefería

hacer más esto que ir a la escuela. Sabía que estaba jugando un juego solitario con todo el mundo en mi contra pero no podía imaginarme por qué estaban contra mí. Sabía que la gente me compraba cosas robadas; sin embargo si alguien soltaba una advertencia, ellos estarían también dispuestos a ayudar en mi captura.

Sabía que estaba mal solo porque se decía que estaba mal robar como yo estaba robando. *Era mi ocupación diaria y rápidamente estaba haciendo parte de mi vida*⁷⁶. El único modo en que pude haber dejado de hacer esto era que se me enseñara como hacer otra cosa así de interesante. Tenía que ser enseñado. Sin esta fuente constante de placer estaba perdido. El peligro de ser arrestado no solamente añadía emoción a nuestro placer sino que me daba una preocupación constante. Si estaba hecho para pasar una noche entera en una celda, eso habría sido un cruel castigo. La enseñanza nada más hubiera hecho alguna diferencia en mi conducta.

Después de mi alianza con Joseph asistía a la escuela con menos frecuencia que lo que me volaba de la escuela. La zona de juegos de la escuela no tenía aparatos de recreo y entonces nunca *llegaba* muy temprano por la mañana. Pensaba que era mejor llegar tarde a la escuela que llegar muy temprano. Durante la hora del mediodía todo mi interés se centraba en dos lotes baldíos al otro lado de la calle del edificio de la escuela.

Uno de estos lotes era grande y estaba a unos doce pies más abajo que la acera. El otro lote era más pequeño y estaba edificado al nivel de la acera. Una pared de piedra de unos ocho pies de alto separaba estos lotes y una barandilla de hierro resguardaba el frente del lote que estaba más abajo del nivel de la acera. La pared tenía alrededor de ocho pies de alto en un lado mientras en el otro tenía cerca de veinte. La parte superior de la pared podía alcanzarse escalando sobre la parte superior de la barandilla de hierro.

⁷⁶ Es imposible aproximarse siquiera al gran número de faltas específicas en las que Sidney estaba implicado. Según los registros oficiales y su propia historia es evidente que robar era casi que una experiencia diaria. Fue a través de estas experiencias numerosas, bajo la influencia organizadora de las tradiciones delictivas de su pandilla, que sus deseos se integraron en una tendencia definida de conducta delincuencia.

Aquí se encontraban los chicos *aventureros* y aquí yo conocí a dos personajes indeseables más. Conocí y me volví amigo de dos muchachos italianos llamados Nick y Tony Domino, hermanos. Ellos me presentaron a otros muchachos de su sello en las semanas siguientes. Estaba Tommy Sorto, cuyo papá era un borrachín e iba a morir en el manicomio y cuya mamá iba a ser envenenada por la enfermera que empleó para cuidar a los niños más pequeños mientras ella trabajaba para vivir. Estaba Rob cuya mamá y papá eran ambos mudos, y había luego dos hermanos, Jimmy y Martie, cuyo papá era dueño de una cantina y cuyo hermano era amigo de Pat Flaherty⁷⁷. Recuerdo cuando Pat Flaherty le disparó a su hermano por expresar su intención de andar recto en un momento en que su ayuda era necesaria para un trabajo en un banco o para intentar ayudar a un amigote a escaparse de la cárcel.

Ahora casi nunca acompañaba a Joseph al Loop; pero en su lugar iba con estos muchachos. Todos estos muchachos eran mayores que yo, pero nunca se aprovecharon del hecho de que eran mayores. Fuimos a sitios e hicimos cosas simplemente por la diversión que había en eso. Era, lo admito, un sentido del humor algo distorsionado. Entrábamos en una tienda y si veíamos huevos en alguna parte tratábamos de robarlos. Algunas veces uno de nosotros tendría el bolsillo lleno de huevos y uno de los otros chicos le daría un manotazo al bolsillo en que tenía los huevos, lo que nos hacía salir a todos corriendo del almacén riendo jubilosamente. Algunas veces uno de nosotros pondría un huevo en el bolsillo de un chico extraño mientras el otro se lo hacía añicos. Después todos nos escapábamos y le gastábamos la misma broma a otro chico. Era muy gracioso pegar chicle en el pelo de otro, y pegar fósforos encendidos en la piel del uno al otro nos daba un gran placer. Forzábamos la puerta trasera de pequeños teatros y entrábamos a hurtadillas donde causábamos alboroto, o simplemente dejábamos escapar un fuerte grito o arrojábamos latas al espectáculo. Colarse en el elevado y hacer un viaje alrededor del Loop era una aventura y siempre íbamos desordenadamente en el tren.

⁷⁷ Sidney se encontraba constantemente con otros chicos delincuentes. Esto, por supuesto, era casi inevitable en vista de la tasa relativamente alta de delincuencia en la zona. Pat Flaherty, referido arriba, era uno de los gánsteres más notorios de Chicago.

Todos entrábamos a un almacén y mientras uno de nosotros preguntaba por algún artículo que sabíamos no lo tenían en stock, el resto nos dispersábamos y veíamos qué podíamos robar⁷⁸. Siempre escogíamos las tiendas de comestibles como nuestras víctimas y continuábamos haciendo esto hasta tarde por la noche.

También merodeábamos en porches, y como en los porches traseros se depositaban muchas cajas de hielo, siempre los saqueábamos⁷⁹. Siempre nos llevábamos y bebíamos la leche. Otros comestibles que conseguíamos generalmente los devoramos, o si eran demasiado para comerse, *los* lanzábamos del uno al otro. A menudo tirábamos cosas a pocos pies de donde las robamos. Después de haber saqueado cajas de hielo durante un tiempo, empezamos a conservar unas pocas ollas de comida cocida y las vendíamos a cierta mujer de color. Generalmente recibíamos por ellas una moneda de cinco o diez centavos. Esta mujer era una clienta que consiguieron Nick y Tony.

A veces nos volábamos de la escuela y bajábamos al Mercado de la Calle Southwater y a veces al Mercado de la Calle Randolph. Cualquiera de estos mercados de productos del campo era bueno para nuestros propósitos. Robábamos todo tipo de fruta y hacíamos un picnic regular⁸⁰. Recuerdo ir a casa con tortugas, conejos vivos, palomas, y una vez con un pato que llevábamos como si hubieras llevado un perro.

A veces nos íbamos al Loop del centro a robar. Nos especializábamos en almacenes de cinco y diez centavos y robábamos cosas como barras de dulce, chicle, dados, *novedades*, y perfumes y joyería barata. No pasó mucho tiempo antes de que Nick y Tony encontraran un cliente, o mejor

⁷⁸ Esta artimaña es empleada con frecuencia por las pandillas de jóvenes delincuentes cuando hacen incursiones en almacenes locales de barrio. Aunque se trata claramente de una forma de robo, los muchachos en algunos barrios suelen considerarla un juego o deporte.

⁷⁹ Esta es una forma corriente de pequeño hurto que prevalece entre los muchachos en las zonas de delincuencia de la ciudad.

⁸⁰ Robar en los mercados es otra forma de pequeño hurto muy común entre los jóvenes delincuentes en ciertas zonas de delincuencia de la ciudad.

clientes, para nuestro botín. Tres mujeres jóvenes casadas compraron todo lo que obtuvimos en forma de joyas, polvos, y perfumes⁸¹.

Un día, o mejor una noche después de oscurecer mientras vagábamos calle abajo predispuestos a la travesura, Nick agarró un rollo de tela de algodón y empezó a correr calle abajo. Todos corrimos con él y cuando nos volvimos para mirar alrededor vimos que el dueño de la lencería nos perseguía. Volteamos para correr por una pasarela y cuando volteaba vi que el rollo de mercancía bajo el brazo de Nick se desataba a todo lo largo del pasadizo. Algunos nos escapamos pero Nick y su hermano, Tony, fueron capturados.

Ellos contaron quienes eran el resto del grupo y al día siguiente nos llamaron a todos a la oficina del director de la escuela, y Nick y Tony estaban ahí. Me dieron otra oportunidad, pero Nick y Tony fueron empaquetados en una patrulla de policía que se acercó rápido y los llevaron al hogar de detención de menores y de ahí los enviaron a la Escuela Correccional.

Yo tenía alrededor de siete años y medio de edad en este momento y empecé a salir con Tommy. Por un tiempo asistí a la escuela regularmente pero no tenía caso, era demasiado moderada. Joseph me había presentado algunos chicos que conocía y ellos eran también relaciones indeseables. Eran de una clase de muchachos completamente diferente de los de la pandilla de Nick y Tony. Eran más inteligentes e incluso iban mejor vestidos.

Estaban dos hermanos, Mose y Simon, cuyo padre era dueño de una carnicería. Estaban Paul y Art, dos hermanos, cuyo padre era dueño de una ferretería. Y estaba Ruth, cuyo padre era un vendedor ambulante y tenía tres carretas con tres hombres que vendían para él. Luego estaba Sam, que tenía un hermano en el negocio de ropa y otro hermano vendedor de fruta con dos grupos de carretas de dos caballos. Estaba también un tipo llamado Max.

⁸¹ Como se sugiere aquí, sorprendentemente el joven delincuente se tropieza con pocas dificultades para vender la propiedad robada. No solo hay compradores profesionales de efectos robados disponibles, sino que en muchos casos el delincuente encuentra una salida lista para su botín a través de amigos, vecinos y cacharreros en su propia vecindad.

Estos tipos siempre querían que yo fuera con ellos, pero ya que pensaban que yo era muy joven para recibir un reparto igual de lo que robamos, escogí andar con la otra banda. Algunas veces fui con ellos, pero me usaban más como una herramienta. Me forzaban casi a robar y luego me quitaban cualquier cosa que robaba.

No pasó mucho antes de que tres de nosotros se hicieran socios y viajaran juntos. Yo estaba con Tommy de una banda y con Sam de la otra. En algún momento u otro yo había robado con un miembro de ambas pandillas, y yo era siempre bienvenido para ir con cualquiera de ellos, pero prefería a Sam y Tommy.

Después de que Nick y Tony fueron enviados a la Escuela Correccional, yo andaba con la pandilla de Joseph. Ellos pasaban su tiempo libre jugando por diez o cinco centavos. Apostaban adivinando fechas, emparejando monedas, lanzando a una línea determinada o tirando dados. Una vez en mucho tiempo se entregaron a un partido de béisbol.

Si tenían algún rencor contra un chico extraño serían más propensos a *zurrarlos* que a solo amenazar con hacerlo. Pero se divertían haciéndome ir hasta chicos mucho más grandes y *darles* un puñetazo. Era un día sin suerte para el chico que golpeaba si decidían luchar. Esto no me gustaba porque yo quería ser uno de ellos y no el objeto de su pasatiempo⁸².

En la escuela no tenía problemas con mis lecciones, pero el problema era que me volaba tanto de la escuela que estaba demasiado atrasado para ponerme al día. Como yo era una suerte de oveja negra, tres o cuatro profesores mostraron más interés en mí que si me hubiera portado bien. Nunca fui desordenado en la escuela. Mi mente, afirmaban, estaba por encima del promedio. Parecía pasar siempre con honores, pero nunca recordé que me esforzaba en mis estudios. En este momento asistía también a la Escuela Judía por las noches y estaba haciendo progresos inusuales. Pude en pocos meses leer un periódico judío impreso.

⁸² Esta declaración es indicativa de su fuerte deseo de ser íntimamente identificado con la pandilla. Como se sugirió en otra parte de este volumen, tal vez era este deseo el que impulsaba mucha de su temprana actividad delictiva.

Pero, como decía, empecé a andar con Tommy y Sam. A veces iba con Tommy y a veces iba con Sam y a veces íbamos todos juntos. Cuando iba con Sam era después de la escuela. Íbamos a una gran zona de juegos y nos quedábamos allí hasta que cerraba alrededor de las nueve o diez de la noche. No podía ir a la zona de juegos y a la Escuela Judía al mismo tiempo así que dejé de asistir a la Escuela Judía. La cosa más interesante que hicimos en esta zona de juegos fue perseguir una pelota aporreada de soccer alrededor de todo el campo. Intentando con tanta fuerza como ella pudo, mi madre fracasó en sus esfuerzos por hacerme asistir a la Escuela Judía. No podía por la vida mía entender por qué debía asistir a la Escuela Judía cuando era mucho más interesante ir a esta particular zona de juegos.

Cuando andaba con Tommy mi asistencia a la escuela pública decaía. Íbamos a uno de los mercados de productos del campo o al Loop. Con frecuencia, cuando era hora de ir a casa por la noche, nos quedábamos en la parte baja de la construcción elevada y limosneábamos la tarifa del coche a damas y caballeros de aspecto amable. Cuando recibíamos cerca de quince o veinte centavos procedíamos a caminar todo el camino a casa o nos colábamos en un viaje en el elevado. *Siempre pensamos que era tonto pagar la tarifa del elevado*⁸³. Yo era tan pequeño que podía inclinar mi cabeza y caminar a lo largo de la ventanilla del cajero sin ser visto desde dentro. Tommy podía escabullirse en una aglomeración.

Cuando tenía cerca de ocho años y medio fui arrestado y puesto en el Hogar de Detención⁸⁴, me sentía asustado por dentro y no quería hablar con ninguno de los chicos de allí. Parecía que todos los chicos, salvo yo, se sentían allí en casa. Esa fue la época más solitaria que pasé alguna vez. Los chicos en el Hogar de Detención hablaban, como lo hacen todos los jóvenes delincuentes y criminales alguna vez, de lo que habían hecho afuera y realmente lo que ellos te dicen, si alguna parte es cierta, es cien veces peor que lo que algún periódico podía imprimir. Según ellos, habían cometido más delitos que los que hay en el calendario y *para ellos los diez mandamientos son mejor conocidos como las diez sugerencias*. No

⁸³ Esta era probablemente la actitud predominante entre los chicos de su pandilla y en el vecindario.

⁸⁴ Para una descripción similar del Hogar de Detención de Menores ver al autor, *op. cit.*, cap. V.

entendía la cosa al principio. Pensé que, comparado con ellos, yo era solamente un infante en el delito, aunque afuera hubiera pensado que era un experto ladrón de almacenes. Al principio me sentí muy por debajo de ellos hasta que supe que la mayoría de las cosas que contaban eran falsas historias. Casi toda su conversación era sobre delinquir; todo el mundo hablaba y pensaba sobre delinquir. Era delinquir, delinquir, y más delinquir.

En un lugar como el Hogar de Detención, y cualquier lugar donde se encierra a los delincuentes, *alguien que se lamenta en voz alta por lo que ha hecho es abiertamente abucheado por sus compañeros de reclusión*. Puedes sentir pena por ti mismo, pero no te atrevas a hacerlo saber. Están aquellos que tratan de hacer que pienses que existe el honor entre ladrones cuando realmente el caso es que “perro come perro”. Un tipo se salvará a sí mismo primero y a sus compañeros de reclusión después. Yo he mentido y, usando la vernácula de prisión, traicioné a todo el que ha tratado de ayudarme. Por qué lo he hecho, no puedo decir. Yo estaba en el lado equivocado de la pared desde el principio y no podía llegar al lado correcto. Desde el mismo comienzo, aprendí del delito, me gustó, y no conocía nada más.

Después de mi primera experiencia en el Hogar de Detención, me trajeron de vuelta una y otra vez por volarme de la escuela y por pasarlo bien en los grandes almacenes. Cada vez que estaba en el Hogar de Detención trataba de escapar robando las llaves de la puerta, rompiendo las ventanas o por algún otro modo. Nunca desee hacer nada drástico, aunque odiaba la disciplina y la reclusión. Varias veces podía haber estado con los compañeros que querían atar al guardia, dominarlo y darle con la cachiporra, pero no me gustaba ese tipo de trabajo. Me inclinaba por imaginar esquemas para escapar.

Los chicos estaban en el Hogar de Detención por todo tipo de delitos. Algunos habían robado para uno o ambos padres, y habían sido entrenados por ellos para mantener la boca cerrada y llorar cuando fueran atrapados, u otros truquitos para hacer que las autoridades los dejaran libres. Los chicos aprenden estos truquitos uno del otro y pronto se vuelven lince en arreglárselas. Podrías decir que la ley del menor no funciona de ese modo, pero yo he visto donde llorar y suplicar y otros truquitos igualmente ridículos han hecho que las autoridades dejen a los delincuentes sueltos. En mi propio caso fue verdad muchas veces. Pero

se necesita un juez sabio para impartir justicia, para elegir lo real de lo falso. Él tiene que enfrentarse con numerosos ladrones ingeniosos que están siempre preparando nuevos trucos.

No pasó mucho tiempo antes de que mi madre recibiera una citación para presentarse conmigo en la Corte de Menores. Cuando enfrenté esta posibilidad de tener que dejar a mi madre y dejar la pandilla, me sentí infeliz y lloré. No podía entender cómo el juez podía contemplar semejante crueldad. Yo, por supuesto, prometí asistir regularmente a la escuela en el futuro y deseé sinceramente que pudiese. *Sin embargo sabía que me parecería triste asistir a la escuela todo el día todos los días. Este presente era un panorama tan aburrido que desde ese momento en adelante consideré la escuela como un castigo. Y fue ese un castigo que me esforcé mucho por evitar. La escuela, pensaba, era un mal necesario que la gente adulta esperaba que resistieran los niños pequeños. No quería ir y no podía verla bajo alguna otra luz que como un medio de evitar que hiciera las cosas que me gustaban hacer*⁸⁵.

⁸⁵ Es un asunto de gran importancia advertir que el niño delincuente, que crece en las zonas de delincuencia de la ciudad, tiene muy poco acceso a las herencias culturales de la sociedad convencional más amplia. Sus infrecuentes contactos con esta sociedad más amplia son en su mayor parte formales y externos. Es apenas natural que su concepción de los valores morales esté determinada y moldeada por el código moral que prevalece en sus grupos de juego y en la comunidad local en la que vive. En vista de que este código moral suele estar en gran desacuerdo con la sociedad convencional más amplia, él considera la ley, la policía y la escuela como influencias hostiles a su bienestar. En muchos casos, como se ilustra repetidamente en este capítulo sobre la propia historia de Sidney, el joven delincuente tiene muy poco aprecio por el significado de las tradiciones y leyes formales de la sociedad; en consecuencia, el esfuerzo de la sociedad por suprimir las tendencias delictivas del niño mediante métodos formales de educación y disciplina da lugar a actitudes de rebelión y negativismo. Él tiende a asumir estas actitudes frente a cualquier agencia –la escuela, el establecimiento social, las instituciones correccionales, la policía– que busque imponerle arbitrariamente los estándares de la sociedad convencional. Este conflicto se debe en buena medida al hecho de que los valores morales y patrones de conducta del niño se han desarrollado en una situación cultural que es contraria a las tradicionales de la sociedad mayor. Por tanto el conflicto entre el delincuente y las instituciones de la sociedad es, en sus aspectos más generales, un conflicto de culturas divergentes.

Yo, por supuesto, asistí a la escuela regularmente durante unas dos o tres semanas después de esto, pero no tenía caso. Mi corazón no estaba en ello. Mi madre me acompañaba para ver que llegaba hasta la escuela; pero yo nunca entraba si podía evitarlo. *Entre ir a la escuela y robar, escogía robar.* No sabía hacer nada más, solamente estas dos cosas.

Durante un tiempo mi vida estuvo hecha por esfuerzos constantes para evadir al oficial de faltas, a los detectives de los grandes almacenes, y a mi madre y hermano cuando yo debía haber estado en la escuela. El único momento que pasaba en casa era por la noche, y nunca llegué a casa antes de las diez u once. Me levantaba todas las mañanas diez o quince minutos antes de las nueve y precipitadamente tragaba una taza de café muy dulce y comía un pastelillo y no volvía a casa hasta esa noche. Mi madre me tenía siempre algo de comer antes de que fuera a la cama. Muchas veces no comía nada durante todo el día y el único alimento que comía era lo que tenía en casa. Pero eso no parecía molestarme.

No pasó mucho tiempo antes de que me llamaran de la corte de menores otra vez. De hecho, fui llevado a la corte varias veces y siempre fui liberado bajo mi promesa de asistir en adelante a la escuela. Finalmente, a la edad de nueve años, fui enviado a la Escuela Correccional. Casi me rompió el corazón tener que dejar el hogar y ni siquiera ver más a la pandilla.

CAPÍTULO VI ⁸⁶

AISLADO CON OTROS DELINCIENTES

Recuerdo el largo viaje en el coche tirado por caballos en ese frío día de enero. La nieve se asienta profundamente en el suelo y hacía tanto frío que eran necesarios calentadores de carbón para mantener los pies calientes. En vano busqué medios de escape. Había tres hombres con nosotros. Uno conducía los caballos, uno estaba sentado cerca de la puerta, mientras otro estaba sentado cerca del peldaño bloqueando la puerta. Me sentía muy infeliz como para llorar. Tenía la sensación de que estaba perdiendo todo lo que quería. Nunca antes había estado lejos de casa, ni siquiera una noche.

Cuando por fin llegamos a la escuela y me asignaron un pabellón y me cortaron el pelo a ras del cráneo y me dieron un baño y desinfectaron con desinfectante y me quedé allí todo ataviado en pantalones amarillos y gorra amarilla y un abrigo amarillo con botones de metal y una camisa azul, me sentí más miserable que nunca. Cuando las sombras de la noche empezaron a caer me sentí muy solo y no pude evitar tumbarme junto a un radiador en una esquina oscura y llorar con mi cabeza en mis brazos como nunca antes había llorado. Estábamos tan lejos de donde la gente existía y yo estaba tan triste y solo. No sollocé fuerte solo suavemente, pero muy en serio.

Todos los otros chicos habían ido al comedor para su cena y me encontraron allí con la cabeza en mis brazos y en una miseria abyecta.

⁸⁶ En el presente capítulo Sidney hace un recuento de sus experiencias en la Escuela Correccional de Chicago, una institución que recibe traslados de niños acusados por absentismo escolar y delitos menores. Él fue recluido en esta institución cuatro veces, cubriendo los cuatro confinamientos un periodo de más de dos años y ocho meses. Se escapó de la institución tres veces. Se recordará que el primer confinamiento tuvo lugar cuando tenía ocho años y medio de edad.

Recuerdo como estuve, ya que estuve entre las sillas del oficial de familia y su esposa, sus sillas medio vueltas hacia mí, y las lágrimas fluyendo por mi cara. Ninguno de los muchachos se rio de mí, ya que yo estaba en una verdadera pena y no hice ninguna escena. Le dije al oficial que deseaba ir a casa y le pregunté si podía por favor llevarme allí. Lo prometió, y sonriendo explicó que estaba muy oscuro y era muy tarde para que me llevara a casa esa noche, pero que seguramente lo haría la mañana siguiente.

Nunca lloré durante los días que siguieron ya que *dar voz a los sentimientos de nostalgia se consideraba infantil*⁸⁷. La disciplina era muy estricta ya que era una escuela militar y nada puede ser más estricto que una escuela militar de castigo⁸⁸. No estaba habituado a la disciplina y recibí muchas notas negras puesto que no podía acostumbrarme fácilmente a ella.

Cada muchacho tenía que convertirse en un chismoso o era castigado. Recibías más castigos por no soplar a otro chico que si tú mismo violabas alguna de las reglas. Recuerdo que una vez un chico a mi lado en la fila estaba hablando y el oficial de familia me preguntó quién era. Consideré que no era asunto mío y me negué a decir. Por esto recibí un manotazo en la oreja. Él siguió preguntándome y, cada vez que me negaba a decir quién era el chico que hablaba en la fila, yo recibía un manotazo en la oreja. Finalmente preguntó quién era el chico de toda la compañía y sin dudarle el muchacho infractor dio un paso al frente. Esto parecía muy injusto y poco amable hacia mí de su parte.

⁸⁷ El grupo delincuencial no tolera ninguna expresión externa de debilidad o cobardía de parte de sus miembros. Este es uno de los dispositivos efectivos gracias al cual se busca obligar a sus miembros a conformarse a los estándares aceptados y a las expectativas del grupo. Ver a este respecto el estudio de caso del autor, *The Jack-Roller: A Delinquent Boy's Own Story*, University of Chicago Press, Chicago, 1930, cap. VII, pp. 98.

⁸⁸ El lector debe tener en cuenta que la descripción de Sidney de la Escuela Correccional de Chicago no es indicativa de la situación actual en esa institución. Poco después de su última puesta en libertad, se hizo una investigación especial a la Escuela. Como resultado de la misma se puso a cargo de un nuevo superintendente y se inauguró un sistema de control diferente.

A los muchachos se los desanimaba a tener debates serios entre ellos, y cada uno esperaba solo la oportunidad de oír a otro chico discutir algo que pudiera informarse al oficial de familia.

Todo lo que hacíamos era hecho al estilo militar, tanto en el pabellón como en la escuela. Hablar mientras se trabajaba o entrenaba estaba estrictamente prohibido, y éramos castigados por hacerlo. Los muchachos eran nombrados oficiales, y la mayor parte del tiempo se hacían cargo por completo de nosotros. Normalmente había dos muchachos oficiales para un pabellón, capitán y teniente. Les daban la custodia completa y casi todos los medios que usaban para obtener obediencia eran ratificados por los oficiales de familia. Por supuesto, había casos de chicos oficiales que eran degradados. Quejarse ante los oficiales de familia del trato recibido de los chicos oficiales solo volvía más seguro y más severo el castigo. Golpear a un oficial significaba dos meses de castigo.

El castigo consistía en la jaula o cuarto de guardia, como se la llamaba a veces, golpes con correas o trozos de manguera, quedarse de pie en línea por horas a la vez y hacer sentadillas y amoladores musculares. Tazones de leche y tres rebanadas de pan, en vez de una comida, era el menor de los castigos que nos infligían.

Eras enviado al cuarto de guardia por escapar, golpear a un oficial (muchacho) y por robar o fumar. Cada vez que alguno iba al cuarto de guardia era por una semana. Se alimentaba con nada, solo con pan y leche. Nada se llevaba puesto en la jaula⁸⁹, solo una bata de noche, y la única cosa dentro de la jaula era una litera empotrada con un colchón hecho de cáscaras de maíz. Cada pabellón tenía por lo menos una jaula en su ático. La jaula ocupaba el centro de una habitación grande y vacía, y las persianas en las ventanas de la habitación estaban siempre corridas. Cuando estabas en el cuarto de guardia salías solamente una hora de cada veinticuatro. Eras llevado afuera unos pocos minutos antes de las siete de la noche y devuelto unos pocos minutos antes de las ocho. Durante esta hora eras obligado a hacer las sentadillas y los amoladores musculares hasta que casi colapsabas, y si pretendías colapsar recibías

⁸⁹ El uso de la jaula (confinamiento solitario) como método de castigo se discontinuó en esta institución como resultado de la investigación especial a la que se hizo referencia en la nota precedente.

una paliza. Si la violación por la que eras enviado a la jaula era seria a los ojos del oficial de familia, recibías palizas cada noche junto con sentadillas y amoladores musculares.

El tratamiento que los oficiales de familia infligían a un fugitivo era severo. A los oficiales de familia, pensábamos nosotros, se les deducía una cierta suma de su pago cada vez que un chico se fugaba, y esa era la razón por la que pensábamos que el chico se volvía un ejemplo. Cada vez que un chico escapaba el oficial de familia inventaba un nuevo medio para castigar al culpable. Él proveería al resto de los muchachos con remos y los formaba en dos filas. Luego hacía que el fugitivo se pusiera en cuatro patas y atravesara la distancia de un extremo al otro. Se suponía que los chicos te daban un porrazo en la grupa, pero si un chico golpeaba al fugitivo en la cabeza no era criticado por el oficial de familia.

Mi pabellón era considerado el menos severo de todos los ocho pabellones que comprendían la Escuela Correccional, y los oficiales de familia los menos severos. Estando desacostumbrado a la disciplina, al principio me pareció imposible aprender a obedecer. Si hubiera estado en un par de los otros pabellones, donde el castigo era muy severo, estoy seguro de que hubiese quedado lisiado físicamente de por vida. Como fuera recibí un castigo bastante severo.

Por hablar o darte la vuelta en la fila, hacer una mancha de cualquier clase sobre el mantel, o dejar caer los cubiertos, o algo similar, te daban un tazón de leche en vez de la próxima comida, y te hacían acuclillar o amolar músculos. La sentencia más corta de amolar músculos era de quince minutos. Por las mismas ofensas recibías algunas veces notas y por las notas debías hacer sentadillas y amolar músculos. En la escuela usualmente recibías notas negras en vez de castigo, lo que significaba que el castigo tendría que ser administrado en el pabellón. Por cada veintiún notas negras te hacían perder un mes.

Los maestros eran estrictos y su mayor placer era infligir notas. Era una disciplina muy estricta la que se observaba en los salones de clase. No creo que siquiera pasara una semana sin recibir una nota negra en la escuela. Mi cara era cacheteada a menudo, a pesar de los esfuerzos que hice por obedecer las rígidas reglas.

Por hablar a otro chico, darte la vuelta en tu asiento, y por hablar sin permiso, nunca te daban dos oportunidades. Las notas negras que se

recibían en la escuela eran punibles dos veces más duro que las recibidas en el pabellón. Violar las reglas dos veces seguidas significaba acabar con la cara cacheteada. Para llevarse bien en la escuela era necesario ser aún más que sumiso. Pero debo admitir que aprendí unas pocas cosas de dos de los maestros en cuya clase estuve.

En el pabellón cada chico tenía que hacer ciertas tareas todas las mañanas como barrer y desempolvar la sala de juegos, las escaleras, el comedor y cocina y limpiar el baño. La mayoría de los muchachos eran ordenados en dos equipos, el equipo de cocina y el equipo del dormitorio. Uno lavaba los platos y cubiertos de cada comida mientras estuvieran allí, mientras los otros hacían las camas cada mañana y mantenían el dormitorio en orden. Yo estaba en el equipo del dormitorio. A los chicos que se los fijaba para poner la comida en las mesas tenían los mejores trabajos, pero eran castigados por poner más comida en un plato que en otro.

Cada mañana después del desayuno yo iba al dormitorio y hacía mi número de camas asignado y barría mi parte de piso y desempolvaba. Todo esto se hacía bajo la supervisión de uno de los chicos oficiales. Nunca se nos permitía hablar y teníamos que hacer el trabajo a su gusto, y haber terminado para la hora de la escuela, o éramos castigados. Algunas veces habíamos terminado antes de la hora de la escuela y si el equipo de la cocina también había terminado íbamos afuera al campo de juegos y jugábamos por unos pocos minutos. La escuela empezaba cada mañana a las nueve en punto. Siempre nos levantábamos a las seis e íbamos a dormir a las siete.

A mediodía, si el equipo de la cocina apuraba su trabajo, se nos permitía a veces jugar durante unos pocos minutos. La mayor parte del tiempo a la hora del mediodía dábamos vueltas en un anillo ovalado en frente del pabellón hasta la hora de la escuela.

Al mediodía, antes de llegar al pabellón desde la escuela, entrenábamos en el gimnasio durante media hora. Si un chico tenía notas negras en su contra se le hacía dar vueltas en óvalo mientras los otros chicos jugaban. A menudo yo tenía que dar vueltas en óvalo mientras los otros chicos jugaban. *Sonreír no era militar y los chicos rara vez llevaban una sonrisa.* Parecía que el propósito para el que se construyó la Escuela Correccional era para castigar. Había solo unos pocos libros

para leer y la mayoría de los chicos jugaba con trozos de cuerda. Dos de ellos se reunían y elaboraban un pedazo de cuerda de diferentes formas.

Se había declarado la guerra y en cada pabellón las mujeres oficiales les enseñaban a los chicos a tejer suéteres y *medias* que eran enviados a la Cruz Roja para ser enviados a los soldados⁹⁰. Tejíamos al igual que un montón de chicas. Yo tenía solo nueve años de edad, pero era uno de los mejores tejedores del pabellón. Tejé muchos suéteres.

Cada noche a las siete la compañía se alineaba y marchaba al gimnasio para entrenar con las compañías de todos los otros pabellones. La compañía lerda se quedaba en el pabellón y practicaba entrenamiento bajo un chico que sabía cómo entrenar. Por la noche los entrenamientos eran ejecutados con pistolas que llevaban los privados y espadas que llevaban los oficiales.

Un pabellón tenía la banda y sus instrumentos consistían en algunas cornetas, un par de platillos, un *bombo* y un redoblante. El entrenamiento duraba hasta las ocho. Un hombre tenía la custodia de todo el batallón. Cada mes un oficial de familia diferente se hacía cargo del entrenamiento. Después del entrenamiento marchábamos de vuelta al pabellón y nos alistábamos para la cama.

Cada mes la compañía mejor entrenada era galardonada con el primer lugar. El premio al primer lugar consistía en una bandera. Era la única bandera que llevaba alguna compañía, y las compañías trataban desesperadamente a veces de conservar la bandera mes tras mes.

El gimnasio no se utilizaba para jugar bajo ninguna circunstancia. El único aparato que había eran unos postes de deslizamiento, pero estos postes nunca eran utilizados. Estos postes eran atados en manojos por sus extremos sueltos y colgaban suspendidos del techo para que quedaran fuera del camino. Una vez escuché la explicación de esto, y era en el sentido de que los postes eran tan viejos que estaban llenos de astillas.

Todos los lunes, desde el momento en que la escuela terminaba hasta la hora de cenar, cada chico tenía que zurcir sus propias *medias*.

⁹⁰ [N.T. Aquí Sidney se referiría al momento –1917– en que Estados Unidos, que hasta entonces había permanecido neutral, le declaró la guerra a Alemania y empezó a enviar soldados al frente en el marco de la Primera Guerra Mundial (1914-1918).]

Aquellos que no habían terminado para la hora de la cena no recibían su cena; simplemente un tazón de leche y pan. Los pocos agujeros que siempre tenían mis *medias* me tomaban todo el tiempo que me daban, y a menudo recibía pan y leche por ser tan lento.

En otras ocasiones, después de la escuela, nos hacían a veces entrenar y a veces se nos permitía jugar. No se organizaba ningún entretenimiento de tipo alguno y la única cosa de la que estábamos seguros era del castigo. *Todo era rutina de día a día y de semana a semana.*

El domingo era día de visita y se nos permitía recibir visitas de nuestros padres de la una de la tarde hasta las cuatro y media, cuando sonaba el silbato para que los visitantes salieran. Nunca dejé de recibir la visita de mi madre cada domingo. Mi hermano vino a verme dos veces. Teníamos permiso para recibir fruta, pero no teníamos licencia para comer mientras teníamos una visita. Toda la fruta tenía que ser comida con las comidas.

Si se oía a algún chico quejarse a sus padres, o si sus padres se quejaban ante el superintendente por la información recibida del chico, el chico estaría adentro por ello. Algo prepararía el oficial de familia para castigar al chico, y por una cosa de este tipo el chico era castigado severamente. No creo que ninguna información les llegó alguna vez a los padres de un chico por este método. Los chicos también eran castigados por decirle a un chico de otro pabellón cualquier cosa que ocurriera en su propio pabellón. Cualquier cosa que ocurría en un pabellón no se sabía en otro pabellón. En la escuela y en el entrenamiento eran las únicas veces que a los chicos se les permitía alternar, y hablar en estos momentos estaba prohibido.

El Superintendente casi nunca se acercó a nosotros. Él sabía poco sobre los pabellones por experiencia propia. Toda su información la recibía de los oficiales de la casa. Él se ocupaba de sus deberes en la oficina principal. Su oficina estaba marcada privado, y la única manera de verlo era viendo a su empleado, o combinación de secretario y contador, primero. Este empleado se ocupaba de todo el trabajo perteneciente a los pabellones. Él administraba la institución. El Superintendente estaba habitualmente en la oficina principal el domingo por la tarde, y los padres de un chico podían entrar allí a hablar con él si así lo deseaban.

El Superintendente nunca, que yo sepa, ordenó que un chico fuera castigado o trató alguna vez a algún chico con el que tuvo contacto con nada más que bondad. El peor delito en la institución era que un chico hiciera el esfuerzo de ver al superintendente con la intención de poner una queja.

La comida que recibíamos era de buena calidad y estaba excelentemente preparada. Nunca se utilizaba azúcar. Tal vez era debido a la escasez de azúcar durante la guerra. Dos veces a la semana recibíamos un baño. Nunca era necesario peinar tu cabello o mantener tus zapatos brillantes. Aunque todo el mundo tenía un cepillo de dientes, rara vez lo usábamos. Nunca usé un cepillo de dientes en mi vida.

Como resultado de esto muchos de mis dientes estaban podridos. Muchos habían sido extraídos antes de que entrara a la Escuela Correccional. Allí no tenían un dentista, aunque poseían una silla de dentista. Una o dos veces venía un doctor a la institución cuando los chicos estaban gravemente enfermos.

Cada pabellón tenía unas pocas cajas grandes de Sales Epsom y éstas se usaban para cualquier dolencia. Si alguna vez te daba un dolor de muelas, y el oficial de familia no podía manejarlo, estabas sin suerte. Si el dolor de muelas se hacía tal que el chico no podía soportar el dolor, era llevado a un dentista externo. Pero jamás se llevó un chico al dentista si el chico no tenía el precio del dentista a su crédito.

Yo salí de allí con un par de dientes de atrás quebrados. Los *alicates* no podían agarrar mis dientes con la fuerza suficiente como para sacarlos, y como resultado dos se quebraron desde la superficie de masticar hasta las raíces. Anduve por ahí con uno de estos dientes quebrados hasta que tenía dieciséis años.

Cuando finalmente fui retirado de allí en libertad condicional al cabo de cuatro meses, todos mis dientes estaban en malas condiciones. La primera cosa que hizo mi madre fue llevarme a un colegio dental con el propósito de hacer extraer algunos. Nos faltaban fondos con los que ir a un dentista privado. No teníamos suficiente para pagar por unos pocos rellenos en el colegio dental.

La primera cosa que hizo el dentista fue sacar uno de los dientes que estaban partidos, y ese fue el último que sacó. Las raíces estaban profundas y él tuvo que retorcer. Las dos partes del diente rechinando

juntas aumentaban la irritación de los nervios. El dolor era agudísimo y la fuerza de la extracción me puso de pie. Bajé corriendo las escaleras dejando que mi madre trajera mi gorra y abrigo más tarde, y corrí a casa tan rápido como pude. La cavidad en mi mandíbula sangró durante días. Nunca pude ganar el valor suficiente para entrar en la oficina de un dentista. Entre la Escuela Correccional y el colegio dental mis dientes habían aguantado toda la dentistería que podían aguantar. Perdí toda fe en los dentistas. Hoy más de la mitad de mis dientes se han ido. Un tercio de ellos tiene una pequeña cavidad próxima a las encías. La primera cosa que debo hacer por mí cuando se presente la oportunidad es hacer arreglar mis dientes, y seguro que lo necesitan.

Cuando salí de la Escuela Correccional deseaba ir a la escuela y hacer todo de la manera en que se debería hacer para permanecer fuera de allí. Durante seis meses fui a la escuela regularmente y me quedaba en casa por las noches, *pero era muy aburrido y no se sentía natural*. Los juegos sosos que jugaba con los niños de mi edad me daban muy poca emoción. De todas formas no robé y me abstuve de andar con la vieja pandilla.

Todos los días en la escuela, cuando llegaba el receso, y en la hora de mediodía, jugaba por unos centavos con la pandilla. Esto me suministraba una emoción necesaria de alguna especie, pero no era suficiente. *La tentación de ir con ellos y unirme a ellos en sus hazañas era siempre muy fuerte*, pero no quería regresar a la Escuela Correccional, así que buscaba algunas otras formas de disfrutar que me darían la emoción que necesitaba.

Nos habíamos trasladado a la Calle R ____ y Avenida H ____ mientras yo estaba en la Escuela Correccional y todavía vivíamos allí. Los juegos de los chicos de mi edad eran también muy sosos y busqué por tanto a chicos mayores⁹¹. Renové mi amistad con un chico un poco mayor que yo a quien conocí mientras asistía a la Escuela G _____. Él a su vez me presentó a un conocido suyo que era un poco mayor que él. Este chico asistía a la escuela secundaria y *coincidentalmente* su padre era

⁹¹ Es importante advertir que casi todos los contactos de Sidney durante sus primeros años fueron con personas mucho mayores que él. Quizás su preferencia por la compañía de chicos de más edad se debía, en parte por lo menos, al hecho de que su capacidad mental estaba muy por encima del promedio.

dueño de la joyería del edificio en frente del cual estaba el pabellón donde vivía mi familia.

Este muchacho tenía dinero en todo momento. Todas las noches pagaba por nosotros tres. Andábamos por ahí comprando dulces y frutas en una docena de tiendas diferentes, mientras hablábamos todo el tiempo de cosas inconsecuentes simplemente. A menudo pagaba nuestras entradas a los espectáculos⁹². Esto continuó durante dos o tres meses y yo hubiera estado satisfecho de dejarlo seguir indefinidamente, pero eso no iba a ser. Él tenía otros amigos en otro vecindario en el lado norte y otros intereses que le daban mayor satisfacción.

Por poco tiempo después de esto salí con mi conocido de la Escuela G___ y a menudo iba a su casa. Pero nunca podía traerlo a nuestra casa porque vivíamos en lo que equivalía casi a la miseria⁹³. Finalmente volví con las viejas pandillas. En vez de ir casi todo el tiempo con Tony y Nick y aquella banda como solía hacerlo, empecé a andar con Mose y Paul y Ruth y Max, y ocasionalmente iba todavía con Joseph. Pero a veces andaba con la otra vieja pandilla mía.

Cuando ahora iba con esta pandilla nunca considerábamos siquiera robar en los almacenes de cinco y diez centavos. Todos teníamos lujosos

⁹² [N.T. Sidney se referiría aquí y en las páginas subsiguientes a las primeras proyecciones populares de cine que se solían hacer en improvisados espacios cerrados y dotados de duras sillas de madera. En dichos espectáculos se proyectaba una serie de cortos filmes diversos y encadenados, en ocasiones salpicada por alguna canción –de contarse con un piano u órgano al frente del recinto–. A estos espectáculos, que tuvieron una amplia audiencia infantil, se los llamaron *nickelodeons*, una suerte de reminiscencia del gran teatro Odeón de París a precio de un *nickel*, o cinco centavos norteamericanos. Quién sabe si el Sidney de esta historia pudo además ser uno de los espectadores de aquellas películas más largas que paulatinamente se fueron exhibiendo en lugares mejor acondicionados de las ciudades.]

⁹³ El compañero al que se hace referencia aquí fue uno de los muy pocos chicos no delincuentes con los que Sidney mantuvo un contacto íntimo. Aunque esta relación solo se mantuvo durante unos pocos meses, ejerció una influencia bastante benéfica en la vida de Sidney. En el curso de una entrevista personal, él declara que “aunque deseaba asociarme con este chico, yo no estaba en su clase. Él tenía una buena casa y buena ropa mientras que yo vivía en la miseria. Él no estaba en mi clase y no podíamos ser amigos cercanos”.

suéteres de jersey que se robaron en el centro. Recuerdo que de vez en cuando íbamos al Fair para robar relojes Ingersol. Cogíamos uno del estante en el que colgaba un número considerable y, si nadie estaba mirando, lo pondríamos en nuestros respectivos bolsillos. Éramos tan adeptos a ello que incluso bajo ojos vigilantes podíamos robarlos. Tomábamos dos relojes del estante en vez de uno, y dejando que uno se deslizara bajo nuestras mangas, colgaríamos de nuevo el otro en el estante. Luego cogíamos, con la otra mano, dos más de un tipo diferente, escogiéndolos como para su inspección, y por tanto dando la impresión de que éramos clientes interesados, mientras la otra mano que tenía un reloj escondido en la manga se deslizaba dentro del bolsillo del abrigo y se dejaba caer el reloj en el bolsillo. Trabajábamos con ambas manos y a veces robábamos hasta tres o cuatro relojes. Hacíamos el mismo truco en el departamento de plumas estilográficas. Nuestros artículos favoritos, que siempre tratábamos de sisar, eran las barajas de cartas, los cigarrillos y porta cigarrillos, los cuchillos de caza, los balines de pistola, los patines y similares⁹⁴. Recuerdo que una vez dos de nosotros salíamos del Almacén Boston con dos pistolas de balines debajo de nuestro abrigo. Pusimos la culata de la pistola debajo de nuestros brazos y el cañón abajo en las piernas de nuestros pantalones. Bajamos por el elevador y salimos tiesos de piernas del almacén.

Una vez fui atrapado por una mujer detective con un par de guantes de piel en mi pecho. Ella extrajo los guantes de mi pecho y me golpeó con la pesada cartera que llevaba. Salí corriendo de la puerta como un conejo asustado. Esa fue la primera mujer detective que había visto y traté cuidadosamente de evitarlas en el futuro.

Cada vez que íbamos al almacén de cinco y diez centavos normalmente robábamos una caja entera de chicles. Los pondríamos debajo de nuestras correas y debajo de nuestra camisa y si nadie nos veía saldríamos caminando lentamente por la puerta. Si alguien nos veía corríamos.

⁹⁴ Es importante observar que los artículos enumerados aquí son las posesiones comunes del muchacho que reside en los mejores vecindarios residenciales de la ciudad. Tal vez robar faculte el único medio para que dichos artículos sean obtenidos por los chicos que viven en "los tugurios", en particular por aquellos cuyas familias son económicamente dependientes.

Recuerdo una vez andando solo con Max. Él me llevó al colegio dental y allí, de un taburete que estaba en frente de la silla del dentista, mientras una mujer estaba tendida allí haciéndose arreglar los dientes, él cogió la cartera que le pertenecía a ella y la metió debajo de su abrigo. *Había siete dólares y veinte centavos y lo dividimos en partes iguales.*

Recuerdo que varias veces robamos tarjetas enteras de botones para abrigos de cinco y diez centavos. Estos botones tenían una bandera Americana en ellos. Como eran tiempos de guerra, entrábamos en cada cabaret, restaurante y barbería vendiéndolos. Algunas veces robamos pañuelos de seda, que eran banderas Americanas, de los grandes almacenes y los vendimos de la misma manera. *Éstas no eran nunca mis ideas*, porque nunca tuve suficiente sentido común para pensar en nada, tan solo el suficiente para venir a casa por la noche cuando estaba cansado.

Un día un chico extraño, más grande que nosotros, nos pidió entrar a Marshall Field y robar para él algunos pañuelos de seda con la bandera, prometiendo que nos los compraría. Tuvimos bastante suerte de poder robar un par de docenas, y se los entregamos para su inspección. Él los examinó durante cerca de un minuto y luego se volvió y corrió con los pañuelos agarrados de las manos. Corría tan rápido que nos dimos cuenta de que sería una locura perseguirlo. Corría más rápido que lo que nunca antes había visto correr a un chico.

Algunas veces iba a lo que llamamos “chatarrear” con Tony y Nick, que ahora estaban fuera del reformatorio en libertad condicional, y el resto de la pandilla. Por la noche nos arrastrábamos hacia los depósitos de chatarra y almacenamiento de botellas y robábamos todas las botellas de seltzer y todas las botellas de magnesio que podíamos llevar⁹⁵. Estas

⁹⁵ La práctica de recoger chatarra prevalece particularmente entre los muchachos que viven en las deterioradas zonas próximas al distrito central de negocios de la ciudad. Esta es una fuente de ingresos para el muchacho, que encuentra una salida disponible para el desperdicio a través de los numerosos chatarreros que hay en la zona. Aunque chatarrear no implica necesariamente robar, con mucha frecuencia constituye una fase inicial en el desarrollo de la carrera delincencial. Citando a Trasher: “Chatarrear puede ser uno de los primeros pasos en el proceso gradual que conduce a la desmoralización completa del chico de pandilla. La distinción entre recoger algún objeto desechado para venderlo, y apropiarse de la propiedad no protegida de otros,

botellas las llevaríamos a las farmacias y recibíamos cinco centavos por cada una. Solo podía llevarse una a cada farmacia y si teníamos demasiadas botellas, las vendíamos al chatarrero por un centavo o dos cada una.

Una vez fui a chatarrear con Paul, Ruth, la Pandilla Mose. Este pequeño negocio consistía en pelar al campo de béisbol, que acababan de abandonar los Cubs, de todo su metal. Paul consiguió de la ferretería de su padre llaves de tubo, llaves de tuercas, destornilladores y sierras. Procedimos a derribar el cable del que suspendían las luces eléctricas y las enrollamos en bobinas que podían transportarse fácilmente. Desatornillamos grifos, desatornillamos placas de puerta de latón, perillas de puertas, y despojamos los lavabos de sus tubos de plomo. Fue un trabajo que duró desde la madrugada hasta bien pasada la medianoche.

Teníamos a un chatarrero listo para recibirlo todo y negociamos nuestro asunto en su establo a la luz de su linterna. Tenía frío y traté de calentar mis manos en el trasero de su caballo. Éramos siete, y el chatarrero nos pagó lo que creo que ascendía a cuatro dólares y veinte centavos para cada uno. Recuerdo que un par de nosotros tratamos de coger las tuberías de plomo de un apartamento vacío después de este incidente. Recuerdo que el agua chorreaba en todas las direcciones después de que rompimos la tubería. Aquello terminó con nuestras carreras por tuberías de plomo.

Durante la época de verano íbamos a nadar a la Playa Clarendon todos los días. Robábamos a las tiendas de frutas, comestibles y farmacias. Robábamos cosas para comer, porque nadar nos volvía hambrientos. Si ocasionalmente íbamos a robar al centro, las cosas que robábamos eran *trajes de baño y gorros de baño de caucho y aletas de natación*. Solo cosas que podíamos usar mientras nadábamos⁹⁶.

difícilmente puede ser muy clara para el adolescente en el contexto de territorio de pandillas. La experiencia de chatarrear propicia también cierto conocimiento de las técnicas del delito, como las de familiarizarse con cercas, aprender a reconocer los coches de mercancías, etc. Chatarrear, en otras palabras, se convierte directamente en un proceso educativo en la dirección equivocada". *The Gang*, University of Chicago Press, Chicago, 1927, cap. ix, p. 140.

⁹⁶ En conexión con esta declaración ver capítulo VI.

Como decía antes, yo era el más joven de la banda, pero era uno de nosotros tres que podía nadar tan lejos hasta el faro a una media milla de distancia, a uno a una milla de distancia y a otro dos millas de distancia. Eso era lo que más me gustaba hacer. El centro no existía para mí en el verano. Prefería ir a la Playa Clarendon o ir a la Playa de la Calle Oak. En varias ocasiones distintas robamos algunas bicicletas que pertenecían a chicos que estaban nadando.

Yo solamente participé en uno de estos robos. Una vez dos de nosotros robamos una bicicleta cada uno. Una era pequeña, y era justo para mi tamaño. Cada uno las montamos hasta casa. Di vueltas en mi vecindario hasta mucho después de oscurecer, y me negué a bajarme de la bicicleta y entrar en casa a la orden de mi madre. Finalmente mi madre detuvo a un policía que pasaba y le explicó la situación, diciéndole que la bicicleta que estaba montando era robada. El policía me detuvo y me quitó la bicicleta, pero no me arrestó. Nunca podía traer a casa nada que había robado. Mi mamá sabía que estaba robando, a pesar de todo lo que ella hacía para hacerme parar, por mis frecuentes arrestos. Pero ella no tenía idea de que yo robaba tanto como lo hacía. Sabía que no debía traer nada a casa pues mi madre siempre examinaba mis bolsillos en la noche, y si ella encontraba algún artículo robado en mi ropa, eso iba al fuego. Le dolía tanto cuando yo traía artículos robados a casa, que después de una vez o dos yo siempre escondía afuera lo que tenía en mis bolsillos antes de entrar a casa.

Poco después de esto conocimos a un par de chicos un poco mayores, que venían de la ciudad de Nueva York y que habían hecho varias veces el viaje entre Chicago y Nueva York. Decidimos hacer un viaje a Nueva York como polizones en el tren.

Un día tres de nosotros fuimos al Loop y cada uno robó una nueva gorra, un par de zapatos, y uno de los otros chicos robó él solo una chaqueta a cuadros. Después bajamos a la Estación de la Calle La Salle y nos pusimos a tratar de determinar cuándo salía de la estación un tren para Nueva York.

En la estación había muchos soldados que se dirigían allá. Del puesto de periódicos robamos para ellos dulces y fruta y revistas. Con ellos fuimos un gran éxito, y después de escabullirnos en el tren y pasando por uno de los vagones reservados para ellos, decidieron escondernos y que pasáramos. Un oficial, un teniente, nos dio su dirección en Nueva

York y nos pidió que llamáramos a su casa cuando llegáramos allá. Los soldados doblaron los asientos del tren hasta que quedaron respaldo con respaldo, dejando un espacio en medio. Dentro de éste se arrastraron los dos chicos con los que me encontraba y los soldados pusieron un par de maletas delante de la abertura para que el conductor no los viera cuando pasara por el *pasillo*. Yo mantuve mi cabeza afuera para así disfrutar de algunas de las cómicas travesuras que los soldados hacían y escuchar algunos de los chistes e historias que contaban. Cada vez que el controlador pasaba era advertido y yo echaba mi cabeza adentro. Dejamos la Estación de la Calle La Salle alrededor de las nueve de la noche, y a medida que la noche *transcurría* me fui finalmente a dormir allí debajo del asiento durante una hora o dos.

En Rochester algunos de los soldados que se bajaban allí decidieron llevarnos con ellos y entregarnos a la policía para que nos regresaran a casa. La policía nos llevó al hogar de menores de Rochester. Allí fuimos interrogados y los funcionarios hicieron las cosas apropiadas para asegurar nuestro regreso a nuestros padres. Se nos mantuvo allí hasta que se envió desde Chicago el dinero suficiente para pagar nuestro tiquete de vuelta allí.

Como éramos de Chicago, cada uno durmió en una gran celda cuyos barrotes en las ventanas y puertas eran tan gruesos como aquellos que representa un humorista en una tira cómica. Los otros chicos durmieron en un gran dormitorio, mientras que había varias celdas grandes para que durmieran los casos violentos. Abajo estaba el comedor, el aula y el salón de juegos. Aquí también había un largo corredor que tenía siete u ocho celdas con los barrotes más gruesos que había visto en mi vida o que he visto desde entonces. A pesar de estas celdas tan fuertemente construidas, el hogar era dirigido por mujeres con un único hombre que presidía como superintendente. Pero fuera de estas celdas no había barrotes –no había barrotes en ninguna parte. La única cosa que nos mantenía allí era el darnos cuenta de que éramos extraños en una ciudad extraña y no teníamos adonde ir.

Después de estar aquí tres semanas, fui el primero en irme, habiendo llegado mi dinero. Fueron muy cuidadosos en entregarme solo lo que había usado cuando llegué. Tenía puesto un suéter de jersey con un cuello alto debajo de mi abrigo, y recuerdo claramente tener tanto calor

en el tren que en varias ocasiones casi me decidí a bajar cada vez que el tren paraba en una estación. Más tarde iba a desear haberlo hecho.

Finalmente llegamos a Chicago y, a medida que me acercaba a la partición que separa las vías del ferrocarril de la sala de espera, vi a través del vidrio a un hombre que no podía confundirse por no ser un detective. Tuve una sensación rara por mi espina dorsal y *bordeando* cerca de otro hombre que llevaba una maleta, pedí permiso para llevarla. Él decidió que era demasiado pesada para mí y él mismo la llevó. Traté de pegarme a él para dejar atrás a este detective, pero no sirvió de nada. Él le preguntó al hombre si yo estaba con él, y cuando el hombre dijo que no, me preguntó mi nombre. Le di algún nombre que no era el mío y le dije que mi madre venía detrás. Empecé a caminar de regreso a lo largo del tren con la intención de hacer una huida, pero no sirvió de nada. Supongo que él había sido engañado antes, pues me sostuvo por el brazo y no me dejó caminar más de dos pasos. Esperamos allí por mi madre, que se suponía que venía siguiéndome, pero en vano. De regreso en la Escuela Correccional fui por mi segundo período.

Todos los que regresan a la Escuela Correccional son llamados violadores y son castigados por eso con dos semanas en fila. Estar de pie en fila es lo mismo que estar puesto en un aprieto en las penitenciarías. Cada vez que otros chicos juegan, el reincidente debe caminar en silencio alrededor de un círculo ovalado junto con los otros chicos que están siendo castigados. En el pabellón debe pararse en línea con sus brazos cruzados detrás, y cualquiera de los otros chicos que alguna vez habla con él es castigado con severidad, normalmente es golpeado con una manguera. Este castigo termina al final de dos semanas, siempre que no se reciba ninguna nota negra. El repitente debe servir seis meses. Durante todo el tiempo que estuve allí solamente dos chicos salieron antes de que se hubiera cumplido *su* tiempo. A uno de estos chicos se le permitió irse porque sus padres se iban del estado, y el otro, supe años después, salió cuando su hermana se casó con un gran político.

Yo estaba en el mismo pabellón en que estaba antes, pero los oficiales de familia anteriores se habían ido y dos nuevos tenían el pabellón. Estos nuevos eran más estrictos que los primeros que tuve. Pero me llevaba mejor que cuando estuve allí la primera vez porque había aprendido a obedecer órdenes mejor. Estaba harto de la rutina diaria y

debo de haber soñado mucho de día, pero no puedo tener presente en qué soñaba. Este fue *un* período de seis meses sin incidentes para mí y éste finalmente consiguió pasar arrastrándose.

Después de haber sido puesto en libertad condicional por segunda vez supe que no había nada que pudiera hacer sino regresar finalmente a la pandilla⁹⁷ y traté de no comportarme tan rudo como lo había hecho la primera vez que había estado en libertad condicional. Debo de haber asistido regularmente a la escuela durante unos dos meses, antes de que finalmente volviera a la vieja pandilla.

Debía tener alrededor de once años y medio de edad en este momento y los otros chicos de la pandilla debían tener alrededor de catorce y quince. Cuando esta vez me uní a ellos andaban robando cosas más costosas de los grandes almacenes como camisas de seda, guantes de niños y de piel, plumas fuente, relojes de pulsera y cámaras. Algunos de los chicos de la pandilla arrebataban carteras de mujer, pero nunca anduve con los dos o tres muchachos que hacían esto.

La razón por la que no andaba con ellos era porque querían que yo arrebatara las carteras mientras ellos se paraban a distancia, y luego dividían el dinero entre ellos mientras me decían que corriera a casa. A menudo me quitaban artículos caros que yo había robado y me registraban para ver si tenía algún dinero que pudieran arrebatarme. Esta fue la única razón por la que nunca fui con ellos cuando iban a arrebatarse carteras.

Una noche Tommy y yo estábamos en el Parque Lincoln alrededor de las once de la noche. Estábamos muy hambrientos y muy cansados. No sabíamos cómo íbamos a llegar a casa. Vimos a dos mujeres jóvenes paseando por el sendero y decidimos agarrar cada uno una cartera de cada una de las jóvenes damas y correr. Sucedió que solo una de ellas llevaba cartera, así que Tommy decidió arrebatársela. Los carteristas debían ser comunes en esa vecindad, porque la joven mujer tenía la

⁹⁷ Sidney fue puesto en libertad condicional estando en la misma situación en la que estaba cuando ocurrieron sus primeros delitos. El largo período de encarcelamiento en la Escuela Correccional no fue suficiente para romper su relación con la pandilla. Es claro que no hubo ningún intento de los oficiales para que él desarrollara nuevas relaciones grupales e intereses que pudieran servir como un sustituto de las atractivas experiencias que ofrecía la pandilla.

correa enrollada alrededor de su muñeca y nuestros esfuerzos por arrebatarnos nuestra primera cartera resultaron ser un fracaso. Las chicas nos persiguieron a través de los arbustos durante media milla, y unas veces se acercaron lo suficiente como para agarrar a uno de nosotros. Eran unas muchachas atléticas y mostraban más vida que la que se suponía que tenían las chicas en aquellos días, pero nos alejamos de ellas.

Hoy en día tan solo colarse en el elevado no era suficiente. Teníamos que esforzarnos por robar algún dulce de los puestos de dulces que hay en la mayoría de las estaciones elevadas. Recordaba cómo una o dos veces, al dejar la estación elevada, cogíamos un puñado de monedas de cinco centavos de la ventanilla del cajero. En este momento nunca dejé de ser un miembro activo de cada juego de mierda que se iniciaba. Recuerdo ir a menudo hacia el callejón de periódicos ___ para participar allí en los juegos de mierda que por lo general se practican allí a la hora del mediodía. En el callejón de periódicos ___ había un restaurante donde los chicos de los periódicos comían, y donde el precio de la comida era muy barato. Creo que eran dos centavos por un tazón de sopa o vaso de leche y tres centavos por un plato de frijoles y seis centavos por un pastel y helado. Aquí es donde iba todo chico delincuente de Chicago, en algún momento u otro. Aquí es donde venían matones de toda la ciudad a comer comidas baratas y comprar artículos robados por una bicoca.

Recuerdo todavía ir a la Playa Clarendon en verano. En este momento Nick estaba en la Escuela de Chicago y del Condado de Cook. Un día, cuando él estaba en casa de visita por un día desde allá, algunos de nosotros nos encontramos con él y decidimos acompañarlo de vuelta allá. Primero fuimos al Río Desplaines, que no está muy lejos de allí, y nadamos. Desatamos un bote de remos de fondo plano que estaba atado en frente de una casita de botes y remamos arriba y abajo del río.

Mientras algunos de nosotros estábamos dentro nadando, una par de la pandilla amarró en nudos nuestras medias, nuestras mangas de camisa y nuestras colas de camisa y arrojaron algunas de nuestras otras ropas al agua. La parte de nuestra ropa que no estaba en nudos flotaba en el agua. Nosotros, a su vez, atamos en nudos la ropa de los chicos que primero habían atado la nuestra. Pensábamos que nos estábamos divirtiendo mucho. Recuerdo a Nick regresando a la Escuela del

Condado de Cook todo mojado. Después de que había trabajado duro por alrededor de una hora desatando su ropa y recuperando del agua aquella parte de su ropa que flotaba, buceó al fondo del río por sus zapatos, y finalmente consiguió vestirse. Después de que estaba todo vestido alguien lo empujó de nuevo al río y tuvimos que pescarlo medio ahogado con un par de palos largos.

Fuimos con frecuencia a nadar al Río Desplaines después de eso, y robamos manzanas verdes y maíz de las granjas a lo largo del río. La única vez que estuve en el campo tenía unos diez años de edad. Cuando fui puesto en libertad condicional de la Escuela Correccional por primera vez, mi madre, esforzándose por traer un poco de la vida del campo a mi vida, decidió llevarme a Michigan por un mes o dos. No teniendo dinero alguno para hacerlo totalmente un viaje de placer, ella se presentó a un agente de granjas que contrataba gente y la enviaba a las granjas a trabajar. Este agente era un agente de granjas de azúcar de remolacha y estaba tratando de contratar suficientes mujeres y niños para cultivar remolachas de azúcar de granja, pues las granjas lo emplean como su agente. Él nos suministró los tiquetes y explicó que en estas granjas de remolachas de azúcar había casas completamente equipadas en las que podía vivir la gente que él contrataba, y que no era necesario llevar algo, solamente ropa.

Cuando llegamos allí nos dieron una vieja casa de campo *arruinada* y desvencijada en la que vivir. El cuadro de una cabaña de madera parece un palacio en comparación con esta choza que nos dieron. Para empeorarlo, otra familia fue puesta allí con nosotros. Esta familia consistía en una mujer y cinco niños. El único artículo que había en esta choza era lo que trajo esta otra familia. Había un pozo cerca, pero éste contenía cadáveres muertos y era inapropiado para beber. Para nuestra agua teníamos que viajar cerca de media milla a la casa de campo más cercana. La siguiente casa de campo más cercana estaba a unas dos millas al otro lado de nosotros. Ni mi madre ni yo *estábamos* acostumbrados al duro trabajo afuera en el sol, y éste nos desgastó a ambos hasta la piel y los huesos. El pago no era suficiente para comprar comida apropiada y casi nos morimos de hambre. Varias veces me puse tan espantosamente blanco, mientras me hallaba en los campos de azúcar cultivando las plantas con una azada, que mi madre tuvo que

tenderme en la sombra sobre la hierba al borde del campo. Mi madre sucumbió bajo este horrible calvario de duro trabajo y muy poca comida, y se puso muy enferma.

Habíamos escrito a mi padre por dinero suficiente para volver, pero él nunca siquiera contestó nuestras cartas. Algunas personas judías de un pueblo cercano reunieron un pequeño fondo y nos enviaron a casa tan pronto como mi madre pudo reunir fuerzas suficientes para viajar. Mi primer sabor del campo fue amargo, y la vida del campo para mí significaba solamente días de duro trabajo e inanición. Los hijos del granjero eran muy felices y disfrutaban de muchos placeres, pero no así los hijos de la gente contratada.

Para empeorar las cosas, cuando llegamos finalmente a Chicago y fuimos a nuestra casa encontramos que la casa estaba no solamente vacía de gente sino de mobiliario, y había un letrero "Para Arrendar" en la ventana. Mi padre había pasado por una de sus periódicas *borracheras* y había vendido todos los muebles. Después de este truquito abandonó a mi madre otra vez. Tuvimos allí un tiempo difícil durante un tiempo. Descubrimos que los amigos en clima soleado no eran amigos cuando surgían problemas.

Mi madre empezó a trabajar, y con lo poco que mi hermano estaba ganando conseguimos finalmente arañar juntos suficiente dinero para comprar un par de camas y una mesa de cocina en la que comer. Todo esto era de segunda mano. Estábamos en la miseria. Ahora comíamos a salto de mata, teníamos atrasos de semanas de arrendamiento y de la cuenta de comestibles. Hacía tanto frío en nuestra casa que yo atrapé la gripe.

Ahora, para regresar a mi historia donde la había dejado, para contar este pequeño incidente en mi vida.

Un día en nuestro camino a la Playa Clarendon, Max, Reuben y yo nos metimos en un pequeño aprieto. Nos acabábamos de bajar del tren elevado en una estación del centro para pasar a un tren con destino a la Playa Clarendon cuando pasó esto. *Teníamos el hábito* de sacudir cada máquina de cacahuetses que veíamos para ver si no *salía* un par de cacahuetses. Bueno, vimos a un viejo girando la palanca de una de las máquinas y que parecía tener problemas. Él pronto se alejó con disgusto y caminamos hacia la máquina para ver cuál era el problema que tenía, y

también para ver si no podíamos sacar unos pocos cacahuets sacudiéndola. Resultó que el viejo caballero había introducido su penique para sus cacahuets, pero debía haber estado muy débil como para girar completamente la palanca. Sin embargo nosotros no estábamos muy débiles para hacerlo. Nos quedamos allí sacudiendo la máquina para ver si podíamos sacar un penique de cacahuets por nada. Justo cuando la estábamos sacudiendo, un hombre salió y agarró a dos de nosotros y nos retuvo hasta que pudo llamar a un policía. Nos llevaron a una comisaría y se nos acusó de poner fichas metálicas en una máquina de ranura. Nos llevaron inmediatamente al Hogar de Detención de Menores. Fui retenido en el primer piso y permanecí allí por dos semanas hasta que a ambos nos llevaron ante el juez de menores. Max, el compañero que fue arrestado conmigo, era de mi vecindad. Él fue retenido en el tercer piso del Hogar de Menores.

Cuando nos llevaron ante el juez ambos le dijimos la verdad, y negamos poner fichas metálicas en esta máquina determinada. Dada la posibilidad de ser devueltos de nuevo a la Escuela Correccional, yo le imploré al juez, y recuerdo muy claramente decirle al juez, "Nosotros no lo hicimos, pero si usted nos deja ir no lo volveremos a hacer". Mis palabras casi me condenaron por algo que no había hecho.

Después de que nos liberaron de esta acusación falsa vendí periódicos durante un tiempo. Tommy y yo teníamos como nuestra la esquina de la Calle R___ y la Avenida K___. Una concesión que nos otorgó el dueño del quiosco de periódicos que estaba allí. Vendíamos periódicos por la noche cuando salía a la luz la primera edición del *Herald* y del *Examiner*. Salían alrededor de las nueve y media o diez, y los vendíamos hasta las doce o una. Mis ganancias por lo general ascendían a un dólar o más. El chofer del camión de periódicos me llevaba a casa todas las noches. Mi madre no quería el dinero que yo ganaba de este modo. Todo lo que ella quería que hiciera era ir a la escuela regularmente y venir a casa temprano todas las noches, pero, como de costumbre, eso yo lo hacía a mi manera.

En ese momento vivíamos en P___ cerca de la Calle T___. Finalmente dejé de vender periódicos porque Tommy me estaba usurpando el dinero de las ventas de los periódicos. Llegó a que yo estuviera haciendo solamente treinta o cuarenta centavos por el trabajo de una noche. Poco después de esto las autoridades de la escuela

decidieron que yo me estaba volando suficientes veces de la escuela como para obligarlos a enviarme de nuevo a la Escuela Correccional. Esto hizo mi tercera vez allí.

Estaba todavía en el mismo pabellón, pero allí había otro nuevo oficial de familia y su esposa. Estos dos oficiales de familia eran realmente estrictos en todo el sentido de la palabra. Habían aprendido sus temas de oficial de familia en un reformatorio en otro Estado, donde se guardaban a chicos mayores que los *que* estaban en la Escuela Correccional. Él era un hombre vigoroso, diestro con sus manos, no solo en varios tipos de artesanías, sino en administrar palizas. Él y su esposa nunca vacilaban en administrar la vara, en vez de consentir al niño, cada vez que pensaban que era necesario. Pensaban que era necesario demasiado a menudo. Él es el oficial de familia que dio una nueva vida al sistema de castigo de la Escuela Correccional. Es el hombre que motivaba a los otros oficiales de familia a castigar a los chicos con mayor regularidad y con más vigor, hasta que entre ellos se convirtió en una suerte de honor inventar algunos nuevos medios de castigo. Este oficial de familia y su esposa iban a tratarme más tarde con mucha consideración. Salieron a la luz en ese escándalo cuando se reveló la crueldad en la Escuela Correccional, y después del juicio los vi a ambos, y el hombre parecía claramente que había pasado por un calvario terrible. Se había consumido hasta parecer casi una sombra.

Poco después de haber regresado por mi tercera vez, el oficial de familia nombró a un chico grande y descarnado como capitán. Él admiraba mucho a este capitán y confiaba en el criterio de este muchacho como si fuera el propio. Este muchacho era *innatamente* cruel e inventaba muchos nuevos y raros castigos que, si no eran endorsados por el oficial de familia, tampoco eran criticados por él. Yo no le caía bien y fui una víctima constante sirviéndole para calmar su ira y darle placer.

Me hacía hacer amoladores musculares varias veces y sostenía agujas de zurcir debajo de mi pecho y, a medida que mis brazos gradualmente se debilitaban, las agujas perforaban mi carne a una profundidad de tal vez media pulgada. Algunas veces me estrangulaba y se reía

hilarantemente de la grotesca posición en la que *el Judío*⁹⁸ caía al suelo. A veces yo hablaba en mi sueño y el oficial de familia le dio permiso para que me golpeará cada vez que hiciera esto. Él se levantaba a veces antes de que sonara el silbato de la mañana y despertando a algunos de sus compinches se arrastraban hasta mi cama y golpeaban a *el Judío*, como lo llamaban. Esto les proporcionaba mucha alegría y gran placer. Nunca he visto a alguien que odiara a los Judíos tanto como este muchacho que era capitán, y por ninguna buena razón.

El oficial de familia de mi pabellón parecía ser el oficial de familia más respetado en la institución, pero si hay un infierno, con seguridad estará allí, a pesar de que no albergo animadversión hacia él. Pues como decía antes, lo he visto desde entonces y es un hombre cambiado. No obstante, tendrá que vivir una vida inusualmente buena para compensar por lo que les hizo a muchos de los chicos en la Escuela Correccional. Su esposa llegó a estimarme, aunque ella me castigó de maneras que me parecían crueles mientras estaba en la Escuela Correccional. Yo también la estimaba mucho. Supongo que ella amaba tanto a su esposo que castigaba a los chicos solo porque estaba de acuerdo con el estilo de él de hacer las cosas. Así pasó un año allí –un año en que fui la víctima de muchas torturas crueles.

Cuando estuve en libertad condicional, nos habíamos trasladado esta vez a la Calle H___ y Avenida A___ , donde mi padre había abierto una tienda de segunda mano. Al ser puesto en libertad condicional, mi madre me compró un nuevo traje y una chaqueta de lana gruesa a cuadros. Nunca antes en mi vida había tenido un traje nuevo. Fui a la escuela ese invierno y fui un alumno modélico. Ese invierno fui a patinar al parque cerca de mi casa y llegué a conocer a muchos chicos en el vecindario y lo pasé muy bien.

Ese verano jugué al béisbol con los chicos, y fui a nadar al parque, y todo ese tipo de cosas. Cuando llegó el otoño no empecé a ir a la escuela. Deseaba trabajar y salí a buscar trabajo todos los días. Creo que fueron dieciocho o diecinueve días después de que había incumplido matricularme en la escuela que vino el oficial de faltas para llevarme de vuelta a la Escuela Correccional. En una intersección donde teníamos

⁹⁸ [*Sheeny*, en el original: se trataba, en la jerga de la época, de un calificativo degradante y ofensivo para referirse a un judío.]

que cambiar tranvías, sentí que su agarre en mi brazo se *volvía* laxo y corrí hacia la libertad. Fui calle abajo y detrás de mí venía este oficial de faltas quien, recuerdo, tenía una muy decidida prominencia en su cintura. Fácilmente lo estaba dejando atrás. Tenía que pasar por una escuela, y en frente de esta escuela, barriendo la acera, estaba el portero. El oficial de faltas soltó un grito de ayuda y el portero de la escuela extendió sus brazos y lentamente se dirigió al centro de la calle para evitar que yo lo cruzara corriendo. Estaba muy agotado como para cruzarlo corriendo a cierta velocidad y me atrapó fácilmente.

El oficial de faltas llegó corriendo y jadeando y muy rojo de cara. Apenas podía hablar. No me dio ninguna oportunidad para escapármele otra vez. Me preguntó qué harían conmigo en la Escuela Correccional si les contaba sobre mi pretendido escape. Le dije que probablemente sería puesto en una jaula. Él dijo que entonces no mencionaría el incidente cuando *llegamos*.

Pero cuando llegamos la primera cosa que soltó fue mi intento de escapar. “Y qué le parece”, añadió con un aire de *fanfarrón* y con una gran sonrisa en su cara, “tuve que perseguirlo una media milla antes de atraparlo. Tienen que correr más rápido que eso para huir de mí”. Por fortuna el superintendente estaba presente en la oficina, se lo tomó con ligereza y no hizo mención alguna de eso cuando el oficial de familia vino a buscarme. Le supliqué al superintendente que me permitiera salir libre, diciéndole que deseaba trabajar en vez de ir a la escuela. Me hubiera dejado libre si hubiera sido por él. Llamó a alguien por teléfono en frente de mí y preguntó a la persona con la que hablaba si no era posible darme otra oportunidad. La respuesta que claramente oí fue, “No”.

Así empezó mi cuarto período en la Escuela Correccional, que iba a ser de catorce meses. Llevaba ahí unas pocas semanas cuando se desencadenó una epidemia de difteria en uno de los pabellones y cada pabellón fue examinado por un doctor. Cada chico fue examinado por un doctor. Se sospechaba que yo era un portador de difteria y me pusieron en aislamiento en una habitación en el tercer piso del edificio principal. Estuve allí completamente solo durante unas dos o tres semanas y no se me permitió recibir las visitas de mi madre. Me sentía muy solo y una tarde, mientras caía la noche, saqué una *vidriera* de la

ventana y me deslicé por el tubo de la lluvia en mi camisón de noche. Acababa de oscurecer mientras corría a través del cementerio que colindaba con la Escuela Correccional de Chicago. Estaba con la cabeza descubierta y descalzo, y si algunas piedras cortaron mis pies desnudos a medida que corría a través del cementerio, nunca las sentí. A cada paso sentía que estaba a punto de ser agarrado por un fantasma. Cada grupo de sombras de lápidas y tumbas parecían ser vampiros y apariciones rozándose entre sí. Cuando llegué al borde del cementerio vi algunas tumbas abiertas, mientras que en las zanjas vi hojas secas y cientos y miles y millones de marchitas coronas de difunto esparcidas uniformemente sobre el suelo y apiladas contra los árboles y la cerca. Los árboles se elevaban demasiado juntos como para dejarme pasar, así que hice una pausa y creo que hice las paces con mi Dios. Porque recuerdo diciendo un rezo angustioso y deseando haberme quedado en la Escuela Correccional de Chicago. Un búho que ulula de repente ululó y espoleó con las alas el terror, y yo corrí a través de algunas tumbas abiertas y pude ver los árboles extendidos que me permitían pasar mientras me acercaba a ellos.

Corrí un poco después de que salí del cementerio. No había gente en la calle y las pocas casas que vi no me dieron ningún aliciente en cuando a ropa. Cuando entré en una zona más densamente poblada escudriñé los patios traseros de las casas y finalmente localicé uno en el que había un par de pantalones. Los pantalones y el camisón de noche me suministraron todas las prendas que necesitada, y robé viajes en vagones y camiones hasta que llegué a casa.

Entré en la casa y allí me quedé durante dos días, temeroso de salir. El oficial de familia de mi pabellón, acompañado por otros dos oficiales de familia y el secretario del superintendente, condujeron y registraron la casa buscándome, tirando todo de baúles y closets, y finalmente me encontraron escondido en el ático al que me había arrastrado a través de una trampilla. Cuando regresé a la Escuela Correccional de Chicago, después de viajar echado de espaldas sobre el piso del automóvil, la primerísima cosa que hicieron fue ponerme en cuclillas. Los oficiales de familia dijeron que prepararían un baño para mí y lo hicieron. Llenaron una tina con agua fría y me metieron en ella alrededor de una docena de veces.

Después me dieron un camisón de noche como preparación para un estiramiento en el cuarto de guardia. Recibí el castigo habitual que los fugitivos tenían la costumbre de recibir.

Llevaba allí solo unos pocos meses cuando me hicieron sargento, lo que significaba que si nuestra compañía ganaba la bandera por ser la mejor entrenada, yo tendría el honor de llevarla todas las noches mientras entrenábamos. No fui sargento bastante tiempo como para llevar la bandera. Había estado allí tantas veces, y me parecía que era injusto mantenerme allí durante tanto tiempo porque simplemente no quería ir a la escuela, entonces tenía en la cabeza medio la idea de escaparme algún día.

La noche en que se iba a distribuir la bandera por el primer lugar el oficial de familia nos dijo a todos que si esa noche no nos llevábamos por lo menos el tercer lugar habría una pequeña fiesta de sentadillas esa noche cuando el ejercicio terminara, y al capitán le dijo que mientras la compañía estuviera en cuclillas él, el capitán, haría la rutina muscular. Porque, dijo, si el capitán había estado ejercitándonos como debíamos haber estado ejercitándonos, esa noche nos llevaríamos el primer lugar. Tal vez hubiera estado programada esa noche esta fiesta de castigo, o tal vez el oficial de familia estaba solamente dándonos miedo. En varias ocasiones él había amenazado al capitán con el castigo, y el capitán estaba harto de eso.

Así que esa noche, cuando el entrenamiento había terminado y nos estábamos yendo a casa con, creo que era el séptimo lugar bajo nuestros cinturones, el capitán y yo nos alumbramos a través del cementerio. De las ocho compañías en esta competencia de entrenamiento sabíamos positivamente que tendríamos una fiesta de castigo si llegábamos al pabellón con el séptimo lugar. Eso pasó a las ocho de una noche de invierno cuando nos alumbramos a través del cementerio. El capitán me preguntó si no tenía miedo de ir a través del cementerio y dije, "No". Él también afirmó que no tenía miedo, pero yo sabía que nos manteníamos muy juntos andando allí, y no perdimos tiempo en detenernos ni en descansar *hasta* que salimos de nuevo al otro lado.

Sabía que si íbamos a casa íbamos a ser atrapados y traídos de vuelta, así que decidimos ir al vecindario del capitán donde dijo que tenía amigos que nos ayudarían. Él tenía para la tarifa del coche, así que subimos al tranvía hacia su vecindario, que estaba en la Calle F___ y la

Avenida H____. Sin haber estado en un tranvía por tantos meses, recuerdo que el largo viaje me puso enfermo y muy mareado. Se estaba haciendo tarde de noche cuando finalmente nos bajamos en su vecindario, y la primera cosa que él hizo fue ir a la calle en la que su pandilla pasaba el tiempo. Se paró en medio de la calle y gritó lo que dijo que era el grito de concentración de su banda. Ninguna banda vino a sus gritos, por lo que lo ayudé a gritar un rato más. Recuerdo su inquietud por no ser capaz de reunir a su antigua pandilla y de inmediato se dispuso a ir a los hogares de cada individuo de su pandilla. La primera vivienda a la que fuimos era una casa de marco, y después de golpear a la puerta y gritar el nombre de su amigo, un niño pequeño vino a la puerta y dijo que el que estábamos buscando estaba afuera vendiendo periódicos.

El capitán era Polaco y también lo eran los miembros de su pandilla por lo que éste, por supuesto, era un vecindario Polaco. En la casa siguiente a la que fuimos supimos por la madre del chico que él no había estado en casa durante una semana. Fuimos a una tercera casa y, mientras estábamos allí gritando en el pequeño porche dos por dos, la puerta se abrió y un pequeño tipo gateando con sus manos y rodillas nos preguntó qué deseábamos; pero cuando vio al tipo con el que yo estaba le dio un saludo de bienvenida y quiso saber por qué estábamos allí. Le dijimos, y le pedimos que nos dejara pasar la noche allí y también algo de comer. Él dijo que no había nada de comer en la casa, pero que en la mañana nos mostraría algunas buenas cajas de pan para robar, y con la leche que podíamos robar de los porches tendríamos una fiestecita normal, pero en lo que respecta a *alojamientos* para dormir él nos podría organizar, si no nos importaba estar un poco apretados. No nos importaba, siempre que tuviéramos un lugar para dormir, así que entramos en la casa y quitándonos los zapatos nos metimos en la cama. Había otros siete en esa cama y con nosotros hacíamos nueve. En cualquier posición en que nos poníamos resultábamos *tumbados* sobre alguna parte de una media docena de niños, pero cuando los empujábamos y despertábamos no protestaban. Imagino que estaban *acostumbrados* a tener invitados en medio de la noche. Pequeños niños y pequeñas niñas, todos estaban durmiendo juntos y solamente los más

chicos se habían quitado toda la ropa. El resto tenía que tener puesta las suyas para mantenerse caliente.

Le pregunté a este muchacho que nos dejó entrar si había otra cama en la casa ya que ésta estaba muy abarrotada para dormir en ella, y dijo, “Seguro, pero mi madre y padre la están usando. Puedes escurrirte en su cama, si lo deseas, pero asegúrate de no despertar a mi madre y padre. Yo me escurro ahí de vez en cuando”. Pero el muchacho con el que estaba no quería hacer eso porque no se llevaba bien con el padre, y si lo despertaba nos echaría de la casa. Así que como no podíamos dormir en esa casa, y estábamos demasiado cansados para despertar a alguno más de la pandilla, buscamos, y por fin encontramos, un pasillo caliente donde dormimos hasta la luz del día, cuando nos levantamos y regresamos a la casa con la gran familia, y conseguimos que este chico nos mostrara aquellas cajas de pan que eran fáciles de robar mientras robamos algo de leche.

Caminamos todo el día por ahí localizando a la pandilla y cuando llegó la hora para que se abriera el espectáculo habíamos reunido alrededor de quince miembros de la pandilla. Todos entramos en el Teatro People’s en la Calle F___ y ninguno pagamos nuestra entrada. Nos quedamos en la función viendo las películas hasta que mostraron la última, y luego nos colamos detrás de los tubos del órgano y nos fuimos a dormir con la intención de dormir hasta la mañana, pero alrededor de las dos de la mañana el vigilante encendió su foco detrás del órgano y nos descubrió. Sostenía una pistola y nos hizo salir. Nos retuvo en el vestíbulo del teatro hasta que vino el vagón de la policía. Nos llevaron a una comisaría donde la mayoría de los policías eran Polacos. Cuando todos ellos dieron sus nombres y direcciones, yo di un nombre Polaco. Uno de los policías me llevó aparte y empezó a hablarme en Polaco. Comprendí que estaba dándome consejos como, “un niño pequeño como tú no debería alejarse de su madre”. Lo miré como si entendiera lo que estaba diciendo. Lo miraba a los ojos y luego colgaba mi cabeza. Funcionó bien y él todo el tiempo pensó que yo era un pequeño Polaco.

Cuando llegó la luz del día nos liberaron con la admonición de irnos a casa. Fui a casa, por supuesto, porque tenía hambre y estos otros chicos tenían demasiados hermanos y hermanas en la familia como para conseguirme algo de comer. No estuve en casa más de veinticuatro horas cuando mi oficial de familia llegó allí para atraparme. Cuando fui

devuelto al pabellón me dieron otro baño frío. Era enero y muy frío. Las ventanas donde estaba la habitación con la bañera estaban completamente abiertas. La dama y el oficial me retenían ambos en la bañera después de que estuvo llena hasta la parte superior. El frío me hacía jadear y mis pulmones no contenían ni un poco de aire, y cuando empujaron mi cabeza bajo el agua tragué mucha agua y quedé inconsciente. Él me llevó hasta la jaula.

Dos días después tenía escalofríos y fui puesto en una habitación aislada con unos pocos sospechosos portadores de *difteria*. Estuve bien en un día o dos, pero ellos no correrían ningún riesgo. Los sospechosos de *difteria* fueron liberados, y yo permanecía todavía allí. La matrona del instituto vino y me examinó y dijo que no tenía nada malo. No supe por qué me hicieron permanecer en cama esos días extras y pensé que estaba realmente enfermo con alguna enfermedad misteriosa, así que cuando me dejaron levantarme de la cama me *tambaleé* un poco en mis pies durante un día. Realmente estaba un poco débil y muy pálido, pero no estaba enfermo –simplemente pensaba que había estado enfermo.

Pocos meses más tarde nuestros oficiales de familia fueron transferidos a otro pabellón y recibimos nuevos oficiales de familia. Eran una pareja joven. El hombre era un graduado universitario y un tipo amistoso. Su esposa era una pretenciosa joven mimada. Se daba aires y era muy impopular entre las esposas de los otros oficiales de familia. Ella hacía todo lo que quería y su esposo era su esclavo. Él dejaba que ella hiciera todo lo que quería, pero no le permitía manejar el Ford Sedan que poseían. Tenía realmente miedo de que ella tuviera un accidente y se hiriera su pequeño yo.

El oficial de familia jugaba béisbol de interior con nosotros, nos dejaba compartir nuestro dinero y nos compraba *sandías* y helado y cosas, y nos dejaba quedarnos levantados unos pocos minutos después del entrenamiento mientras unos cuantos chicos se levantaban y cantaban canciones populares o contaban chistes e historias. Después de que los otros chicos estaban en la cama, él recogía unos pocos chicos mayores y les permitiría ir a nadar en el estanque que tenía la Escuela Correccional de Chicago. Él y su esposa nadaban con nosotros. Yo siempre iba porque había estado allí durante casi un año.

Un día el oficial de familia se enfermó y dos o tres veces al día yo era enviado a la farmacia, que estaba a buena distancia de allí, por medicinas y cosas. Esto me puso en terreno sólido con ella, y cada noche, después de que los chicos estaban en la cama, ella me recogía, y solamente a mí, para ir a nadar. Algunas veces me daba helado o fresas y crema después de nadar. El oficial de familia estuvo enfermo alrededor de diez días.

Nos alimentaban muy bien así como era, pero aquellos que hacían algún trabajo especial siempre eran recompensados por los oficiales de familia con comida especial de sus propias mesas. Cosas como pollo, chuletas de cerdo y helado y pudín. Ningún otro oficial de familia había hecho esto. Lo que no podían comer generalmente iba al tarro de basura o para alimentar a los pollos.

Pero estos dos jóvenes oficiales de familia eran tan variables e irresponsables como niños. Si a veces eran bondadosos e impulsivos, a veces les gustaba jugar chistes prácticos, y a veces ejercer su sentido de poder y autoridad haciendo cumplir severos castigos. El poder debía haberseles ido a la cabeza. La mayoría de los oficiales de familia aporreaban a unos cuantos chicos con una correa o pedazo de manguera cada vez que pensaban que la ocasión lo requería.

Nuestro oficial de familia no creía en eso, pero recuerdo cómo una vez encontró en un cajón un pedazo de manguera que había sido dejado por nuestro antiguo oficial de familia. Para ejercer su autoridad, por la simple razón de ver como se sentía, un día alineó al pabellón completo en el baño y con alguna excusa falsa nos dio a cada uno una golpiza con la manguera. A veces trataba de ver cuántos *manguerazos* podía soportar un chico y administraba algunas palizas terriblemente crueles.

En un momento nos daba un trato amable y al siguiente nos estaba castigando. Administraba cada castigo solo para ver cómo se sentía. Un día dos chicos se metieron en una discusión por un pedazo de pastel de crema. El pastel pertenecía a los oficiales de familia. Uno de los chicos dijo que era un cuarto de pulgada más pequeño que cuando había reparado en él pocas horas antes. El otro dijo que no le veía ninguna diferencia. Pero el que dijo que estaba faltando un cuarto de pulgada de pastel resultó ser el capitán, y entonces estaba faltando un cuarto de pulgada de pastel, incluso si nadie había tocado el pastel. Por alguna

razón u otra, a mí se me echó la culpa y fui puesto en el cuarto de guardia.

Los oficiales de familia se tomaron un día libre y se olvidaron de mencionar a los sustitutos que yo estaba en el cuarto de guardia. No fue sino hasta el día siguiente que yo vine a su mente. Me sacaron, y en vez de dárseme el pan y leche acostumbrados, él ordenó a un chico darme algo de su propia comida de una caja de hielo. Cuando el chico me dio algo de comida y yo había empezado ya a comerla, el oficial de familia descubrió que se me había dado el rostizado que él tenía intención de comer esa noche a la cena, y estaba un tanto furioso. Pero hambriento como estaba, no pude comer más de la mitad de éste. Él me golpeó con una manguera por no comerme la cosa entera. Dijo que no le importaba que yo tuviera el rostizado, pero que no le gustaba que lo estropeará.

Tenía casi catorce en este momento. Sabiendo que no había razón para la decisión del oficial de familia, y sabiendo que él no había hecho esfuerzo alguno por realizar un juicio honesto, me molestó que me hubiera puesto en la jaula por el mero efecto. Decidí no darle la oportunidad de castigarme de ningún modo, y me volví un tanto reservado y excepcionalmente cuidadoso en todo lo que hacía. Tenía todavía que hacer tres o cuatro meses antes de poder ir a casa y anhelaba el paso del tiempo.

Ambos oficiales de familia sabían que el castigo que había recibido me dolía en el corazón y fueron inusualmente buenos conmigo después de eso. Algunas veces, cuando él salía a algún sitio después que los chicos estaban en la cama, nos permitía sentarnos con su esposa por una hora o dos hasta su regreso. A nosotros, quiero decir a otro chico y yo. Este otro chico era grande y corpulento y hacía, como yo, mucho trabajo para los oficiales de familia. Cada noche a la hora de la cena yo recibía algún manjar especial de la mesa del oficial. Como favor especial se me permitió trabajar para la residencia del superintendente.

Cada pabellón enviaba a un chico a trabajar durante un mes para el superintendente. Había ocho pabellones, así que cada ocho meses se le permitía a nuestro pabellón enviar a un chico. La esposa del superintendente me tuvo por dos meses en vez de uno solo. Mis tareas eran pequeñas y podía andar en cualquier parte de la gran casa. Con frecuencia me llevaban al teatro. Casi todo lo que hacía era jugar con el perro en el gran césped con flores. Cada domingo, cuando mi madre

venía a visitarme, se me concedía el privilegio de darle un brazo lleno de peonías o algunas veces unas pocas Bellezas Americanas⁹⁹.

Mientras todavía trabajaba ahí, llegó el tiempo de irme a casa. Era finales de junio y tenía un verano entero de ocio ante mí. Todavía vivíamos en la Avenida B___ y la Calle H___ y mi padre era todavía el propietario de la tienda de segunda mano. Se nos permitía llevar nuestra propia ropa en la Escuela Correccional de Chicago, y esta ropa que llevé ahí fue la que tuve que llevar mucho tiempo después, hasta que pude caber en el desechado traje de pantalón largo de mi hermano. Ese verano jugué a la pelota con los chicos con los que había jugado antes de que fuera a la Escuela Correccional de Chicago, pero esto era demasiado soso.

⁹⁹ [N.T. El narrador se referiría a una rosa de intenso color rojo, originaria de Francia, y que en Estados Unidos pasó a llamarse "American Beauty", belleza americana.]

CAPÍTULO VII ANDANDO POR EL CAMINO

Cuando salí de la Escuela Correccional de Chicago no sabía qué hacer. Deseaba probar la vida y no sabía cómo empezar. Había decidido ir a la escuela secundaria cuando se abriera en el otoño, pero entretanto tenía que hacer algo¹⁰⁰. Conocía a suficientes chicos y chicas decentes y me divertía en las calles, pero no podía ir a sus fiestas o no podía ir con ellos a los espectáculos o a pequeños picnics. No andaba en andrajos, pero no tenía nada que ponerme que me hiciera lucir bien vestido. Mi padre no me compraría ropa alguna y mi mamá no podía, pues ella nunca recibía bastante dinero con el que siquiera comprar comida suficiente. Aunque ella siempre se las arreglaba para deslizarme a escondidas un poco de dinero de bolsillo. Si él me hubiera dado algún dinero de bolsillo, habría estado actuando de modo anormal. Una vez afirmó que si trabajaba en la tienda con él me daría dinero de bolsillo. Entre más duro trabajé para él más duro esperaba que trabajara, pero nunca recibí un centavo para mis gastos. Una vez me dijo que iba a abrirme una cuenta en el banco. Él sería el banco y me daría una libretica para llevar la cuenta del dinero que yo estaba ahorrando. Una vez tuve ahorrado un dólar en su banco pero no pude recuperarlo, así que dejé de trabajar para él.

¹⁰⁰ De la propia historia de Sidney y de los registros oficiales del caso resulta obvio que no se hizo ningún plan específico de cuidado posterior en el momento de su libertad condicional de la Escuela Correccional. Hasta ahora, el único esfuerzo definido por reorganizar su conducta ha tenido la naturaleza de la disciplina formal, sin ningún intento por modificar la situación en la que ocurrieron sus delitos o por desarrollar nuevos intereses y relaciones grupales. Aunque él deseaba asistir a la secundaria, y era capaz de llevar a cabo las tareas propias de la escuela secundaria, las condiciones económica y social en la familia eran tales que se volvía supremamente difícil la realización de esta ambición.

Cuando mi mamá estaba enferma era demasiado tacaño como para comprar una comida en un restaurante. Todo lo que compraba era una taza de café en cada comida. Él hacía levantar a mi mamá para que le hiciera la comida que comía. Yo mismo, por supuesto, trataba de cocinar la comida –la comida que hubiere en la casa. Traté de conseguir suficiente dinero de todas las maneras que conocía, pero no conocía muchas maneras. Traté de robar grano de los vagones del ferrocarril con unos gamberros italianos, pero en eso no sacaba dinero, así que lo dejé. No quería robar porque yo sabía hacer algo mejor, solo si pudiera conseguirme ropa. Un traje decente hubiera sido ropa.

Finalmente empecé a andar con unos cuantos tipos mayores que yo que pasaban su tiempo en el parque, sobre todo por las noches, solo holgazaneando. Durante un tiempo yo holgazaneaba solo en el parque por la noche, siendo perseguido por el policía del parque por meterme en un montón de travesuras. Mi tío se estaba quedando con nosotros en esta época, y un día, por curiosidad, abrí uno de sus baúles y descubrí que estaba lleno de suministros para hombres. La tentación resultó demasiado fuerte para mí y empecé a robar cosas del baúl para venderlas.

El dólar o dos dólares que cada vez conseguía de este modo no era suficiente para comprarme alguna ropa, y tenía miedo de robar demasiado de una sola vez. Debo de haber robado alrededor de trescientos dólares en cosas durante el verano, pero no conseguí más que treintaicinco o cuarenta dólares por eso. Incluso si hubiera conseguido juntar suficiente dinero para comprar algunas ropas decentes, dudo si hubiera tenido el corazón para ponérmelas cuando el dinero era tan escaso en casa. Este dinero no era suficiente dinero para comprar ropa, y entonces qué tan bueno era el dinero de bolsillo si no podía gastarlo en lugares donde tanto quería ir. Entrar al mismo espectáculo con gamberros no era lo mismo que entrar al mismo espectáculo con los chicos y chicas con los que quería andar tanto.

Iba a los espectáculos frecuentemente con chicos que estaban vestidos como yo, pero incluso en mi más limpio yo estaba siempre raído. Conocí a muchos chicos y chicas de la escuela cuando asistí el año anterior. Rechacé muchas invitaciones para ir a sus casas por miedo a que tuviera que invitarlos a mi casa. El mobiliario de nuestra casa fue comprado por

mi padre de segunda mano y era la clase de mobiliario que compra gente muy pobre, inmigrantes por ejemplo¹⁰¹.

Mi padre pensó que esa era una buena ubicación para una tienda de segunda mano y él, por supuesto, escogió la tienda con el alquiler más barato. Vivíamos encima de la tienda. Apenas había suficiente mobiliario para satisfacer nuestras necesidades. No había nada para fines *ornamentales*. Cuando bajábamos las escaleras la casa entera temblaba. Cuando dejábamos una rebanada de pan sobre la mesa las ratas se la llevaban lejos. Ninguna loción en polvo o líquida de ninguna clase eliminaba los chinches del lugar. El interior de la casa no parecía siquiera una casa muy vieja, parecía algo que unos niñitos habían hecho con leña¹⁰².

Sabía qué era lo que me gustaría hacer. *Sabía que la simple cortesía sola dictaminaba que me abstuviera de elegir a mis conocidos*. Yo era sencillamente un pordiosero que no podía elegir, pero que tenía que estar agradecido por poder andar con alguien. No sabía lo suficiente de la vida para saber cómo remediar eso. No tenía el auto-control o la sabiduría para controlar mi deseo de hacer las cosas que me parecían naturales y justas. No podía siquiera disciplinarme para esperar pacientemente un par de años y dejar que las cosas se ajustaran por sí solas cuando tuviera la experiencia y el conocimiento suficiente para saber cómo tomar y ajustar las cosas.

Como mi pasión, ya que equivalía a una pasión, de divertirme de una manera legítima, como era la costumbre de otros chicos y chicas de divertirse, era una pasión que no podía ser gratificada o colmada, busqué otros medios de divertirme. Habría ido gustoso con una pandilla a cometer delitos como el robo con allanamiento o algo similar. La única razón era que no conocía a nadie que fuera torcido. Estaban los italianos

¹⁰¹ Que Sidney era intensamente sensible al estatus económico inferior de su familia es bastante evidente en estos párrafos. Resulta claro, también, que sus circunstancias económicas establecen limitaciones definidas sobre sus contactos fuera del hogar, actuando como un factor determinante en su elección de compañeros.

¹⁰² En este momento la familia de Sidney vivía en uno de los vecindarios más deteriorados de la ciudad. La descripción precedente de su hogar no es una exageración de la barata construcción desvencijada que, desde entonces, ha sido declarada en ruina.

que robaban grano y ese tipo de cosas, pero eran muy ignorantes y sus medios de disfrute no me gustaban¹⁰³. Sin embargo, por falta de algo más qué hacer, a veces los acompañaba en sus pequeñas expediciones de merodeo por grano en los almacenes del ferrocarril y para irrumpir en el granero de algún vendedor ambulante italiano para robar su fruta.

Había chicos de mi edad o un poco más jóvenes con quienes jugaba en sus patios traseros a la pelota y a otras cosas similares como boxeo y yendo a nadar y al Parque Sox de vez en cuando. Esto parecía satisfacerlos, y cuando se cansaban estaban contentos de irse a casa. Por otro lado, aunque yo disfrutaba lo que hacía con estos chicos, o sino no habría andado con ellos, nunca me llenaba de éxtasis cuando llegaba el momento de ir a casa. Tenía que ir a casa a comer porque no había ningún otro lugar al que podía ir para eso. Este tipo de vida satisfacía a estos muchachos porque probablemente tenían una buena casa a la que ir. Sabía que me faltaba algo en casa, y que podría haber encontrado un sustituto si al menos pudiera haberme vestido decentemente.

Sabía que los jóvenes de mi edad jugaban al tenis, iban al lago, al canotaje y al piragüismo, y hacían miles de otras cosas que yo tanto quería hacer. Haber considerado hacer siquiera alguna de estas cosas con los chicos con los que estaba saliendo era impensable. Sin embargo conocía a chicos y chicas, era muy amistoso y familiar con ellos, que hacían estas cosas y sin embargo sus padres no eran más ricos que los míos. Encontrarlos en un carnaval y ser invitado a hacer algo esa noche y tener que rechazarlos no era muy agradable.

Por supuesto, si yo hubiera tenido una mente excelente o tenido entonces el conocimiento que los años me han dado ahora, hubiera sabido qué hacer. Pero yo no era demasiado brillante¹⁰⁴ y pensaba que se me hacía una grave injusticia cuando mi padre no me daba las oportunidades que otros jóvenes de mi edad recibían y que yo anhelaba

¹⁰³ En este momento Sidney vivía en un vecindario deteriorado próximo a la intersección de dos líneas principales del ferrocarril de carga. Robar de los ferrocarriles es una de las formas corrientes de delincuencia juvenil que acontecen en la vecindad.

¹⁰⁴ Esta declaración sugiere de nuevo el sentimiento de inferioridad de Sidney. Según pruebas mentales, su cociente de inteligencia lo coloca en el grupo que posee una inteligencia muy superior.

tanto. Por supuesto, hubiera podido ganar dinero suficiente para volverme independiente de la tan deseada ayuda de mi padre, pero era una forma dura y tomaba demasiado tiempo, mientras que otros de mi edad recibían estas cosas de sus padres. Mi hermano tenía que dar una gran parte de su salario a mi madre con el fin de darnos comida. Con frecuencia mantenía a mi padre, aunque mi padre ganaba en la tienda más dinero que él.

Un día un joven entró en la tienda con su esposa que tenía en sus brazos a un niño de solo unos meses de edad. El joven le había dado a mi padre un reloj que había recibido como regalo de bodas a manera de seguro por un préstamo de cinco dólares. El muchacho estaba sin trabajo y había estado así durante bastante tiempo. No podía encontrar trabajo. Le dijo a mi padre que era incapaz de amortizar el reloj, pero declaró que si mi padre le daba tres dólares más él consideraría que estaba vendido el reloj. Mi padre había admitido unos pocos días antes que para él el reloj valía unos quince o veinte dólares. Sin embargo, no le daría a este muchacho otros miserables tres dólares que tanto necesitaba. Creo que él y su esposa se estaban muriendo lentamente de hambre. Vi a mi hermano deslizarle al muchacho un dólar, y mi madre invitó arriba a la joven dama bajo el pretexto de darle algo de leche al bebé, pero estaría dispuesto a jurar que el propósito era darle el poco dinero que pudiera raspar. Mi madre nunca tenía dinero. Mi padre era muy tacaño con ella.

Rompí una alcancía de reloj que pertenecía a mi tío y saqué cerca de un dólar y setenta y cinco centavos y se los di a la joven mientras ella acostaba al bebé en una cama y mi madre calentaba algo de leche. Mi tío nunca se enojó por haberle roto la alcancía, pero me dijo que debería haberle pedido algo de dinero si lo deseaba, porque a él le parecía una lástima que hubiera roto un reloj tan bonito. Él con frecuencia me daba monedas de veinticinco centavos y sé que quiso decir lo que dijo. Le pregunté a mi hermano cuánto le había dado al tipo y me dijo que no le había dado nada, cuando claramente lo vi deslizándole un billete de un dólar. Cuando le pregunté a mi madre si ella le había dado algo a la joven respondió preguntando que de dónde iba a sacar algún dinero para darle a nadie. A mi padre lo hizo muy feliz poder conservar el reloj porque el muchacho no podía devolverle el préstamo.

Durante todo el verano robé suministros de hombre del baúl de mi tío y los vendí por una fracción de su valor para obtener dinero de

bolsillo. Llevaba regularmente al espectáculo a los golfos de la calle, como podrías llamarlos, y les compraba refrescos y dulces. Supongo que la única razón por la que andaban conmigo era por esto, y *la única razón por la que yo andaba con ellos era porque no podía ir con los que quería ir.*

Era muy infeliz y no podía encontrar nada para hacer que me interesara permanentemente. Sabía que si pudiera entrar a una pandilla encontraría mucha excitación y emociones, pero no conocía a pandilla alguna. No era mi primera elección, pero era un buen sustituto, y sabía que era interesante porque había pertenecido a una pandilla cuando era más joven. La emoción parecía ser mi impulso natural y quería mucho la compañía de alguien con deseos similares a los míos. Quería mucha diversión. Sabía cómo conseguirla de manera legítima, pero no podía. Así que quería andar con alguna pandilla que rompiera las leyes porque sabía que yo podía adquirir rápido sus actitudes, pues naturalmente sería algo similar a la actitud de mi vieja pandilla. Pero como no busqué muy duro a ninguno de este tipo de chicos, pues no los encontré.

Las cosas siguieron como habían estado yendo durante el resto del verano. En septiembre, cuando se abrió la escuela, me matriculé en la Escuela Secundaria Técnica X____ sin el estímulo de nadie en casa. Había crecido un poco y el traje descartado de mi hermano era solo un poco demasiado grande, así que me lo puse. En el traje descartado de mi hermano estaba muy elegante en comparación con lo que había estado llevando. Pero mi padre dejó en claro que él pensaba que la escuela debía equiparme con todo el material necesario, y se negó a proporcionarme suficiente dinero para comprar cosas como un juego de dibujo mecánico. Eso escurrió los recursos de mi madre para cubrir las *tarifas de coche* y el dinero del almuerzo.

Para algunos de mis requerimientos ganaba suficiente dinero ahondando más en el baúl de mi tío. Con el traje de pantalones largos que tenía ahora podía ir a algunos lugares. Había empezado la secundaria no solo por la educación, sino para conocer a otros jóvenes de mi propio tipo que disfrutaban algunas cosas que yo disfrutaba.

Conocí algunos, y solo con andar juntos y de vez en cuando ir al espectáculo era todo lo que se necesitaba para que la vida valiera la pena. El mismo traje que llevaba durante los días de semana se planchaba y se eliminaban las manchas y se usaba los sábados y

domingos. Varias veces llevamos chicas a la pista de patinaje White City y valoramos estos momentos.

Pero las cosas no duraron mucho. Al mirar en su baúl mi tío descubrió que había desaparecido un montón de cosas, y era solo inevitable que resolviera que fui yo quien lo cogió. Mi padre acudió a la escuela y se quedó en el corredor mientras me hizo llamar fuera de mi salón de clase. Al pisar el corredor me dio de inmediato una bofetada, y a los estudiantes que pasaban en su camino a clases empezó a relatarles la historia de mis fechorías.

Sabía que lo que había hecho estaba mal, pero en mi corazón pensaba que era mi padre el realmente culpable. Desde entonces mi tío jamás ha hablado conmigo y durante mucho tiempo después de eso mi hermano no habló conmigo. Mi padre normalmente estaba enojado con el mundo entero, incluyéndose a sí mismo, así que no era raro que no me hablara. Debí haberme ido de casa, imagino, pero mi comprensión del mundo era muy limitada y no sabía qué hacer, así que me quedé en casa.

Nunca regresé a la escuela. Apliqué para un certificado de trabajo y empecé a trabajar. Tenía que ir a la escuela de continuación¹⁰⁵ un día a la semana, y entonces el único trabajo que pude conseguir fue el de chico de recados. En todos los sitios que contrataban a chicos de recados el salario parecía ser estándar –diez dólares semanales. Me irritaba tener que ir a la escuela de continuación porque me impedía conseguir un trabajo mejor.

Diez dólares semanales eran suficiente para pagar por mi hospedaje en casa y para mi pasaje, pero eso era todo. No podía ganar lo suficiente para comprar siquiera almuerzos decentes. No podía entender cómo cualquiera que trabajaba podía permitirse vivir de su salario y comprar ropa decente. A menudo rumiaba en mi mente la idea de que tal vez

¹⁰⁵ [N.T. Educación continuada dirigida a jóvenes que han abandonado la escuela, generalmente, aunque no solo, para vincularse como trabajadores en la industria y el comercio. La tesis de doctorado de la Universidad de Columbia del año de 1907, y cuyo autor y título se reseñan a continuación, suministra información detallada sobre el curriculum, características y asistencia a estas escuelas de continuación en Estados Unidos. Ver a Arthur J. Jones, *The continuation schools in the United States*, Government Printing Office, Washington, 1907.]

salían cada noche a cometer asaltos o tal vez a chantajear a alguien para seguir pasándola como parecía que lo estaban pasando. No podía existir con mi salario, y si no me hubiera quedado en casa me hubiera muerto de hambre.

No me importaba la escuela de continuación mientras estuve ahí, pero para mí no tenía sentido que me enseñaran aritmética de negocios y cómo operar un comptómetro cuando trabajaba como recadero para una tienda de zapatos en el Loop. Supongo que desde el principio quería un salario mayor en vez de aprender los medios a través de los cuales podía avanzar para así ganar un salario mayor.

Falté a la escuela más de una vez para trabajar y me perdí muchos empleos. Trabajé como recadero en quizás una docena de lugares y, como tenía problemas con la escuela de continuación, perdí muchos de mis empleos. En un sitio trabajé durante cuatro meses y medio y había progresado haciendo muchos trabajos ocasionales por el lugar. Mi salario no se incrementó, pero mi oportunidad de aprender el oficio me hacía bien. Este sitio en que trabajaba era una planta de fotograbado. Me cansé de ir a la escuela de continuación porque ella me impedía conseguir un mejor empleo con más paga. Así que un día le dije al jefe que había finalizado la escuela de continuación y no tenía que asistir más allí puesto que acababa de cumplir dieciséis años de edad.

Me ascendieron a chico de los químicos con quince dólares semanales, y mis perspectivas para un avance futuro eran buenas. Esta fue la única vez en mi vida en que pude mirar claramente adelante y ver hacia donde estaba yendo. Sabía que alrededor de tres años estaría ganando por lo menos sesenta dólares semanales y eso era suficiente incentivo para mantener mis pensamientos en mi trabajo. Con frecuencia me gustaba quedarme y trabajar horas extras. Con solo estar en la tienda de comestibles con el resto de los compañeros, y yendo al espectáculo de vez en cuando, y tirando los dados de vez en cuando los domingos en la mañana, concluía cada día bastante bien.

Pero la gente de la escuela de continuación llamó a mi jefe y le preguntó por qué no estaba asistiendo a la escuela y él les dijo lo que yo le había dicho y ellos le dijeron que si él no se aseguraba de que yo asistiera a la escuela un día a la semana ellos se asegurarían de que fuera multado por eso. Me despidió por mentirle un minuto después de que hubiera recibido este mensaje telefónico.

Después de esto trabajé en unos pocos lugares más como chico de recados y finalmente conseguí un trabajo para el Telégrafo Postal. En todos estos lugares recibía diez dólares a la semana. En este momento me habría alegrado haber salido con alguien a robar, porque estaba seguro de que podrías hacer más robando que lo que podrías hacer trabajando. Nunca produje trabajando lo suficiente para siquiera sostenerme a mí mismo. No podía encontrar ningún modo de hacer más dinero, y hasta que lo hice no pude comprar alguna ropa o cualquier otra cosa que no solo quería sino que necesitaba.

Toda la familia sabía que mis dientes estaban en mal estado y necesitaban muchísimo arreglarse, pero no había suficiente dinero para hacerlos arreglar. Toda mi vida había tenido problemas con los dientes y nunca había suficiente dinero para llevarme al dentista. La única dentistería que experimenté fue la de tener removidos unos pocos dientes mientras estaba en la Escuela Correccional de Chicago y aquella vez en el colegio dental cuando casi me arrancaron la cabeza. ¡Oh, sí! Cuando estaba en el Hogar de Detención de Menores allí una vez el dentista sacó seis u ocho dientes. Si cinco o diez dólares hubieran servido de algo, yo mismo hubiera ido al dentista, pero ningún dentista quería menos de cien dólares por arreglar mis dientes.

Mi mayor ambición era tener arreglados mis dientes para parecerme un poco a un ser humano, pero parecía que en toda mi vida todo estaba en mi contra. Estaba privado de todo lo que otros chicos tenían y disfrutaban. Siempre he sido demasiado tonto como para mirar hacia adelante y saber qué tenía que hacer para ayudarme a mí mismo. Como pensaba que ciertas cosas deberían haber sido hechas para mí como eran hechas para otros chicos, pensaba que no se me había dado una oportunidad justa en la vida. No podía entender la vida, y no podía siquiera ponerme en la posición en la que me hubiera gustado ponerme.

Bueno, para continuar, volteé de un trabajo al otro esperando hacerme mayor y alcanzar un poco de sentido en mi cabeza, supongo. Pero supongo que mi cabeza no estaba hecha para pensar. Pienso que yo hubiera sido el hijo ideal de un hombre rico.

En el otoño de 1922 nos mudamos a las Calles F____ y A____. Conseguí un empleo como chico especial de despachos en un gran almacén de venta al por mayor de hojas sueltas y papelería en el Loop, por quince o dieciséis dólares semanales, y con mi primera paga me

compré un par de patines de hielo North Star. Ese verano patiné en el parque cercano casi todas las noches. Trabajé durante un par de meses y, cuando finalmente lo *dejé*, solía ir todos los días al parque y patinar. El invierno pasó de esta manera. Mis únicos conocidos eran los que encontré mientras patinaba. Jugaba con ellos a la etiqueta y a sacar el látigo y cosas así, pero eso fue todo lo cercano que llegué.

Conseguí otro empleo en algún lugar u otro y mi madre ahorró mi primer mes de sueldo y con eso me compró un traje. Mi hermano me llevó al centro a comprar el traje. Ese fue mi segundo traje nuevo de mi vida. Fue poco después de esto que empecé a sentirme solo. El patinaje se había interrumpido hacía un tiempo y no tenía nada que hacer.

Un día me dejé caer por el lado oeste¹⁰⁶ para ver qué pasaba con la vieja pandilla y me encontré con algunos de ellos que todavía andaban holgazaneando por ahí. Era una primavera temprana para Chicago y fuimos al Parque Douglas para ir en canoa. Dos de los compañeros dijeron que se iban a vagabundear a la Costa Pacífica, y eso sonaba tan bien que decidí ir con ellos. Debía haber sido sábado, porque tenía mi paga en el bolsillo y, como tenía una pequeña cuenta bancaria, retiré todo el dinero del banco¹⁰⁷. Yo era el único de los tres que tenía dinero. A cada uno le di un dólar o dos en caso de que nos separáramos. Subimos el viaducto justo afuera de la Estación Northwestern pocos minutos antes de que saliera un tren para California y nos mantuvimos en la sombra de la estación esperando a que se moviera. Cuando empezó a salir de la estación nos subimos a bordo del depósito, uno a la vez. Cada

¹⁰⁶ Aunque Sidney vivía ahora a casi tres millas de distancia del vecindario en el que acontecieron sus delitos iniciales, ya que sus padres se mudaron durante su confinamiento en la Escuela Correccional, él regresó a la vieja vecindad para asociarse con sus antiguos compañeros. Lo que no es raro en casos de muchachos delincuentes, y sugiere el poderoso control que ejercen las relaciones tempranas con la pandilla.

¹⁰⁷ La presteza de Sidney para acompañar a sus compañeros en un viaje a la Costa Pacífica sugiere otra vez su inquietud, su desajuste y la ausencia de cualquier influencia restrictiva en la familia o en otros grupos convencionales.

uno estábamos de pie a unas cincuenta yardas del otro y todos subimos a bordo pasando desapercibidos.

Nos bajábamos cuando pensábamos que iban a poner agua en el depósito y subíamos otra vez cuando empezaban otra vez. Era de día cuando llegamos a Omaha en nuestra primera etapa del viaje, y todos los pasajeros tenían que hacer transbordo al Union Pacific para continuar su trayecto. Como era de día, fuimos descubiertos por un detective ferroviario, que nos expulsó del depósito y nos echó de los patios del ferrocarril. El tren salió sin nosotros, pero había un tren del correo que pronto iba a pasar por ahí y decidimos cogerlo al vuelo.

Nos separamos alrededor de cuarenta yardas y, como venía bastante rápido, los dos más cerca a los patios fuimos los únicos que lo cogimos. Iba demasiado rápido para que el otro compañero lo cogiera cuando vino hasta él, así que se quedó atrás. Nos detuvimos en el cruce siguiente, pero él nunca apareció. En North Platte, Nebraska, nos sacaron de otro tren del correo en el que habíamos estado viajando y uno de los detectives del tren nos aconsejó que nos mantuviéramos fuera de los trenes del correo o estaríamos expuestos a recibir un disparo. Otro detective, alto y delgado, nos llevó hasta su choza y se sentó en una silla de oficina mientras permanecíamos de pie. Él inclinó su silla hacia atrás y puso sus pies sobre los peldaños de la silla. Nos preguntó de dónde éramos y cuando le dijimos quería saber dónde estaban nuestras pistolas. Le dijimos que no sabíamos lo que quería decir. Nos lo mostró abriendo su abrigo y diciendo "Como ésta". Tenía una correa ancha alrededor de su pecho de la que colgaba hasta la cintura una pistola de caballos. De repente, mientras enderezaba la silla, sacó sus piernas de los peldaños de la silla y plantó las suelas de sus botas justo sobre mi pecho con tantísima fuerza que perdí la cuenta de cuantas veces di vueltas en el aire. Cuando me levanté salí corriendo de allí dejando mi gorro tirado en el suelo.

Le pregunté al compañero con el que estaba cuántas veces había girado en el aire cuando me patearon y me sorprendí cuando dijo que cuando me patearon yo no había dado vueltas en absoluto. Dijo que simplemente caí. Los detectives del ferrocarril, en mi mente, estaban llenos de malas ideas y debían evitarse. Fuimos hasta Fremont, Nebraska, antes de que nos echaran de nuevo. Allí entramos en un granero que utilizaba pienso y era una estación de leche, y preguntamos

al propietario si podíamos lavarnos. El propietario resultó muy amable, y no solo nos dejó lavarnos sino que nos dio algunos huevos para comer y leche para beber. Cuando le ofrecimos reembolsarle por todo esto se negó. Preguntó adónde nos dirigíamos, y cuando le dijimos que a la Costa Pacífica, nos dio a cada uno una postal y nos pidió que le escribiéramos cuando llegáramos allá. Se ensució tanto esa postal mucho antes de que llegara allá, que la tiré. Como no podía recordar la dirección él, por supuesto, jamás supo de mí.

La Union Pacific demostró ser un ferrocarril duro para que se montaran los vagabundos, y nos patearon tan a menudo que nos volvimos cautelosos y solo subíamos de noche. Todavía recuerdo que tuvimos que gorrear una vuelta en carro de doscientas diez millas fuera de Cheyenne, y viajamos cincuenta millas en un camión Ford de un granjero sobre caminos con baches en Idaho.

Hacía ya bastante frío en Nebraska y Wyoming, así que dormimos en hoteles baratos y comimos en restaurantes cada vez que teníamos sueño o hambre. Viajamos a mayor velocidad que la que suelen consumir los vagabundos, y alrededor de una semana después de que salimos de casa estábamos en Salt Lake City, Utah, donde esperábamos ir a San Francisco vía el Southern Pacific.

Me había quedado sin dinero y el compañero con el que estaba quería dormir allí en la comisaría. Yo no iba a dormir en una comisaría voluntariamente y le mostré cuán espléndida noche hacía para dormir afuera bajo las estrellas. Cuanto más discutíamos más enojado se ponía, hasta que finalmente se fue a dormir a la comisaría y yo cogí un tren que se dirigía a San Francisco. Me tomó un par de días llegar allí y, cuando lo hice, limpié la habitación trasera de un restaurante por una comida y un paquete de alimentos.

Luego cogí un tren para Los Ángeles y me quedé allí unas cinco horas. Regresé a Frisco y, de algún modo, allí me metí en un espectáculo y recogí del suelo un par de entradas. Fue entonces cuando decidí guardar las entradas al espectáculo de varias ciudades como recuerdos. Viajé a través del norte de California y a través de Washington y Oregón en la Oregon Short Line. Por la noche normalmente me encontraba en alguna pequeña ciudad, y parecía que el espectáculo bisemanal se estaba siempre exhibiendo cuando llegaba allí. Tenía alrededor de treinta entradas al espectáculo solo del estado de Oregón.

Regresé de la misma manera en que había viajado a arriba. No estuve en ninguna ciudad más de una hora o dos antes de entrar en acción otra vez. Creo que fue en algún cruce en Idaho que hice una parada para visitar Boise, Idaho. Había una línea corta que conducía hacia ella, pero salía solamente un tren una vez al día y eso era en la noche. Siendo temprano por la mañana decidí caminar, eligiendo como mi carretera el centro de las vías de un viejo vagón *interurbano* abandonado. Fue una caminata de aproximadamente veintidós millas. En un punto vi una serpiente azul y verdosa cubriendo las vías de malezas crecidas, y como había caminado hasta ella unos diez pies antes de verla, me detuve en las vías, temeroso de moverme a un lado o hacia atrás. Esperé dos o tres minutos a que se arrastrara fuera de las vías hacia el monte, pero no se movió. Por un momento o dos pensé en volver atrás, pero decidí no hacerlo porque estaba más cerca de mi destino que de donde había empezado. Era una serpiente de campo y había oído a vagos contar sobre las serpientes y lo peligrosas que eran. Me moví con sigilo sobre esa serpiente, una pulgada a la vez, con una roca en cada mano, y vi que la cabeza de la serpiente había sido aplastada y que ella estaba simplemente atravesada sobre la vía. Miré alrededor para ver si alguien había observado mi acción sobre una serpiente muerta, pero imagino que no había un alma en menos de unas diez o doce millas de mí.

Entré en Boise alrededor de las cuatro de la tarde, y tan pronto como llegué y eché un vistazo, estaba listo para partir. Pero como no había ningún tren hasta esa noche me senté a la sombra de la mezcla de edificio de la municipalidad, departamento de bomberos y comisaría, y esperé a la hora del tren. El único gran negocio en la ciudad parecía ser el banco directo enfrente de la municipalidad. Parecía una tienda de comestibles de campo, mientras que la tienda de frutas que estaba en el mismo lado de la calle de la municipalidad parecía tan moderna y actual como cualquiera en Chicago. Si alguien me hubiera preguntado por qué destacaba Boise hubiera respondido, "Por sus chicas". Vi allí más chicas en una tarde que lo que vi en cualquier otra ciudad en todo un día.

Me fui de allí por la noche y llegué al cruce del que había salido a eso de las tres de la mañana. Estaba oscuro y no sabía adónde ir así que entré en conversación con un ocioso en la estación. Me hizo unas pocas preguntas acerca de dónde venía y adónde iba y le respondí. Nos

quedamos allí por un rato y me propuso que camináramos alrededor de la ciudad hasta la mañana. Le pregunté si no había peligro de que nos arrestaran, y rio y dijo, "No". Dijo que con frecuencia caminaba por la noche y que jamás lo había molestado nadie. Caminamos por ahí hasta la luz del día, hablando sobre esto y aquello. Vimos a chicos jóvenes recogiendo la edición de la mañana de los periódicos que se publicaban allí. Supe que el trabajo de estos chicos era distribuir estos periódicos por todas partes. El hombre con el que estaba dijo que si decidía quedarme en la ciudad podía conseguirme un trabajo en la oficina del periódico, si yo quería.

Había un tren que salía de allí alrededor de las cinco y media, y cerca de las cinco me llevó a un restaurante después de que le había dicho que tenía hambre y me preguntaba dónde podía conseguir algo de comer. Él le dijo al hombre del restaurante que me diera una pila de tortas de trigo y una taza de *café*. Esto costó veinticinco centavos. Depositó una moneda de cinco centavos y dieciséis peniques y dijo que pagaría los otros cuatro centavos más tarde.

Después de que hubiera dicho adiós y salido del restaurante, le pregunté al propietario quién era el hombre, y me dijo que ese era el sheriff de la ciudad. Salí de allí y viajé muy constante hasta que llegué a Rawlins, Wyoming. Era un pueblo petrolero y no vi a nadie más que hombres vestidos como vagabundos. Detuve a un tipo joven en la calle y le pregunté si sabía dónde podía ganarme una comida, y me invitó a ir con él. Me llevó al restaurante donde trabajaba. El restaurante tenía alrededor de una docena de meseras trabajando allí y todas eran muy amistosas con este tipo.

Cuando me hizo sentar en la habitación de atrás, cada mesera del lugar puso algo enfrente de mí. Mi desayuno consistía en unos doce platos y no puedo recordar haber dejado una migaja. El muchacho me dijo que la comida corría por su cuenta, pero como no había un tren que saliera hasta esa noche yo podría, si deseaba, ayudarle a pelar algunas papas y zanahorias abajo en el sótano y él cuidaría de que yo recibiera un par de comidas más y también me daría medio dólar cuando hubiera terminado. Acepté y trabajé allí ese día.

Partí esa noche, y no había recorrido más que unas veinte millas cuando el guardafrenos me bajó en Walcott. Dormí en la hierba junto a

la estación cuando oí que allí no habría parada de tren hasta la próxima tarde. El día siguiente maté el tiempo en los alrededores de la estación hasta casi la hora de llegada del tren local. Estaba sentado a la sombra de la estación, pues había mucho calor, cuando un Dodge descapotable salpicado todo de barro se detuvo y un tipo joven con un sombrero de diez galones se me acercó. Me preguntó si yo era un conductor de mulas y, aunque no sabía lo que quería decir, acepté el trabajo que me ofreció.

Me condujo a un lugar a unas seis millas de Walcott donde un grupo de hombres estaba tratando de volar la cima de un túnel de montaña para hacer un desfiladero. Tomó mi nombre y demás, me puso en la nómina, y luego me presentó al jefe del granero y le dijo que yo era el nuevo conductor que acababa de contratar. El granero consistía en una gran tienda de color kaki donde se guardaban los caballos y el pienso. Se me dijo que escogiera un equipo y un conjunto de arneses. Escogí un equipo al azar, y como no sabía mucho sobre enganchar caballos, dejé que una pareja de hombres de pie por ahí lo hiciera. Los observé de cerca y nunca tuve ningún problema enganchándolos después de eso. Se suponía que debía conducir a este equipo enganchado a un carro pesado hasta la cima de este túnel y, tomando toda la roca suelta que había sido despedazada, vaciarla sobre un precipicio. Por la manera como conduje ese equipo el jefe vio que no sabía nada sobre conducir, y solamente duré tres días. Se me dijo que si quería quedarme allí a trabajar podía retirar a paladas toda la roca suelta de ciertos lugares escogidos hasta llegar a la roca sólida. Trabajé allí durante una semana con un pico y una pala llevándolos lejos hasta que llegué a la roca sólida, cuando procedí a hacer un claro suficientemente grande como para permitir que un hombre con un taladro de roca perforara un hoyo en la roca sin peligro de que la roca suelta cayera en el hoyo que estaba taladrando. Este hoyo estaba lleno con media caja de dinamita, o a veces con nigro-glicerina, y explotaba con una batería. Demoró cuatro minutos para que la roca dejara de caer.

No podía soportar este trabajo bajo el calor del sol, y el superintendente sospechaba que no tenía veintiún años como había declarado, así que recibí mi cheque de pago. Este ascendía a diecisiete dólares por diez días de trabajo.

Mientras estaba allí dormí en un vagón de tren de carga en vía muerta con otros cinco de los hombres más jóvenes. Las literas eran un

poco ruidosas. Pasamos las noches sentados en el vagón mirando pasar de vez en cuando los trenes por la vía principal y solamente hablando de nada. No oscurecía sino hasta alrededor de las nueve. Cuando se oscurecía los compañeros se sentaban por ahí fumando y algunos de ellos relataban pequeñas historias de sus vidas. Recuerdo que había un compañero que siempre hablaba de lo sobrenatural, y uno de los compañeros narraba unos pocos eventos que ocurrieron en Francia. Un viejo codicioso, el único hombre mayor de veinticinco años en el vagón, trató de estafarme con mi paga. Me describió la batallita tras batallita de unos buscadores perdidos en las colinas, o más bien en las montañas, después de descubrir oro y que sucumbiendo al hambre cayeron finalmente sobre sus huellas con el oro lleno encima de su persona y en sus mochilas. Su propuesta era que después de haber trabajado allí un rato y ganado fondos suficientes para equiparnos, fuéramos en busca de estos buscadores de oro perdidos para ver si podíamos encontrar, a través de cierto mapa en su poder, donde estaba localizada la mina de oro. Lo consideré un viejo romántico, porque no podía decir que estaba en su segunda infancia, pero cuando me dijo que debía entregarle mi paga para que pudiera hacer todas las compras, vi que era un estafador.

Me pagaron con un cheque y lo cambié en el pequeño hotel de Walcott. Walcott comprendía este hotel, la estación de tren, y un almacén que era un almacén general y un salón de billar combinados. Tenía que regresar a Rawlins para coger un tren que no se detuviera en todos los pueblos imbéciles. Yo tenía mi dinero en mi media bajo la planta de los pies.

Cuando estaba justo subiendo a bordo de un transporte manifiesto que se dirigía por un buen largo camino en dirección a casa, un detective ferroviario encendió una linterna sobre mí y apuntándome con una pistola me ordenó bajar. Deseaba saber si tenía medio dólar para pagarle por el viaje. Como tenía todo mi dinero en mi zapato, excepto cuarenta y cuatro centavos, le dije que no, pero le ofrecí los cuarenta y cuatro centavos. No era suficiente para él, así que me llevó a la estación donde me compró un tiquete por aquellas pocas millas que me llevarían esos pocos centavos.

Subí al tren, y se sentía tan bien montando en cojines, que tomé una contraseña de la banda del sombrero de un hombre dormido y viajé por su cuenta todo el camino a Cheyenne. No obstante, no quería bajarme en

Cheyenne, así que me escondí en los lavabos y cerré la puerta. A unas dos millas el conductor abrió la puerta con una llave y, encontrándome ahí dentro, detuvo el tren y me hizo salir. Caminé todo el camino de regreso al pueblo.

Vi una barbería encima de la cual había un letrero, baños, veinte centavos. Entré y me hice un corte de pelo y un baño. Mi factura ascendió a unos tres dólares y setenta y cinco centavos, y quería saber sobre ese letrero en la parte superior del edificio que decía, baños veinte centavos. Él se rio y me dijo que ese letrero era muy viejo, que había estado allá arriba desde antes de la guerra.

Cuando salí de Cheyenne subí a un tren de carga con una media docena de vagabundos a bordo. En todo caso creo que este incidente que estoy a punto de relatar sucedió al este de Cheyenne. Bueno, en todo caso, estábamos casi todos nosotros viajando en las cubiertas porque hacía un poco de calor. Vino un guardafrenos y nos preguntó a cuenta de qué estábamos montando, de una tarjeta de los *Wobblies* (I.W.W.)¹⁰⁸ o de una pinta de licor ilegal. Ninguno de nosotros tenía alguna y trató de arrojarnos a todos fuera del tren. Todos los que estaban montados entre los vagones fueron perseguidos hasta las cubiertas, y corríamos de arriba abajo mientras el carguero iba a unas veinticinco o treinta millas por hora. El guardafrenos tenía en sus manos una gran pieza negra de madera en forma de porra, y realmente trataba de golpearnos desde la cubierta del tren a toda velocidad mientras pasábamos por las montañas. Finalmente llegamos a un valle entre las montañas y el tren, por alguna razón desconocida, había disminuido su velocidad solo un poquito. Fue ahí que el guardafrenos logró golpear a dos hombres adultos del tren. El tren había disminuido su velocidad a unas cinco millas la hora cuando yo colgaba con mis dedos de la cubierta del vagón y el guardafrenos golpeaba mis dedos con una porra para hacerme soltar, lo que hice.

¹⁰⁸ [N.T. *Wobblies*: quienes pertenecen al I.W.W., o Industrial Workers of the World [trabajadores de la industria del mundo], un antiguo sindicato y movimiento sindical anticapitalista en los Estados Unidos. Fue fundado en Chicago en 1905, pero su membresía empezó a declinar después de la primera guerra mundial.]

Me torcí la cadera o la cavidad de mi pierna izquierda se dislocó de la cadera, pues empezó a ponerse tan rígida, y dolía tanto después de un día o dos, que solo podía andar a medio paso. Esta pierna o cadera me molestó por unos cuatro o cinco meses. No podía masajearla e hice que los hombres adultos tiraran de mi pierna, pero de ninguna manera pude llegar adonde estaba el problema desde fuera.

Esperamos al lado de la vía a los dos hombres que habían sido arrojados fuera del tren y a los dos que habían saltado cuando el tren disminuyó su velocidad ligeramente.

Los dos hombres que habían sido arrojados del tren estaban ambos heridos. Uno era un viejo de cabeza blanca. Su ropa, a la altura de las rodillas y hombros, estaba hecha trizas y mezclada con sangre espesa. Tenía un corte profundo en el lado del estómago que era repugnante de ver, mientras el otro lado de su estómago se había hinchado hasta el tamaño de un melón verde. Su cara estaba tan magullada y ensangrentada que era imposible afeitarlo, como se ofreció a hacer uno de los compañeros que tenía un estuche de afeitado. Él afirmaba que se había deslizado sobre su cara. De milagro su nariz no estaba rota. En ella tenía solo unos pocos arañazos. Lástima brotó de mí cuando vi al viejo venir haciendo su camino agonizante hacia donde estábamos parados, sus pantalones rasgados sostenidos con sus dos manos al costado sin la parte anterior de ellos. Su estómago estaba descubierto e hinchado y nadie lo ayudaba a caminar. Esperaba que su estómago reventara de un momento a otro y la visión me paralizó en la inacción. La visión era terrible y no pude evitar acudir en su ayuda. Estaba tendido en la verde pradera jadeando pero sin quejarse. Le di algo menos de un dólar con lo que comprar peróxido y yodo, si alguna vez llegaba al pueblo.

Todos fuimos a un pequeño arroyo que corría cerca y nos lavamos. Lo mismo hizo el viejo. El compañero que tenía la maquinilla de afeitar solamente tenía una cuchilla, aunque tenía también un espejito. Algunos vagabundos se afeitaban con jabón ordinario para la espuma y un trozo de botella rota. Yo me bañé en la mayoría de los riachuelos y quebradas con los que tuve la suerte de encontrarme, pero la mayoría de las veces no pude conseguir jabón y me fue difícil mantenerme limpio. El polvo del carbón siempre se incrustaba en mi piel.

Vimos una carreta de pastor y un perro lejos en la distancia en una loma cubierta de hierba, y un poco a un lado vimos una gran manada de

ovejas pero sin pastor. Dos de nosotros decidimos caminar hacia el campamento de ovejas porque teníamos mucha hambre y los pastores se destacan por su hospitalidad.

Encontramos el grupo de ovejas atendido por un viejo –o quizás parecía viejo porque tenía una barba larga– y un chico de unos catorce años. Nos alimentaron muy bien. Recuerdo que se abrieron latas de piña. El pastor explicó que esto era lo más cerca que había llegado de las vías del tren en casi un año. Pienso que eso fue. El chico dijo que era el hijo del dueño de las ovejas y que él o su hermana o hermano, olvido cuál, bajaban a ayudarlo con los corderos. Afirmó que había dos rebaños más no muy lejos que no podíamos ver debido a las colinas. Era en las montañas, podrías decir, y las colinas estaban cubiertas con la hierba más espesa y verde que jamás había visto. Era ese tipo de césped espeso, incluso ondulado, que solamente ves en sueños.

Un par de millas abajo había una estación. La población de ese pueblo consistía en el jefe de estación y su esposa. Todos los vagabundos decidieron caminar hasta la estación próxima, a treinta millas de distancia, con mi excepción. Yo decidí regresar andando en la dirección de dónde habíamos venido. Había una curva en las montañas y todos los trenes tenían que literalmente detenerse allí. Comencé a caminar un poco por las montañas pero, después de atravesar unos cincuenta pies, mi pierna no podía soportar más. Me tumbé sobre una losa de roca durante unas pocas horas esperando a que pasara un tren.

Viajé a Nebraska y en el siguiente pueblo en que me bajaron tenía un seminario para niñas. Conmigo bajaron a dos tipos judíos. Ellos afirmaron provenir de la Universidad de Chicago y estaban vagabundeando por la experiencia. Tenían buena ropa puesta debajo de sus overoles y tenían un poco de dinero. Yo solo tenía un centavo o dos, así que miré por ahí para ver qué podía hacer para ganar un poco. Ayudé a poner una rueda de la fortuna para un pequeño grupo de carnaval durante todo el día y bien entrada la noche. Por mis servicios recibí cinco o seis dólares. Esto era suficiente para que me durara hasta que regresara a Chicago.

Ese año las inundaciones estaban haciendo estragos en los puentes. No había ido muy lejos cuando el tren en el que estaba se detuvo y se sacaron a todos los vagabundos y los pusieron a trabajar llenando sacos de arena y apilándolos al pie de un largo puente de madera que estaba

en peligro de ser arrastrado por completo. Por esto el condado nos pagó tres dólares por cada ocho horas y pagó nuestras comidas. Ahí había cerca de sesenta vagabundos trabajando. Todos nosotros nos sentábamos sencillamente en la cima de los sacos de arena al pie del puente, y yo los escuchaba contar historias. Cada vez que sentíamos que los sacos se hundían llenábamos algunos más y los apilábamos. Trabajé durante setenta y dos horas consecutivas. Para mí era un trabajo fácil porque no ponía ninguna presión sobre mi pierna y me alegré de la oportunidad de darle la posibilidad de sanar.

Hacía suficiente calor como para dormir al aire libre, pero a causa de la pierna fui a un hotel aquella noche que dejé el trabajo. Ese sueño me hizo más daño que bien, pues cuando me desperté la pierna estaba tan rígida que no sé cómo bajé paso a paso las escaleras del hotel.

Me devanaba los sesos por una forma de poder llegar a Chicago sin transferir de tren. Sabía que en Omaha todos los vagones, menos los vagones del correo y pulman, eran desenganchados. Cogí un tren que iba a través de Omaha por la noche, y con mucha dificultad subí a la cubierta de un coche-correo y me envolví parcialmente con un pequeño montón de estaño quemado que había ahí arriba. En Omaha los oí desunir los vagones, y me sentí yendo en otra dirección que la de Chicago. Cuando amaneció vi desde los vagones que pasaban por la vía opuesta que estaba en la Ruta de Chicago, St. Paul y Milwaukee. Me bajé por fin en los patios del ferrocarril de Sioux City, Iowa, y estaba justo tan lejos de casa como cuando había empezado primero.

Me bañé en el Missouri. Estaba más sucio cuando salí que cuando había entrado. A lo largo de la orilla el fondo es todo barro. No tenía prisa por viajar a causa de mi pierna, así que me quedé en Sioux City el sábado y domingo durmiendo en un hotel por la noche y sentado en frente de él durante el día.

Creo que no tenía que regresar a Omaha para llegar a casa. En todo caso subí a bordo de un transporte rápido con un muchacho de la armada que acababa de cruzar la colina tres días antes. Eran tres días desde que había salido de San Francisco y no había comido ni un poco durante todo ese tiempo. Tenía solamente unos dieciocho y en su cara tenía una mirada de acosado. Cada vez que se detenía el tren, él se bajaba y escondía en alguna parte. Sentí pena por él, y por compasión me bajaba y ocultaba con él, solo para hacerle compañía. Le di un dólar

de plata, y cuando fuimos arrojados del tren en Clinton, Iowa, se fue a algún lado a comer y jamás regresó.

Llegando a Clinton por la noche, dos tipos, bastante bien vestidos y llevando sombreros de paja, subieron al tren en una de las paradas. Un tipo tenía solamente una pierna y después de estar *un rato* a bordo del tren comenzó a desvariar un poco. Nosotros tres estábamos sentados en la cubierta del vagón dejando que la brisa nos refrescara, mientras el marinero desertor viajaba en uno de los vagones. Uno de los dos tipos me contó que los dos eran ambos soldados con conmoción por los bombardeos y que acababan de salir de un Hospital Gubernamental pocos meses antes. Me contó que el compañero con una sola pierna deliraba debido a la conmoción. Dijo que ambos tenían ataques como ese, pero que se cuidaban y consolaban entre sí para ver que no se hicieran daño a sí mismos. Estaban en camino hacia un pequeño pueblo antes de Clinton, donde les enviaban sus pensiones gubernamentales. Ellos viajaban alrededor del país y les enviaban sus pensiones a varias ciudades.

Salí de Clinton por la noche, y en el tren de ganado en que viajaba había seis o siete jóvenes negros. Estaba lloviendo a torrentes y todos tuvimos que aferrarnos a los peldaños de hierro de las escaleras a un costado del vagón. Era imposible viajar en las cubiertas, mientras que los costados del vagón nos protegían parcialmente. Los vagones de ganado eran viejos y faltaban muchas tablas en las cubiertas y los costados. Me arrastré hacia un vagón de cerdos. El fango era tan profundo que tuve que meter mis pies en una rendija entre las tablas, a dos pies arriba del piso, y para sostenerme tuve que apoyar mi espalda contra la parte posterior y los costados del vagón.

Llegando a Chicago, o más bien cerca de Chicago, en algún momento, casi de mañana, alguien se metió en el vagón de cerdos conmigo y descubrí que era el marinero desertor. Estaba ansioso por bajarse del tren antes de que entrara en los patios en Chicago, y estaba muy inquieto. Pronto dejó el vagón para irse más al frente del tren y estaba muy oscuro para verlo. Su nerviosismo por bajarse antes de que entráramos en los patios del ferrocarril me puso también un poco nervioso y, cuando vi que estaban entrando en el patio del ferrocarril, pensé que la razón por la que el marinero se había salido del vagón era

para bajarse del tren. Pensando que estábamos en Chicago, yo me bajé del tren.

Me arrastré hasta un vagón abandonado en la *vía muerta* y traté de dormir hasta el amanecer. Cuando llegó la luz del día encontré que había estado tendido sobre hojas de acero con un espesor de unas dieciocho pulgadas que cubrían el piso. Me arrastré fuera del vagón y pronto descubrí que tenía que recorrer un pequeño camino antes de llegar a Chicago. Estaba en Maywood. Compré un boleto para Chicago después de comer en un restaurante y lavarme en un grifo que sobresalía a un lado de un pequeño bungalow y que se usaba para regar el prado. El tren estaba atestado con los viajeros regulares, y me sentí tan fuera de lugar, al estar tan sucio, que salté del tren antes de que entrara en el Terminal Northwestern.

CAPÍTULO VIII

CONVIRTIÉNDOSE EN UN “PEZ GORDO”

Fui directamente a casa y cuando llamé a la puerta de atrás mi madre vino a abrirla. Me quedé ahí mirándola un rato, un poco avergonzado. Solo hasta entonces recordé que fue el día de pago cuando no vine a casa. Ojalá que hubiera traído mi pago a casa antes de irme a ese viaje. Me hizo sentir como si me hubiera escapado con el pago que pertenecía legítimamente a mi madre, pero, ya ves, nunca se me ocurrió en el momento en que empecé mi viaje. Siempre que le daba mi pago a mi madre, ella durante la semana me devolvía más de lo que le había dado.

Pero la única cosa que mi madre dijo fue, “avergüénzate por no dejarle saber a tu madre si estabas vivo. Podías haber escrito una pequeña carta sin importar dónde estabas”. Se dio cuenta de lo delgado que me había vuelto. Eso fue de trabajar con el pico y la pala en Wyoming. Lo primero que hizo fue darme algo de comer. Me alegraba de no cojear más, pues ella hubiera pensado que me había quedado lejos de casa porque me había lastimado en algún accidente, y hubiera llorado.

Nunca me lo echó en cara en ningún momento. Mi padre, como de costumbre, todavía no hablaba con nadie más que con mi madre y entonces él, por supuesto, no me dijo una palabra. De todos modos a él no le importaba mucho si toda la familia era asesinada. Haraganeé en casa solo por un corto tiempo. Un día descubrí la pistola de mi padre y, cuando llegó el 4 de julio, la llevé afuera al callejón y empecé a tirar al blanco.

Unos pocos niños pequeños y un par de grandes se reunieron alrededor, y querían por supuesto disparar el arma unas cuantas veces. De este modo conocí a un par de chicos con los que empecé a andar. Entablamos conversación y pronto supe que uno de los chicos había

estado conmigo en la Escuela Correccional. Cuando me quedé sin cartuchos de fogueo me llevé el arma a casa y me uní a estos dos chicos

Fuimos al cuarto de atrás del Club Deportivo Burns¹⁰⁹ donde había guantes de boxeo y equipo de entrenamiento de todo tipo. Uno de los chicos, aquel con el que había estado en la Escuela Correccional de Chicago, me confió que le gustaría convertirse en un boxeador y luego más tarde aprender a bailar. Eso no me interesaba, pero sí el hecho de que a veces salían y robaban un auto para ir de juerga. Nunca en mi vida había ido a dar un paseo de placer en automóvil, y ahora yo tenía quince años.

Me presentaron a otro tipo con el que ellos andaban que era judío. Siendo los otros dos tipos irlandeses y nosotros dos judíos. El tipo judío me aconsejó que no fuera con ellos porque me estafarían con lo que robáramos juntos. Le dije riendo que yo había robado antes y que no era un completo extraño para uno de los muchachos.

Pocas noches después de que habíamos conocido a los dos muchachos irlandeses, uno de los cuales era dueño de un Ford, me dijeron que tomara el arma de mi padre y ellos comprarían algunos cartuchos de fogueo y dispararíamos un poco. Cogí el arma y fuimos al Parque Jackson a nadar. Paseamos en el Ford y me aconsejaron que escondiera el arma debajo del asiento trasero, lo que hice. Fuimos a nadar durante un par de horas y luego comenzamos a regresar a casa. Busqué el arma debajo del asiento trasero y vi que no estaba. Busqué donde pude en el Ford y no pude encontrarla.

¹⁰⁹ Cuando Sidney entró en contacto con el Club referido arriba, éste era uno de los clubes deportivos más grandes y políticamente poderosos en la ciudad. Su membresía incluía a más de cien personas, entre quienes figuraban algunos de los personajes criminales más notorios de Chicago. El primer contacto de Sidney con el Club tuvo lugar poco después de su regreso de California, al haberse mudado sus padres a un vecindario inmediato a la sede del Club pocas semanas antes. A través del Club él se asoció con un grupo de delincuentes adultos que en aquel entonces estaban comprometidos en el hurto de automóviles, el asalto a mano armada y otras numerosas actividades delincuenciales. En el presente capítulo de su propia historia se insinúa la influencia que estas relaciones ejercieron en su vida.

Sospechaba que los dos con los que estaba la cogieron, pero no expresé mi sospecha pues anhelaba compañía¹¹⁰. Mientras estaba afuera paseando, dos niños pequeños que me habían observado disparando el arma unos pocos días atrás fueron a la tienda de mi padre y le dijeron a mi hermano, que se encontraba allí, que yo había sacado el arma el 4 de julio. Mi hermano fue donde se guardaba el arma y, al descubrir que no estaba, me acechó en la calle lateral donde sabía que había estado juntándome con estos chicos.

Cuando regresábamos con el Ford él estaba ahí esperándome. La primera cosa que me preguntó fue por el arma. No teniéndola corrí, y él corrió tras de mí, pero no pudo atraparme. No volví a casa durante unos tres días, pero cuando por fin volví a casa logré escurrirme de algún modo. Mi hermano no me habló después de eso. Quería que trabajara, pero yo no iba a trabajar cuando estos tipos con los que andaba no trabajaban.

Andaba con estos tipos y paseábamos por ahí en el Ford casi todas las noches. A veces robábamos un neumático de Ford de un carro estacionado, y la poníamos en el Ford en que paseábamos. A veces íbamos al espectáculo en las tardes, y después del espectáculo dábamos una vuelta buscando algo para robar. Una vez robamos un Overland y nos fuimos de paseo durante casi toda la noche¹¹¹. Estaba ansioso por aprender a conducir y uno de los tipos dijo que me enseñaría en poco tiempo. Del bolsillo lateral de este Overland cogimos una cámara. El muchacho judío y uno de los muchachos irlandeses estaban ahí. Les ofrecí comprar la cámara, pues siempre había querido una, pero no me la vendieron.

¹¹⁰ Es interesante observar que Sidney se inclinaba a asumir hacia sus asociados cualquier actitud que fuera necesaria para asegurar la compañía y la aprobación del grupo. Tal vez este tipo de reacción social, que parecería ser característica de su comportamiento en general, reflejaba su sentimiento de aislamiento social e inseguridad. Es claro que él nunca fue una parte integral de algún grupo social íntimo, permanente.

¹¹¹ A los quince años de edad Sidney se involucró en el hurto de automóviles. Este serio delito, que quizás refleja la influencia de los delincuentes adultos que conoció en el Club Deportivo, fue un paso especialmente significativo en la historia natural del delito por el que fue después remitido a una institución penal estatal.

El día siguiente, cuando estaban a punto de venderla, yo estaba con ellos. Me pidieron que me quedara afuera mientras entraban a un lugar para venderla. Cuando salieron me dijeron que se les había estropeado ahí adentro y la habían entregado como un regalo. De alguna manera sabía que ellos me estaban solo *trampeando* mi parte del dinero, pero yo era de trato fácil y, de todos modos, no me importaba realmente el dinero. *Era suficiente con andar con ellos y participar en algunas de sus operaciones.*

Alrededor de un mes después de que había empezado a andar con ellos, pensaron que sería muy bueno tener a un tipo como yo para un pellizco. Una vez había ido con ellos abajo hacia el bulevar y ayudé a limpiar a unos cuantos tipos que se habían hecho los listos con una de sus hermanas, y otra vez nos aporrearon un poco cuando nos hicimos los listos con unos muchachos mayores. Aunque realmente no podía pelear, me quedé con ellos e hice mi mejor esfuerzo. Los dos que me habían estafado con la cámara me lo contaron y me dijeron que lo lamentaban.

Un día, mientras caminaba por la calle con uno de ellos, me preguntó si me enojaría con él si me contaba algo que había hecho contra mí. Le dije que no, y me contó que él había robado mi revolver ese día y que me lo iba a devolver. Por supuesto, puedes imaginarte cómo me sentí. Aquel revolver extraviado me había causado muchos problemas. Pero me lo devolvió y estaba fuera de servicio. Necesitaba arreglarse. Devolverlo me habría causado más problemas que haberlo cogido en primer lugar, por lo que para mí era ahora inservible, aunque ahora yo era realmente uno de ellos.

Un día se suponía que un tipo debía transportar ocho cajas de whiskey puro garantizado para algún tipo. Él dijo que ese tipo le había pagado por adelantado, y que quería que alguien lo atracara mientras él transportaba la sustancia, que cogiera el alcohol y que luego dividieran el alcohol con él. El dueño de la sustancia iba con él.

Todo esto se lo dijo a un tipo que había estado en Pontiac, y el tipo que había estado en Pontiac se lo dijo al tipo que iba conmigo, y este tipo me lo dijo porque sería necesario usar mi arma. Que el arma estuviera dañada no hacía ninguna diferencia. Era un atraco arreglado y se suponía que a los que íbamos a atracar no llevaban armas.

El tipo que le dijo al tipo con el que yo andaba compró seis cartuchos para que pareciera que funcionaba. Estuvimos a la espera de que llegara esta carga de alcohol hasta las tres y treinta de la mañana, y entonces el tipo que se suponía que debía transportar el alcohol vino en un descapotable Ford que tenía una cabina de carreras. Estaba completamente solo y dijo que el tipo lo había decepcionado. Vimos que en el auto de carreras no había espacio más que para unas pocas botellas de alcohol, como mucho, y supimos que nos había estado mintiendo todo el tiempo.

Nos cansamos de llevar con nosotros una pistola dañada, así que todos contribuimos algo de dinero para hacerla arreglar. La llevé a una ferretería para hacerla arreglar. Al final del mes la pistola estaba todavía sin arreglar y parecía que el hombre de la ferretería estaba tratando de quitarme la pistola, lo que era el caso, aunque ya le había pagado para que la arreglara. Finalmente la recuperé, aun sin arreglar, haciendo que este tipo que estuvo una vez en Pontiac entrara y, haciéndose pasar por mi hermano, exigiera de nuevo el arma. Nada del dinero que había pagado se reembolsó.

Un día estaba en un zaguán en la Calle H____ y F____ cuando un policía entró mientras yo tenía todas las piezas del arma extendidas sobre un escalón. Conmigo estaban este muchacho judío y un chico más joven. Metí todas las partes del arma dentro de mi camisa. El muchacho judío salió corriendo por la puerta y nos dejó al chico joven y a mí ahí de pie enfrentando al policía. Él nos preguntó qué estábamos haciendo en el zaguán y, antes de que cualquiera de nosotros pudiera responderle, toda la pistola cayó de la parte inferior de la pierna de mi pantalón. Primero cayeron las balas y luego el cañón de la pistola, luego el mango y luego el resto de la pistola. Él recogió todo y dijo que sabía dónde la habíamos conseguido. Dijo que la cogimos de la sala de calderas de la escuela y que era del celador.

Él quería esa pistola y únicamente nos estaba facilitando la manera de salir de ella. Nos dijo que iba a darnos otra oportunidad en vez de arrestarnos, y salió del zaguán y bajó por la calle con la pistola en el bolsillo.

De vez en cuando robábamos un auto e íbamos de paseo, algunas veces hasta la mañana siguiente. Algunos tipos que eran dueños de Fords nos dijeron que si les conseguíamos algunas llantas Ford nos las

comprarían a nosotros. Robamos cerca de media docena de Fords y les bajamos sus llantas buenas y las vendíamos por cinco dólares la pieza. Todo lo que hacíamos cuando una vez de cada tanto robábamos un auto grande era ir a pasear en él. La mayoría de las noches dábamos una vuelta en el Ford, simplemente paseando. Mientras que otras veces caminábamos largas distancias para ver si podíamos detectar algo que fuera fácil de robar.

Pensábamos que ya estábamos demasiado crecidos como para buscar cosas de valor en los bolsillos laterales de los autos, aunque nunca dejamos de preguntar a los chicos jóvenes del vecindario que hacían esto si habían robado algo de valor. Los chicos jóvenes robaban con frecuencia armas y cámaras y linternas de los bolsillos laterales. Normalmente nos lo contaban después de que se deshicieran de ellas, y nunca dejamos de aconsejarles que nos mostraran el próximo artículo de valor que robaran, pues así podíamos venderlo a un precio mucho más alto que el que podrían recibir ellos mismos.

Todos estos chicos con los que andaba recibían normalmente medio dólar o un dólar al día de algún miembro de la familia, y esto nos suministraba suficiente dinero para gastar en las pequeñas cosas que necesitábamos, como ir al espectáculo. El muchacho judío vivía a poca distancia del vecindario, y la razón principal de su necesidad de tener un poco de dinero era para comer en el restaurante. Uno de los tipos vivía con sus hermanos y todos ellos, muy rara vez, comían en otro lugar que no fuera un restaurante. Él tenía un padre muy anciano, pero no madre. El otro tipo iba a casa a comer, y yo siempre, como regla, comía mi desayuno y mi cena en casa.

Pero por los dos que tenían que comer en restaurantes, nosotros comprábamos tarta y café cada vez que todos íbamos a restaurantes. Quizás una docena de veces al día entrábamos todos a un restaurante y tomábamos café y tarta. Vaguearíamos por ahí todas las noches puntuando nuestros paseos con un recorrido a algún restaurante por un poco de café y tarta. Cada vez que íbamos al espectáculo era siempre necesario tomar después una taza de café. Era muy raro que este muchacho que estaba con sus hermanos alguna vez tuviera lo que llamarías una verdadera comida completa. El resto de nosotros tenía madres a las que acudir que (podrías decir) casi se ocupaban de que tuviéramos una comida completa todos los días. En cuanto a mí, mi

madre me quería en casa para la cena, a pesar de todo y de cualquier cosa.

Con frecuencia íbamos al parque cercano por una ducha y nos tumbábamos sobre la hierba durante horas. Cuando llegaba el carnaval al vecindario paseábamos y veíamos a todos gastando su dinero. No éramos tan tontos como para gastar nuestro dinero, y no íbamos a robar un paseo en algunas de las cabalgatas o a tratar de robar alguna cosa, porque pensábamos que éramos muy viejos para eso. Estábamos esperando a que llegara el momento en que pudiéramos robar algo que valiera la pena, y con seguridad. Todos los días estábamos al acecho de dicha oportunidad. Pero, por supuesto, nada pasaba por sí solo y no queríamos hacer nada serio. Pero para cada uno nosotros éramos bandidos audaces, valerosos. Queríamos abundante dinero para poder ser caballeros en la ciudad. Sabíamos que ni siquiera uno de nosotros podría ganar suficiente dinero como para disfrutar de ese lujo, y éramos demasiado indolentes como para labrar nuestro camino hacia un buen empleo o negocio. Así que, por supuesto, teníamos menos que los chicos que ganaban diez dólares a la semana.

Pero en el fondo de mi corazón tenía el presentimiento de que algún día vendría alguien que me conduciría a mi valoración propia y no tendría que trabajar tan duro. Supongo que cada uno de nosotros tenía ese presentimiento.

Hacíamos que nuestros yoes engreídos se abrieran paso por el vecindario saludando a todos los que conocíamos y mirando con desdén a los muchachos más jóvenes y a los muchachos de nuestra misma edad que no eran duros. Conocíamos a muchos grandes gánsteres y distribuidores de cerveza y muchos de ellos nos conocían bastante como para que dijeran hola. Los tres tipos con los que andaba vivieron en el vecindario toda su vida y me contaron la historia de muchos de estos bribones. Los conocían a todos personalmente y, por supuesto, yo llegué a conocerlos personalmente. El solo conocerlos nos hacía sentir como peces gordos y anhelaba ser capaz de llevar una gran cuarenta y cinco automática como la que llevaban ellos sobre la cadera.

Mi vida había sido sin ley y sentía que llegar algún día a ser un gran gánster sería algo bueno para mí. Quería ser un tipo duro¹¹².

Un día tres de nosotros paseábamos alrededor de los Jardines Midway soñando simplemente, supongo, con que nosotros mismos éramos unos peces gordos. Había una competencia de lucha libre en los Jardines y pensamos que nos gustaría colarnos dentro y verla. Estamos demasiado contentos con nuestro modo de existencia para arriesgarnos a ponerla en peligro haciendo el esfuerzo de colarnos. Simplemente nos quedamos durante un rato alrededor de la entrada principal, y paseamos alrededor de la parte posterior, y luego de nuevo alrededor del frente. Supongo que el único modo en que hubiésemos entrado habría sido si tres brazos pegados a la entrada, y cerrando una mano sobre cada uno de nuestros cuellos, nos arrastraran hacia adentro. Estamos contentos simplemente de hacer el esfuerzo de hablar para entrar.

Pero se estaba haciendo tarde de noche y estábamos muy cansados. Le echamos una mirada a unos autos atractivos que estaban parqueados en el bulevar. Uno de los muchachos estaba entusiasmado con el aspecto de un Marmon que estaba ahí parqueado. Él creía que no había un auto como el Marmon. Tenía que sentarse en él, y probar los cojines, y ver cómo se sentía detrás del volante. Esto lo haría solo pues no quería a tres tipos alrededor de una máquina, ya que eso podría despertar sospechas. Bueno, nosotros no íbamos a quedarnos de brazos cruzados, así que cada uno se metió en un carro separado. Todos tratamos de abrir la llave, pero ninguno tuvo éxito. Antes habíamos robado autos por lo que no pensábamos nada de robar otro. Todos teníamos cuchillos y tratamos de abrir a la fuerza el encendido de los autos con las hojas, metiéndolas en donde se suponía que iba la llave. Finalmente abrimos la llave de un Jewett. Yo todavía no sabía cómo conducir y entonces el irlandés se puso detrás del volante, pues su deseo de conducir un auto equivalía a una pasión. El muchacho judío y yo nos metimos en el asiento de atrás.

¹¹² Como se expuso antes, a través del Club Deportivo Sidney entabló contactos íntimos con chantajistas prominentes y delincuentes notorios. La influencia que estos contactos ejercieron sobre sus ambiciones y actitudes, particularmente sus actitudes hacia sí mismo, es sugerida en el párrafo precedente.

Comenzamos a bajar por el bulevar en primera y no pasó mucho antes de que nos detuviera un policía en motocicleta.

El tipo en el asiento de atrás conmigo salió del auto y, pegando su mano en el bolsillo como si fuera un rollo de billetes, caminó hacia la parte trasera del automóvil. El policía que estaba al frente hablando con el conductor dejó inmediatamente de hablar y le dio al tipo en la parte de atrás tiempo suficiente como para pelar unos pocos dólares de su rollo y luego se dirigió atrás a recaudar. No había ningún tipo en la parte de atrás y él regresó hecho una furia y nos dijo que condujéramos hasta la comisaría, lo que hicimos. Ya se sabía que el auto que teníamos había sido robado y fuimos fichados por robar un auto.

Fuimos llevados al Hogar de Detención de Menores donde permanecimos unas tres semanas. Era en el nuevo Hogar de Detención. Allí había tres muchachos del vecindario. Uno era un hermano del otro irlandés con el que andaba. Estaban en el primer piso donde me pusieron y esa noche los pusieron en uno de los grandes dormitorios mientras que a mí me pusieron en uno de los más pequeños, con media docena o así de otros chicos de mi edad.

Esa noche unos catorce chicos se arrastraron a través de la ventana de uno de los dormitorios y los tres del vecindario se fueron con ellos. Cuando salieron todos estaban en sus camisones de noche. Había un espacio en la parte superior e inferior de los barrotes suficientemente grande como para que un chico traspasara arrastrándose. Yo traté de arrastrarme a través de la ventana de mi dormitorio, pero los espacios en la parte superior e inferior o eran más pequeños que en las otras ventanas o yo era demasiado grande. Estaba muy oscuro y no tenía peligro alguno de ser descubierto por los guardias. Tenía que regresar a la cama después de que hubiera roto la protección de cobre de cada una de las ventanas y tratado de atravesar arrastrándome. Por la mañana el guardia vio las ventanas y vio que mi cara y cabeza estaban todas negras, y también la almohada. Parecía que me había ennegrecido para entrar a un espectáculo de juglares. Tenía que reírse por la forma en que me veía. Fui puesto en lo que llaman el Hotel de Piedra Negra, una habitación solitaria con dos camas durante unas treinta y seis horas.

Al final de unas tres semanas nos llevaron a la Corte de Menores. Nos dieron noventa días de libertad condicional. El historial del otro tipo era bastante bueno, y yo no había estado en la Corte de Menores desde que

me enviaron a la Escuela Correccional de Chicago. Esa libertad condicional me hizo tanto bien como me hubiera hecho el ser liberado. Puedes tomarlo de esta manera –ser liberado no habría cambiado la vida que había estado viviendo, el único modo que sabía cómo vivir era buscando pasar un buen rato y de vez en cuando violar los derechos de la otra gente.

Cuando nos pusieron en libertad condicional no era realmente necesario. Teníamos la intención de no robar nunca otro auto porque no valía la pena ser liberado por eso. Teníamos la intención de hacer todos nuestros paseos en auto en el Ford que pertenecía a uno de los chicos. Continuamos nuestro antiguo modo de vida con la excepción de no hacer nada por lo que pudieran arrestarnos. Íbamos más a los espectáculos y a menudo a nadar al Parque Jackson y nos la pasábamos bastante en dos salas de billar. Solo estando el uno con el otro gastando nuestro tiempo holgazaneando por ahí era lo suficiente interesante para mí. La mitad de nuestro tiempo se pasaba sentados en restaurantes comiendo café y tarta.

Dos de los tipos consiguieron un empleo y llevaban trabajando unas tres semanas, así que yo mismo decidí conseguirme un empleo. Tenía quince años, pero quería un empleo donde hiciera por lo menos veinticinco o treinta dólares a la semana. No era experto en nada, así que los únicos lugares donde tenía alguna oportunidad de ganar ese tanto era en lugares donde se contrataban hombres para hacer trabajo pesado. Leí los anuncios de se necesita ayudante, tratando de elegir un trabajo, y elegí uno del que pensé que podría encargarme. El anuncio decía “Se necesitan ayudantes de bodega” –veintisiete cincuenta a la semana. Aplicar en la bodega del lado sur”. Era la bodega de un almacén.

Entré en la bodega y solicité el trabajo y se me dijo que llenara algunos documentos de solicitud. Solo había puesto mi nombre cuando me llamaron y dijeron que saliera directamente con el conductor de un pequeño camión eléctrico y le ayudara a repartir una carga de paquetes. Se me dijo que llenara la solicitud cuando volviera. Le pregunté al conductor del camión cuantas horas tendríamos que trabajar y me dijo ocho, si terminábamos a tiempo. Si íbamos despacio tendríamos que trabajar diez o doce, sin recibir nada por las horas extras. También me dijo que yo no era un hombre de carga. Yo era solamente un muchacho de carga y mi salario sería de catorce dólares a la semana.

El trabajo comenzaba a la siete de la mañana, y eso significaba que me tuviera que levantar a las cinco para llegar a tiempo. Por catorce dólares a la semana no valía la pena trabajar desde el amanecer hasta bien entrada la noche, y decidí dejarlo esa noche. Tuvimos un tiempo difícil para poder entregar los paquetes de ese día. Estábamos muy retrasados en nuestro trabajo. Alrededor de las tres de la tarde nos arreglamos para vaciar el vagón, con la excepción de unos pocos bultos, que fueron devueltos. El conductor dijo que ahora debíamos darnos prisa en volver por otra carga. Se suponía que debíamos entregar una carga en la mañana y otra en la tarde.

Mientras el conductor estaba en la casa recogiendo una orden C.O.D.¹¹³, cogí dos de los paquetes más grandes que habían sido devueltos y me fui a casa con ellos. Los vendí a través de un vago alcohólico que pasaba el rato alrededor de una esquina del vecindario. Los paquetes contenían un traje de niño pequeño y un abrigo corto de piel de oveja. Este vago me los vendió por, creo, que eran ocho dólares. Le di tres dólares por sus servicios.

Le había mencionado a uno de los hombres que estaba por ahí en el bodega que yo vivía en la Calle F___ y H___, así que no pasó mucho para que un detective de la tienda estuviera en mi casa, ya que había puesto mi nombre en la solicitud. Sabía que me destinarían a San Carlos o a la Escuela del Condado de Cook, así que, cuando el detective ofreció dejarme libre si devolvía los artículos robados, decidí recuperarlos. Tenía cinco dólares en mi bolsillo por lo que sabía que podía recuperar el abrigo de piel de oveja. Le pedí prestados tres dólares a mi madre. El detective me dejó ir solo por los artículos porque yo no albergaba la idea de contar a quién se le habían vendido las cosas.

Fui hasta el tipo que había comprado el abrigo y, después de haberle contado la historia, me dio el abrigo. El detective me había seguido y, mientras estaba todavía en la casa de este tipo, él entró con dos policías.

El tipo que compró el abrigo les dijo todo. Les dijo que yo no era el que le había vendido el abrigo. Cuando se mencionó el nombre del tipo la policía lo conocía, y en diez minutos lo tenían. El tipo cree hasta el día de hoy que yo lo delaté. El tipo que me había vendido las cosas, pensando que yo les había dicho todo, dijo donde había vendido el traje

¹¹³ [N.T. C.O.D o Cash on delivery: pago en efectivo a la entrega.]

de niño. Este vago recibió por su parte una sentencia de treinta días en la Bridewell¹¹⁴.

Como todo se recuperó fui a la Escuela Condado de Cook en lugar de San Carlos. Cuando llegué allí me quitaron la ropa y me dieron un par de overoles y una camisa. No había castigos de ninguna clase y no había trabajo.

Por la mañana cuando nos levantábamos cada uno hacíamos nuestras propias camas y alguien barría el dormitorio. El que cogiera la escoba barría. Luego nos llevaban en marcha a través del patio hasta el edificio que albergaba el comedor y tomábamos nuestro desayuno. Cuando regresábamos al pabellón nos daban a cada uno un balde y un cepillo de restregar y se nos pedía que fregáramos unas seis yardas cuadradas de piso. Cuando eso estaba hecho se nos permitía sentarnos en el salón de juegos y leer uno de la docena de libros o así que tenían allí. Eran libros para niños. Luego íbamos a la escuela. Todo el mundo asistía por la mañana y por la tarde.

Después de la escuela, que terminaba a las 3:00 p.m., nos llevaban marchando al gimnasio en el piso de arriba donde nos dejaban sueltos para hacer lo que quisiéramos hasta la hora de la cena a las cinco. Después de la cena nos sentábamos en el pabellón de juegos hasta las nueve de esa noche, cuando íbamos a la cama. Los sábados y domingos nos quedábamos en el gimnasio toda la tarde. Era muy aburrido este continuo estar echado por ahí y me largué un domingo por la tarde. Me vieron salir y me dieron una ventaja de dos millas, y luego vinieron por mí en un camión de velocidad que tenían. No tenía ninguna oportunidad de escapármeles. Traté de escaparme una vez más y tuve éxito. Me alejé durante cerca de un mes y trabajé todo el tiempo en que no estuve. Trabajé en una casa de pedidos por correo bajo un nombre falso. Cuando regresé a la Condado de Cook me preguntaron qué preferiría hacer, ir a trabajar o a la escuela. Escogí la escuela y me enrolé en la Escuela Secundaria Y____ junto con otro chico de ahí. No podía obtener de casa suficiente dinero para comprar mis útiles escolares. Yo era como un vago en un desfile de modas. La única cosa que podía comprar era un candado para mi casillero. Vi que había cometido un error al ir a la escuela y no había modo de abandonar e ir a trabajar.

¹¹⁴ [N.T. *Bridewell*: modo de referirse a una prisión para pequeños infractores.]

El otro tipo que iba conmigo ahí también vio que había cometido un error al comenzar la escuela. Un día decidimos abandonar y escapar del Condado de Cook. Probamos nuestras llaves en los casilleros de otros compañeros a nuestro alrededor, primero sin ninguna razón en absoluto, y luego para ver si podíamos conseguir un par de candados para poderlos vender. Cada uno tenía dos llaves para nuestros candados. Finalmente abrimos un candado. Miramos dentro para ver si podíamos encontrar algo de valor. Cogimos un juego de dibujo mecánico y un abrigo. El abrigo le quedaba bien al otro tipo y él me dio el suyo. El mío lo colgué en el casillero que habíamos abierto. Dejé un cuaderno con mi nombre en el bolsillo. Esto, por supuesto, les dijo quién había hecho el trabajo. Era un día frío cuando nos escapamos y habíamos caminado por ahí todo aquel día. El otro tipo quería irse a casa. Caminamos a lo largo del lago por la parte norte y estábamos casi congelados. El otro tipo finalmente fue a casa donde fue atrapado y devuelto a la Condado de Cook.

Yo fui a la Calle S___ y H___ donde por casualidad me encontré con otros dos tipos que también se habían escapado de la Condado de Cook.

Ellos querían robar un auto, pero no sabían cómo. Traté de ayudarles a robar uno, pero resultó que yo no sabía tampoco. Había estado con compañeros cuando habían robado algunos, sin embargo yo no sabía siquiera cómo forzar la apertura de la ignición, mucho menos conducir un auto. Cuando estaba tratando de adivinar cómo forzar la apertura de la ignición, un policía en motocicleta, que había estado de pie al otro lado de la calle observándonos tratando de robar el auto durante más de una hora, vino y nos arrestó. Todos fuimos enviados de vuelta a la Condado de Cook.

Cuando regresamos allí el chico que se había escapado conmigo ya estaba allí. A ambos nos preguntaron por qué nos habíamos escapado de la escuela y ambos les dijimos que los dos realmente queríamos trabajar. Ambos fuimos enviados a trabajos¹¹⁵ y trabajamos durante cerca de un mes o más, y luego fuimos puestos en libertad. Devolvimos el abrigo y pagamos por el juego de dibujo mecánico que habíamos robado.

¹¹⁵ A algunos de los internos de esta escuela se les permite trabajar en la ciudad, fuera de la institución, durante todo o parte del período de reclusión.

Cuando vine a casa yo todavía estaba trabajando en el mismo lugar, un comercio de comestibles al por mayor. Estaba ganando diecisiete dólares a la semana. Trabajé durante más de dos meses, pero *lo dejé* porque ninguno de los otros compañeros con los que andaba trabajaban, y yo quería andar con ellos¹¹⁶.

Mientras estaba en la Condado de Cook uno de los compañeros había robado un revólver del Club Deportivo Burns y ahora, después de unos pocos meses, pensaba que para él era seguro sacarla de su escondite. Robamos un gran auto de turismo del frente de una casa de juego en el vecindario y salimos hasta los límites de la ciudad y asaltamos un carro parqueado en una calle lateral¹¹⁷. De esto conseguimos cincuenta y un dólares y un reloj. No queríamos el reloj, así que lo llevé a casa y escondí en un cajón.

Esta fue la única vez, en todo el tiempo que andamos juntos, que ganamos dinero. Cuando robamos Fords para quitarles las llantas, hacíamos cuatro o cinco dólares la pieza una o dos veces. Al día siguiente nos fuimos al centro al Teatro State-Lake y a un restaurante chino, y antes de que terminara el día estábamos arruinados.

Unas pocas semanas después robamos un Ford y salimos hacia los límites de la ciudad y esperamos a que un grupo saliera de cierto bar de carretera. No habíamos esperado mucho cuando vinieron cinco tipos ligeramente borrachos y en un Hupmobile. Los detuvimos y los atrapamos. Un tipo estaba tan borracho que pensó que era una broma y nos ayudó a buscar a sus amigos. Todos ellos lo tomaron como una especie de broma y, cuando les hicimos saber del hecho de que íbamos a coger su Hupmobile y dejarles el Ford, uno de ellos quería saber si uno de nosotros se iba a quedar atrás y enseñarles a conducirlo. De esto

¹¹⁶ Este es otro ejemplo de la influencia que la pandilla ejercía sobre la conducta de Sidney.

¹¹⁷ Los delitos de Sidney se vuelven cada vez más graves. En el párrafo anterior él describe el primer caso de asalto a mano armada en que participó. Es muy significativo que este asalto con pistola fuera una práctica más o menos tradicional entre el grupo de delincuentes que conoció en el Club Deportivo y con quienes ahora se asocia. Uno de los miembros adultos del grupo estaba en ese momento bajo libertad condicional de una penitenciaría estatal, habiendo sido condenado y sentenciado por un cargo de robo a mano armada.

sacamos unos ochenta dólares. Nos divertíamos más con este dinero que si lo hubiéramos ganado trabajando. Puedo decir con sinceridad que en toda mi vida jamás hice el esfuerzo de pensar un día por adelantado. Jamás traté de pensar sobre este asunto del asalto a mano armada. Sin realmente pensar en él, sentía que nunca iba a existir una vez en que nos atraparan. Personalmente no hubiera dudado en salir a asaltar todas las noches, pero como ese no era el negocio nuestro, o siquiera un medio de vida, nunca imaginamos en siquiera levantar un trabajo de antemano. Estas dos veces salimos por el impulso del momento. Yo mismo no conozco las circunstancias que nos hicieron decidir salir a atracar en vez de ir al cine. Nada de lo que hice fue jamás hecho porque pensaba que era lo mejor que podía hacer. Lo hice más bien porque eso no necesitaba pensarse, y era más fácil confiar en el pensamiento de los demás. Yo hubiera estado dispuesto a hacer algo si el otro tipo lo ideaba y venía a ayudarme a hacerlo, o por lo menos a mostrarme cómo. Supongo que los cuatro que andábamos juntos éramos todos de esta manera y que la razón real por la que no éramos más problema que lo que éramos era porque el único momento en que hacíamos algo era cuando nuestras mentes tenían los mismos pensamientos. Todos éramos demasiado perezosos como para trabajar, así que era solo natural que tratáramos de conseguir dinero del modo fácil –de lo que suponíamos que era el modo más fácil, porque nunca lo pensamos.

Un día uno de los tipos y yo teníamos una pequeña rebanada (como dirías) con unos tipos un poco mayores que nosotros que se la pasaban en una de las esquinas. Un viejo borrachín que acababa de conseguirse un trabajo como celador de noche de alguna planta se nos acercó y nos pidió un trago. Estaba muy borracho. Nos mostró una calibre .25 automática que llevaba a su trabajo. No la tuvo por mucho tiempo. Tan pronto como la puso en el bolsillo de su sobretodo el tipo con el que estaba la cogió.

Esto dio inicio a una conversación sobre algún trabajo en que pudiéramos usar el arma. El tipo con el que estaba podía venir, dijeron, porque consiguió el arma, pero si yo quería venir tenía que robar un auto. Yo quería ir con ellos, así que de inmediato empecé solo a buscar un auto que pudiera robar. Caminé por ahí durante una media hora y no pude encontrar uno que pudiera robar.

Regresando hacia donde estaba la pandilla vi a un hombre bajándose de un viejo sedan Overland y luego yendo alrededor de la esquina desde donde estaba parqueado el auto y entrando a una casa. El motor del auto estaba funcionando, así que me metí y manejé media cuadra hasta donde estaba esperando la pandilla. Me preguntaron si no podía haber conseguir un auto más grande que aquél. También querían saber dónde lo robé y les dije que a una media milla de distancia.

Justo entonces un tipo que todos conocíamos, y que me vio robarlo, vino y nos preguntó que si no teníamos miedo de parquear el auto tan cerca de donde se robó. Les dijo que me había visto robarlo a solo media cuadra de distancia. Si ellos hubieran tenido una pistola, aparte de la pequeña automática que tenía mi compañero, estoy seguro de que no estuviera escribiendo esto ahora. Porque mi amigo mantuvo su mano en la automática en el bolsillo mientras me iba, fue la única razón por la que salí de allí ileso. Esta es la razón por la que nunca salía a asaltar o a cualquier otro trabajo con nadie más que con los otros tres muchachos con los que andaba.

Durante todo este periodo habíamos estado visitando casas de prostitución, docenas y numerosas de ellas. De hecho, visitábamos casas de prostitución en Stickney, en las calles Root y Halsted, y en la zona roja del South Side, alrededor de la 22 y las calles Wabash, Federal, Indiana y State. Quizás una docena de veces visité a tres chicas de unos veinticinco años de edad que se habían establecido en la Avenida Union entre las Calles 52 y 53.

Varias veces recogíamos chicas en el Teatro Parrick que estaban ahí con el propósito de la sexualidad. En mí se convirtió en un hábito, y tenía que visitar estos lugares de prostitución casi cada día o dos. Con frecuencia les pagaba a las prostitutas cinco dólares, en vez de los acostumbrados dos, y pasaba una hora o dos con ellas, en vez de los dos o tres minutos usuales.

Sentí primero el impulso sexual cuando tenía unos trece años de edad. En ese momento abusé de mí mismo por primera vez. Eso fue cuando estaba en la Escuela Correccional. El impulso era fuerte y me mantenía despierto hasta tarde de noche. Había oído sobre estas cosas en conversaciones con otros chicos, y el deseo se desarrolló en mí. Daba vueltas y me arrollaba numerosas veces en un esfuerzo por ir a dormir, pero la urgencia ocupaba una gran parte de mi mente. Finalmente llegó

a que tuviera que abusar de mí mismo antes de poder quedarme dormido.

Después de dejar la Escuela Correccional conocí a una chica llamada Sophie que había asistido a la escuela conmigo. Sophie tenía únicamente trece años de edad, mientras que yo tenía catorce. Fue cuando estábamos sentados sobre el prado en el parque que ella me mostró una cicatriz en la pierna, justo arriba de la rodilla. Al principio yo era muy tímido. Debimos de haber estado sentados en el parque por más de tres horas cuando la llevé a casa y luego tuve mi primera experiencia sexual.

Durante unos dos meses me mantuve en su compañía y tuve muchas experiencias sexuales con ella. Casi todas las noches comprábamos dulces e íbamos al espectáculo. Sophie gastó tanto dinero en mí como yo en ella. Finalmente nos distanciamos, y su hermano me llevó a una casa de prostitución en la Calle Federal dos o tres veces. Esa fue mi primera experiencia en una casa de prostitución.

Más tarde, cuando viajé a la Costa Pacífica, tuve una experiencia sexual con una prostituta en San Francisco; una media docena de veces con una mesera en Rawlins, Wyoming; con una chica de un seminario en un pueblo en Nebraska, donde ayudé a levantar una noria; y, la misma noche, con una prostituta en un hotel donde había ido a pasar la noche.

Una noche temprano Bill Paddock, Billy Leggett y yo estábamos paseando por el lado sur alrededor de White City. Caminábamos de White City a los Jardines Midway y hablábamos de la vez que robamos el Jewett a un lado de los Jardines Midway. Uno de nosotros dijo que si esa vez no hubiéramos tratado de presumir acelerando con el motor abierto, no nos hubieran atrapado. Otro dijo que de todas maneras fuimos tontos por arriesgarnos a robar un auto solo por dar un paseo. Lo que llevó a que uno de nosotros dijera que ahora sería el momento de robar un auto, ya que podíamos usarlo para hacer dentro un asalto. Y ningún lugar mejor para robar un auto *para* eso que el lugar donde una vez nos atraparon. Íbamos a demostrarnos a nosotros mismos que teníamos temple.

No pudimos encontrar un auto para robarlo no importa dónde miráramos. Estábamos paseando por la isla de césped al lado de Midway y espiamos a una pareja sentada en un Jordan en un sitio

aislado. Siempre, desde que robamos esa automática calibre .25, uno de nosotros la llevaba siempre a todas partes. Leggett les apuntó y Paddock condujo. Leggett, que tenía el arma, y yo nos sentamos en la parte de atrás con el tipo que era dueño del auto. La chica se sentó junto al conductor¹¹⁸.

Íbamos a usar el auto para hacer un asalto y queríamos poner a la pareja afuera, en un lugar donde no pudieran conseguir un teléfono, antes de que saliéramos del vecindario. Condujimos hacia el oeste donde había un montón de bungalows dispersos y comenzamos a dejarlos salir. Nunca hasta entonces se nos ocurrió registrar al tipo.

Detuvimos el auto y se dejó a la chica en la acera mientras se suponía que yo debía llevar al tipo a unos diez pies adentro de la pradera y registrarlo. Se suponía que Leggett se quedaría en la acera para ver que la chica no corriera en busca de ayuda y para atemorizar al tipo que yo tenía en la pradera. Se suponía que Paddock se sentaría detrás del volante y tendría el motor encendido listo para una escapada. Yo había acabado de poner mi mano en el bolsillo del tipo cuando escuché la campana del escuadrón de policía. No tuve la oportunidad de librar al tipo de su dinero. Corrí hacia la acera para hacer mi escapada en el auto. Leggett, que se suponía debía quedarse en la acera en frente del auto para dar "avisos", había hecho un recorrido abajo hacia la esquina, así que tenía una buena oportunidad de hacer su escapada. El escuadrón del Ford se detuvo al lado del Jordan. Paddock, que se suponía estaría sentado detrás del volante, estaba de pie a dos pies a un lado del auto. Yo había venido de la pradera antes de que el primer sonido de la campana hubiera completado su repique, y pude ver claramente que él

¹¹⁸ Era una práctica corriente de esta pandilla robar un automóvil en la ciudad y conducirlo lejos, más allá de los límites de la misma. Allí, en los caminos más apartados, estarían a la espera de motoristas, especialmente de grupos de bares de carretera. Después de cometer tanto como dos o tres asaltos, regresarían a la ciudad, donde se abandonarían el auto robado. Ocasionalmente, como en el ejemplo descrito arriba, asaltarían a motoristas en la ciudad y los forzarían a conducir más allá de sus límites, donde les robarían su dinero y joyas. En estos casos, generalmente robaban el auto, dejando a la víctima en la escena del asalto.

nunca había estado detrás del volante. El motor ni siquiera estaba encendido. No pude ver a la chica en absoluto.

Corrí de regreso hacia la pradera después de esperar ahí un minuto, solo mirando. Paddock corrió directo por la calle. A ambos nos dispararon. A una distancia delante de mí oí el zumbido de una pistola y vi el destello cerca del suelo. Pensé que estaba rodeado y tuve la idea de que su idea era dispararme en vez de cogerme vivo. Reanudé mi carrera arrancando con mayor velocidad, y llegué a un lugar seguro a unas tres cuadras de distancia. Pensé que no servía de nada correr porque cuando vi aquel destello de pistola delante de mí pensé que había una docena de escuadrones rondando las calles y callejones por mí.

Me escondí debajo de una escalera, y cuando unos pocos minutos después pasó un auto turístico Buick, corrí y lo perseguí un poco, y me las arreglé para saltar sobre el estribo. Solo la desesperación pudo haberme hecho correr con la rapidez suficiente para alcanzar ese automóvil. Había tres chicas y dos chicos en el auto y, después de levantarme del estribo donde había caído, metí la mano en mi bolsillo para parecer que tenía un arma y les dije que si me conducían adonde quería ir les pagaría. El conductor me preguntó si yo había matado a alguien y me reí. Les dije que había prestado el auto de mi hermano sin su permiso y él había vuelto a casa loco de beber y había querido dispararme. Me creyeron y se rieron también. Ni siquiera habían advertido la mano en mi bolsillo y me sentí muy tonto.

Me condujeron a A___ en la Calle S___. Esto estaba por lo menos a dos millas de distancia al oeste de donde nos habíamos metido en el lío. Tenía unos pocos dólares y le ofrecí al conductor siete, pero se negó. Los invité a una soda en la heladería que estaba en la esquina. Aceptaron. Cuando a la luz vieron cómo uno de mis costados estaba cubierto del barro donde había estado tumbado bajo una escalera. Querían saber cómo me había ensuciado tanto y les dije que me había caído cuando mi hermano me perseguía.

Mantenía un ojo fuera de la ventana por un tranvía. Antes de que hubiese terminado mi soda, un tranvía emergió a la vista y pronuncié un apresurado adiós y salí corriendo por la puerta sin haber pagado las sodas. Oí a una de las chicas reír ruidosamente mientras yo salía por la puerta y sentí los ojos de los otros taladrando agujeros en la parte posterior de mi cabeza. Me subí al frente del tranvía con el maquinista.

Había recorrido cerca de una milla cuando un policía entró por la puerta cuando ésta se abrió y deseaba saber dónde me había subido al tranvía. Dije, "A___". Él le preguntó al maquinista y el maquinista dijo, "supongo que sí". A través de la puerta abierta vi a un escuadrón Ford en cuya parte posterior estaba uno de mis compañeros. Mi costado embarrado estaba del lado que el policía no podía ver, así que se me dejó continuar mi viaje.

Me bajé del tranvía en las Calles S___ y H___ y tomando un taxi me dirigí hasta a dos cuadras de mi casa. Justo enfrente de mi casa estaba parado Leggett. Él aseguró haber corrido todo el camino a casa. Le pregunté por qué no se había quedado donde se suponía que debía quedarse para prestarnos protección. Dijo que Paddock lo había enviado abajo hacia la esquina para ver si algún policía venía de allí.

Dijo que se iba a casa y me dio el arma para dársela al hermano de Paddock al día siguiente. Me fui a casa con ella y, como nunca antes había tenido un arma en la casa, dormí con ella bajo la almohada. A las tres de la mañana hubo un golpe en la puerta y cuatro detectives entraron en casa para arrestarme. Inmediatamente tomé la pistola de debajo la almohada y la puse bajo la sábana en el centro de la cama. Registraron la almohada, el colchón, y el resorte, y los postes de la cama, pero nunca pensaron en mirar debajo de la sábana.

Les dije que era yo, pensando que ya sabían. Siguieron golpeándome en el estómago tratando de hacerme decir el nombre de Leggett. Me pusieron en la patrulla que estaba detenida allí, y pronto trajeron al otro tipo que estaba conmigo esa noche. A través de un hombre llamado Johnson, que era dueño de una tienda de cigarros cerca del hogar de mi compañero, descubrieron a todos los compañeros de Paddock. Me llevaron a la comisaría donde me identificaron. Fue aquí que oí del intento de Paddock de atacar a la chica. Paddock me dijo en el hogar juvenil, adonde fuimos enviados, que había rasgado un poco el vestido de la chica al sacarla del asiento trasero. Ella había regresado dentro y no volvió a salir otra vez. Él dijo que esa fue la razón por la que había apagado el motor y salido del auto. Sé que no había transcurrido un minuto desde que entré en la pradera y oí sonar la campana del escuadrón. Este tipo y yo fuimos puestos en habitaciones separadas en el hogar juvenil, y no fue sino hasta el día en que fuimos a la corte que pudo decirme esto.

Los hermanos de Paddock me dijeron que le dijera al juez lo del asalto, pero que negara el cargo de ataque, y que asegurara que bajo ninguna circunstancia mencionaría el nombre de su hermano. Ellos hablaban como si yo hubiera sido el que trató de atacar a la chica. Ante el juez, la chica acusó al otro tipo de tratar de atacarla. La chica y su compañero dijeron ambos que yo era el que sostenía el arma. No estaban equivocados a este respecto. Solo querían ver que yo recibiera una sentencia tan grande como la de Paddock. Ninguno de nosotros contó sobre Leggett. Hasta mentimos sobre la identidad del tipo que estaba con nosotros.

Fuimos llevados a la cárcel del Condado, donde nos retuvieron durante tres semanas, hasta que dos sheriffs adjuntos vinieron para llevarnos a San Carlos. Ambos fuimos puestos en la cárcel en el mismo piso con Leopold y Loeb. En el encierro Loeb jugaba a la bola con nosotros mientras Leopold se quedaba por ahí mirando el juego. Parecían normales y un poco más inteligentes que un hombre corriente. Sabes que siempre sentí pena por ellos. Quizás sea porque su mente es equilibrada y saben hacer algo mejor que haber hecho lo que hicieron, lo que su sangre les pedía. Por favor no me malinterpretes. Sé que lo que hicieron fue algo terrible. Mataron más que a un niño pequeño. Mataron al padre del chico y a ambos de los suyos. Arruinaron las vidas de sus familias por lo menos durante una generación por venir.

Si fuera un genio y pudiera poner fuego en mi palabra escrita, escribiría una novela retratando ese incidente (el crimen y sus secuelas) en sus vidas y ajustando los hechos fríos, que son perjudiciales para ellos, en hechos vívidos que serían beneficiosos para ellos. Esta novela le traería fama y riqueza al autor, así como un lugar en el cielo por haber restituido la paz en los corazones de las generaciones de los Leopolds y los Loeb. Pero el genio del autor debe ser evidente en cada palabra viva de cada línea viviente de la historia. Un autor simplemente bueno causaría sensación, pero seguramente ganaría más dinero que el autor de un best-seller. El caso de Leopold y Loeb es la tragedia más grande que haya ocurrido jamás¹¹⁹.

¹¹⁹ [N.T. Sidney se refiere aquí al crimen que ejecutaron en 1924 dos amigos adinerados, Nathan F. Leopold, Jr. (1904-1971) y Richard Albert Loeb (1905-1936), ambos estudiantes de la Universidad de Chicago. Se supone que ellos

Después de haber estado en la cárcel del Condado durante tres semanas, y casi muertos de hambre por falta de comida y aire¹²⁰, fuimos requeridos por dos comisarios. Nos esposaron y llevaron a la estación de ferrocarril para esperar a unos pocos chicos del hogar juvenil que también estaban destinados a San Carlos. Ambos teníamos en mente tratar de escapar si se presentaba la oportunidad. Pero no queríamos escapar tan desesperadamente como para tomar riesgos. Aparte de nosotros, había otros cinco chicos destinados allá. Los comisarios decidieron bajarse del tren en Geneva en vez de en San Carlos. Se contrató un coche de alquiler, y se creyó que un comisario, que se sentó junto al chofer, era suficiente para llevarnos a San Carlos. Paddock y yo estábamos esposados a la parte trasera del asiento del conductor. Mi compañero era un conversador brillante, y pronto se embarcó en una interesante y del todo absorbente conversación con nuestro comisario solitario. De vez en cuando yo me entrometía en la conversación para volverla todavía más interesante.

Mientras tanto, cuatro de los cinco chicos con nosotros en la parte trasera se encaramaron hacia afuera de la ventana baja trasera. Cuando nos llevaron al Edificio de la Administración en San Carlos, el comisario no encontró nada raro en que solo quedaran tres chicos, cuando él había comenzado con siete.

El superintendente revisó los documentos de entrega y preguntó si los otros cuatro chicos venían en otro carro de alquiler. El comisario examinó los siete documentos de entrega y nos contó a los tres, una y otra vez, buscando la solución del misterio. Estallé en carcajadas y el comisario me recomendó al superintendente para su peor castigo. Él tenía el semblante muy encendido, y yo esperaba que se cayera sobre el piso y tuviera un ataque en cualquier momento.

A ambos nos pusieron en el pabellón de recepción. Mientras comíamos, pues no habíamos tenido cena alguna, cierto chico se quedó mirándonos durante unos veinte minutos. Me volví hacia mi compañero y le pregunté para qué creía que nos estaba mirando así. El chico salió

tenían la intención de cometer el "crimen perfecto", al parecer para demostrar su inteligencia superior.]

¹²⁰ Sidney fue recluso en la vieja cárcel del Condado de Cook que ya no está en uso.

corriendo de la cocina y le dijo al oficial de la casa que estábamos planeando escapar. El oficial de la casa tenía un par de sabuesos que intentaron atacarnos. Les dijo a los sabuesos que nos dieran una buena olfateada para que pudieran seguirnos y comernos si tratábamos de huir. Nos reímos, y él dijo que nos enseñaría a reír. Nos hizo llevar a cada uno un par de botas de clavos. Cada uno fuimos esposados a nuestras camas esa noche. Di vueltas, tanto como lo permitían las esposas, una o dos veces, y cada vez que me movía vi a un par de muchachos levantarse de la cama y venir y sujetarme en caso de que estuviera tratando de escapar. Los pocos días que pasamos en el pabellón de recepción nos los hicieron tan duros como fue posible. El pabellón estaba trabajando en el zoológico que estaban construyendo y fuimos puestos a cavar en la arcilla fangosa. Una noche el superintendente puso en fila a todos los muchachos nuevos para la asignación permanente a los pabellones. Estaba asignando a mi amigo y a mí al mismo pabellón cuando este oficial de casa se acercó y le dijo que él nos había pillado tratando de escapar. Fuimos por tanto asignados a pabellones diferentes. Había otro muchacho asignado al pabellón conmigo, y cuando entramos a nuestro nuevo pabellón fuimos recibidos cordialmente por el oficial de casa. Hizo de todo excepto estrecharnos la mano.

Nos enviaron al sótano donde todos los chicos estaban taladrando. Los muchachos oficiales nos dieron pistolas y nos pusieron en el escuadrón inexperto. Supe que no me iba a gustar San Carlos si ellos taladraban así con frecuencia. Era agosto y no había escuela. Nuestro oficial de casa era el instructor de barbería, y nuestro pabellón era el pabellón de barbería, pero no se hacía barbería durante el verano en la barbería. Los oficiales de casa hacían toda la barbería en sus propios pabellones. Durante agosto nuestro pabellón tenía que cavar el lago artificial que estaban construyendo.

Cavamos lodo todo el día, y nos sentamos en el sótano durante cerca de una hora antes de la cena, y luego perforamos en este sótano después de la cena hasta la hora de acostarse. En los tres y medio meses que estuve ahí se nos permitió pasar la noche en la sala de lectura unas seis veces, y se nos permitió salir al césped y jugar alrededor de un número igual de veces. La sala de lectura contenía unos pocos buenos libros y muchas buenas revistas. Por bueno quiero decir que se deja leer, como

los últimos cuentos o las novelas populares. También tenían allí un fonógrafo y bastantes discos, algunos de los últimos.

Me porté bien y por lo general me ocupaba de mis propios asuntos, y antes de que llevara allí un mes fui puesto a la cabeza de la tercera mesa para hacerme cargo de ella. El capitán se encargaba de la primera mesa y el teniente tenía la segunda. A mí no me gustaba denunciar a ninguno de los chicos, y no lo hice. Ni siquiera traté de mantenerlos tranquilos. Solo se lo dejé a ellos. Ellos no estaban satisfechos con la libertad que les estaba dando y pronto se volvieron revoltosos. Me removieron de la cabeza de la mesa y otro chico fue puesto en mi lugar.

Trabajé en la cocina, y la única vez que me castigaron fue cuando dejé caer los cubiertos. Eso pasó en dos ocasiones. En septiembre empezó la escuela. Durante medio día iba a la escuela y el otro medio día trabajaba en la barbería. Me pusieron en el aula de comercio en la escuela. Me fue bien en la escuela y era muy interesante en la barbería. Perforar y ser encerrado en el sótano hasta la hora de acostarse era esperar algo muy deprimente.

Los domingos por la tarde había un simulacro de desfile y entonces éramos encerrados en el sótano hasta la hora de acostarse. Tomábamos incluso nuestra cena ahí abajo los domingos. Dos veces a la semana se traía y distribuía ahí abajo una cazuela de manzanas. Los chicos me dijeron que era afortunado de estar en San Carlos mientras que _____ fuera el superintendente. Él prohibía a los oficiales de casa golpear a los chicos. Por la información que recibí supe que habían sido unas tres veces tan severos como lo fueron en la Escuela Correccional cuando estuve ahí.

Las mañanas del domingo nos hacían empujar lo que llamaban un hisopo toda la mañana. Estos hisopos consistían en bloques de cemento con un mango de escoba adherido a ellos. Se ponía un trapo en la parte inferior del hisopo y la idea era pulir los pisos encerados. Cada uno se alineaba a unos dos pies el uno del otro y todos manejaban el tiempo de empujar el hisopo hacia delante y hacia atrás. Empezábamos a trabajar antes de la siete de la mañana y trabajábamos hasta las doce del mediodía. Ni siquiera podíamos detenernos un minuto antes de las doce. No había periodos de descanso. Si eras atrapado descansando se ponía a un chico sobre ti para que te condujera. También te hacían hacer sentadillas por descansar. Para mí era más fácil hacer sentadillas que

empujar un hisopo pesado, sin embargo hacer sentadillas era un castigo y pulir con el hisopo no lo era. Los días de semana se nos pedía que nos arrodilláramos y brilláramos los pisos con un paño durante cerca de una hora en la mañana y cuarenta y cinco minutos después de la escuela. Mis rodillas estaban hinchadas. Muchos chicos, después de horas de hacer esto, se habían levantado y golpeado al que estaba a cargo con un hisopo o con su puño. Si tuvieras la ocasión de visitar alguna vez San Carlos, y tuvieras que caminar a través de un piso encerado, recuerda esto, que si rayas el piso se hará que algún chico se arrodille y frote durante horas hasta que se elimine ese arañazo. Nunca tocó una máquina uno de esos pisos. Ese pulido lo dieron las millones de horas de frotar con las manos de unos chicos.

Mientras que estuve allí había bastante comida puesta en los platos, más de lo que podía de hecho comer, pero sin embargo estaba hambriento. La comida contenía demasiado almidón. Los tazones llenos de pudín de tapioca se dejaban sin tocar y los higos tenían esa dulzura del almidón. Tal vez no estuve allí lo suficiente como para aprender a comer esta comida. Tenían un pabellón apartado para el castigo de aquellos que eran díscolos en sus propios pabellones. Aquí, los chicos castigados se alimentaban muy ligeramente, y la mayoría de las comidas consistía en tapioca y pan. En el pabellón de castigo el castigo de un chico duraba desde el momento en que se levantaba hasta el momento de ir a la cama.

No te permitían hablar, y a mí no me gustaba el pabellón silencioso. No parecía real, como el exterior. Tenían a muchachos oficiales a cargo de nosotros y nunca me gustó recibir órdenes de un interno. Estuve harto de eso en la Escuela Correccional de Chicago. Cuando un interno me ordena hacer algo lo resiento. Él no es mejor que los otros chicos, pero señorea sobre ellos. Los muchachos oficiales son seleccionados porque son buenas palomas mensajeras y denunciarán cualquier cosa al padre de la casa. Algunas veces es el chico más delincuente del pabellón y tan solo un matón¹²¹.

El chico que había venido al pabellón cuando yo lo hice se escapó, y fue atrapado de nuevo y devuelto en una semana. Cuando regresó trajo

¹²¹ Para una descripción similar ver *The Jack-Roller: A Delinquent Boy's Own Story*, University of Chicago Press, Chicago, 1930, cap. VI, pp. 65-78.

consigo tres billetes de un dólar y me pidió que se los guardara mientras estaba en el pabellón de castigo. Algún chico lo vio darme el dinero y se lo contó al oficial de casa. Puse el dinero en el bolsillo de mi camión de noche cuando fui a la cama. El oficial de casa me levantó en algún momento después de la media noche y me llevó a una pequeña habitación fuera del dormitorio. Sacó una correa de su bolsillo y exigió saber dónde estaba el dinero. Me golpeó con la correa unas cuantas veces, una vez en mi oreja. Nunca obtuvo el dinero. Registró mis ropas y mi cama, pero descuidó mirar en el bolsillo de mi camión de noche. No estaba seguro de si yo le estaba mintiendo o lo hacía su informante. Este fue el único problema que tuve allí.

Un día el instructor de barbería fue llamado a otra parte y otro oficial tenía a su cargo la barbería. Este nuevo oficial me escogió para llevar a algunos chicos de regreso a la escuela. Era alrededor de las tres de la tarde, o un poco más tarde, y pensé que sería un momento ideal para escapar. Atravesé los campos por unos dos tercios de milla y, tendiéndome en una ligera depresión en el centro del campo, me cubrí con alguna vegetación muerta y esperé hasta la oscuridad. Cuando llegó la oscuridad localicé las vías del tren y, manteniéndome en el centro del campo, seguí las vías en la dirección opuesta a Chicago. Me tomó por lo menos tres horas caminar las nueve millas que hice. Tenía que rodear las casas rurales y observar los cruces cuidadosamente.

CAPÍTULO IX OCUPANDO LA PRIMERA PÁGINA

Vi detenerse un tren de carga y me deslicé para ver qué pasaba. Iba hacia Chicago. Como era una noche fría, y mi único atuendo consistía en un par de overoles y una camisa, ambos livianos, y un par de zapatos, me convencí de subir a bordo del tren de carga. Suponía que incluso si fueran detenidos los trenes para registrarlos, no detendrían un tren mucho después de que hubiese escapado. Me tendí sobre la parte superior de una caja y el aire frío que corría me entumecía, y tuve que sostenerme tanto como podía para evitar ser aventado. Un guardafrenos me cruzó dos veces pero nunca dijo una palabra.

Después de haber recorrido unas pocas millas y *suponiendo* que habíamos dejado San Carlos atrás, me arrastré con las manos y rodillas sobre los vagones de cajas interpuestas hasta que llegué al vagón de aprovisionamiento. Caí en el vagón auxiliar e hice un gran estrépito en medio del carbón. Ambos, el hombre de la caldera y el ingeniero, miraron alrededor sorprendidos. Yo estaba demasiado congelado como para caminar sobre la parte superior de los vagones o para haber entrado ligeramente en el vagón auxiliar. Me puse a hablar con el hombre de la caldera y resultó que una vez había vivido en mi vecindario y dijo que él se aseguraría de que yo llegase a casa de forma segura. El ingeniero dijo que me daría un sombrero y una chaqueta de trabajo cuando llegáramos a los patios, pues tenía una gorra de bombero y una chaqueta extra.

Cuando llegamos a los patios de carga en Cicero el ingeniero fue tan bueno como su palabra. El bombero me compró después una comida de un restaurante y me llevó a casa en un taxi. Eran alrededor de las cinco de la mañana cuando salí del taxi, y me senté en el porche trasero de la

casa de uno de mis antiguos amigos en la delincuencia¹²². El tipo que se escapó con el cargo por el que fui sentenciado. Alrededor de las seis su hermano menor salió de la casa de camino a la tienda de comestibles, pero cuando me vio fue adentro y le dijo a su hermano. Fui invitado a entrar en la casa, y su madre me dio una comilona de papas fritas y panceta y huevos. Me lavé después, no antes, de la comida. Alrededor de las siete y treinta, cuando creí que mi madre estaría levantada, envié al chico más pequeño hasta mi casa por mi ropa. Después de estar de nuevo vestido con mis ropas, el tipo, en cuya casa estaba, sugirió que fuéramos al Club Burns. Fuimos al club porque era un lugar cálido donde quedarse durante unas cuantas horas.

Llevaba en la parte trasera del club aproximadamente una hora cuando oí un traqueteo en la puerta principal y, cuando miré hacia afuera, vi que era el presidente del club. Sin saber qué actitud tomaría si me encontraba allí, salí por la puerta lateral y comencé a correr a través del pasadizo hacia el callejón. El presidente del club entró al pasadizo desde el frente y al verme corriendo abajo del pasadizo, me llamó para que me detuviera. Mis intenciones eran evitar que me viera, así que cuando me vio y llamó, regresé. Él quería saber quién era y, cuando le dije, dijo que no tendría que huir de nadie que entrara en el club. Me dio su permiso para quedarme en el club tanto como quisiera. Yo conocía a la mayoría de los miembros del club, y cuando esa noche vinieron me dieron suficiente dinero para comprar mi cena. Le había pedido al presidente del club un trabajo, porque él era agente de negocios para un sindicato. Me dijo que me daría uno en los próximos días. Así que decidí quedarme en el cuarto trasero del club solo hasta que recibiera un trabajo¹²³. Pensaba que sería atrapado y devuelto a San Carlos si salía a cazar un trabajo.

Me quedé en el club durante más de una semana esperando aquel trabajo prometido, y solamente salí al aire libre una hora o dos cada día.

¹²² Es importante advertir que Sidney fue directamente a la casa de uno de los chicos con quien había estado involucrado en el delito. Y esto a pesar de haber pasado por un periodo de reclusión en la escuela correccional.

¹²³ Esta no es una práctica rara entre las pandillas delictivas. Ellos con frecuencia protegen a sus miembros de la policía, les proporcionan asistencia legal y les suministran comida y refugio.

Había un par de tipos tan solo un poco mayores que yo que *pasaban el rato* en el club y ocasionalmente salían a tumbar borrachos por su dinero. Quería conseguir dinero suficiente de cualquier manera posible para poder alquilar una habitación en algún lugar y salir del club. Salí con estos tipos en algunas ocasiones.

Una vez había unos cinco tipos con nosotros y tumbamos a un borracho por la fuerza y conseguimos unos cuantos dólares y un reloj. Fuimos un poco más allá y nos encontramos con otro borracho. Uno de los tipos lo golpeó en la barbilla y lo derribó. A ninguno de nosotros nos gustó eso ni un poco, y ayudamos al borracho a ponerse de pie y miramos para ver si había sufrido lesiones. Le cogimos unos cuantos dólares. Como ves, conocíamos a bastantes tipos en el vecindario que se emborrachaban y a algunos de los hermanos e incluso padres de estos tipos se emborrachaban ocasionalmente. Cerrando un brazo alrededor del cuello de un borracho puedes mantenerlo indefenso. Esa noche éramos siete, y por nuestro trabajo nocturno cada uno recibió dos dólares.

Otra noche cuatro de nosotros salimos a buscar a algún borracho y nos encontramos con un viejo de cabello blanco como la nieve que estaba borracho. El tipo que se suponía que pondría el brazo sobre él no tuvo el corazón para hacerlo. Yo caminaba justo detrás de él y no pude tampoco ponerle el brazo encima, así que solo lo empujé hacia un pasadizo y le dije en tono amenazante que se quedara quieto. Revisamos sus bolsillos y conseguimos unos veintiún dólares. Dejamos un billete de cinco dólares en su bolsillo y no tocamos los paquetes que llevaba. Ninguno de nosotros nos jactamos jamás de esta cosa valiente que hicimos. Sabes yo sentí una sensación rara en mi columna vertebral cuando cogimos el dinero del viejo y cuando obtuve cinco dólares como mi parte. Ese fue el dinero más difícil que alguna vez cogí. Me fui directo a la casa del tipo al que fui el primer día que estuve fuera de San Carlos, y le pedí que me dejara dormir ahí por la noche. Lo hizo. Dormí sobre unos harapos en el suelo de un pequeño closet en su sótano. Esa noche tenía un fuerte presentimiento de peligro y no quería dormir en el club. Supongo que era porque sabía que me merecía cualquier cosa que esa noche pudiera pasarme. Sé que esa noche la oscuridad del closet me proporcionaba consuelo, y lo necesitaba. Pienso que la razón por la que

no fui al club era la misma razón por la que evité las brillantes luces de la calle, y por callejones me escabullí hacia la casa de mi amigo. Sentía que cualquier transeúnte podía leer en mi cara la cosa podrida que había hecho esa noche.

Otra noche salí con uno solo de estos tipos y nos encontramos con un borracho en una calle principal. Caminé detrás de él y eché mi brazo alrededor de su cuello. O él no estaba tan borracho como pensaba que estaba o yo estaba un poco débil, no lo sé, de todos modos él le dio un mordisco a mi mano con su boca y cogió mi dedo pequeño entre sus dientes. Pensé que había mordido a través de mi dedo, y vi rojo durante unos segundos. Lo llevé contra el piso y lo golpeé a un lado de la cabeza unas cuantas veces, hasta que finalmente soltó. El borracho empezó a gritar por ayuda. Busqué a mi compañero y no estaba a la vista en ninguna parte. Me levanté y me resultó difícil permanecer de pie. Hice la carrera más torpe, chueca, por la libertad que alguna vez se hizo. Eso me curó de tumbar borrachos¹²⁴. Nunca les di a ninguno de estos tipos valientes la ocasión de abandonarme de nuevo.

El hermano del tipo con el que fui enviado a San Carlos decidió ayudarme. Él era uno de los tres socios que suministraban máquinas tragamonedas en cierto distrito del lado sur. Estas máquinas tragamonedas cuestan ciento veinticinco dólares. Él las instaló en salones de licor ilegal, y cada semana recogía la mitad de los recibos. Si el dueño del salón de licor ilegal perdía una de estas máquinas, tenía que pagar lo que costaban. Bueno, este tipo me dio una lista con las direcciones de los lugares que tenían estas máquinas tragamonedas. Yo debía robarlas y venderlas a este tipo por setenta y cinco dólares. Él, a su vez, recaudaría ciento veinticinco dólares del dueño del salón de licor ilegal, instalaría otra máquina en su lugar, luego vendería la máquina robada afuera en Cicero por su precio normal. Me estaba haciendo un favor porque las máquinas tragamonedas contenían a veces tanto como la ganancia que él podría hacer al revenderlas.

Una vez, en compañía de dos compañeros con los que había andado antes de ser enviado a San Carlos, yo, o nosotros, abrimos el travesaño

¹²⁴ Para una descripción más detallada de este tipo de robo ver *The Jack-Roller: A Delinquent Boy's Own Story*, University of Chicago Press, Chicago, 1930, cap. vii, pp. 96-99, y cap. xi, pp. 140-47.

de un club en la vecindad y, abriendo la parte posterior de tres máquinas tragaperras, sacamos de las mismas unos dieciocho dólares la pieza. Después de comprar alguna *ropa de cama* necesaria para mí y una nueva gorra, no quedaba lo suficiente para pagar el alquiler de una habitación y alimentarme durante un mes.

En el club había un tipo con el que era muy amigable y que era dueño de un Ford Sedan. Él sabía que yo tenía algunas direcciones de lugares que tenían máquinas tragamonedas y me pidió que lo dejara echar un vistazo a la lista y que investigaría para ver si alguien dormía en estos sitios por la noche. Pocas noches después regresó y dijo que tenía tres lugares escogidos en los que podríamos entrar por sus máquinas tragamonedas. Fuimos al primero alrededor de las tres de la mañana en el Ford Sedan de este tipo. Forzamos con una palanca hasta abrir la puerta trasera y entramos en el lugar. Encontramos una máquina tragamonedas, y este tipo no pasó nada por alto. Cogió incluso la cabina telefónica de la pared. Cogimos la máquina tragamonedas y la escondimos debajo de la casa en la que se estaba quedando este tipo. Luego fuimos a hacerles una visita a los otros dos lugares que este tipo tenía en mente. El primer lugar estaba situado a la diagonal de una estación de bomberos, y después de esforzarnos por irrumpir en el lugar, decidimos que no se podía hacer sin atraer la atención de los ocupantes de la estación de bomberos. Luego condujimos al otro lugar que él tenía en mente. Se estaba acercando la luz del día y teníamos que trabajar rápido. Fuimos hasta la puerta trasera del lugar, y antes de que pudiéramos empezar nuestro trabajo oímos un movimiento adentro. El susto nos ahuyentó a los dos. Yo conduje hasta el club mientras él se fue a casa. Cerca de una semana después abrió en mi presencia la máquina tragamonedas que habíamos robado. De la que cada uno obtuvo cinco o seis dólares. Él dijo que vendería la máquina por cincuenta dólares, pero por ésta nunca recibí mi mitad, hasta ahora.

Una vez otro tipo y yo le pedimos prestado un Ford de turismo a un miembro del club y alrededor de las tres de la mañana fuimos a entrar a la fuerza en el club que habíamos forzado primero con la intención de llevarnos lejos la máquina tragamonedas. Nos arrastramos de nuevo a través del travesaño y abrimos la puerta trasera desde adentro. Solo encontramos dos máquinas tragamonedas y las acarreamos lejos y las

escondimos en un punto escogido por el tipo con el que estaba. Esa mañana regresé al Burns Club para dormir hasta más tarde mientras este otro tipo se fue a casa. Alrededor de las diez de la mañana el tipo entró al club y me despertó. Fuimos hasta donde estaban escondidas las máquinas tragamonedas con la intención de sacarles el dinero. Las máquinas tragamonedas ya no estaban y tuve la fuerte impresión de que este tipo las había recogido. Ese día más tarde oí que él había vendido dos máquinas tragamonedas. Lo interrogué sobre eso y me dijo que era una mentira, y que no tenía ni un centavo a su nombre. Dijo que sabía que yo estaba quebrado también, así que, para mostrar que su corazón estaba en el lugar correcto, iría a casa y le pediría prestados cinco dólares a su madre y redimiría una pistola de un tabernero que le había prestado cinco dólares a cuenta de ésta. Explicó que el resorte del gatillo estaba débil y que tampoco prendía el cartucho en el centro, pero que por un dólar o dos podía hacerla arreglar. Acepté su oferta y cogí la pistola .38 de niquelado barato que me dio y la llevé a un armero que me dijo que no valía la pena arreglar la pistola.

La noche siguiente le dije a este tipo del que sospechaba engañarme y que me había dado esta pistola inútil, que yo sabía dónde podríamos robar algunas máquinas tragamonedas más, y le pregunté si le gustaría acompañarme. Cuando habíamos caminado alrededor de una milla y estábamos en un callejón, puse su pistola inservible en su estómago y diciéndole que la había arreglado ese día, le dije también que lo iba a matar si no me decía la verdad sobre la desaparición de las dos máquinas tragamonedas. Le quité su sombrero de la cabeza y, dejándolo sobre los ladrillos del callejón, le dije que arrojara en el sombrero todos los recibos que tenía en su bolsillo así como las etiquetas del interior de los bolsillos de su abrigo y su hebilla del cinturón. Él pensó que seguro lo iba a matar y me suplicó. Confesó haber robado él mismo las máquinas tragamonedas y dijo que necesitaba el dinero para pagar una factura del doctor. Me mostró un recibo del doctor que mostraba que había pagado ese mismo día setenta y cinco dólares. Me dijo que tenía unos cuantos dólares en el banco y que *lo* retiraría en la mañana y me *lo* daría. Prometió pagarme cada centavo de mi parte. Fingí que su promesa era la única cosa que me impedía matarlo. Lo hice caminar hacia uno de los extremos del callejón mientras yo caminaba hacia el

otro extremo. A la luz de la luna lo vi caminando sin darse siquiera la vuelta. Nunca lo volví a ver.

Poco tiempo después de esto tres de nosotros forzamos de nuevo la entrada del mismo club y otra vez nos llevamos dos máquinas tragamonedas. Usamos el Ford sedán que pertenecía al tipo del que te hablé antes. También conseguimos treinta y un dólares en billetes del cajón de la caja registradora. Con mi parte me compré un conjunto completo de ropa. No podíamos vender las máquinas tragamonedas justo entonces, así que las escondimos debajo del piso en el Club Burns. De nuevo, no me sobraba lo suficiente para alquilar una habitación y trasladarme del club donde había estado durmiendo.

Un grupo de miembros del club me invitaba con frecuencia a ir con ellos a una pequeña fiesta de bebida. Rondábamos de taberna en taberna y bebíamos cerveza y alcohol. Yo nunca bebía más de dos o tres vasos de cerveza. Después de estas parrandas siempre era yo quien los conducía de vuelta al club si estaban demasiado borrachos para decirme dónde vivían. Con frecuencia conducía durante horas en estos autos luego de asegurarme de que estos tipos se sentían cómodos en el club. Con frecuencia cogía algún auto que estuviera parqueado enfrente del club y lo conducía durante horas. Hacía mi conducción después de la una de la mañana. Con frecuencia me advertían que me estaba arriesgando al tomar prestado uno de estos autos. La policía podría estar buscando ese auto en particular, ya que en su interior podía haberse cometido un asalto o un asesinato.

Una noche estaba en el club con el tipo dueño del Ford sedan cuando uno de los contrabandistas de cerveza entró acompañado por uno de sus amigos. Ambos estaban un poco borrachos. Tenían un nuevo Cadillac sedan parqueado afuera. Era la noche anterior al Día de Acción de Gracias y este traficante de cerveza quería saber dónde había una carnicería para poder entrar en ella y robar algunos pavos. Me pareció que estaba bromeando, pero él estaba dispuesto a llevar a cabo su broma. Entramos en el Cadillac y condujimos hasta una carnicería cercana que estaba cerrada, siendo esto las tres o cuatro de la mañana. Me quedé en la esquina como vigilante mientras ellos irrumpían en la carnicería a través del frente. Encontraron barriles de gansos y patos preparados que ellos procedieron a cargar en la parte posterior del sedán. Tuve que ayudarles a cargar en el auto los últimos pocos gansos.

Nosotros cuatro tuvimos que viajar en el asiento del frente puesto que el trasero estaba lleno hasta el tope.

Condujimos hasta el club donde se dividieron las aves. Cada uno obtuvo unas treinta y cinco aves. Los otros tres se alejaron conduciendo con su parte, mientras que yo esperé hasta que los miembros del club empezaron a llegar más tarde esa mañana y les di toda mi parte. Se suponía que esto era una trastada, algo de lo que reírse en el futuro. No creo que esos gansos y patos nos hicieran algún bien a ninguno de nosotros.

Había traficantes de cerveza y traficantes de alcohol que pertenecían al club. Había verdaderos pistoleros con asesinatos acreditados y asaltantes a mano armada. Algunos de los miembros gestionaban bares ilegales y algunos eran bármanes. Algunos trabajaban en casas de juego. Algunos eran ex convictos que trabajaban, pero que todavía pasaban por el club, y algunos eran gandules y recogedores de basura. Muy pocos tipos en el negocio sucio podían tener un trabajo legítimo. La mayoría no eran siquiera timadores inteligentes. No hay, por supuesto, tal cosa como un timador de éxito pero, si existiese tal persona, la mayoría de los miembros del club no serían capaces de calificar ni como mensajeros. Si en mi mente no existiera la idea de que “el mundo me debía el sustento”, y de que era una tontería trabajar demasiado duro, yo, por supuesto, no habría robado.

Con tales hombres a mi alrededor casi noche y día, para mí era natural absorber algo de su conversación. Charlas sobre el dinero fácil que podía cogérseles a mamones, era algo en lo que creía. Cuando hablaban de “grandes” y de “billetes de C”¹²⁵, como si les fueran familiares, parecía absolutamente loco trabajar por unos pocos dólares a la semana. Yo pensaba que trabajando no podía siquiera ganar el sustento. Aquí había una tierra donde el dinero fluía abundantemente, y mi deseo era familiarizarme alguna vez con los “grandes” y con los “billetes de C”. Pensaba que si alguna vez pudiera entrar en la mafia apropiada, no solamente conseguiría influencia sino que podría hacer todo tipo de cosas fuera de la ley en la inmunidad. Pensaba que todos aquellos que tumbaban cargos por asesinato eran como reyes y tenían

¹²⁵ En el habla criminal un “grande” es un billete de mil dólares y un “billete de C” es un billete de cien dólares.

todo lo que querían¹²⁶. Había una media docena de hombres en el club que realmente habían hundido en la corte un cargo por asesinato gracias a un arreglo. Dinero e influencia en los círculos políticos los ponía de nuevo en las calles.

Una vez vi a dos traficantes de cerveza poner una bomba de dinamita a la entrada de la tienda de un hombre, que era un miembro del Ku Klux Klan. (Lo bombardearon tres o cuatro veces y, finalmente, lo forzaron a irse de la vecindad). Esto pasó una mañana justo antes del amanecer.

En este momento había un tipo joven que frecuentaba el club. Antes había andado con una pandilla de chicos que se la pasaban en la Calle F _____. No lo conocía bastante bien como para hacerle una inclinación de cabeza. Una noche los dos estábamos sentados uno junto al otro en sillones de cuero en el club, y entablamos una conversación. Él, por casualidad, había oído a unos tipos en el club hablando de mucho dinero, y expresó su voluntad de salir y conseguir un poco de éste. Podía decir, por la manera en que hablaba y por el tono de voz, que él pensaba que yo estaba dentro con los grandes productores de dinero. Yo iba bien vestido, y tal vez parecía como si tuviera un poco de dinero. De cierta manera me halagaba que me hablara como lo hacía. Se me colgó de cada palabra, y pienso que él creía que yo era un ladrón regular. Con despreocupación puse al descubierto el bulto en mi correa donde llevaba mi pistola y lo invité a tocar. Le hice un guiño de complicidad y una sonrisa, y le pregunté si sabía de algún lugar donde pudiéramos salir a atracar. Me dijo que su hermano tenía una .45 automática de la armada y que había pensado en conseguirla si alguna vez encontraba a alguien con quien salir. Me habló de una tienda de comestibles en la vecindad que pensaba que cargaba mucho dinero, así que pasamos por ella un par de veces y decidimos no atracarla porque había muchas mujeres en la tienda de comestibles. Caminamos por ahí unas cuantas veces, pero las mujeres siempre estaban entrando y saliendo.

Bajamos por una calle lateral. Era una noche muy oscura. Mientras cruzábamos un gran lote vacío vimos un auto turístico parqueado en la calle del lado del lote vacío. Estaba tan oscuro que no fue sino hasta que cruzamos el auto que lo vimos. No mostraba ninguna luz y sentimos,

¹²⁶ Es en situaciones como la descrita arriba que el joven delincuente adquiere la filosofía de vida del adulto criminal.

más que vimos, que había alguien en el asiento delantero. Dado que éste era un lugar muy peculiar para parquear un auto, nos detuvimos a corta distancia detrás del auto y miramos hacia atrás. Si el auto no estuviera ocupado no lo hubiéramos pensado dos veces, pero, como estaba alguien dentro, dimos la vuelta para ver porqué habían parqueado el auto en ese lugar. Nuestros pensamientos consistían en la posibilidad de atracar a los ocupantes del auto. Desde esta distancia descubrimos la figura de un gran bulto de un hombre de silueta sin forma sentado junto al volante. Había casas enfrente del lote vacío y algunas estaban iluminadas. Una casa en particular, aquella directo enfrente del auto parqueado, parecía más iluminada que las otras. Su puerta de entrada parecía abierta. Llegamos a la conclusión de que el conductor del auto debía ser de esa casa. Por sus leves movimientos en el asiento, el hombre en el auto parecía estar nerviosamente impaciente. Me parece que cruzamos el auto y nos devolvimos una vez más antes de detenernos en el mismo punto donde nos habíamos detenido primero. No teníamos un plan de acción, aunque nuestra idea era atracar al ocupante solitario del auto antes de que el conductor pudiera salir. Ni siquiera estoy seguro de que consideraríamos hacer nuestra huida en el auto, pero supongo que inconscientemente lo hicimos. Decidimos que era mejor hacer el atraco de prisa, o el conductor estaría fuera. Supusimos que la gente en el auto eran todos visitantes de fuera de la vecindad y por tanto estaríamos seguros. Como era mi arma, la tenía pegada en mi correa. Traté de darle el arma a mi amigo para hacer el asalto, pero cuando la sintió en sus manos la regresó a las mías. Se sentía como un pedazo de hielo. Empezamos a caminar hacia el auto, nuestros brazos tocándose, y todo el tiempo tratamos de darle al otro la pistola. Cuando llegamos a un lado del auto todavía tenía el arma en mi mano, así que se la apunté al tipo en el auto. Él estaba ahora sentado detrás del volante y una chica estaba a su lado. Vi que habían estado observando nuestras acciones y, por la manera en que estaban sentados, supe que habían estado observando cada paso de nuestro abordaje. Es muy inquietante caminar hacia alguien que está observándote y apuntarles con la pistola. El brazo de mi amigo tocaba el mío y sentí su brazo ligeramente tembloroso. Su cercanía añadía mucho coraje necesario y su ligero temblor me hizo sentirme valiente. Sé que fue puramente accidental el que yo le apuntara al tipo con el extremo correcto de la pistola. Después de haber alcanzado

un poco de calma, vi porqué ellos dos habían estado observándonos. Por su apariencia parecía como si hubieran estado forcejeando.

Nos habían observado, esperando que nosotros cruzáramos la calle antes de que llegáramos hasta ellos. Parecíamos tan ridículos que al principio el tipo no levantó los brazos. Supongo que no teníamos una apariencia formidable. Pero la visión de la siempre amenazante pistola debilitó su coraje gradualmente y sirvió para darnos coraje. Cuando levantó sus brazos quedamente dijo, “Los conozco. Fuimos a la misma escuela juntos. Soy un matón también”. Le preguntamos a qué escuela había ido y nombró una escuela cercana.

Como él vivía cerca, todo lo que queríamos hacer ahora era escapar de manera segura. Mi amigo se puso detrás del volante del auto y no pudo encender el motor. Le pasé la pistola y yo mismo me puse detrás del volante. Conduje alrededor de la esquina hacia un callejón cercano. Detuve el auto y le dije al tipo que saliera. Íbamos a llevar a la chica a tres cuadras de su casa y dejarla salir, luego conducir el auto unas pocas cuadras más en dirección del club y luego correr pitando hacia éste. En el callejón estaba muy oscuro y le dije a mi amigo, “Sostén el arma sobre él”. Recorrí mis manos sobre la ropa del tipo para asegurarme de que no tenía una pistola, pero no encontré nada. Le dijimos al tipo que íbamos a llevar a la chica directo a casa, y que también íbamos a abandonar el auto cerca de su casa, y que él no notificara a la policía. Estábamos asustados por haber atracado a alguien cerca de nuestra vecindad y queríamos suavizar las cosas para que no hubiera ningún problema. Queríamos llevar a la chica a casa y abandonar el auto tan rápido como fuera posible.

Cuando condujimos fuera del callejón no sabía en qué dirección iba. Tenía mucho afán por alejarme de donde había dejado ir al tipo. (Esto podría parecer peculiar, ya que conozco cada calle, callejón y casa en la vecindad). Pero las pocas cuadras que cubrí parecían haber sido millas. Cruzamos un carril de tranvía y en el momento no sabía si era la calle D____, la calle M____, el bulevar H____ o la avenida C____. Seguí preguntándole a mi amigo en la parte trasera en qué calle estábamos y me respondió unas pocas veces, y yo no podía hacer pasar a través de mi cabeza lo que estaba diciendo. No fue sino hasta que fuimos por unas calles mal pavimentadas que supe dónde estábamos. Los baches parecían haber sacudido mi cabeza. Sin pensarlo, sabía que íbamos en la

dirección equivocada a la avenida P____. Conduje unos pocos pies por un callejón a unas treinta y cinco millas la hora y, antes de que hubiéramos dejado de avanzar, tiré los embragues en reversa y retrocedí hacia el callejón al otro lado de la calle. Hice esto para girar y conducir por la avenida P____. Cuando había retrocedido suficientemente lejos por el callejón, tiré los frenos y traté de cambiar el embrague a primera, pero el embrague rápido en reversa estaba atorado. Retrocedí el auto en un esfuerzo por tirar el embrague a primera estando en movimiento. Traté y traté. Retrocedí el auto hasta que derribé una cerca y retrocedí hasta un poste de teléfono. Puse mi pie en la palanca de cambios y, apoyando la espalda contra la parte posterior del asiento, empujé esforzándome por llevarla a primera. Todo lo que hice fue doblar la varilla del cambio. Durante todo el recorrido la chica se sentó en silencio, y no dio indicios, ni por sus acciones o apariencia, de que era un temeroso silencio. Cuando hice todo lo posible para mover el carro, y fallé, me volví hacia ella y le dije que el carro estaba atascado. No respondió. Para mostrarle a mi amigo que yo era un hombre de mundo le pedí a ella un _____. Salimos del carro y le dije a ella que saliera. Estábamos listos para correr si tan solo ella abría la boca para objetar. Ella no se movió del carro. No actuaba como si estuviese asustada, simplemente un poquito tímida. Mi amigo le dijo que saliera, y ella salió. Se quedó allí esperando que nosotros le indicáramos en qué dirección queríamos ir. Mientras estábamos de pie allí vimos pasar por la esquina a un cuarto de cuadra de distancia a un policía, o a un bombero, o a un conductor. Esperamos otro minuto y empezamos a caminar hacia la vuelta de la esquina, ambos mirando hacia atrás para dejarle saber a ella que queríamos que nos siguiera. Lo hizo. Solo habíamos recorrido unas pocas yardas cuando dos hombres, o un hombre y una mujer, salieron de una oficina de carbón y desaparecieron en la casa de al lado. Subieron por una pequeña escalera o entraron en un pasaje. Dejamos que la chica siguiera detrás de nosotros la mayor parte del camino hasta la esquina y, como vimos que no intentó hacer un escándalo, disminuimos gradualmente la distancia entre nosotros, hasta que caminamos casi a su lado. En un momento estábamos uno a cada lado de ella, pero estábamos a unos dos pies en frente de ella. La primera vez que estuve cerca de ella fue cuando cruzamos la calle y estuvimos frente a la base de hormigón de un viaducto. Pensábamos que si subíamos sobre la base

de este viaducto sería un buen lugar para nuestro propósito. Ella rechazó nuestra ayuda para subir y, cuando todos estábamos arriba, mi amigo y yo caminamos unas veinte yardas y nos dimos la vuelta. Pensamos que estábamos suficientemente lejos de la calle para no ser observados por ningún transeúnte.

Ella todavía estaba a diez yardas de nosotros cuando dijo en voz muy baja, “¿Déjenme ir quielen?”. No era una voz asustada, y se dijo a medias. No dijimos nada. Todavía estábamos listos para correr. Me sentía muy avergonzado, y si no fuera por la oscuridad, estoy seguro de que me hubiera escapado. Ella era la única que tenía puesto un sobretodo y se lo había desabotonado cuando por primera vez se agarró la falda con cualquier mano. Ella mantuvo puesto su abrigo y _____. Mi amigo caminó hacia la calle para actuar como vigilante. Tenía la pistola en su bolsillo y nunca se la apuntamos a la chica en ningún momento, durante el asalto, o durante el corto período en que la tuvimos en el terraplén. Este acto fue más para presumir ante mi amigo que cualquier otra cosa.

Las únicas palabras que ella había pronunciado desde que dejamos el auto fue cuando yo había terminado con ella y dijo, “No le diré al tipo con el que estaba”. Yo le dije, “Él sabrá de todos modos, ¿cierto?”. Ella aceptó nuestra ayuda bajando del terraplén. Yo se la pasé a mi amigo en la acera. Nos quedamos ahí durante unos tres minutos, sin saber qué hacer. Le dije a ella que el auto estaba dañado y que no podíamos conducirla a su casa, pero, a pesar de lo que le dije, ella dijo, “Llévame a casa en el auto”. Finalmente la convencí de que estaba averiado. Ella quería para el pasaje en tranvía para ir a casa. Yo no tenía un centavo. Le pidió a mi amigo y él dijo que tampoco tenía un centavo. Se puso furiosa por esto y exigió saber por qué no le daba diez centavos para el pasaje del tranvía, siendo que él había cogido un dólar y medio de su cartera cuando estaban en la parte posterior del auto. No estaba ansiosa por dejarnos, y estoy seguro de que necesitaba que alguien la llevara a casa. Honestamente, por Dios, no creo que ella me hubiera delatado a un policía que pasara si yo la hubiera llevado a casa, pero no iba a tomar este riesgo, y entonces ambos le dijimos en qué calle estaba y la

abandonamos apresuradamente. Ella se quedó allí mirándonos, y a mí me pareció que estaba a punto de llorar¹²⁷.

Mientras mi amigo y yo volvíamos al club caminando apresuradamente, mi amigo me dijo que cuando yo había cruzado la línea del tranvía, mientras conducía el auto, me había detenido al lado del Cadillac Stuard justo antes de cruzar. Me dijo también que él no había cogido ningún dinero de la chica. Yo le dije, “Bien, dame el importe del café y la tarta, de todos modos”. Luego dijo que la chica había mentido. Yo no pensé más en eso. Si él había tomado el dinero estaba seguro de que me habría dado una parte de todos modos.

Desde que había ayudado a robar a aquel viejo de pelo blanco, todo me había salido mal. Esa noche tenía la sensación de que algo me iba a pasar.

Mi amigo y yo nos separamos en frente del club. Dijo que iba a ir a casa. Entré en el club. Mi amigo, Gerard, vivía en o cerca de la Calle S___ y sabía que no iba a caminar a casa. Sospechaba que tenía algo de dinero. Él estaba mirando hacia abajo de la calle por un tranvía y le pregunté de donde había sacado el dinero para el tiquete del tranvía. Dijo que no tenía ningún dinero y que iba a caminar hacia la Calle F___, y procedió a caminar en dirección a la Calle F___.

No me quedé allí para observarlo. Entré en el club y fui recibido por George Morrison¹²⁸. Mis rodillas estaban sucias por haber tocado el suelo, y él quería saber cómo se pusieron de ese modo. Contesté con el

¹²⁷Se llama la atención del lector al hecho de que existen ciertas discrepancias entre el relato de Sidney sobre el episodio de la violación y la evidencia que fue establecida durante la audiencia en la corte (ver capítulo I). La discrepancia principal ocurre con referencia al grado de resistencia de la chica, y si los muchachos usaron o no la fuerza. En su historia, Sidney es claramente defensivo y busca presentar los detalles del episodio del modo que resulte más favorable para sí mismo. Debe recordarse que la historia de Sidney fue escrita después de que hubiera sido encontrado culpable y sentenciado. Su actitud defensiva es probablemente una respuesta a la reacción hostil del público y representa el intento de resolver en su propia mente el conflicto moral así como, quizás, de originar una reducción de su sentencia.

¹²⁸ George Morrison es un notorio personaje criminal. Es uno de los que la Criminal Commission [comisión contra el delito] designó como “enemigo público”.

estilo de un delincuente, “Solo una italianita que recogí en la calle. No tenía ningún lugar adónde llevarla, por lo que tuve que llevarla a un terraplén”. Él sonrió, mientras que yo despreocupadamente me cepillé las rodillas.

Morrison quería saber si tenía la dirección de la mujer. Cuando le dije que no la tenía, quería ir a buscarla. Lo disuadí. Él me dijo que yo era un buen chico como para recoger una chica en las calles y no invitarlo a la fiestecita.

Yo tenía un catre de campaña en la parte trasera del club donde dormía. Poco después de haber entrado en el club me fui a la cama. Alrededor de las nueve de la mañana siguiente alguien, que me sacudía, me despertó. Cuando abrí los ojos vi a George Morrison sentado en el borde del catre con un periódico en su mano. “Así que esta era la mujer que recogiste en las calles, ¿cierto?” fueron sus primeras palabras. Me lanzó el periódico a las manos y leí lo que estaba señalando. Las noticias que leí eran sobre dos hombres, asaltando un auto con una pareja dentro, y lanzando al hombre del auto a toda velocidad y atacando lascivamente a la chica.

Sabía que se suponía que esta historia relataba lo que habíamos hecho. La página amarilla ciertamente hizo una historia sensacional de eso. Morrison me dijo que no debía haber hecho nada parecido, y me aconsejó que abandonara la vecindad durante una semana o dos. La historia me aterró, pero no creí que la policía la tomaría seriamente. Sabiendo que la historia de la página amarilla era falsa, pensé que no estaba en peligro quedándome en el club.

Esa noche Gerard vino al club de nuevo. Había un buen número de miembros presentes. Alcancé a oír a algunos de los miembros hablando del incidente sobre el que había leído en el periódico y comentando acerca de su indecencia. El presidente del club, Dan Murphy, estaba de pie a un lado conversando con dos asesinos, Jim Drew y John Wilson¹²⁹, y oí que uno de ellos hacía el comentario de que a los perpetradores de

¹²⁹ John Wilson fue uno de los delincuentes más notorios del Club Deportivo Burns. Sus delitos comprendían desde disparos hasta juegos de azar y pequeños hurtos. Fue acusado dos veces por homicidio. Su historial muestra siete arrestos en un año. Es uno de los prominentes delincuentes designado por la Comisión contra el Delito como “enemigo público”.

este delito se les debía disparar legítimamente. Incluso despreciaban un acto como el que los periódicos registraban. En esta coyuntura de su conversación, otro asesino se unió a su grupo, George Morrison. Les dijo que fueron Gerard y yo los que habíamos cometido esta fechoría. Gerard estaba cerca de la puerta y cuando el presidente, Murphy señaló la puerta y le ordenó que saliera, no tenía que ir muy lejos. Yo estaba en la parte trasera del club, y cuando se me ordenó que saliera tuve que caminar cruzándome con todos los miembros.

Uno de los chicos con los que había andado, Bill Paddock, oyó a su hermano, Frank, contar una vez la historia de cómo, poco después de la guerra, George Morrison había asaltado, estando borracho, a dos hombres, y al no encontrar ningún dinero en sus personas, les había volado los sesos con una .45 automática.

Jim Drew¹³⁰ había sido cogido una vez por Freddie Farrel, pistolero, mientras ponía en la habitación trasera de la cantina de Farrel un paquete de dinamita con un fusible encendido incrustado.

Harry Milton y Gar Burton¹³¹ eran los dos contrabandistas de cerveza a quienes yo había visto poner la bomba de dinamita en la puerta de un miembro del K.K.K.

Todos estos asesinos que acabo de mencionar eran pistoleros de Milton y Burton. Otros pistoleros de estos traficantes de cerveza, a quienes conocí personalmente, eran Ben Kelley, George Fox¹³², Tom Ryan, y había otros pocos cuyos nombres no puedo recordar.

Recuerdo haber oído por casualidad cómo Harry Milton y, creo, un tipo con el nombre de Phillips, que era oficial para la unión de camioneros en ese distrito, una mañana *tirrotearon* a un vendedor de

¹³⁰ Jim Drew fue otro miembro destacado del Club Deportivo Burns que fuera asesinado en la guerra de la cerveza [N.T. La "guerra de la cerveza" aludiría a las muy a menudo violentas disputas que se daban entre grupos delincuenciales por el control de la producción, importación, distribución y/o venta de bebidas alcohólicas durante el llamado período de la Prohibición (1920-1933) del alcohol en los Estados Unidos.]

¹³¹ Gar Burton es otro notorio delincuente designado por la Comisión contra el Delito como "enemigo público".

¹³² George Fox era un estafador prominente. Fue asesinado en la guerra de la cerveza.

tamales calientes y a un inocente transeúnte o dos a propósito de una pequeña riña.

George Fox hundió un cargo por asesinato en mil novecientos _____. Ryan hundió un cargo por asesinato una vez. Oí a un par de tipos contar la historia de cómo Tom Ryan tenía al tipo en la parte trasera de un auto pretendiendo que iba a comprar un poco de vino que el tipo tenía que vender. Después de que el hombre le hubiera divulgado el secreto de dónde estaba almacenado el vino, Tom cogió una escopeta y le voló la cabeza al tipo. Se suponía que la cabeza del tipo se había diseminado por toda la parte trasera del auto.

Cuando Jim Drew fue atrapado poniendo dinamita en la parte de atrás de la cantina de Freddie Farrel, oí la historia del porqué trató de volarla. Parece que Jim Drew, George Morrison y Bennie Kelley estaban sentados en una mesa aparte en la cantina de Farrel con tres chicas, y se emborrachaban ruidosamente. Le lanzaron algún tipo de comentario a Freddie Farrel, que vino a su mesa y les dijo que se calmaran o los echarían. Bennie Kelley era el único que tenía un arma, y tenía una .25 automática con solo un cartucho dentro. Cuando Farrel regresó al bar Kelly le disparó. Farrel tenía siempre a su pandilla presente alrededor del bar. Ahora ellos cayeron sobre estos tres en la mesa y los empujaron hacia la calle. Administraron unos cuantos golpes y patadas pero, como las chicas estaban presentes, no se les hizo nada más. Así fue que Drew trató de volar la cantina de Farrel con dinamita suficiente como para volar una cuadra completa.

Para regresar a cuando fui echado del club. Vagué por el vecindario sintiéndome muy mal de espíritu. Tenía puesto el abrigo del año pasado de George Morrison. George medía un metro noventa, pero como el abrigo solamente le llegaba a las rodillas, éste no rozaba la acera cuando yo lo llevaba. Vagué por ahí durante un par de horas y busqué información sobre dónde estaba uno de los tipos con los que iba, Billy Leggett. Supe que estaba en el Teatro H_____ con un tipo de nombre de Sam Flynn. Estando quebrado, quería pedir prestado un poco de dinero a Billy Leggett. Sabía dónde estaría sentado ya que todos nos sentábamos en cierta parte del teatro. Recibí permiso de Mike Doyle, el revisor de boletos, para entrar al teatro a hablar con Billy. Encontré a Billy y él me advirtió que me fuera de la vecindad. Me dio medio dólar, que era todo lo que tenía.

Caminé hacia la Calle F___ a la vuelta de la esquina donde vivíamos, y envié a Dan Martin a mi casa para decirle a mi madre que saliera porque la quería ver. Cuando vino, le dije que estaba en problemas y le pedí algo de dinero. Todo lo que tenía eran tres dólares, y me mostró que su billetera estaba limpia incluso de alguna moneda suelta. Tomé los tres dólares y me fui por la Avenida U___ y la Calle F___ donde había muchas casas de huéspedes. Toqué la campana de tres o cuatro lugares antes de que pudiera encontrar a alguien en casa. Toqué la campana durante quince o veinte minutos antes de que alguien viniera a contestar. Una gorda irlandesa vino a la puerta y con penosas palabras me preguntó qué quería. Se lo dije y me dijo que la siguiera. Me dijo que la habitación más barata me costaría tres dólares la semana, pagados por adelantado. Eso se llevó todo el dinero que tenía, salvo por una o dos monedas de diez centavos. Ella encendió una luz y vi que la mujer estaba magullada en casi todos los puntos de su cara. La manera en que gemía, y la dolorosa manera en que se tambaleaba, eran suficiente evidencia para hacerme creer que algún irlandés rabioso la había golpeado. Parecía que le costaba respirar y, haciendo pucheros, me dijo que se había caído por las escaleras.

Allí dormí esa noche y el día siguiente, después de leer el periódico y viendo la historia reimpresa, vagué por solo Dios sabe dónde. No he debido comer nada todo ese día, puesto que esa noche tenía todavía las pocas monedas de cinco centavos en mi bolsillo desde cuando compré un periódico, y regresé a mi habitación. La historia estaba en el periódico de la noche y decía que la policía tenía un indicio y que estaban tras la pista de los culpables. Leí el pasaje una y otra vez, ignoro cuántas veces. Fui a dormir esa noche en un estado mental intranquilo. Me había sentado en el borde de la cama leyendo cada ítem del periódico, pero siempre terminaba leyendo la historia que se refería a mí.

Me levanté hacia la media mañana siguiente, vestido, y salí. Fui a una casa de mala fama en S.___, Calle E___, donde muchas veces había gastado dos dólares, y le dije al proxeneta que yo estaba en problemas, y le pedí un préstamo de unos cuantos dólares. Él me contó una infortunada historia sobre cómo estaba vencido el alquiler y que tenía que pagar la cuenta del carbón y que los estaban desangrando por el dinero de protección. Finalmente se deshizo de dos dólares y dijo que, si

quería, podía llevar a una de las chicas a una habitación. Mi mente estaba en cosas más importantes que ésta, pero noté que ninguna de las chicas mostraba signos de entusiasmo frente el prospecto de participar en mi pasión por amor a la caridad. No pude evitar sentirme amargado por esto, después de pensar en todas las veces que yo les había dado billetes de cinco dólares, cuando dos dólares hubiera sido suficiente. Ellas me ofrecieron comida, pero me negué a participar de su hospitalidad.

No conozco todos los lugares por los que anduve ese día tampoco, pero la noche me encontró alrededor de la Ruta M___ y la Calle P___. Recuerdo que allí entré en un restaurante de la esquina y pedí tarta y café. También recuerdo que no tenía hambre y que, simplemente al sentarme allí y descansar, forcé a bajar la comida por mi garganta. Por alguna razón, tal vez con la esperanza de encontrarme con alguien que conociera, entré en la sala de billar a la vuelta de la esquina de la Ruta M___. Me encontré con dos vagos, juveniles ellos, que conocía de vista y que me conocían. Nunca había andado con ellos cuando viví en el vecindario años atrás. No sabía sus nombres completos. Uno era llamado Seippy y el otro Punk. Este Punk era lo que su nombre significaba –un perverso sexual.

No sé adónde fuimos esa noche. Les dije que tenía una habitación abonada en el lado sur y se invitaron a sí mismos a compartirla conmigo. Tenían tiquetes de tranvía así que montamos hasta las Calles R___ y E___. El espectáculo estaba abierto y me encontré con un tipo Dick Slaughter, a quien conocía del Club Burns. Quería saber por qué no estaba ya en el club y le conté mi historia.

Seguimos caminando hacia donde estaba mi habitación y todos tres entramos en ella sin ser observados. Los tres nos desvestimos y nos fuimos a dormir. Punk dormía en el medio. A altas horas de la noche me desperté y descubrí que Punk se me estaba insinuando. Sabía qué quería, pero nunca antes en mi vida había hecho algo como eso, y no era atractivo para mí. Simplemente me aparté de él y volví a dormir hasta la mañana.

Cuando todos nos levantamos al día siguiente regresamos al lado oeste donde seguí a estos dos mientras holgazaneaban primero en una sala de billar y luego en otra. No tenían dinero, así que ellos sableaban

bebidas de cualquiera que tuviera. Nunca toqué este veneno. Ya tenía suficiente desdicha como estaba.

Esa noche volvimos a mi habitación en el lado sur y fuimos a dormir. Toda esa noche Punk durmió pegado a mí, incluso cuando estaba tumbado de espaldas a él. El día siguiente Maxie me preguntó en un aparte si yo le había dado a Punk lo que quería, y parecía sorprendido ante mi respuesta negativa. El propio Punk pensaba que yo era un idiota por no agarrar semejante oferta. Nada así me tentó alguna vez. Era domingo por la mañana y, como las paredes eran muy delgadas, oíamos los ronquidos ebrios en la habitación de enseguida. Estos tipos con los que estaba querían explorar el completo edificio en que estábamos. Buscaban algo para robar. Entraron en la habitación contigua a la mía y encontraron a dos borrachos dormidos. Procedieron a esculcarlos, pero no encontraron nada. Abrieron un par de maletas que había allí. Voltearon la habitación boca abajo, y todo lo que encontraron fue una cuchilla de afeitar.

Los dejé allí y caminé muchas millas hacia el norte. Pensaba en cómo estos dos vagos habían violado mi hospitalidad y me hicieron perder mi habitación. Ahora estaba sin un lugar donde dormir y me sentí peor que nunca. Estoy hablando muy sinceramente cuando digo que deambulé hacia ningún lugar en particular. No sé dónde dormí las dos o tres noches siguientes. He podido estar caminando por ahí la mayoría de estas noches. Si hubiera estado enfermo y delirante no hubiera sabido menos de lo que estaba haciendo que lo que sabía. Era el hecho de que yo sabía que estaba en problemas, y no conocía ninguna manera de borrar lo que había hecho. Me di cuenta de que el mundo estaba demasiado ocupado para compartir mis problemas. Recuerdo, como si fuera un sueño, a un portero dándome órdenes desde el cálido sótano de un edificio de apartamentos donde había encontrado refugio, y me acosté sobre algunos trapos en un rincón oscuro. Fue en las primeras horas de la mañana. Debo de haber paseado por calles laterales hasta la luz del día.

Caminé por las calles con el pensamiento atribulado hasta cerca de las tres de la mañana siguiente. Inconscientemente, mis pasos me llevaron a mi propio patio trasero. Llamé a la puerta de atrás de nuestra casa y mi madre se levantó para abrirme la puerta. Hice un sonido ahogado y mi madre simplemente mencionó mi nombre. Ella vio,

incluso en la oscuridad, que yo estaba en un gran problema. Nunca había estado en un problema tan serio. Ella lo percibió de inmediato. Yo sabía que ella no tenía dinero, así que le supliqué que le suplicara o prestara cuarenta o cincuenta dólares a los vecinos para que yo pudiera escapar de la ciudad, que me estaba ahogando, que me dificultaba la respiración. Dijo que trataría cuando amaneciera y, mientras tanto, puso en la mesa todo lo que había de comer en la casa. Había pollo, pescado, postres y otras cosas. No tenía hambre y no toqué un bocado. Dormí en una cama angosta, pero esta noche mi madre puso una gran almohada y una colcha de plumas de la cama grande sobre mi cama. Estaba agotado y dormí con la rigidez de la muerte. Cuando me despertó el ingreso de cuatro detectives a mi habitación, yo todavía estaba *acostado* en la misma posición que cuando me había acostado por primera vez. A través de la parte inferior de la persiana vi los ojos de dos detectives más con dos escopetas de cañón recortado de acero azul apretadas en sus manos.

CAPÍTULO X¹³³ LA CONDENA ASEGURADA

Estaba muy entumecido y cuando se me ordenó que saliera de la cama me tomó algunos minutos vestirme. No se me dio tiempo para ponerme una corbata. Mi madre tenía muchos platos extendidos en la mesa, pero no podía comer. Los detectives estuvieron dispuestos a darme un minuto o dos para comer.

Uno de los detectives me dijo que le dijera a mi madre lo que yo había hecho. Enfrente de la casa estaba esperando una patrulla. Cuatro detectives entraron conmigo. Uno de ellos, el teniente Elkart, me alargó el periódico de la mañana y señaló el artículo de las noticias donde nueve tipos fueron sacados del Club Burns, y cómo uno de ellos había dicho que yo era el culpable. Solo se me permitió leer esto, pues luego el periódico fue arrebatado de mis manos. Elkart cogió una escopeta de cañón recortado y la acarició. Me preguntó qué tenía que decir. No dije una palabra y él me dio un ligero golpecito a un lado de la cabeza con la culata de la escopeta.

Otra patrulla siguió detrás de nosotros hasta que llegamos a la comisaría. Allí fui llevado a una habitación de arriba que miraba hacia la Calle E____. Un grupo de detectives se metió en una acalorada discusión sobre si esperar hasta que viniera Smith (oficial superior) antes de exponerme. Finalmente acordaron exponerme en ese mismo

¹³³ El presente capítulo incluye la descripción que hace Sidney de su arresto, juicio y condena. Presenta una vívida imagen de las actitudes intensamente hostiles de Sidney hacia la policía, los periódicos y la corte. Estas actitudes indican hasta qué punto sus valores morales y filosofía de la vida divergen de los estándares aceptados por la sociedad convencional. Es claro que él se identifica de cerca con el mundo delincencial adulto. Sus actitudes son en su mayoría probablemente típicas de una gran proporción de los delincuentes habituales.

momento. Tenían a varios hombres y mujeres allí, pero todos estaban seguros de que no era yo el que los victimizó. Trajeron a la chica, Margaret Milfords, a la habitación y ella me miró por un minuto o dos en silencio y luego sacudió la cabeza negativamente. El detective ahí de pie le dijo, “Piénsalo. No tienes que decir nada aquí. Dinos lo que piensas cuando salgamos al pasillo”. En esto hablé y dije que yo era él.

Un detective abrió una ventana de par en par y todos abandonaron la habitación. Me dejaron solo, pero dejaron la puerta abierta. A través de la puerta abierta vi a un detective de pie detrás de la puerta de un armario de acero con un rifle en la mano. Estaba de pie dentro de la puerta abierta del armario, así que para mí era imposible ver sus pies. Lo vi a través de la grieta de la puerta del armario próxima a las bisagras. Sobra decir que no intenté escapar por la ventana. Después de unos pocos minutos entró un detective y sospeché que era el que estaba de pie detrás de la puerta del armario. Parecía estar muy enojado, y creo que era porque yo lo había decepcionado al no trepar y salir por la ventana abierta.

Smith, y un hombre de la oficina del Abogado del Estado, y otro grupo de detectives, vinieron pronto a la estación. Smith también trajo consigo a reporteros de prensa y fotógrafos. Por un minuto pensé que dos de los detectives se iban a poner a pelear por el privilegio de poder estar de pie a mi lado cuando yo fuera fotografiado sentado en una silla. Smith quería saber si ellos habían tenido éxito en plantar algunos cargos más en mi contra, y cuando dijeron “no” reprendió a algunos de los detectives por no esperar hasta que él apareciera para hacerme un reconocimiento. Dijo que él habría tenido éxito en plantar algunos buenos cargos en mi contra.

El grupo que veló para que yo llegara a salvo a la oficina de detectives incluía tres o cuatro autos. Como eran alrededor de las doce, fueron solamente hasta las Calles R___ y E___ y se detuvieron en frente de un restaurante. Cualquier hombre, mujer y niño conocía el lugar porque era realmente un *blind pig* [bar ilegal]. Todos fueron a este lugar, excepto un detective que fue dejado para protegerme. En unos veinticinco minutos salió otro detective para relevarlo mientras él entraba a comer.

Fuimos llevados a la Oficina. Allí supe que yo hacía parte del caso que pertenecía al Teniente John Blaker, quien dejó que un asistente

menor del Abogado del Estado conociera todo sobre el caso en palabras que no dejaban dudas. Klanton, Blaker y otro asistente del Abogado del Estado, estaban allí. Antes de ponerse a trabajar trajeron a Gerard a la habitación y le dijeron que contara la historia. Le hicieron repetir mi parte en ella y le dijeron, como si se lo recordaran, que podía librarse rápidamente si contaba todo sobre mí. Podía ver claramente que le habían dicho que lo soltarían si la ponía contra mí. Él respondió sus preguntas sinceramente, pero hacían las preguntas de tal manera que las respuestas de Gerard me condenaban ciento por ciento por violación. Él, por supuesto, se condenó a sí mismo también, pero solamente estaba pensando en salvarse.

Él fue sacado de la habitación, y me preguntaron si estaba dispuesto a hablarles de eso. Lo hice. Cuando les dije sobre la pareja teniendo relaciones sexuales, Blaker dijo, "Oh, no me vengas con eso ahora, no quieres calumniar a la chica, ¿cierto?" Yo estaba demasiado asustado para insistir en cualquier cosa. Hubiera preferido sentarme en silencio. Querían que escribiera una confesión y la firmara, pero me negué. Me mostraron una confesión que llevaba la firma de Gerard.

Me mostraron un libro de hojas de papel amarillas y me dejaron leer algunas hojas. Era una lista de delitos que habían sido cometidos. De éstos, los delitos menos serios parecían ser los asaltos. La mayoría consistía en cargos por violaciones y asalto a matar. Me dijeron que yo podía ser sentenciado solamente por un cargo, así que por qué dudar en firmar mi nombre en todos estos delitos. Me dijeron que les estaría haciendo un gran favor ayudándoles a resolver todos estos misterios. Prometieron ayudarme si les colaboraba en este pequeño asunto de firmar mi nombre en estos pocos cientos de cargos. Me dijeron que positivamente yo los había cometido, así que se preguntaban por qué dudaba en firmarlos. Trajeron a otro detective a la habitación, quien puso su silla frente a mí y empezó a interrogarme. Tenía en la mano un lápiz de grafito que tenía una punta muy afilada. Se mantuvo apuntándola hacia mis ojos mientras me interrogaba. Pensé que seguramente se acercaría demasiado y me sacaría un ojo. Como no sabía nada de los cargos que querían colgarme, yo, por supuesto, los negué. "Dios, maldito mentiroso", fue el tipo de mentiroso más moderado que me llamaron. Klanton hizo un comentario en el sentido de que "Gerard es el único que está dispuesto a decir la verdad", y a mí me dijo, "¿Cómo

vamos a hacer para ayudarte si ni siquiera nos ayudas?”. Dijo que Gerard les había dicho que yo había cometido muchos de los delitos que habían enumerado. Sospechaba que Gerard había respondido “Creo que él podría haberlo hecho” a cada cargo sobre el que le preguntaron.

Me asaron a preguntas durante unas pocas horas, y no me preguntaban sobre el cargo que yo estaba dispuesto a confesar. La única parte de mi cargo aceptado sobre la que me interrogaron fue: “Qué habías hecho con el arma”. Le di el arma a Dan Martin, pero no les iba a decir eso. Les dije que había vendido el arma a un extraño en la Calle West Madison. La única razón por la que me creyeron fue porque había dicho la verdad sobre todo lo demás conectado con el cargo.

En la oficina de detectives hay hombres experimentados, y unos pocos son inteligentes. Algunos incluso asisten a la iglesia y pretenden que poseen todas las cualidades normales de un ser humano. Su sabiduría consiste en saber qué delito no respaldado por la autoridad está mal. El delito respaldado por los “peces gordos” del City Hall (municipio) está bien. Los grandes políticos no pueden hacer mal.

El delito no autorizado debe ser extirpado, pero si los detectives aceptan sobornos por liberar a los culpables, eso solamente es un chanchullo honesto. Los detectives tienen familias y merecen vivir en lujoso confort, pero los detectives deben usar sus cabezas y no hacer escándalo. Si el cuartel general así lo ordena, los detectives deben renunciar a sus chanchullos y limpiar sus distritos. Son deshonestos si no lo hacen.

Cierta ilegalidad es patrocinada y protegida por grandes políticos, y estos lugares no deben ser disturbados por los detectives bajo ninguna circunstancia. Cuando irrumpe un gran caso, la policía debe ir al cuartel general por órdenes. El cuartel general es el instrumento de la oficina del Abogado del Estado, y la oficina del Abogado del Estado es (según sea el caso) o bien una cámara de compensación o una sala de subastas para los políticos.

Cuando a la policía se le da el permiso para tratar de resolver un delito y aprehender al delincuente o delincuentes, ella está bajo la supervisión cercana de la oficina de detectives. En tal caso, los reos no se pueden comprar gratis en la estación del distrito. Si no pueden comprar su libertad en la oficina de detectives, eso significa que la oficina del Abogado del Estado quiere a su víctima. Si la libertad no se puede

comprar en la oficina del Abogado del Estado, eso significa que los grandes políticos pretenden que se haga un sacrificio al clamor de sangre de los periódicos. Por regla general es para ganar el favoritismo del público con fines electorales.

Para este fin la verdadera fortaleza debe ser la oficina del Abogado del Estado. Allí determinan la etapa para la condena. La justicia no tiene nada que ver con eso. Ellos no solo engrasan la maquinaria de condenas, sino que suministran su propia etapa, que tiene muchas trampillas. Si la oficina del Abogado del Estado requiere intensamente a una víctima, pueden depender de la Oficina de Detectives para que suministre una con pocas horas de aviso. Ocasionalmente atrapan a la persona o personas culpables. En tiempos cruciales tratan de hacer que ciertos casos parezcan extraordinarios. Para el camino de ascenso ayuda atrapar a delincuentes desesperados y peligrosos. No hay, por supuesto, tal cosa como la opinión pública. A través de un medio, los periódicos, se practica la psicología de la turba sobre el público. Estimulan el sentimiento del público hasta que el público piensa que está en peligro, y luego, con palabras, o sacrificando a una víctima, calman el sentimiento de indignación del público. Encienden este sentimiento, lo alimentan, luego lo calman. A veces espolean la opinión pública por medios legítimos. Este es todo un juego para los suscriptores. Más suscriptores significa más publicidad, y publicidad de mayor precio. Dado que los periódicos crean y moldean esta cosa que llaman "opinión pública", han llegado a ser tan necesarios para los políticos como el gobierno lo es para una agregación de personas.

Soy una de las víctimas que los periódicos sacrificaron al Dios de la Circulación del Periódico¹³⁴. Los periódicos hicieron de mí a uno de los

¹³⁴ Es importante observar los esfuerzos de Sidney por escapar de la responsabilidad de su delito. Desde su punto de vista, él era una víctima del "sentimiento de indignación del público", que había sido estimulado por los periódicos en su denuedo por incrementar su circulación. Solo rara vez Sidney expresa alguna compasión por las víctimas de su delito o expresa algún aprecio por los sentimientos y valores morales de la sociedad convencional. Sus actitudes y filosofía de la vida son claramente aquellas de un delincuente habitual cuyos contactos sociales, desde su temprana niñez, se han restringido a los grupos delincuenciales y criminales.

cocos que asustarán al público leal a los periódicos. El público apoyará a los periódicos en lo que sea, porque los periódicos han evitado que el público sea victimizado por demonios tales como yo. Los periódicos deben encontrar todos los días algún peligro extraordinario del cual rescatar al público.

La oficina de detectives está siempre dispuesta a jugar al sensacionalismo de los periódicos, aun cuando los periódicos pueden hacer mañana, de la propia oficina de detectives, la víctima de su sensacionalismo. Como dije antes, todo este sensacionalismo emocional no tiene nada que ver con lo correcto. La justicia no significa nada si ella misma no proporciona un melodrama sensacional.

Un mes antes de mi arresto, cuando todavía estaba en San Carlos, se cometió una ofensa seria. Ni siquiera el diablo fue acusado nunca de algo tan terrible. Este delito contenía todos los clímax emocionales que debe tener un melodrama. Tres hombres asaltaron un automóvil que llevaba a un ciudadano y a una mujer honorable que estaba a punto de convertirse en su esposa. (Para los detalles, mirar los periódicos de ese período). Los periódicos se lo jugaron por todo lo que valía.

La gente tenía miedo de aventurarse de noche por las calles. Una noche, cuando un cajero de banco y su esposa conducían a casa luego de una fiesta, un gran auto de turismo condujo al lado de su auto. Era un escuadrón de policías que olvidó hacer sonar su gong. Él pensó que eran atacantes, y disparó una pistola automática hacia el auto del escuadrón y mató a un teniente de detectives e hirió a uno u otros dos. Culpo de esto a los periódicos por hacer que el público piense que había numerosos atacantes desenfrenados en las calles de Chicago.

La policía fue incapaz de aprehender a los tres atacantes, pero el siguiente tonto que atraparon tenía un cargo preparado esperándolo. Los intrigantes de la oficina del Abogado del Estado tenían todo listo para extraer la sangre de la víctima que la Oficina pronto serviría a pedido bien cocida. Los conspiradores de la oficina tenían sus sentidos sintonizados para la próxima víctima, donde las circunstancias se podían distorsionar y reunir para ajustarse a la oficina del Abogado del Estado.

Los periódicos habían entrenado a hombres con instrumentos más poderosos que la espada con los que cortar a sus víctimas para alimentar

la turba. La turba, cuyas emociones habían alimentado ellos, esperaba lujuriosamente. Luego escapé de San Carlos, fui arrestado y me convertí en la víctima de una turba excitada, que gritaba por sangre. Ellos hundieron profundamente sus colmillos en la víctima, hasta que la víctima era una masa de *sangre*. Sin piedad, su víctima fue dejada viva; una muerte en vida.

Fui interrogado y vuelto a interrogar. Me lanzaban las mismas preguntas continuamente. Estaba angustiado. Dije la verdad sobre todo lo que me concernía, pero no había nada, aparte de este cargo, por lo que pudieran condenarme. Seguían diciéndome que Gerard nos dijo esto y que Gerard nos dijo aquello. Yo no había hecho las cosas a las que se referían, sin embargo parecía que tenían suficiente evidencia falsa para condenarme por ellas.

Me llevaron arriba al tercer piso donde abrieron la puerta de una habitación muy oscura y me dijeron que entrara. Dijeron que estaban a punto de mostrarme el pez de colores. En el Club Burns había oído hablar de la crueldad ejercida en la Oficina de Detenciones, y mi imaginación empezó a trabajar. Cuando entré en esa habitación oscura, alguien cerró la puerta desde fuera. Alguien en la habitación me golpeó con una cachiporra en el hombro, y yo silenciosamente me agaché y hundí en el suelo en el centro de la habitación. Oí lo que sonaba como una media docena de hombres golpeando las esquinas y a lo largo de los lados de la habitación, buscándome. La puerta se abrió de golpe, justo cuando uno de ellos me encontró y me dio un golpe en la parte inferior de la espalda. Salté de la habitación oscura con manos y pies. El teniente a cargo de mi caso le dijo a alguno de los detectives parado por ahí que hasta tanto él me tuviera a su cargo no iba a soportar nada como eso otra vez. Todo esto era una payasada, y es bien sabido que si él fuera llamado ante la corte por este tipo de trato, juraría que nunca vio a los hombres que lo hicieron. Tampoco yo, para el caso.

La oficina está segura de la condena en casos de violación. Pocas veces en la historia de este país fue acusado alguien por cargos de violación y dejado libre por un jurado. Todos aquellos que lo fueron, fueron de alguna manera comprados. La palabra "violación" condena.

Gerard y yo no fuimos encerrados en celdas sino hasta unas pocas horas antes de que Gerard fuera programado para comparecer ante un

magistrado con el propósito de ser sacado de la oficina para ser fichado o liberado. Nos permitieron sentarnos en un banquito fuera de las celdas. Solo nos alimentaron cuando Gerard fue convocado ante un magistrado. Fueron solo dos o tres días los que estuvimos retenidos en la oficina de detectives, pero la experiencia está todavía vívida en mi memoria.

Mientras Gerard estaba de pie ante el juez con su abogado, yo me senté dentro de la barandilla solo a unos pocos pies del banco. El abogado me echó toda la culpa, llamándome un artista de la violación, aunque el abogado no sabía nada sobre el caso. A Gerard y a mí se nos ordenó ser reseñados y puestos en custodia. Fuimos puestos a cargo de gobernantas en la comisaría y encerrados en celdas.

Mientras que estábamos en la oficina de detectives estábamos constantemente en pruebas de reconocimiento. Docenas de víctimas me identificaron positivamente, a pesar de que nunca antes me habían visto en sus vidas. Los detectives nos recordaron que solamente podíamos ser condenados por un cargo, así que si seleccionábamos algunas de nuestras víctimas les haríamos un gran favor. Por este servicio nos prometieron algo para comer.

Un hombre, viéndome en la línea de reconocimiento mientras que estaba a mitad de camino de las escaleras, me señaló, y juró que me reconocía como uno de un trio que lo había victimizado. Caminó directamente hacia mí, y usando su dedo índice para enfatizar sus palabras me preguntó qué había hecho con sus cincuenta barras de pan. Me acusó de asaltarlo y coger su camión de panadería, su pan y una pequeña suma de dinero.

Cuando estaba en la cárcel del condado un tipo que conocía, llamado Lon Smithers, me dijo que él vio en el periódico donde yo había pescado muchos de sus propios golpes. Me dijo que uno de ellos fue un asalto a un camión de panadería. Dijo que uno de los tipos se me parecía, y este tipo le arrojó *una carga* de pan de centeno al dueño del camión mientras ellos se alejaban con el camión. La barra de pan atrapó al panadero a un lado de la cabeza. Esto, con seguridad, explica el entusiasmo que empleó el panadero al identificarme. Este chico es el hermano de Ed Smithers, uno de los tres con los que solía andar. Billy Leggett y Dan Martin son los otros dos.

El único cargo falso por el que me acusaron fue el asalto a un taxista. Mi otro cargo fue dividido en una serie de cargos, y yo estaba listo para aguantar hasta el final de un simulacro de juicio.

Pero antes de esto fuimos llevados para una audiencia ante el juez en la Estación de la Avenida X____. Esa era la estación en la que el teniente a cargo de nosotros estaba regularmente asignado. El juez soltó el comentario de que si le fuera posible sentenciarnos ahí mismo, pues entonces nos daría la perpetua. Él nos destinó al gran jurado. Cuando el abogado de Gerard le preguntó por cuánto había fijado las fianzas, replicó diciendo, “Veinticinco mil dólares por Gerard y treinta y cinco mil dólares por Blotzman”. También comentó que si pensara que existía para nosotros alguna posibilidad de pagarlas, las elevaría a medio millón.

Nos llevaron directamente a la cárcel del condado. Nos pusieron en un corral con una multitud de hombres. Los estaban recibiendo a todos. Uno de ellos, un hombrecito de mi tamaño, había pasado dos años en Joliet y había regresado para ser juzgado por otro cargo. Esto era a principios del invierno y tenía puesto un traje de playa de color claro. Yo tenía mucha hambre, al haber recibido solamente una comida en tres o cuatro días. Este “ex-con” trató de intercambiar la ropa conmigo, prometiendo poner el precio de una copa de café y dos donuts para arrancar. Finalmente le vendí un anillo de oro que llevaba puesto por veinte centavos, el precio de dos tazas de café y dos panecillos para Gerard y para mí. Había recibido ese anillo de regalo cuando estaba más joven y nunca fui capaz de sacármelo del dedo. Trataron de sacarlo usando jabón, tanto en la oficina como en la cárcel del condado, pero sin éxito. Yo no me quité ese anillo del dedo, el hambre lo hizo.

Me pusieron en la celda receptora completamente solo después de dárseme un baño sin el suministro de una toalla para secarme¹³⁵. Se daba jabón marrón de pisos para bañarse, pero admito que esa era la única cosa que podía asear a algunos de los otros hombres. No dormí aquella noche. Cada vez que abría los ojos y miraba las rejas a mi alrededor estaba seguro de que otro día había venido y se había ido. La parte vieja

¹³⁵ Como se dijo antes, Sidney fue encarcelado en la vieja prisión del Condado de Cook.

de la vieja prisión del condado es la parte más lúgubre del mundo entero, y las celdas de la oficina ocupan el segundo lugar.

La mañana siguiente un interno nos hizo a todos pruebas de sangre. Era un trabajo muy crudo, pero sin duda el tipo que las hacía se había vuelto muy experimentado. El doctor usaba guantes de goma y, después de manipular todas las partes de nuestros cuerpos, agarró nuestras lenguas entre su pulgar e índice para mirar dentro de nuestras gargantas. El "excon" de Joliet seguía tratando de hacer un intercambio de ropas. Me aseguró que yo no les daría más uso, ya que los informes de los periódicos eran suficientes como para meterme en Joliet durante un buen tiempo.

A todos nos asignaron pisos diferentes en la cárcel. Gerard y yo fuimos a la parte nueva de la cárcel. Él fue al sexto piso y yo fui al séptimo. Cada domingo por la mañana el séptimo piso bajaba al corral del sexto piso y se mezclaba con los tipos de allí. El sexto piso estaba dominado por una camarilla y el séptimo por dos camarillas. La camarilla del sexto piso era un grupo que andaba por las Calles F___ y E___. Una de las camarillas del séptimo piso era una parte de esta misma pandilla y la otra camarilla era un grupo de italianos. (Los tipos que asaltaron el Hotel P.____). Yo conocía a las bandas de las Calles F___ y E___, no sus nombres, sino sus caras. Ellos también me conocían por casualidad. Conocía de manera casual a muchas pandillas por millas alrededor del vecindario. Sus miembros eran por lo general chicos que había conocido en el Hogar de Menores, la Escuela Correccional, San Carlos, la Cárcel del Condado e incluso en las Escuelas de Continuación. No había en Chicago un vecindario por cuyas calles pudiera caminar sin ser saludado. A través de los tipos que me he encontrado aquí, estoy bastante seguro de que podría entablar conversación con casi todas las pandillas de Chicago.

Este acceso a los bajos fondos es la única cosa que la encarcelación ha hecho por mí, a menos que puedas darles crédito por estimular mis pensamientos y hacerme entrar en razón. Mi cambio de corazón se debe solamente al paso de los años, y no a los castigos que he recibido. Quizás yo era peligroso para la sociedad, pero lo era inconscientemente. He debido haber tenido el cuidado personal de un educador. En la ciudad la gente pobre vive antinaturalmente, rodeada de influencias endurecedoras. Son la presa constante de los buitres. Los niños de la

ciudad pueden ser más astutos, pero los niños del campo o de las ciudades pequeñas son más sabios. Una onza de reformatorio en una escuela correccional causa a veces una tonelada de deformación.

Al hablar de la cárcel del condado debo explicar primero que la inmundicia está arraigada en cada barrote de acero y en cada bloque de piedra que levanta una prisión. Las prisiones son cánceres en la faz de la tierra. Sus influencias ultrajadoras solamente se pueden borrar cuando todas sean borradas de la faz de la tierra. La seguridad del hombre debe conseguirse mediante el cambio de corazón del delincuente. Las prisiones protegen solo temporalmente. La seguridad permanente del hombre reposa solo en el exterminio completo de sus delincuentes, o en devolverlos a la sociedad como hombres mejores. ¡Dame un caso en que la influencia de la prisión haya reformado a un hombre! ¡Dime de un hombre cuyas reacciones a las influencias de la prisión no fuesen odio y amargura! ¡Dime de una prisión cuyo único propósito no fuese la venganza! ¡Dime de una cosa buena que salió alguna vez de una prisión! ¿Qué hace cualquier prisión sino proteger temporalmente al público? O ejecutarlos o educarlos en los caminos de la rectitud. Por supuesto, no vamos a ejecutar a las personas desde ahora hasta el fin del mundo. Esta es una era más iluminada en todo, salvo en la correcta administración de las prisiones.

La cárcel del condado estaba podrida de suciedad. La atmósfera contaminaba la mente. La mayoría de los hombres en la cárcel del condado eran hombres que no pudieron pagar la fianza esperando el juicio. Todo hombre, como va el cuento de hadas, es inocente hasta que sea encontrado culpable. Simplemente se supone que estos hombres están en custodia, aunque ni siquiera son alimentados como deberían alimentarse los humanos. Los guardias regañones te recuerdan con frecuencia que eres un prisionero indefenso por la forma en que te llevan en manada de la celda al corral y de vuelta otra vez.

Todos entendemos que si un hombre es útil para la comunidad, o incluso para sí mismo, nunca debería estar en la cárcel del condado. De vez en cuando un hombre honesto entra en la cárcel por error. En estos días (o debería tal vez decir en Chicago) el dinero es el símbolo de la utilidad de un hombre. Si la mayoría de los prisioneros pueden ponerse como un ejemplo, eso es parcialmente cierto. El dinero en muchos casos

simboliza el éxito. Buitres, hongos y *parásitos* han confundido el dinero con el éxito en la vida. ¿Es de extrañarse que los prisioneros deban volverse más astutos en sus esfuerzos por conseguir dinero? No son educados en el sentido verdadero de la vida, pero por experiencia saben que el dinero suavizará muchos lugares ásperos en el camino de la vida. Es verdad que los infractores de la ley están lisiados de alguna manera. Están incapacitados, por no conocer la alegría de trabajar por el sustento. Están lisiados, no mental o físicamente, sino en sus inventivas. Deben educarse para ver el trabajo en su relación con la vida. Yo mismo pensaba que estaba tomando el camino fácil viviendo del esfuerzo de los demás. El trabajo duro es el camino más fácil hacia la felicidad –el sudor debe formarse en la frente. “Comerán pan con el sudor en la frente”, es una ley fundamental de la vida y se enfatiza en cada religión y en cada filosofía que vale la pena. No estoy hablando hipócritamente, hablo sinceramente cuando digo que, con esperanza, anhelo salir de aquí y experimentar las alegrías de un día vivido rectamente.

Se suponía que en la cárcel del condado tu comida te era enviada por amigos o parientes. Allí podías comprar comida, si tenías el dinero. La poca comida que sí te suministraban gratis no era muy apetitosa. La mayoría de las comidas consistían en grandes tazas de café muy negro y amargo y dos o tres rebanadas de pan. Junto con estas raciones de hambre, la ventilación era nula. El café te mantenía despierto por la noche. Unos pocos meses ahí y los prisioneros se volvían escuálidos.

Allí no hay alguna forma de ejercicio o recreación. Ocasionalmente nos mostraban un espectáculo, pero esto no proporcionaba alivio para el *ennue*¹³⁶ físico. Nos hacían caminar en círculo en el corral durante cinco horas. Ese es todo el tiempo que se nos permitía salir de nuestras celdas. Pasamos demasiado tiempo en nuestras celdas, pero incluso caminar en el corral no agotaba nuestras energías reprimidas. Las raciones de hambre, y ser pastoreado como ganado, ocasionaban que este exceso de energía fuese usado para pensar en escapadas sensacionales como un medio de venganza.

Para todas las dolencias físicas los guardias daban sales de Epsom. Tenían también tabletas para “resfriados”, cápsulas de quinina y aspirinas. Un día un guardia le dio a un tipo llamado Henderson (2101)

¹³⁶ [N.T. Se conserva el término tal como aparece en el original. *Ennui*: tedio.]

una caja llena de aspirinas, en vez de las tabletas para los “resfriados”, y lo instruyó para que tomara una o dos cada quince minutos. Esto fue por la mañana. Por la noche el tipo fue incapaz de levantarse de la litera. El compañero de celda del tipo detuvo a uno de los *superintendentes* auxiliares y le dijo que había un chico muy enfermo en esa celda. Se descubrió el error en las tabletas y se les prohibió a los guardias expedir tabletas nunca más. La mañana siguiente, el guardia que le había dado todas estas tabletas de aspirinas a este chico, nos dijo que éramos un infierno de chicos por ir a *graznarle* al *superintendente* auxiliar su pequeño error, siendo él un tipo tan estupendo y que suministraba estas tabletas generosa e indiscriminadamente.

No vi justicia en ninguna parte. La venganza se había hundido sobre la mayoría de aquellos acusados de felonías. Todos los jueces estaban endurecidos por el sufrimiento humano. Para ellos se había convertido en un juego. Algún grupo de jueces de tribunales de policía tenían un jueguito llamado “Quién puede fijar la fianza más grande sobre una persona acusada”. Cuando se fijaba una fianza alta sobre un cargo por disparar o por un cargo de asalto a matar, el público, es decir, los periódicos, los elogiaban, pero cuando se fijaban fianzas altas sobre cargos ordinarios, era otra historia. Lo que solo sirve para demostrar que estos jueces no tenían el derecho moral para juzgar a sus semejantes, si no podían juzgar siquiera la constitucionalidad de una fianza cuando tienen, o se suponen tener, la constitución reposando sobre sus bancos. El favoritismo de los políticos o de los periódicos significaba más para ellos que el juicio honesto.

Mientras, en los tribunales penales los jueces hacían carrera para ver quién podía sentenciar a la mayoría de hombres a la penitenciaría y al reformatorio. (El Bridewell no cuenta). Todos los días las listas de los jueces se publicaban en los periódicos. Los detectives y los jueces del estado intentaban que sus casos fueran juzgados ante un juez que estaba a unos pocos puntos detrás en este jueguito. Solo piensa, ¡los peones eran seres humanos! La clemencia se perdía ahí donde la pena no se hacía valer sustancialmente. Cada condena contaba, y ellos no tenían tiempo para la justicia y la clemencia. El juez _____, creo, tenía a su favor más condenas por cargos graves que cualquiera de los demás.

Los pocos meses que estuve en la prisión del condado fueron una pesadilla. Inanición en una lúgubre casa de piedra y acero infestada de bichos, llena de suciedad, oscura, sin aire (no mal ventilada), era *espantoso*, cuando yo tenía un cargo serio sobre mis hombros por el que perder quizás el resto de mi vida natural. Los dos meses antes y después de mi juicio fueron una amplia expiación por cada error que he cometido en mi vida.

No hay mucho que decir de diecinueve horas al día en una estrecha celda con otros dos o tres jóvenes, y cinco horas al día en un corral. El dinero era necesario para la comida y pequeñas necesidades. Si no fumabas, contabas los segundos y, a veces, el número de barrotos. Había algunos tipos sin un centavo y sin control de sus facultades mentales. Si estaban hambrientos o ansiaban una fumada harían cualquier cosa para conseguirla. Aunque nunca fui testigo de ninguna perversión sexual, sé que tales cosas pasaban. Los tipos que estaban siempre listos para aprovecharse de un chico guapo en tal situación eran llamados lobos. Como no tenían otro modo de desahogar sus energías excedentes, estaban constantemente en búsqueda de un chico apuesto de mente débil que no tenía a nadie que pudiera entrarle algo de comida y dinero. Dichos chicos eran llamados punks¹³⁷. Un lobo usualmente trataba de llegar a la celda con un punk. El interior de las celdas era el único lugar en que podían ocurrir estas perversiones. Es fácil entender como un muchacho grande podía forzar a un muchacho pequeño mediante un mal trato. Algunos lobos les han quitado la comida y el dinero a chicos más pequeños en sus intentos por convertirlos en sus punks. Privándolos de la libertad de su celda, les hacían la vida miserable a los muchachos. Los muchachos de carácter fuerte generalmente no ingresan en la cárcel, así que puedes ver fácilmente por qué capitulaban a las exigencias del lobo. Una vez que contribuyen a los deseos del lobo quedan a su merced constante, y deben obedecer a cada una de sus exigencias, o enfrentar el riesgo del desenmascaramiento.

Es inútil informar a los guardias sobre algo de este tipo. El único momento en que se hace algo al respecto es cuando un lobo y un punk son atrapados en el acto. El equipo general de guardias son unos

¹³⁷ [N.T. En la jerga carcelaria, *punk* era el calificativo para un varón homosexual pasivo.]

imbéciles de clase muy baja, y consideran estas cosas todo un chiste. Los casos de sodomía son cosas para conversar y reírse con sus vasos de licor prohibido. He visto cómo se volvía muy embarazoso para un joven cuando se le quejaba a un guardia por los intentos de un lobo de pervertirlo. El guardia hablaba en voz alta de modo que todo el mundo en el corral podía oírlo. El joven no recibía ningún alivio. Pero el guardia hacía publicidad de la situación del chico. Todo lobo sabía que el chico nunca más apelaría a un guardia, así que el chico era una presa fácil para ellos. Una vez que el chico era pervertido, era el punk de todo el mundo. La amenaza de ponerlo en evidencia ante los otros chicos generalmente lo sometía. Un punk será un punk hasta que cualquiera sepa que él capituló una vez. Yo nunca he tenido una experiencia personal con ellos.

En el séptimo piso tenían un salón de clases separado del corral por una cortina de lona. Tenían a una maestra, la señora Mills. El trabajo escolar consistía en general en trazar imágenes de revistas. La maestra tenía buenas intenciones, pero era difícil enseñarles algo a los chicos. Todos los chicos tenían problemas en sus mentes, y sentarse en el salón de clases los irritaba. Todos los días la maestra tenía que pasar por la ordalía de tener a sus chicos reunidos. Los chicos que voluntariamente asistían a la escuela, y pacientemente se sentaban a lo largo de las horas de clase, eran tratados por ella muy amablemente. Ella tenía un closet completamente apilado con viejas *Saturday Evening Posts*¹³⁸ y se las daba a los chicos, que se sentaban pacientemente a lo largo de la clase. Yo leía dos o tres *Posts* cada noche, y por esto le doy las gracias a la maestra, la señora Mills.

Tomaba muchas tazas de café amargo todos los días porque estaba hambriento y tenía muy poca comida. Me mantenía despierto hasta tarde todas las noches y pasaron, sin dormirme, muchas de mis noches. Nunca estaba lo suficientemente cansado para dormir. Pensaba en todos los infractores de la ley que estaban libres porque tenían dinero, o

¹³⁸ [N.T. La revista *Saturday Evening Post* es una publicación que, desde su primera edición en 1897 hasta 1963, salía a la luz cada dos semanas. La revista solía contener textos de ficción y no-ficción, caricaturas y artículos especiales sobre personas o eventos. Tanto su diseño como su periodicidad han ido cambiando desde entonces.]

porque eran los instrumentos de alguien que tenía dinero o influencia política, mientras yo era castigado con una venganza. Pensaba de mí mismo “Si existe un Dios, él con seguridad me sacará mañana”. Sé positivamente que no hubiera roto más leyes. Podía no haber ascendido a nada, pero estaba en un estado de ánimo en que, si lo peor empeoraba, mendigaría la comida en vez de robarla.

Sabía que llevaba todas las de perder con respecto a mi caso. De todo lo que pude aprender supe que no había tal cosa como la clemencia de la corte. Declararse culpable significaba una condena larga, fue todo lo que pude descubrir, mientras que si fuera a ser juzgado por un jurado tenía todo que ganar y nada que perder. No tuve a nadie que me aconsejara, excepto a un abogado designado por la corte. Él me aconsejó levantar algo de dinero rápidamente puesto que tenía veinte años mirándome a la cara. Su criterio se excedió por solo unos pocos años. Nunca discutió el caso conmigo. Todo lo que quería saber era si tenía algunos amigos o parientes a los que él pudiera apelar por dinero. Estaba muy dispuesto a visitarlos.

El abogado de Gerard trató de mantener los casos separados. Tuvo éxito en que se mantuvieran por separado nuestros dos historiales pertenecientes al caso. No hubo mucho de un juicio. La chica juró que nosotros la habíamos violado a punta de pistola, y la hermana de la chica estaba muy indignada por eso. Un doctor juró que la chica había sido previamente virgen, y el teniente a cargo de nuestro caso, sin mentir, usó contra nosotros lo que le habíamos dicho. Un gran actor indignado exigió que el jurado nos sentencie y no nos deje libres. Mi abogado me dijo que no podía ganar el caso y entonces no intentó. El abogado de Gerard le dijo al jurado que no nos diera la perpetua, sino que lo pensara bien antes de tomar siquiera un año de nuestras vidas, o algo por el estilo. La oración de una madre fue todo lo que tuve para ayudarme, aunque entonces no me ayudó.

Si mi condena hubiera sido perpetua, no me hubiera sentido peor. La condena de Gerard se hizo más leve porque él hizo que el capataz, para el que había trabajado durante dos semanas, tomara el estrado y testificara sobre su buen carácter. Mi madre no podía suministrarme todo el dinero que necesitaba para comprar comida y todas las pequeñas necesidades. No pude costearme un corte de pelo con el que ir al juicio.

Fui sentenciado a las nueve y media P.M., el nueve de _____, y este es el mismo día y mes hoy, cinco años después. A lo largo de todo el período que duró el juicio, yo no tenía dinero suficiente para siquiera comprar un panecillo y una taza de café. Esta hambre, sumada a mi angustia mental, me hizo el ser humano más miserable en el mundo. La noche en que fui sentenciado los miembros del jurado fueron alimentados en su sala. A nosotros nos retuvieron en el corral, cuya puerta estaba enfrente de la puerta de su despacho. Los alguaciles nos dijeron que tenían suficiente comida para alimentar a los miembros del jurado y a nosotros, pero que iban a dejar que los miembros del jurado comieran primero y darnos lo que sobrara. Todo lo que obtuvimos fue un sándwich y un trozo de tarta. Pasamos esto con unas cuantas lágrimas. Mientras los miembros del jurado decidían nuestro destino fue el único momento en que derramé algunas lágrimas. A medida que se cerraba la noche supe que venir a un juicio para llegar a casa con sus familias era en sus mentes más importante que llegar a un juicio correcto por el bien de la justicia. Supongo que Dios no oyó mi oración porque no la respondió.

No puedo describir cómo me sentí cuando me condenaron. Estaba en trance. Todos mis pensamientos se centraban en mi despertar de esta pesadilla. Quería clamarle al juez que yo prefería una sentencia de muerte, pero mi garganta y lengua estaban muy secas. No podía siquiera mover mi cuerpo. No sentía sensación alguna a través de mi cuerpo. Simplemente sabía que mis nervios se tensaron y que mi sentencia había comenzado bajo esta tensión. Percibía más las cosas, y mi mente tenía una agudeza que nunca había tenido antes, pero en mí había esperanza en algún lado. Todo mi razonamiento me decía que la muerte era preferible, y que a veces era más duro vivir que morir. Mis sueños se mezclaban con la pesadilla que estaba viviendo, y no sabía cuál era cuál. No podía creer que me obligarían a cumplir mi sentencia. Estaba esperando que sucediera un milagro.

El abogado de Gerard obtuvo, para nosotros dos, una suspensión de la sentencia. Él esperaba hacerle ver a mi padre la seriedad de la posición en la que yo estaba, y que aflojara algo de dinero. Era una posibilidad sin esperanza, así que yo tenía que ir a prisión mientras Gerard esperaba en la Prisión del Condado para que su caso se decidiera en la alta corte.

Clifford R. Shaw

CAPÍTULO XI ¹³⁹ ENCARCELADO

Yo era uno de un grupo de once que fueron enviados a esta prisión. Cuando llegamos a la entrada principal nos registraron. Nos llevaron a la sala de recepción y descarga donde nos cortaron el pelo y nos dieron el atuendo de recluso. Recibimos un baño y fuimos rociados con unguento azul. Fue en el mes de _____ que ingresé en este lugar. Fuimos llevamos a la casa de celdas, y cada uno fue puesto en una celda donde ya había otro tipo. Me sentía muy solo. El gris de la casa de celdas y de las celdas era muy desalentador en sí mismo. La propia atmósfera es estéril e inspira desesperanza. No podía acostumbrarme a eso. Nunca pude imaginarme como parte de eso.

¹³⁹ En el presente capítulo Sidney ofrece una descripción de sus experiencias en la institución penal del estado a la que fue enviado hace más de cinco años. La importancia del capítulo consiste en el hecho de revelar las actitudes antagónicas y rebeldes de Sidney hacia la disciplina y la autoridad formal. La rutina formal de la vida de la prisión, en vez de efectuar una reorganización favorable de sus actitudes y el desarrollo de intereses saludables, parece más bien intensificar sus sentimientos de amargura y rebeldía contra la sociedad convencional. Su situación en la institución se hizo especialmente aguda dada la naturaleza del delito por el que fue sentenciado. En su mayoría, los guardias asumían hacia él la misma actitud emocional que la del público en general, considerándolo un “demonio violador” y un “retrasado”.

Aunque la descripción que hace Sidney de esta institución puede parecer un tanto exagerada en ciertos puntos, ésta está ampliamente confirmada por otras numerosas historias de vida. En cualquier caso, ella revela sus propias actitudes fundamentales y las interpretaciones que hace de la situación. Juzgando por otras historias de vida, las actitudes antagónicas que se muestran en este documento son probablemente más o menos típicas de aquellas de un gran número de hombres confinados en la institución.

La mía era la segunda sentencia más larga en la institución. Todos los guardias tenían que hacer una visita a mi celda para ver cómo me veía. Todos sabían más sobre mi caso que yo mismo. Preguntaban como cuántas mujeres había violado antes de ser atrapado, y un demonio violador era lo menos que me llamaban. Me hicieron saber que la mejor cosa que podía hacer era andar con muchísimo cuidado porque me iban a meter en el hueco en cualquier oportunidad que surgiera. Un guardia en particular nunca dejaba de perseguirme en toda oportunidad. Todavía lo hace. Voy a contar más sobre él más tarde. Fui tratado como si fuera un demonio. Parecía como si un guardia no pudiera evitar curvar sus labios y gruñir cada vez que yo pasaba. Mi compañero de celda quería salir de la celda a otra celda, porque cualquier celda en la que yo estaba sería una celda de mala suerte con respecto a las multas. Las multas son lo que los guardias anotan cuando eres puesto en el hueco.

El hueco, o las rejillas, como lo llama la institución, está compuesto por una galería completa de celdas con una rejilla puesta en frente de las celdas a todo lo largo de la galería. Estas celdas no tenían nada dentro salvo los servicios. Cuando te arrojan dentro recibes una rebanada muy delgada de pan y una pinta de agua cada doce horas. Puedes imaginarte cómo me sentía en este lugar, a merced de un grupo de guardias que venían a mi celda y me decían que eran mis enemigos. No había posibilidad de escapar y no había ninguna oportunidad de mejorar mi situación. Estaba aturdido por haber recibido una sentencia tan larga, y rezaba o esperaba cada minuto de cada hora que ocurriera un milagro. Necesitaba clemencia, pero necesitada un milagro todavía más.

¿Es de extrañarse que este lugar no mejore a nadie? Este inspira venganza. No enseña una lección. Un chico no sabe más que lo que hizo antes. No ve los beneficios de dejar de robar y llevar una vida recta. Se da cuenta de que si no se convierte en un torcido más astuto será llevado de vuelta al infierno. Algunos preferirían matar que ser llevados de vuelta.

Sentía que ser sentenciado simplemente a más de veinte años en prisión, y tener que servirlos, era el castigo más *espantoso* que se le podía hacer sufrir a cualquier ser humano. Ser perseguido mientras se lo mantiene detrás de los barrotes y paredes es un castigo con una

venganza. Fue entonces que recé mucho por la primera vez en mi vida. No recé por mi vida, sino por los años por los que estaba a punto de ser asesinado. La muerte habría sido un regalo del cielo. La esperanza de un milagro evitó que escalara las paredes con la esperanza de que el guardia penetraría en mi corazón al primer disparo. Estaba a punto de convertirme en el ataúd de los días muertos que la sociedad de esta iluminada época de civilización (los periódicos) había asesinado enfurecida. Sabía que incluso después de que mis deudas hubieran sido pagadas y mi lección aprendida en su totalidad, yo sería todavía dejado degenerar al punto en que mi lección sería olvidada y me quedaría sin mi corazón, alma, salud y cordura. Con gusto habría soportado el doble de la miseria y la agonía que infligí. ¿Cuántos años de muerte en vida serían eso? ¿Cómo podrías medir el daño que infligí al corazón? ¿Cómo el daño al alma que me fue infligido? ¿Es la justicia, pregunto, esta *maníaca* cosa frenética que me fue infligida?

Un día fui llevado ante un oficial con el nombre de Alden. Me preguntó que yo qué era afuera, y sugirió que era un jornalero. Le dije que no lo era. Me preguntó dónde pensaba que me gustaría trabajar, y le dije que en la barbería o en la banda. Dijo que no había ninguna vacante en cualquiera de estos lugares, y me preguntó si me gustaría trabajar en el taller de impresión. Le dije que no me gustaba el trabajo en los talleres de impresión. Dijo, "Te daré una ocupación. Sal". Fui asignado al taller de sillas todo el día. Era el peor lugar para trabajar en toda la institución.

Me colocaron tejiendo sillas de fibra. Unos doscientos chicos tejían sillas todo el día. A cada recluso se le daba un yunque y ocupaba un espacio de aproximadamente una yarda cuadrada. Significaba una multa estar fuera de lugar en el taller, si dejabas tu pequeño sitio asignado. Tres guardias estaban a cargo de estos reclusos, y dos de ellos eran capataces de esclavos. Recibir una multa por estar fuera de lugar en el taller significaba tres, o cuatro, o más días en el hueco. No es un chiste dormir sobre el cemento. Cada mañana habría en el taller una alineación de sillas lista para la fila de la corte. No podía entender por qué llamaban a la estación de reserva para el hueco la sala de la corte. Alden era un detective grosero y amaba los botones de cobre y la trenza dorada. Hacía que los guardias usaran uniformes y, siendo un hombre muy estricto, hacía que los guardias siguieran las reglas tanto como los

reclusos. Le encantaba hacer discursos en el comedor y en la capilla. Puntuaba sus discursos con ocurrencias asquerosas. Alden tenía personalidad.

Para volver al taller de sillas. Todo el mundo tenía que completar una silla al día. Comportaba ir al hueco si no lo hacías. Los nombres de los capataces de esclavos eran Gardner y Morgan. El taller de sillas era el reino de Morgan. Era su vida. Era estricto y le encantaba poner multas. Era un hombre viejo y, cuando enojado, caminaba por ahí diciéndose a sí mismo, "Te l' dije y te l' dije y no voy a decirte no más". Había quizás algunos días en que nadie en el taller de sillas recibía multas, pero eran pocos. Cuando yo no estaba encerrado en la celda, donde todos los guardias se congregaban para llamarme un demonio violador de todas las clases, estaba en el taller de sillas a merced de un hombre cuya sangre vital dejaría de fluir el día que dejara de anotar multas.

Durante casi un año trabajé en el taller de sillas. Estaba haciendo una triple *penitencia*. Serví un año de mi sentencia, un año en el taller de sillas, y un año de persecución, y el cabecilla de mis persecuciones era un tipo con el nombre de Gurton. ¡Caramba! Cómo me odiaba, y todavía lo hace. Durante este año yo había estado en el hueco posiblemente media docena de veces. Yo tenía que seguir las reglas más de cerca que cualquier otro recluso en la institución. Cómo me las arreglé para pasar este año de mi sentencia, no lo sé. El primer año es el más duro de todos.

La primera vez que fui enviado al hueco fue por una pelea. Yo estaba encerrado con un tipo que pensaba que tenía la razón sobre cualquier asunto. Debo de haber pensado que yo tenía la razón, porque siempre chocábamos. Era un tipo grande y fornido, y en varias ocasiones me llamó con muchos nombres muy sucios. Sabía que mis puños no me servirían de nada contra él, así que tenía que tragármelo todo. Yo era un tipo con el que era muy difícil llevarse bien, pero este tipo era de la misma manera. Yo tenía el hábito de leer todas las noches, tal como lo había hecho en la prisión del condado. (Mis ojos se comenzaron a dañar en aproximadamente un año, así que desde hace mucho tiempo dejé de hacer esto). Una noche estaba leyendo el *Saturday Evening Post* e hice un ruido de crujido al pasar las páginas. Este compañero mío de celda quería saber si las historias que había estado leyendo se me habían ido a la cabeza. Me acusó de leer en la cama porque yo había leído sobre como

lo hacían los actores de películas. Continué leyendo, y me llamó con todo tipo de nombres sucios, y me amenazó con aniquilarme. No me gustaba esto ni un poco, así que a las diez y media, cuando terminé de leer un *Post*, lo lancé alto al aire y dejé que golpeará la cómoda y crujió exageradamente las páginas de otro *Post*. Mi compañero de celda se levantó de la litera de abajo donde dormía y pronunció muchas malas palabras y amenazas. Me levanté sobre un codo y reí sarcásticamente. Él estaba enojado por la forma en que me reía de él, y pensó que me había levantado hasta los codos para saltarle. Él se abalanzó sobre mí, y yo le hice un torniquete alrededor de la parte superior de la cabeza. Él era fuerte y corrió alrededor de la celda como un toro enfurecido. Yo aguanté. Él volcó los taburetes y la cómoda y, por sus giros mareantes, se quemó los costados a lo largo del borde de la litera superior. Pronto un oficial estuvo en nuestra celda y nos ordenó ir a la cama. (Esto era excepcional, pero la orden vino de un guardia excepcionalmente bueno). Mi compañero de celda se negó a volver a la cama y pidió ser sacado de la celda. Dijo que había abierto los ojos mientras dormía, y que me descubrió con un taburete alzado en mis manos. Les mostró las quemaduras en sus costillas para mostrar donde lo había golpeado con el taburete. El capitán de noche le creyó. Ambos fuimos puestos en confinamiento solitario. El señor Square, que era un oficial, cuando vio las ampollas y quemaduras que tenía el tipo solicitó saber cómo en el mundo yo podía haberlo golpeado con un taburete y hecho esas marcas que rodeaban su costado. Éstas se extendían del frente de su cuerpo a la parte trasera. Era obvio que fueron recibidas desde el borde de la litera mientras giraba. El señor Square¹⁴⁰ era, y todavía es, el único oficial que alguna vez me dio un trato justo. Me ha dado más que un trato justo. Por pelear en la celda a las diez y media de la noche, cada uno de nosotros sirvió tan solo dos días en el hueco.

Tuve otra pelea ese año, y esta vez fue por completo mi culpa. Estaba en términos muy amigables con el tipo que trabajaba en el yunque junto

¹⁴⁰ Con respecto a la objetividad de este documento, es interesante notar que la actitud de Sidney hacia el Señor Square es consistentemente favorable, mientras que es intensamente antagonista hacia el Señor Harm. Estas actitudes están en estricta consonancia con las de otros numerosos reclusos cuyas historias de vida hemos estudiado.

al mío. Un día le jugué una broma pesada, y escondí su gorra justo antes de que fuéramos a formar fila para la cena. Algo ocurrió, y olvidé decirle donde estaba la gorra. Alguien más le dijo, y él decidió que esto era un intento de mi parte para meterlo en problemas. Entonces por venganza rompió mi gorra.

Esa misma mañana yo me había presentado ante el personal y me había negado a decirles mi parte de la historia. El personal me dijo que tanto como podían ver no había nada que pudieran hacer, o estuvieran dispuestos a hacer, por mí, pero que estaban a punto de hacerme un gran favor escuchando mi historia. Estaban listos para atrapar los fallos en mi historia y usarlos contra mí. Tuve que repetir varias veces que prefería no decir nada antes de que me creyeran.

Le había dicho al tipo del yunque junto al mío todo lo que ocurrió en la reunión de personal, así que cuando fuimos a la corte, por pelear, ante el Sr. Square, él le contó una historia descabellada sobre la pelea. Le dijo al Sr. Square que yo le había dicho que le había dicho al personal que se quitara de encima y que, sin preocuparme por perder el tiempo, había *procedido* a meterme en esta pelea. El otro tipo hizo dos días en el hueco y yo hice tres. Era una cosa habitual mantener a un recluso en el hueco por pelear durante cerca de una semana. Si fuera alguien más que el Sr. Square me hubieran enterrado en el hueco.

No sé si te importaría saberlo, pero la primera vez que estuve en el hueco, en Junio 10, 19____, cogí un resfriado en la cabeza que resultó en un caso grave de catarro nasal. El frío cemento les ha hecho más que eso a otros chicos.

Ya te dije que el primer año fue el más duro de cumplir. Mis nervios estaban tensos y estaba muy nervioso y mi mente estaba siempre ocupada pensando en nada. Sabía que mi situación era desesperada, y estaba alerta a que *ocurriera* el milagro. No quería perdérmelo si ocurriera. No podía creer que me obligaran a hacer todo mi tiempo. Llevaba aquí cinco meses cuando el milagro ocurrió, pero me lo perdí. No podía creer que aquellas pequeñas chispas se iban a convertir en un fuego rugiente que derretiría los barrotes y me liberaría cinco años después. Esta pequeña chispa de esperanza fue todo lo que alguna vez se me ofreció. Construí mis sueños alrededor de ella, y yo salía de este infierno en Packards y Rolls Royces. No tenía nada en qué basar el

pensamiento sano y, entonces, en mis sueños veía muchas veces abrirse las puertas para dejarme salir andando y ser libre. Con frecuencia estaba despierto cuando tenía estos sueños. No podía replegarme a pensar en lo que iba a hacer cuando saliera. No podía siquiera imaginar mi proceder todo ese tiempo por adelantado. Todo mi trabajo era rutinario y nunca ocupó mi mente como para excluir pensamientos de libertad. A cualquiera le parecía imposible escapar de aquí, y yo sabía que no quedaba más clemencia o justicia en el mundo, así que ser liberado por un milagro conmigo se convirtió en una obsesión.

El taller de sillas cerró porque iban a remodelar los interiores del edificio. La fabricación de muebles *tapizados* con mullido era para reemplazar la fabricación de la silla de fibra. Todos fuimos puestos en el destacamento extra. Las tareas del destacamento extra eran similares a las tareas de un batallón perdido. Nos tendíamos en nuestras celdas todo el día. Cuando la fábrica de muebles finalmente se abrió, había montones de solicitudes de los reclusos rogando que los pusieran a trabajar. Yo estaba a favor de que me pusieran a trabajar, así que no ingresé una solicitud. Sabía que en este lugar no debía esperar un favor.

Estuve en el destacamento extra por unos pocos meses antes de que fuera puesto a trabajar en la fábrica de muebles. La oportunidad de aprender un oficio era eclipsada por el hecho de que estabas tan limitado que para un recluso era de mayor importancia cuidar sus pasos, para evitar recibir una multa, que aprender el oficio. Un interno es un ser humano y a él no le gusta ser controlado en su tarea. Los seres humanos trabajan solamente por amor o por remuneración. Nosotros trabajábamos solamente para evitar estar inactivos. No estamos interesados en sacar una gran cantidad de trabajo. Los guardias vociferaban por mayor producción, y para nosotros se convirtieron en capataces de esclavos.

En la fábrica el polvo flotaba en el aire. Musgo y estopa eran sacudidos constantemente por los tapiceros. Mi primer trabajo fue poner muelles en sillas y sofás. No tengo nada contra el trabajo, pero no era ningún picnic trabajar en un gran taller con montones de otros chicos, porque debía mantenerse una disciplina estricta. El nombre del disciplinario era Ruberts. Anotar multas era la única forma que tenía de recordarles constantemente a los reclusos que ellos eran convictos

mientras que él era rey. Era y todavía es de doble faz. No creo que tenga un verdadero amigo en todo el mundo. Hoy en día es mucho mejor que lo que era entonces.

Pronto me pusieron en el departamento de tapizado, donde pronto estaba haciendo brazos mullidos para sillas y sofás. Pronto estaba poniendo resortes en la parte posterior de los sofás y tapizando los respaldos. Se suponía que cada recluso debía sacar una cierta suma de trabajo. Por cada artículo que completaba recibía un tiquete. Estos tiquetes eran recolectados cada tarde a la hora de abandonar. Teníamos que lograr nuestra cuota de trabajo, y créeme que por lo general la sacábamos. No sacar nuestra parte del trabajo significaba una multa por negarse a trabajar, y dicha multa pronosticaba una sentencia grande en el hueco. Esforzarse por aclararle a un guardia podría significar una multa adicional por insolencia, y sé que, mientras Harm fue oficial, la insolencia hacia un oficial era el pecado imperdonable. No menos de una semana sobre el cemento era el precio que pagábamos. La fábrica de muebles era un taller de explotación y éramos controlados. No teníamos interés en esta carrera por la producción. No podíamos forzarnos a trabajar con brío y entusiasmo para enriquecer a nuestros captores.

Para contar sobre la comida debo retroceder. Cuando vine primero aquí era el mes de _____. Había estado *encerrado* sin aire en la cárcel del condado por tanto tiempo, que el poco aire que recibí aquí estimuló mi apetito. Estaba hambriento y comía vorazmente la comida mal cocida. No tenía suficiente, y siempre estaba hambriento. Como lo estaban todos los demás. Cuando llegó el verano el comedor hedía y mi apetito se ausentaba a la hora de las comidas. Una vez fuera del comedor mi apetito recuperaba toda su fuerza y desgarraba mis partes vitales internas. Me tomó mucho tiempo acostumbrarme a eso. En los veranos que siguieron no noté tanto este olor. O me había acostumbrado a eso o desde entonces la cocina y el comedor habían sido restregados más a fondo.

La comida era desagradable y solamente el hambre podía forzar a cualquiera a comerla. Solo se repartía la comida suficiente como para mantener el cuerpo vivo. Los platos siempre se limpiaban de toda migaja. La única cosa que mantenía la salud de los reclusos eran las ocho

horas de sueño todas las noches. La comida y el aire fresco eran despreciables.

Estaba todavía trabajando en la fábrica de muebles cuando Gerard vino aquí para comenzar a servir su tiempo, porque él no recibió una revocación de la Corte Suprema. Él todavía esperaba ser dejado libre en cualquier momento, pues su abogado estaba todavía trabajando en el caso. Como su caso estaba separado del mío, eso no significaba que yo sería necesariamente liberado si él lo era. Mi única esperanza estaba en escapar. Formulé un plan con la ayuda de un viejo compañero mío de celda.

Mi viejo compañero de celda, Sam Tilden, trabajaba en la casa de la central eléctrica, y él aseguraba que ahí tenía un lugar en el que podía esconderme. Sé positivamente que los hombres de la central eléctrica una vez habían robado y escondido con tanto éxito un barril de manzanas que seis guardias no pudieron encontrarlo. Decía que me escondería en este escondite. Acordé con un tipo en el taller eléctrico, John Stelinski, que tuviera fuera de servicio las luces alrededor de la valla poco después de oscurecer. En caso de que él me abandonara, se suponía que Tilden arrojaría un balde de agua en el dínamo. Los guardias estarían seguros de que yo había hecho arreglos para pasar la valla cuando las luces se apagaran. El escondite en la central eléctrica consistía en hojas de acero arregladas para formar una caja en el corazón de una pila de ladrillos que había allí. Acordé entrar en el escondite poco después del conteo a la una P.M. del viernes. Se suponía que las luces se apagarían esa misma noche, pero esto era solamente una estrategia. Todo lo que tenía que hacer entonces era romper la cerradura de la puerta de la tolva de carbón y escalar la valla. Tilden iba a suministrarme una *palanca*, comida y cobijas.

Me metí en el escondite según lo programado y Tilden me cubrió. No recibí ninguna palanca, ni barra, y ni comida o cobijas. Ni Stelinski ni Tilden manipularon las luces. Esa noche los tipos que trabajaban en la central de energía nocturna removieron el sótano en varias ocasiones diferentes, y en una ocasión los guardias bajaron a remover. Yo estaba efectivamente oculto.

Como Tilden se había chupado, y no me había suministrado comida o agua, me fue dando mucha sed. Cuando primero entré en la central

eléctrica estaba oculto en un lugar muy caliente hasta que llegó la oportunidad de ocultarme en el escondite programado. Esto me hizo dar mucha sed y, alrededor de las nueve en punto del sábado por la mañana, salí a buscar en el sótano un grifo del que pudiera conseguir un trago de agua. No había estado fuera un minuto completo cuando escuché unos pasos viniendo hacia mí acompañados por conversaciones y fuertes risas. Salté dentro de una caldera que no estaba encendida y cerré la puerta. Me alejé trepando a la chimenea y me quedé allí durante quizás unos cinco minutos. Nadie abrió la puerta, o yo hubiera visto un rayo de luz atravesar la reja. Bajé, y apenas había metido la cara en el borde de la puerta con la intención de abrirle una rendija y mirar hacia afuera, cuando la puerta se abrió de golpe en mi cara y un guardia estaba allí parado con una pistola en una mano y una linterna en la otra. Casi se murió de miedo y volvió a cerrar de golpe la puerta en mi cara. Vi que su rodilla se alzaba, y supe que estaba sosteniendo la puerta cerrada con su rodilla. Una docena de guardias se le unieron y triunfalmente llevaron su presa a la oficina del capitán.

Oí a Harm (asistente del comandante) dar órdenes para preparar y aplicar su manguera de bomberos para darme lo que llamaban la cura del agua. Me llevaron a confinamiento solitario, y todos los guardias se juntaron alrededor de mi celda para ver la diversión. Hablaban y reían como niños en un picnic, y algunos se pararon sobre sillas y cajas para mirar por encima de las cabezas de aquellos enfrente.

Me quitaron toda la ropa, y la puerta de la celda solitaria se cerró sobre mí. Estaban demasiado impacientes como para esperar que la central eléctrica de la ciudad activara su presión, así que aplicaron la fuerza de la propia planta de energía de la institución. La fuerza de la manguera era suficiente como para noquearme, y a los guardias les dio mucho placer verme golpeado por todos los lados en una celda bajo llave. Porque tenía un cargo por violación, y Harm me odiaba, me dieron la cura del agua durante unos diez minutos. Un guardia, el Sr. Height, en tres ocasiones le gritó al oficial en el enchufe de incendio que cerrara el agua. Finalmente dos guardias, Nedler y alguien más, sujetaron a Height para que no hiciera cerrar el agua otra vez. Incluso Harm gritaba, y preguntó a los guardias si no creían que ya era hora de cerrar el agua, pero los guardias dijeron no. Yo ni siquiera había gritado todavía por clemencia. Conectaron el sistema de agua al de la planta de

energía de la ciudad y obtuvieron alrededor de ciento cincuenta libras de presión. Esta presión no se sostuvo sobre mí más de un cuarto de minuto y casi me rompió. Tuve que sentarme en el piso, porque si me hubiera levantado mis intestinos se hubieran desplazado. Esa fuerza hubiera quebrado mis huesos si se hubiera sostenido sobre mí durante más tiempo. Estoy seguro de que los guardias tuvieron un picnic. Lo podía decir por la forma en que se habían reído. Se reían tan fuerte cuando me vieron bambolearme por toda la celda que tuvieron que abrazarse el uno al otro para evitar caerse.

El guardián de la casa de celdas tenía que ser siempre uno de los hombres que sostenía la manguera cuando se usaba la cura del agua. Harm¹⁴¹ pidió un voluntario para ayudar a sostener la manguera, y el único que se ofreció como voluntario fue un guardia llamado Carnon. Ramperte, el guardián de la casa de celdas ese día, era el otro hombre. Esta cura del agua algo me hizo. Dormí durante tres días y tres noches sobre el cemento, y se sentía como una cama de plumas. Todo lo que tenía para ponerme en confinamiento solitario era un par de calzoncillos. Tenía mucha sed y nadie me daba un trago. La noche en que el capitán Zarren me preguntó si tenía sed y, cuando respondí "Sí", dijo que qué pena. Sobra decir que nunca tomé un trago. Cada celda solitaria tiene una construcción de tablón de unos dos pies frente a los barrotes, y en ellas es tan oscuro de día como de noche. Cada celda cuenta con un balde que contiene un poco de agua y cloruro de cal.

En confinamiento solitario, como en el hueco, los reclusos reciben una delgada rebanada de pan y una pinta de agua cada día. Harm me dejó claro que la única razón por la que incluso yo recibía esto era porque era una ley del Estado. Jamás toqué una rebanada de pan durante los ocho días que estuve allí. Bebí solamente unos pocos tragos de agua cada día. Por no comer, un recluso sale del solitario más rápido. Eso te pone en una condición donde los médicos tienen que sacarte. La cura del agua me quitó la resistencia, y en seis días mi estómago se retorció en nudos. El médico me dio una dosis de sales y le dijo al guardián de la casa de

¹⁴¹ Pocos meses después de que ocurriera este incidente, Harm dejó de servir en la institución. Según informes auténticos, fue dado de alta a causa de sus métodos de disciplina demasiado severos. Por la misma razón había sido antes dado de alta del servicio en la escuela correccional estatal para menores.

celdas, Hinkton, decirle a Harm que me sacara al día siguiente. Los músculos de mi estómago estaban tan anudados que un interno, la rata de Hinkton, tuvo que arrastrarme fuera y de vuelta en la celda cuando tomé las sales. Harm no me sacó sino hasta dos días después, tras haber servido ocho días. Fui capaz de salir caminado del solitario sin ninguna ayuda. Debido a la cura del agua, estaba exhausto, como si hubiera servido veinte días en vez de solamente ocho.

Mientras que estuvo el Sr. Square, ningún recluso era un caso de hospital cuando había cumplido su tiempo de servicio en confinamiento solitario, pero, desde que vino Harm, casi todo recluso que él puso en confinamiento solitario se convertía en un caso de hospital. Por regla general, ellos eran puestos en las celdas de emergencia durante dos o tres días hasta que pudieran caminar sin tambalearse. Yo estuve dos días en la celda de emergencia, y dormí durante todo el periodo, excepto cuando se deslizaba un tazón de *slumgullion*¹⁴² a la hora de las comidas. Comí en exceso en mi primera comida. La razón por la que tenía suficiente comida como para comer en exceso era porque un tullido en la celda siguiente me arrojaba su tazón de agua sucia.

Las celdas de emergencia se usaban para mantener dentro a los recién llegados, cuando llegaban durante la noche, o los sábados por la tarde, o los domingos. Un *violador*, Ingels 4071, ocupaba la celda próxima a la mía. Había estado en un accidente automovilístico y se había partido una de sus piernas. Estaba en muletas. Debido a que estaba en muletas era difícil para él salir de la litera y, arrodillándose, alcanzar a llegar al frente de su celda, así que en vez de regresar su tazón vacío lo mantenía en mi celda. Hinkton vio dos tazones en mi celda e investigó. Le anotó una multa al tullido. Las muletas fue todo lo que lo salvó del hueco.

¹⁴² [N.T. El *slumgullion* era una especie de guiso, aunque para algunos un plato más bien líquido de ingredientes inciertos, y que –sin querer apelar aquí a su posible y poco apetitosa etimología– podría traducirse como “guiso barato e insustancial”; o, tal vez mejor, como más sintéticamente lo llamara el Sidney de esta historia de vida: un plato de “agua sucia”. Uno de los primeros usos de *slumgullion* se encuentra en la novela de Mark Twain *Roughing it* [pasando fatigas], de 1872. Sin embargo, hoy en día, por ejemplo en allrecipes.com, una de las versiones del *slumgullion* se presenta como un “delicioso plato” elaborado con carne molida, tomate, macarrones y especias.]

Mucho después de esto, cuando Ingels (4071) fue ante la corte otra vez, Harm hizo el comentario, “¡Oh, sí! Eres el que le dio a Blotzman tu tazón cuando él salió del solitario aquella vez”.

Cuando Harm llevaba aquí solamente un mes o dos me hizo llamar de la fábrica de muebles y sostuvo conmigo la siguiente conversación.

“¿Eres Blotzman?”

“Sí”

“¿Dónde trabajas?”

“La fábrica de muebles.”

“Suerte que no trabajas en la barbería, o te echaría de allí. Pensamos que había algo bueno en ti cuando estuviste en San Carlos, pero estábamos equivocados”.

Él enganchó ambos pulgares en su chaleco y, reclinándose hasta donde se inclinaba su silla, continuó, “Se todo sobre ti. Eres un Judío. Tenías dieciséis años cuando te arrestaron. Tú y otro tipo asaltaron a un tipo y su chica y arrojaron al tipo desde el automóvil a toda velocidad. Vi la foto del tipo con la cabeza toda vendada en el periódico. Sostuviste a la chica mientras el otro tipo la violaba”. Me preguntó si era culpable, y yo salté de una pierna a la otra antes de contestar, “No”. Hizo comentarios insultantes sobre mi familia, y luego me preguntó por qué estaba ahí, en la “sala de la corte”. Él fingía que no me había mandado a buscar y que yo estaba ahí por error.

Me pusieron en el grado “E” por mi intento de escapar, y recibí una multa azul al efecto de que había perdido todo mi buen tiempo. También mi juego, hasta nuevas órdenes. Nuevas órdenes significa un largo, largo tiempo. Me pusieron en una celda en la galería uno. Con quince meses de buen comportamiento me colocarían en el grado “A”, y cuando obtuviera el grado “A” era elegible para ser retirado de la galería uno.

Había seis u ocho reclusos en la galería, uno por intentar escapar. Todos los reclusos en la galería uno comían sus comidas en la celda. A todos los prófugos, a excepción de mí, los pusieron a trabajar unos meses después de su intento. Yo fui puesto en el destacamento extra (ejercicio militar) donde las únicas labores consistían en ser contado dos veces al día. Durante los quince meses que permanecí en la galería uno, permanecí en la celda veintitrés horas al día. Las únicas veces que estaba fuera era cuando el destacamento extra marchaba afuera sobre los

ladrillos, dos veces al día, para ser contado. Generosamente le asigno una hora a esta ceremonia, aunque diez minutos por cada conteo estaría más cerca a la verdad.

En la celda siguiente a la mía había un chico llamado Andy Cotton que fue degradado al grado "E" por tratar de contrabandear un documento conteniendo la verdadera historia de las condiciones que existían en la Institución. Este chico era un erudito y me dio a conocer a Voltaire, Platón, *Nietsche*, Darwin, e incluso a Upton Sinclair. Upton Sinclair y Theodore Dreiser eran mis favoritos. Yo leía indiscriminadamente, de buena literatura y de mala. No tenía un plan de estudio. Simplemente estaba dejando *pasar* las largas horas tristes. Cotton era un comunista y tenía mucha literatura radical. Su hermano le enviaba continuamente panfletos "Rojos". Yo los devoraba. Él también recibía el *American Mercury* y tenía montones de *Blue Books*, de Haldeman-Julius. En ese tiempo yo estaba recibiendo mensualmente el *College Humor*, *Cosmopolitan*, *International* de Hearst y las *Red Book Magazines*, y el *Saturday Evening Post*, *Collier's*, *Pathfinder*, *Liberty* y las revistas *Time* semanalmente. Tenía tiempo para leerlos todos y otro mucho material además. Hubiera vendido mi alma por cansarme lo suficiente como para haber dormido en un profundo sueño soñoliento durante una noche.

Cuando Harm me preguntó cómo había intentado escapar, le conté una pequeña historia de hadas sobre cómo intenté esconderme debajo de las cenizas del horno y ser paleado dentro del camión de ceniza. Me creyó, y le asintió a sabiendas al médico. Cuando Harm me preguntó si contemplaba intentar otro escape, le contesté sinceramente cuando dije que nunca trataría de irme de esa manera otra vez, aunque al momento estaba planeando otro escape.

Yo era considerado por todos los guardias como un imbécil fanático de la violación, y lo que se me hiciera en forma de alguna broma práctica era aplaudido por Harm. Cada día era una época pública para las bromas prácticas. Krinkel, un guardia, en varias ocasiones se llevó mi tabaco de fumar poco después de que me fue entregado, y supongo que se lo dio a algunas de sus ratas.

Las ratas son los reclusos que informan sobre otros reclusos, y son la forma más baja de vida animal. Krinkel tiene ratas en cada taller de la

institución. Una vez protesté porque cogió mi tabaco, y llamó a la oficina del capitán para ver si mi suministro de tabaco no podía suspenderse. Regresó en breve y dijo que el Sr. Square había dicho que se me permitía ordenar tabaco y, a regañadientes, me devolvió mis bolsas de tabaco. Le dolió terriblemente hacer esto. Una vez, cuando tenía una visita, Krinkle me preguntó sarcásticamente quién iba a venir a visitarme. Cuando le dije que era mi madre dijo, “¿Para qué quiere ella venir a verte?”. Mi madre me había traído medias, pañuelos y jabón y cosas así, y él, por su propia cuenta, hizo que ella se las llevara de vuelta en vez de permitir que ingresaran. Otra vez, cuando tenía una visita pocos meses después de ésta, él le dio a mi madre una conferencia sobre mí y, cuando entré en el salón de visitas, ella tenía lágrimas en sus ojos. De nuevo, por su propia cuenta, me permitió solo quince minutos para la visita. Le ordenó a mi madre que hablara en Inglés en vez de Judío. Ella continuó hablando en Judío. Él no dejaba de mirar su reloj, y yo podía decir por la expresión de su cara que no iba a darme el beneficio de siquiera un segundo extra. Cogí un sándwich y empecé a comérmelo, pero él me advirtió que lo depusiera y cogiera una barra de chocolate, pues ese era todo el tiempo que me quedaba para comer. Nuevamente hizo que mi madre tomara de regreso el jabón y las cosas que me trajo. Todo esto era hecho por su propia cuenta, aunque los oficiales pueden ahora reivindicar que lo autorizaron.

En varias ocasiones Hinkton y otros varios guardias mezclaron Sales de Epsom en mi tazón de comida. Esto les proporcionaba mucha diversión a todos los guardias. Ponían píldoras para niños quejosos dentro de mi café. Incluso las Sales de Epsom no se podían distinguir del amargor del *slumgullion* con el que se nos alimentaba. Nunca un guardia pasaba de largo por mi celda, sino que me decía que yo debería haber sido colgado por violación y ser abaleado por tratar de escapar y causarles a ellos tanto problema. Un día Harm pasó por las celdas de la galería uno con un oficial de un reformatorio de un estado cercano. Yo era una de las piezas de exhibición que se mostraban. No casualmente Harm me señaló. Llevó al visitante frente a mi celda, y el visitante me examinó de cerca. Su unilateral sonrisa lasciva me reveló que le parecí una curio interesante. Harm siempre me mostraba a los visitantes. Harm no trataba deliberadamente de buscarme problemas. Él, sencillamente,

odiaba el verme, y siempre que yo llamaba su atención me trataba severamente. Como un ejemplo de lo que quiero decir, te hablaré de un incidente. Un guardia me anotó una multa por estirarme enfrente de mi celda para recibir un libro que me arrojaron desde la celda siguiente. Red Donald era el tipo enceldado próximo a mí y arrojó el libro. Esta ofensa imponía la pérdida de dos comidas solamente, pero Harm me puso en el hueco durante dos días y me quitó mi período de juego durante más de un año.

Siempre me he preocupado por mi tiempo, y estar acostado en la celda todo el día, cada día, durante quince meses, fue peor que la muerte. Perdí la esperanza, y todo el día y toda la noche buscaba en las paredes, en la entrada frontal y en la casa de celdas un punto débil desde donde escapar. Estaba más que harto de la vida inútil que había estado viviendo. Nunca se me permitió mezclarme con ninguno de los otros chicos. Salía de mi celda para recibir mi tazón de slum¹⁴³ y regresaba enseguida. Hablar en el camino con cualquier otro recluso era tomar un riesgo. Nunca fui a ninguna parte, sino a mi celda, y las dos veces que mi madre me visitó me dieron el único alivio a la monotonía que tuve.

Había amargura en mi corazón. Me sentía demasiado miserable como para pensar en venganza. Rezaba porque ocurriera algún milagro que me liberara, para así poder huir de todo eso. Los guardias carecían de las cualidades humanas que los hombres de afuera poseen. Podía pensar en venganza si fuera maltratado por hombres, pero estos no eran hombres, a pesar de que tenían la forma de hombres. Rezaba porque me pusieran a trabajar, pero en vano. Necesitaba algo para ocupar mi mente, algo, además de pensar en mis problemas. Me había cansado de leer, y muy cansado de hacer nada. Limpiaba los pisos y paredes de mi celda y lavaba mi ropa en el platón de la cara y me bañaba en el inodoro. Hacía esto cada día para usar un poco de tiempo, pero las horas se arrastraban y los días se retrasaban. Mirando hacia atrás, al tiempo que había pasado, no podía distinguir un día de otro. No ocurría nada como para marcar los días en mi memoria.

Me sacaron de la galería uno, pero permanecí todavía en el destacamento extra. Ahora comía en el comedor, y comiendo tres veces

¹⁴³ [N.T. Slum: forma abreviada de *slumgullion*. Ver nuestra nota anterior.]

al día en el comedor aliviaba la monotonía ligeramente. Había dejado de leer casi por completo y, cuando no estaba cavilando melancólicamente, estaba maquinando esquemas para escapar. Me quedaba despierto mucho después de que la corneta sonara por la noche y me despertaba mucho después de que la corneta sonara por la mañana. No hacía ninguna lectura en penumbra porque eso ponía demasiada tensión en mis ojos. Mientras me quedaba despierto mi mente vagaba alrededor y alrededor de las paredes buscando un sitio de escape.

Buscaba un escape seguro porque sabía que si trataba, y fallaba de nuevo, estaba condenado a una muerte en vida. A veces deseaba no haber nacido, pero si fracasaba en otro intento de escapar sabía que estaría mucho mejor muerto que en la Institución. Harm y Hinkton me hicieron soportar todos los horrores del infierno.

Durante un invierno nos estaban haciendo morir de hambre. No nos alimentaron más que con zanahorias todo el invierno. Los registros en Springfield pueden decir lo contrario. Los reclusos se negaron a coger sus tazones de la ventana de comida, y golpearon las mesas por algo para comer. En diciembre todo el taller de impresión fue a la huelga. Querían algo para comer. A todos los pusieron en el hueco y les quitaron sus ropas. Fueron tratados con la cura del agua. Se consiguió la presión de la planta de energía de la ciudad, y el agua fría tenía fuerza. Este evento tuvo lugar antes de que yo hubiera tratado de escapar. Esta fue la primera vez que se había usado la cura del agua en la institución, y fue introducida por Harm. Hinkton era el guardián de la casa de celdas del norte y Rampert era su asistente. Rampert se negó a ayudar a administrar la cura del agua, pero Hinkton declaró que si Harm asumía todas las consecuencias que resultaran, él estaba muy dispuesto a hacer esto. Conectaron el agua helada sobre los cuerpos desnudos dentro de la celda del hueco y los chillidos de la víctima sonaron a través de la casa de celdas. Cada recluso fue encerrado en su celda y los chillidos helaron la sangre de nuestras arterias. Chillaban mientras les estaban dando la cura del agua. Muchos guardias patrullaban las galerías para ver que no fuéramos a empezar un estallido en protesta. El silencio reinaba, pues los gritos que cuajaban la sangre nos había aterrorizado. Esa noche, a la hora de la cena, en simpatía con la huelga del taller de impresión y en protesta por haber sido puestos en el hueco, golpeamos las mesas y

lanzamos los tazones y vasos al aire. Todos temíamos recibir el mismo castigo que estaban recibiendo los huelguistas del taller de impresión.

Bueno, como decía, finalmente salí de la galería uno, y mi mente estaba desesperanzadamente atenta a los planes de escape. Me parecía que era mi único medio de salir alguna vez de aquí. Descarté un plan después del otro hasta que se agotaron todos los medios de escapar que pude pensar. (Todavía no pensaba más que en escapar). Cuando mi compañero de celda me hacía una pregunta, le contestaba con la menor cantidad de palabras posible. De vez en cuando lo sorprendí mirándome raro. Era el tipo de mirada que dice caudales. Sus pensamientos están simplemente retratados en su cara. Él pensaba que me estaba quebrando bajo la presión. Muchas veces me dijo que yo estaba pensando demasiado, y trató de interesarme en diferentes cosas conectadas con el taller de impresión. Era un tipo muy inteligente y operaba allí una de las linotipias.

Había en este momento unos tres o cuatrocientos reclusos en el destacamento extra, y Harm decidió reducir el número poniendo reclusos adicionales en cada uno de los talleres. Puso a todos los tipos que estaban en el destacamento extra a trabajar todo el día. Por destacamento extra de todo el día quiero decir chicos que no iban medio día a la escuela. Me pusieron a trabajar, pero hacer esto casi rompió el corazón de Harm. Me puso en el taller de impresión y me dijo que lo hacía en contra de su mejor juicio, pero que al primer movimiento fuera de orden que hiciera sería una causa suficiente para ponerme de vuelta en el destacamento extra. Pusieron a trabajar a más de cien reclusos y, en el desorden que reinaba, los empleados reclusos en la oficina del capitán me asignaron a la lavandería en vez de al taller de impresión.

Cuando el mensajero me llevó a la lavandería, la primera cosa que el guardia de allí, Rinker, me dijo fue, "Oigo que no eres bueno y más te vale que mires por dónde caminas en todo lo que hagas por aquí". Resolví que iba a ser difícil llevarse bien en la lavandería, y tenía en la punta de la lengua pedirle que me devolviera a la oficina del capitán para ser reasignado a alguna otra parte, pero dudé demasiado tiempo y el guardia se alejó. La razón de mi duda fue la idea de la posibilidad de ser devuelto al destacamento extra en vez de ser reasignado a algún otro taller. En la lavandería los peores trabajos eran los de planchadores.

Había siete planchas de mano. Yo, por supuesto, fui puesto inmediatamente a trabajar en una tabla de planchar.

Después de trabajar en la lavandería durante un mes o dos me sentí mucho mejor. Miraba muy de cerca por donde caminaba, y no le di al guardia ningún motivo de queja. Debido a que estaba cansado de hacer nada, trabajé más duro de lo que se esperaba de mí. Por primera vez desde que vine aquí tenía ropas limpias. Ahí teníamos también una ducha improvisada. Esta fue la primera vez que tuve la oportunidad de darme un buen baño, desde el primer baño que me dieron en el departamento de recibo y despacho cuando ingresé por primera vez.

Voy a decirte por qué ninguno de los reclusos nunca podía bañarse apropiadamente. En la casa de celdas del sur hay treinta y seis duchas que dan un buen chorro de agua, y en la casa de celdas del norte tienen solamente veintiséis duchas que dan un chorro pobre cuando y si dan del todo un chorro. Los guardias en los cuartos de ducha llevan porras, y en la casa de celdas del norte, si no usan constantemente las porras para aporrear las duchas, el agua dejará de fluir. Hay mil doscientos reclusos en la casa del sur y entre siete y ochocientos en la casa del norte. A todos estos reclusos se les da un baño el sábado por la tarde, y el período de tiempo que eso toma varía entre veinticinco y cuarenta minutos. Por Dios, que esto es completamente cierto. Las pocas barras de jabón que *se pasan* miden cerca de una pulgada por una pulgada por dos pulgadas. No hay tiempo para jabonarse apropiadamente. Tienes que agarrar el jabón firmemente, si tienes la suerte suficiente de conseguir una barra, y pasarla rápidamente sobre el cuerpo y jabonar los puntos de tu cuerpo donde la mugre se encuentra más espesa. Nadie se da un buen baño, y solamente el más diestro con el jabón consigue limpiarse siquiera una parte del cuerpo. No hay tiempo para lavarse la cabeza. Si te jabonas arriba la cabeza, no hay tiempo para lavarse el resto del cuerpo. Los patios están enfrente de las duchas y están siempre ocupados por otro grupo de reclusos *esperando* una ducha. No te dan tiempo para siquiera secarte apropiadamente. Simplemente te quitas el exceso de humedad y sales corriendo del cuarto de ducha al acompañamiento de los bramidos de los guardias de "Apresúrense, salgan de ahí. No corran, caminen". Si eres lento en obedecer, serás estimulado a actuar por el tacto de la porra sobre tu piel desnuda. Cada

interno es provisto con una toalla de cara muy corta, muy delgada y muy áspera. Creo que es arpillera parcialmente blanqueada. Esta toalla se le da al recluso cuando primero ingresa en la institución, y él debe usarla para secar sus manos y cara durante la semana y también para secarse después del baño de los sábados.

Durante casi tres años, hasta que me pusieron en la lavandería, no me di un baño decente. En el verano nos bañábamos en el lavabo usando nuestros pañuelos para llevar el agua a la parte superior de nuestro cuerpo. El agua que usaban para las duchas era agua de estanque y era bombeada por la estación de energía de la institución. Las calderas en esta estación de energía de la institución eran mantenidas en mala forma, y se utiliza mucho compuesto de caldera. Así que el agua que se usa para las duchas está saturada con este compuesto químico. Este compuesto es muy perjudicial para el pelo, y los reclusos que han estado aquí durante algún periodo de tiempo tienen mucho menos pelo.

Todavía estoy trabajando en la lavandería, y no tuve ningún problema de ninguna clase todavía. En todo el tiempo que llevo en la lavandería no le he dicho al guardia más de media docena de palabras en un día. Tan sin acontecimientos notables ha sido este periodo, que no puedo comenzar a hacer la crónica de los eventos en el orden propio en que han ocurrido. El Sr. Rinker, el guardia, ha reconstruido sus primeras ideas sobre mí y, ya que siempre he trabajado duro y me he metido en mis propios asuntos, él me ha dado muchas oportunidades cuando he hecho pequeñas cosas por las cuales podría haber sido castigado por otros guardias. El Sr. Rinker, como la mayoría de los guardias, es un buen hombre para quien trabajar, pero casi nunca le da a un recluso, no en la lavandería, una oportunidad cuando el recluso ha violado una regla. Él nunca ha amenazado a un recluso trabajando en la lavandería con una multa bajo ninguna circunstancia, y a cada recluso le ha dado muchas oportunidades en algún momento u otro. A muchos en la lavandería les ha mostrado clemencia, pero es despiadado con quienes no trabajan en la lavandería. Él es simplemente duro, y no exagera una acusación, pero a estos reclusos nunca les da una oportunidad por una acusación grave.

En la lavandería tienen un ático donde se cuelgan las ropas para secarse. Un día el Sr. Rinker atrapó a un negraco teniendo relaciones sexuales con un chico blanco. Los atrapó justo en el acto. El nombre del

negro era Wolton y el nombre del chico blanco era Bunner. El negro Wolton había regresado recientemente por violación. Bunner le suplicó al hombre que no informara sobre esto. Suplicó de rodillas por una oportunidad. Se suponía que pronto debía comparecer ante la comisión de indultos y libertad condicional, y le contó al Sr. Rinker que tenía afuera a una madre anciana que estaba virtualmente muriéndose de hambre por falta de apoyo. El Sr. Rinker le dio una oportunidad y no lo reportó, y él, por supuesto, tuvo que darle al negro una oportunidad también. Que el hombre, el Sr. Rinker, me confiara esto muestra que él sabía que su secreto estaría seguro conmigo. Para devolverle al Sr. Rinker este favor, Bunner se volvió una rata (fue siempre una rata de todos modos) y le contaba acerca de cada pequeña cosa que ocurría en el taller. El Sr. Rinker también me confió esto a mí. Él odia a una rata y los desalienta a todos a que vengan a contarle chismes.

A pesar del sentimiento de amistad del Sr. Rinker hacia mí, mi acusación y mi sentencia arrojan un estigma sobre mí y me ponen una marca en sus ojos, así como en los de todos los demás. En varias ocasiones lo he atrapado estudiándome, y una vez con perplejidad me pidió que le contara sobre mi caso. No parecía creer que yo fuera este demonio que parecía indicar mi sentencia de veintitrés años. No le dije nada. Me limité a sonreír y a encogerme de hombros. Nunca he hablado con un guardia por mi propia voluntad, y cuanto menos tenían que decirme más me gustaba. Desde que me persiguieron cuando vine aquí por primera vez, nunca me pude forzar a conversar con alguno de ellos. Cuando algún guardia andaba cerca me volvía muy taciturno.

Nunca nos alimentaban lo suficiente y hubo varios motines en el comedor. No se necesitaba ningún cabecilla. Cuando a veces nos alimentaban con agua sucia que no podíamos forzarnos a tragar, sin importar qué tan hambrientos estábamos y nuestros músculos del estómago empezaban a detraerse y nuestras tripas empezaban a reverberar, entonces todos en una sola voluntad dejábamos escapar un rugido, que era realmente un reverberar hambriento, y a aporrear las mesas por algo de comida.

Una vez hubo un motín en el comedor y mientras nos poníamos de pie para marchar a nuestras celdas un guardia en particular miró alrededor en todas las direcciones intentando mantener el orden. En mi opinión me pareció cómico, y estallé en una risa hilarante. Era un

momento muy malo para hacer esto. Me escondí detrás de mi compañero de celda tratando de evitar que este guardia me viera, pero no sirvió de nada. Me anotó una multa por empezar el motín y declaró que, positivamente, vio mis manos ir bajo la mesa para aporrear la mesa desde el lado inferior. Eso, según el guardia, era la señal para empezar el motín. Hinkton me puso en el hueco y me dijo que la única manera de salir sería que el médico me hiciera salir. Cada mañana que Hinkton pasaba le decía que yo estaba siendo retenido allí por una acusación falsa. Me llamó toda clase de nombres sucios, y terminó llamándome cachorro *mentiroso* y diciendo que si no dejaba de ladrar me pondría una mordaza. Ellos realmente tenían mordazas en la caja fuerte de la casa de celdas del norte.

Harm vino después de haber estado dentro cinco días, y esta fue la primera vez, desde que ingresé en la institución, que hablé por mí mismo. Sabía que Hinkton era capaz de quitarme la vida. Mis intentos de convencer a Hinkton de mi inocencia eran tergiversados por él y aceptados como insolencia. Todo lo que puedo decir es que hablé con Harm como si mi vida dependiera de su juicio. Quién sabe si él salvó mi vida. Harm no me sacó del hueco ese día, porque en la institución las palabras del guardia eran tomadas como el evangelio por los oficiales, pero él, Harm, me sacó del hueco dos días después. Harm se encargó de que no perdiera ningún tiempo a cuenta de este pequeño incidente. No le supliqué, simplemente hablé con sinceridad, porque sabía que yo estaba en lo correcto. Esta fue la primera vez que Harm me dio algo así como la oportunidad de un empate. Puede sorprenderte oírme decir que yo estaba muy satisfecho por haber recibido solamente una semana en el hueco y nada de juego durante noventa días. Todo lo que puedo decir es que no conoces a Hinkton.

Harm odiaba a los reclusos, y Hinkton no creía que fueran siquiera humanos. Harm pensaba que todo lo que hacían los guardias era correcto. No había tal cosa como un guardia haciendo algo equivocado, ni siquiera cometiendo errores. Hinkton, habiendo sido promovido de guardia ordinario a jefe verdugo por haber hecho todo el trabajo sucio de Harm, nunca le dio a un recluso el beneficio de la duda. Ambos, Harm y Hinkton, les decían siempre a los reclusos que se declaraban *inocentes* que eran unos mentirosos, porque si fueran inocentes los

guardias no les hubieran anotado una multa. En su opinión, la insolencia era el pecado imperdonable, y los culpables de eso nunca hacían menos de siete días en el hueco. Todos los guardias sabían esto, y siempre que querían castigar a un recluso severamente, ponían simplemente insolencia en su multa. No era necesario ser realmente insolente para tener una acusación por insolencia en la multa. Cualquiera cosa que un oficial anotaba en una multa era así, y no dejaba espacio para dudas ni en la mente de Harm ni en la de Hinkton. A veces el hueco estaba tan lleno que no había lugar para reclusos adicionales, y algunos tenían que ser liberados desde la sala de la corte. Se les decía simplemente que se les daba una oportunidad, y que no los liberaban porque hubiera algunas dudas sobre su culpabilidad. El hueco se mantenía siempre lleno hasta su capacidad, y allí las celdas estaban desbordadas la mayor parte del tiempo. No era raro cuatro y cinco en cada una de las pequeñas celdas.

Ambos eran irrazonables en todo, incluyendo el castigo. Los reclusos a veces servían cuatro y cinco días en el hueco por pequeñas ofensas tales como hablar en la fila o mascar chicle en la escuela. Todo lo que los reclusos tenían se consideraba como privilegios especiales, y se les quitaba en cualquier oportunidad. Ellos creían firmemente que un recluso no merecía privilegios. No conocían el significado de la palabra tolerancia.

Harm les daba a los reclusos menos de lo que tenían derecho, mientras que Hinkton, siendo más astuto y teniendo visión para el futuro, la mayor parte del tiempo les daba a los reclusos lo que tenían derecho. Ellos nunca hacían el menor esfuerzo por hacérselo más fácil o darnos disfrute. Éramos muy afortunados si a veces recibíamos todo lo que deberíamos tener.

Todo oficial y guardia en la institución consideraba su posición aquí no como un trabajo sino como una prebenda. Ellos aquí no tienen que hacer su trabajo; los reclusos hacen todo el trabajo. A los guardias que están a cargo de los distintos talleres les gusta tener su trabajo resuelto tan pronto como sea posible, y a los reclusos no les dan siquiera el tiempo suficiente para hacer bien el trabajo, mucho menos para velar porque el trabajo esté bien hecho. La única cosa que realmente tienen que hacer es contar a los reclusos correctamente, y cuando entregan sus hojas de conteo sienten que su trabajo del día está hecho. La mayor parte

de las multas que anotan los guardias son innecesarias, y es a los guardias a los que se debe culpar por la mayoría de las multas, y no a los reclusos. Algunos guardias se las arreglan sin anotar multas, mientras que otros no pueden arreglárselas sin anotarlas. Todo es cuestión del temperamento del guardia. No se requiere un trabajo de investigación para ver que sólo porque un hombre se ha mantenido fuera de la cárcel, y es capaz de pasar un examen de servicio civil, él sea capaz de gobernar la vida de otros hombres. Muchos hombres son capaces de dirigir sus propias vidas, sin embargo no son capaces de dirigir exitosamente la vida de otro hombre. Un hombre tiene que analizarse antes de que pueda controlarse a sí mismo con éxito. Con todo, él no puede aplicar a otros hombres, con toda justicia, las reglas que ha visto que son exitosas para sí mismo. Porque un hombre sea en sí mismo bueno, no significa necesariamente que sea capaz de hacer buenos a otros. Los hombres comunes no pueden dirigir una prisión de modo que beneficie a los prisioneros. Eso requiere de hombres dotados. Tú sabes, y yo sé, que nadie puede beneficiar realmente a un prisionero sino él mismo.

Es mejor para la sociedad, y mucho más barato, rodear al prisionero con todo lo que evite que su mente se vuelva prejuiciosa, que piense en venganza hasta que su misma alma se vuelva amarga. Cuando a los reclusos se les muestra que pueden recuperar su libertad cambiando su modo de vida, y se les enseña un modo en el que pueden ganarse una *buen*a vida, entonces, y solo hasta entonces, ellos se enmendarán. No puedes hacerlos decidirse diciendo, "Sed buenos y te castigaremos", sino tratándolos como seres humanos y educándolos en el hecho de que, a la larga, pueden ganar más enmendándose que yendo torcidos. Ellos ganarán más en dinero y felicidad, y soportarán menos angustia y agonía.

Pero, como dije, un prisionero debe tomar su propia decisión, y la única manera en que puedes influenciarlo es enseñándole un camino por el cual hacer una vida cómoda, ya sea enseñándole un oficio o fomentando su educación a tal grado que sea capaz de ingresar a una profesión.

Por supuesto, puedes encerrar a un prisionero en una celda durante veinticuatro horas al día, como se hizo conmigo, hasta que esté contento de hacer cualquier clase de trabajo solo para evitar estar inactivo; pero no olvides que si un hombre trabaja simplemente para evitar estar

ocioso, porque está cansado de hacer otra cosa y no porque le gusta trabajar, él pronto se cansará de su trabajo también. Enséñale a un prisionero un oficio, o incluso una profesión que le interese, una ocupación que le pagará un buen salario, y él nunca cometerá otro delito. Algunos prisioneros quieren riqueza, y no solo una vida ordinaria, pero son demasiado perezosos, demasiado impacientes para aprender una profesión y cumplir con un aprendizaje. Es una ley de la vida que debes aprender de abajo hacia arriba. No puedes aprender a correr hasta que primero hayas aprendido a caminar.

Es cruel e irrazonable mantener a cualquier hombre en prisión por cualquier período de tiempo, pero cuando las prisiones se vuelvan instituciones humanas, y hombres dotados sean puestos a cargo de ellas, entonces sería justificable mantener allí a un hombre durante un largo período. La sola razón que justificaría que lo mantuvieran durante largo tiempo sería, como en el caso de un niño, joven u hombre con una mente espléndida, a quien sabes que nunca estaría satisfecho con unos salarios de artesano. Sería justificable mantenerlos en un entorno neutral hasta que su educación sea tan completa que estarían en la posición de ingresar en cualquier campo de trabajo que quisieran. Campos de trabajo, donde las remuneraciones sean amplias, de modo que puedan escoger el nicho al que pertenecen, donde reposa su interés, y el dinero no sería el factor de influencia.

Al sentenciar a un hombre a la esclavitud, donde le va bien o mal de acuerdo con el temperamento de sus guardianes, cuando es enjaulado en guaridas y se le da una comida pobre, entonces influencias los pensamientos del hombre en la dirección equivocada. Eso hace que los pensamientos de un hombre se vuelvan amargos y deforma el corazón y el alma. Es imposible para un hombre pensar imparcialmente en llevar una vida limpia y recta por el bien de la virtud. Su amargura permea la atmósfera y se filtra en las paredes de las celdas. Su amargura penetra incluso el acero de los barrotes, y es por eso que los barrotes les reflejan desesperanza a los prisioneros que ocupan la celda después de que él se ha ido.

Los prisioneros están en prisión porque no estuvieron en el camino correcto de la vida –estuvieron en uno de sus caminos laterales. En prisión, ellos son conducidos hacia otro camino lateral donde habitan la venganza y la amargura. Todos estos caminos laterales terminan en

callejones sin salida, y ellos salen de la prisión más confusos que nunca. Como nunca han viajado por el camino correcto de la vida, o lo buscan y lo encuentran o viajan hacia otro callejón sin salida, o regresan por el primer camino lateral en que viajaron tratando de encontrar un corredor lateral antes de llegar al final del callejón sin salida.

El hombre responsable de la comida es Finkley. Como un verdugo, camina siempre solo y habla en términos familiares solamente con aquellos que son de su propia clase. Durante años ha robado a nuestros estómagos. Su rostro lleva la confesión de su culpa. Su alma es tan gris como las ropas que viste y, como él mismo, tan mezquina. Su corazón es tan pequeño como la cantidad de comida con que nos alimenta, y tan desagradable.

Esto es lo que realmente recibimos. Una pieza al vapor de sustancia leñosa que una vez podría haber sido una papa, algo de carne pegada al pelaje, y cuando no estaba muy peluda era el sólido músculo de un toro de lidia cuyos músculos eran mucho más poderosos que los de mis mandíbulas. La salsa marrón no era ni marrón ni salsa. Tenía un color malsano. El café era el *brebaje* más misterioso, que no tenía ni la fuerza del café ni el sabor. Era simplemente un agua *contaminada* que generalmente derramamos sobre el piso. Por mantequilla recibíamos oleomargarina, y el pan era bastante fresco, pero mazacotudo. Apretando simplemente el pan en la mano, éste se transformaba en masa de nuevo. No había lo suficiente, de esta comida *mal* cocida que se ponía en nuestras cazuelas, para alimentar siquiera a una rata adulta.

Cuando nos alimentaban con macarrones ellos estaban también cocidos al vapor, y generalmente eran una masa pastosa. Esta salsa malsana era derramada sobre ella, y esto la hacía poco apetecible doblemente. Si debes darle una ojeada a los menús de muestra que son enviados a la oficina central, y miras donde éramos alimentados con frijoles y carne, sabrás lo que era. Se trata de aproximadamente doce o catorce frijoles cocidos al vapor con casi tanta carne peluda como la que podrías poner en tu ojo.

Para el desayuno recibíamos lo que se llama papilla. Para endulzarla nos daban una o dos ciruelas pasas o una rebanada o dos de durazno seco. Ocasionalmente nos daban un cubo pequeño de oleomargarina. Cuando recibimos el "oleo" es la única vez que comemos. Derramamos

nuestro café sobre el piso y, llenando nuestras tazas con agua, procedemos a hacer un sándwich de mantequilla, y esto era nuestro mejor desayuno, exceptuando el domingo por la mañana. Las mañanas del domingo nos daban una albóndiga. Esta albóndiga es hecha con toda la carne que sobra durante la semana y con pan duro. Es realmente cinco sextos pan. En todo el tiempo que llevo aquí nunca recibí una albóndiga que estuviera bien cocida. Se ponía también en el plato una cucharada llena de sidra aguada. Usualmente recibíamos también mantequilla. Esta era la única comida de la semana con la que podíamos quedar llenos. Si tuviéramos la mala suerte de perder esta comida, teníamos que esperar otra semana antes de que pudiéramos quedar llenos.

Finkley quizás es responsable de la pequeña cantidad de comida, pero los guardias en la cocina de los reclusos tienen la culpa de que no se cocine bien. Dos hombres tenían a cargo la cocina de los reclusos, a saber, Ross y Clar. Ninguno de ellos eran cocineros. Eran simplemente guardias. Todo lo que tienen para hacer la comida son grandes cubas, que se convierten en vapor vivo, así que los primeros requerimientos necesarios para un cocinero es tener el músculo suficiente para levantar los sacos de papas sobre el borde de las cubas. Todo lo que ellos querían era tenerlas peladas. Para girar la válvula de vapor no se requiere ninguna cantidad de sesos. La comida no se sazona y, por miedo a que los reclusos trabajando en la cocina roben la sal y la pimienta para dárselas al resto de los reclusos, la sal y la pimienta se mantenían bajo llave. El azúcar nunca se usaba en nada. Los guardias querían que los reclusos terminaran con rapidez, sin hacer caso de qué tipo de trabajo hacían. Los reclusos no encontraban ningún placer en este trabajo no remunerado, y no hacían nada más que lo que se requería de ellos, si tanto. Harm y Hinkton pensaban que todo recluso era mejor alimentado aquí que en sus propios hogares. Sentían que la única manera de someter nuestro clamor por comida era castigarnos hasta que estuviéramos agradecidos por estar vivos, mucho menos exigir algo para comer.

En la institución, la fábrica de muebles y la cocina de reclusos eran los peores lugares para trabajar. Los guardias más estrictos de la institución eran puestos aquí para mantener la disciplina. Ellos mantenían la disciplina por el simple medio de anotar multas. Eran más que maestros

en el arte de anotar multas, y sabían justo exactamente qué anotar para mantener a un recluso en el hueco durante largos periodos. Siempre que un recluso era devuelto de la sala de la corte sin haber sido enviado al hueco, el guardia asumía esto como un juicio sobre su criterio. Te dije antes que la mayor parte de la *educación* de los guardias consistía en solo lo suficiente para pasar un examen de servicio civil. Entonces, siendo ignorantes tanto como temperamentales, sucede a veces que la siguiente multa que le anotan a un recluso se redacta de modo todavía más fuerte.

Ross, en la cocina de reclusos, enfatiza sus órdenes con multas, y cada mañana envía a un ejército a la corte. Si a él no le gusta un recluso, lo anota por alguna infracción imaginaria de las reglas. Si lo anota por hablar a un recluso, nunca deja de decir que él le dijo al recluso que parara de hablar por lo menos una docena de veces antes de anotarle su multa. De hecho, no hay un guardia en una docena que no exagere describiendo lo que le ha hecho un recluso. Un guardia cree que es una desgracia tener de vuelta libre a un recluso a quien ha multado, en vez de haber sido puesto en el hueco. Eso incita al guardia a hacer un esfuerzo mayor anotando multas.

En la panadería prevalece también la idea de hacer tan poco trabajo como sea posible. Allí el guardia, Fox, inculca en la mente de los panaderos el hecho de que la masa solo tiene que ser *amasada* solo lo suficiente para hacer posible el pan. Todo guardia sabe que nadie objetará a nada hecho contra los reclusos. Así que ellos no hacen nada de la forma en que se supone que debe hacerse. En ningún taller los reclusos trabajan duro. No es por el trabajo que no pueden llevarlo bien. Son los guardias. Un taller es mejor que otro solamente porque un guardia es más ser humano que otro.

Si los reclusos ociosos en la cocina de los reclusos y en la panadería fueran dirigidos en su trabajo por un cocinero experto, en vez de por un disciplinario, la comida sería por lo menos comestible. La legislatura dispone de una cantidad mayor para la alimentación de los reclusos que lo que el gobierno concede para el ejército y la armada. Hay chanchullo en alguna parte.

Las dos casas de celdas eran dirigidas por dos guardianes en cada casa. En la casa de celdas del norte tienen un guardia extra para cuidar el hueco y el confinamiento solitario. Hay muy poco aire circulando en

las casas de celdas. Tienen una bomba inservible en cada casa de celdas que se supone que expulsa el aire sucio, pero que solamente sirve para llevar el hedor de una celda a la otra. Como estábamos encerrados en las casas de celdas desde el sábado por la tarde hasta el lunes por la mañana, vamos a los talleres sintiéndonos muy mareados. Por mi parte, sé que tengo dolor de cabeza con frecuencia y es a causa del aire sucio. El hedor humano es peor que el hedor de los animales, y los negracos siempre apestan. Imagina cuánto debe apestar tener a tres negracos amontonados dentro de cada celda a cada lado mío y directamente debajo de mí. Harm me hizo poner lejos, en la peor galería de la casa, en el paraíso del negraco.

En cada casa de celdas tienen, cerca de la puerta, tres celdas reservadas para que puedan mostrarse a los visitantes. Estas celdas están pintadas y muy bien arregladas. Los informantes (las ratas) ocupan estas celdas. Los visitantes son reunidos alrededor de estas celdas, y a causa de la galería sobresaliente no pueden ver ninguna del resto de las celdas. A menudo he oído al guardia a cargo de los visitantes decirles suavemente que todas las celdas están arregladas de esa manera, y que contienen agua corriente caliente y fría, y que girando la perilla de una manera puedes obtener agua fría, y girándola de la otra puedes tener agua caliente. Más que esto se les dice a los visitantes.

Los guardias patrullan las galerías y usando zapatos con suelas de goma se acercan sigilosamente y miran dentro. Cada movimiento tuyo es observado con suspicacia. Te observan suspicazmente cuando te arrodillas para desenlazar tus zapatos, y miran hacia abajo en tu garganta cuando bostezas. Si no les gustas le dicen a un recluso en la celda contigua que golpeé en la pared y empiece a hablarte, y cuando contestas el guardia te anota por hablarle al recluso en la celda contigua. Todo esto puede parecerte difícil de creer, pero puedo nombrarte a muchos guardias que aquí han hecho esto o algo aun peor¹⁴⁴. Ninguno de estos guardias nunca me ha hecho algo así a mí, pero los he visto hacérselo a otros reclusos. La mayoría de estos guardias violan las reglas de la institución, no obstante son severos hasta la crueldad con los reclusos. Estos guardias, y algunos otros, son capaces de asesinar a un

¹⁴⁴ Con referencia a este asunto, se dieron los nombres de los doce guardias, pero por razones obvias se han omitido.

recluso si alguno de los oficiales les ordenan hacerlo. No quiero decir que sean tan leales. Quiero decir que ellos piensan más en sus suaves trabajos que en la vida de un recluso. Dudo si algunos de ellos son capaces de lealtad en su sentido verdadero.

En la casa de la escuela había solamente dos o tres maestros que enseñaban algo a los reclusos. El resto eran guardias ordinarios. La mayoría de ellos sabían ellos mismos muy poco. La mayoría de las veces no sabían si los reclusos habían aprendido bien sus lecciones o no, sin embargo los anotaban por negarse a aprender sus lecciones. Si un chico era muy callado, y se comportaba, hacía muy poca diferencia si él hacía algún esfuerzo por aprender sus lecciones o no. Pero si un chico se volteara siempre, o masticara chicle en la escuela, era muy probable que fuera anotado por negarse a hacer su trabajo escolar. Muy, muy pocos se van alguna vez sin multas cuando van a la escuela.

Sé que hay mucha perversión sexual pasando por aquí, aunque yo nunca presencié realmente el acto. Por ejemplo, en la lavandería donde trabajo sé de tres pares de chicos que tienen relaciones sexuales con cada uno. No diré que la mayoría de los reclusos, pero muchos de los que han estado aquí durante un tiempo, están dispuestos a tener relaciones sexuales con un chico bien parecido, especialmente si sucede que el chico bien parecido celdea con ellos. Algunos de ellos, después de que han tenido esta relación con un chico, se lo echan en cara y lo obligan a venderse a otros chicos en el taller donde trabajaba, por tabaco. Nunca he sabido de algún jocker (un chico que juega la parte masculina en el acto sexual) que más tarde o temprano no se canse de su punk (uno que juega la parte pasiva en el acto sexual).

Nunca comí aquí una verdadera comida durante más de cuatro años y medio, hasta que el Sr. Samper (el nuevo comandante temporal) llegó aquí. Él nos dio de comer chuletas de cerdo y papas fritas un par de comidas a la semana.

Este lugar es ahora una casa de juegos en comparación con el modo en que era cuando Harm estaba aquí. El otoño pasado nos hicieron una cancha de vóleibol, y se puso un nuevo director de atletismo en lugar del otro. Él hizo posible que cada chico disfrutara de alguna clase de recreación. Cuando Harm estaba aquí, todo el período de juego consistía en el béisbol. Solamente nueve tipos podían jugar en cada lado, y como había solamente ocho períodos de juego durante un día, solamente cien

chicos, como máximo, podían tener alguna recreación. Gees, el nuevo director, encontró un espacio donde podíamos jugar al béisbol interior, y creó un campo de juegos de la nada, y colocó en éste canchas de vóleybol, canchas de básquetbol y una arena de boxeo. En el campo de juegos hay cabida para cada uno de los casi dos mil chicos. Cada taller recibe cuarenta y cinco minutos de recreación cada día. Este invierno, Gees inundó el diamante de béisbol y todos fuimos a patinar. Tres semanas después de que Gees abriera el nuevo campo de juegos, los reclusos caminaban con un paso más elástico y tenían algo de color en sus rostros. Podías ver la transformación que cuarenta y cinco minutos al día ejercitándose había forjado.

El Sr. Samper se aseguró de que Harm les diera a los reclusos un trato justo. La amabilidad bondadosa y equilibrada del Sr. Samper era contagiosa, e incluso los guardias empezaron a ser justos en su trato con los reclusos. Todo lo que puedo decir es que desde que el Sr. Samper llegó aquí no les han dado a los reclusos tratos injustos. Él es todo un hombre¹⁴⁵.

El Sr. Marsey ha hecho maravillas tanto en la banda como en la escuela. Ha creado una orquesta para darles un poco de disfrute a los internos. Hizo algo que vale la pena cuando creó una escuela secundaria y una clase comercial. Ayudó a darnos todo el entretenimiento que hemos tenido. Nunca tuvimos pequeños entretenimientos como éstos mientras Harm estuvo aquí.

El Sr. Bline (el nuevo comandante que sucedió al Sr. Samper) ha hecho mucho durante el corto tiempo en que ha estado aquí. Él ha virtualmente obligado a Finkley a darnos más comida y a variarla un poco. Los guardias en la cocina con miedo están cocinando la comida un poco mejor, pero eso no durará mucho, mientras Finkley esté aquí todavía. La primera vez que el Sr. Bline quite sus ojos de Finkley empezaremos a tener carne y papa para cada comida, excepto para el desayuno.

Olvidé decirte que el Sr. Brandon envió a un inspector a examinar la comida, y el inspector, una mujer, veló para que nos alimentaran con sirope para el desayuno. Antes nuestro desayuno consistía en un

¹⁴⁵ Es importante advertir que mientras Sidney habla desfavorablemente de algunos de los guardias, habla muy bien de otros.

sándwich de pan y mantequilla, porque la cazuela de masa amarga no era apta para comer. Esta inspectora se ganó su salario y la gratitud del prisionero cuando nos dio un buen desayuno.

El Sr. Bline está disponiendo para hacer lavar la ropa de los reclusos. Los reclusos nunca tenían ropas limpias mientras Harm y Hinkton estuvieron aquí. Él piensa hacer muchísimas cosas para humanizar este lugar. Hasta ahora está resultando ser oro sólido.

El Sr. Bline no permitirá que un guardia persiga a un recluso. Cada guardia, así como cada recluso, siempre recibe de él un trato justo. Si un recluso merece un trato justo, él lo recibe. El castigo que se reparte ahora se ajusta a la acusación. Ya no tenemos que hacer varios días en el hueco por hablar en la fila o por otras cositas menores. No hay más dormidas sobre el suelo de cemento.

Puedo decirte que cuando transfirieron a Hinkton a otra institución, esa Institución recibió a un buen hombre para atar a los presos condenados a la silla eléctrica y para apretar el interruptor que envía a los hombres a la eternidad.

UN AÑO DESPUÉS

En el presente (febrero, 1931), el espíritu de la institución es el mejor que ha habido en los seis años que he estado aquí. El Sr. Bolton ha sustituido al Sr. Square como asistente del Sr. Bline. El Sr. Bolton es un verdadero ser humano. Su interés está en el bienestar de todos y cada uno de los reclusos. Él no nos considera como delincuentes para ser castigados, sino como seres humanos para ser entrenados y educados por métodos humanos de tratamiento. El Sr. Bline y el Sr. Bolton hacen un buen equipo para la mejoría de la institución.

CAPÍTULO XII

SUMARIO E INTERPRETACIÓN TENTATIVA DE FACTORES SOCIALES

En los capítulos anteriores se han presentado documentos que señalan la naturaleza de las situaciones sociales sucesivas en las que vivió Sidney, las actitudes que desarrolló frente a estas situaciones, y las distintas infracciones y delitos en los que estuvo implicado. El presente capítulo es un breve sumario e interpretación tentativa de los aspectos sociales más importantes de su carrera en la delincuencia y el delito. Se reconoce que la historia de caso no es completa; ella es particularmente deficiente con respecto a las experiencias de Sidney durante sus primeros cinco años de vida.

En nuestra interpretación tentativa de este caso subyace la asunción de que las características del comportamiento tienen una evolución natural en la historia de vida del individuo, desarrollándose en el proceso de interacción entre el individuo y las sucesivas situaciones en que vive. El carácter de este proceso está determinado tanto por la naturaleza del organismo como por las condiciones de la situación social y cultural a las que el organismo debe ajustarse. El niño nace en el mundo como un organismo físico dotado con ciertas características físicas, reflejos, capacidades mentales y tendencias indefinidas para actuar. Además, nace siempre en un mundo social en el que ya existen ciertas formas culturales, actividades sociales y expectativas grupales. Mediante su participación en las actividades de este mundo social, que comienza en grupos íntimos como la familia, el grupo de juego y el barrio, las actividades originales del niño son condicionadas y organizadas, y vienen a asumir el carácter de actitudes, intereses y tendencias del comportamiento bien definidos. Desde este punto de vista, la dirección que toma el desarrollo de las tendencias originales está determinada en gran medida por las actitudes y valores sociales que

prevalecen en las situaciones que encuentra el niño. Este punto de vista se resume brevemente en la siguiente cita de Thomas:

Ahora bien, parece que los rasgos de comportamiento y su totalidad, representados por la personalidad, son el resultado de una serie de definiciones o situaciones con las reacciones resultantes y su fijación en un cuerpo de actitudes o conjuntos psicológicos. Obviamente, las instituciones de una sociedad, comenzando por la familia, forman el carácter de sus miembros casi como la nutrición diaria forma sus cuerpos, pero esto es para todos, y las actitudes únicas del individuo y su personalidad única están estrechamente conectadas con ciertos incidentes o particulares experiencias críticas para él mismo, definiendo la situación, otorgando el conjunto psicológico, y a menudo determinando la dirección de toda la vida¹⁴⁶.

Durante los últimos años se ha puesto un énfasis creciente en la importancia del período de infancia, niñez y juventud temprana en el desarrollo de los rasgos de la personalidad y del comportamiento. Generalmente se supone que muchos de los rasgos de conducta de los adultos se pueden remontar a los hábitos y actitudes que fueron fijados durante este temprano periodo formativo¹⁴⁷. Este periodo es de una

¹⁴⁶ W. I. Thomas, "The Problem of Personality in the Urban Environment" [el problema de la personalidad en el medio urbano], *The Urban Community* [la comunidad urbana], University of Chicago Press, 1926, pp. 38-39. Para una mayor elaboración de este punto de vista ver a John Dewey, *Human Nature and Conduct* [naturaleza humana y conducta], New York, 1922; George H. Mead, "The Genesis of the Self and Social Control" [la génesis del yo y el control social], *International Journal of Ethics*, XXXV, abril, 1925, pp. 251-277; Charles H. Cooley, *Human Nature and the Social Order* [la naturaleza humana y el orden social], ed. rev., New York, 1922; Ellsworth Faris, "The Nature of Human Nature" [la naturaleza de la naturaleza humana], *The Urban Community*, University of Chicago Press, 1926, pp. 21-37.

¹⁴⁷ A este respecto ver a W. A. White, "The Golden Period for Mental Hygiene" [el período dorado para la higiene mental], *Mental Hygiene*, reimpresión No. 81, abril, 1920; Cyril Burt, *The Young Delinquent* [el joven delincuente] (1925), p. 584; J. B. Watson, *Behaviorism* [behaviorismo] (1925), p. 216; A. Gesell, "The Nursery School Movement" [el movimiento de la escuela de infantes], *School and Society* [escuela y sociedad], nov. 22, 1924, pp. 1-19; y F. H. Richardson, *Parenthood and the Newer Psychology* [la paternidad y la sicología más reciente] (1926).

significación particular en el desarrollo de tendencias a la infracción y el delito¹⁴⁸. Las historias de caso de delincuentes de mayor edad muestran que, con frecuencia, la tendencia delincencial se originaba durante los primeros años de vida del individuo. En muchos de estos casos es posible describir, de modo general por lo menos, los pasos sucesivos o el proceso continuo implicado en la formación y fijación gradual de rasgos de comportamiento delictivo. Este proceso se ilustra bastante bien en la historia de caso que se presenta en este volumen.

Tenemos, en este caso, a un joven delincuente masculino de inteligencia superior y de condición física aparentemente normal¹⁴⁹, cuya carrera en la delincuencia empezó a la temprana edad de siete años. El historial de sus infracciones incluye un gran número de prácticas delictivas. De hecho, sería casi imposible hacer un inventario completo de todas las instancias específicas de infracción y delito en las que estuvo involucrado. Aquellas incluidas en el registro oficial (capítulo I) probablemente comprendan tan solo una proporción pequeña del número total de aquellas en que estuvo directa o indirectamente implicado. Durante el curso de su carrera en la delincuencia, desde la época en que tenía siete años de edad hasta los diecisiete, Sidney fue arrestado por lo menos dieciséis veces, fue llevado diez veces a la corte por alegación de absentismo escolar y delincuencia, y sufrió siete reclusiones en cuatro instituciones correccionales distintas. Sus fechorías se volvieron cada vez más graves a medida que se fue haciendo mayor, empezando con pequeños hurtos en el vecindario y el absentismo escolar, y progresando hacia delitos graves como el atraco a mano armada y la violación. Sus ofensas, en su orden de su ocurrencia, incluían la ratería en el vecindario, la intrusión en tiendas, el hurto en almacenes, el asalto a borrachos o a personas dormidas en la calle, el hurto de accesorios de automóviles, el robo de automóviles, el atraco a mano armada y la violación. Como se sugería antes, los delitos de atraco a mano armada y violación fueron las consecuencias naturales de una larga cadena de experiencias delictivas. Las actitudes, hábitos y filosofía

¹⁴⁸ Ver a William Healy, *The Individual Delinquent* [el delincuente individual], Little, Brown & Co., 1920, p. 10.

¹⁴⁹ Para un breve resumen de los encuentros clínicos, ver el Apéndice I.

de la vida que subyacen a estos últimos delitos, se formaron sin duda en el curso de experiencias anteriores en la delincuencia

DESARROLLO DE ACTITUDES DELICTIVAS

En su detallada autobiografía se revela el desarrollo gradual de los hábitos, actitudes e intereses delictivos de Sidney. Su actitud durante su primera experiencia delictiva fue la de depender de su compañero mayor, que estaba bien versado en la práctica del hurto. En ese tiempo Sidney no solo era un delincuente inexperto, sino que estaba muy poco familiarizado con las técnicas y modos de proceder del grupo delincuencia. Con respecto a su primera fechoría, él afirma:

La primera vez que robé algo no me daba cuenta de que estaba robando; sólo pensaba que era un juego interesante. Eso pasó cuando tenía siete años de edad. Recuerdo eso muy claramente, pues recién había comenzado la escuela pocos días antes y estaba en segundo grado, habiendo comenzado la escuela el año anterior. En este día, un sábado de finales de septiembre, yo estaba jugando en frente de mi casa con un niño de nombre Joseph. Él era cinco años mayor que yo y vivía en la misma cuadra que yo. Me pidió que lo acompañara y que me mostraría algo. Este tipo me gustaba bastante. Él sintonizaba con algo en mi corazón. Nos habíamos hecho buenos amigos pocos días antes, así que lo acompañé. Él tenía iniciativa, estaba lleno de ideas y lleno de diversión. Vivíamos en la esquina noroeste de las calles L. y W., a pocas cuerdas al oeste del Loop. Joseph me llevó a una frutería que estaba ubicada a una cuerda de mi casa. Esta frutería tenía en su parte delantera canastas, barriles y cajas que contenían fruta y verduras, pues el clima estaba todavía bastante cálido. Él, esto es Joseph, empezó a pasar caminando por la frutería y cuando llegó a una caja de frutas cogió algo de fruta y siguió caminando. Me indicó que hiciera lo mismo. Esperé un segundo, estando asustado y nervioso, pero Joseph me indicó que me apurara y, como no quería ser un cobarde, lo seguí e hice lo mismo. Cada uno pasamos una vez más por la tienda cogiendo algo de fruta cada uno. Después de que nos comimos la fruta en el callejón, me llevó a casa de nuevo. Pensé que esto era toda una aventura y disfruté mucho coger la fruta.

La experiencia inicial de Sidney de hurtar en almacenes, que tuvo lugar poco después de los primeros episodios de hurto y robo, tenía la misma naturaleza que la actividad del juego. Él consideraba el hurto en almacenes como un juego, y era este aspecto de la actividad lo que más

le interesaba. Las excursiones en el Loop lo introducían en un nuevo y fascinante mundo de aventura. La emoción y el estímulo que derivaba de estas excursiones y de las experiencias de robar almacenes se revelan claramente en la siguiente declaración:

Al principio yo no robaba por ganancia, tampoco por necesidad de comida. Robaba porque era la cosa más fascinante que podía hacer. Era un modo de pasar el tiempo afuera, pues pienso que tenía un espíritu de aventura más agudo que los otros chicos de mi edad, algo así como más mentalmente alerta. No quería jugar juegos aburridos, tampoco estar confinado en un aula escolar. Quería algo más excitante. Me gusta el espíritu atrevido. Caminaba entre los terceros rieles de las líneas elevadas con el mismo espíritu audaz con que robaba. Eso me daba emoción, y a su vez emocionaba a mis amigos. Todos éramos parecidos, atrevidos y contentos de arriesgarnos.

Cuando estábamos robando en los almacenes siempre hacíamos de eso un juego. Por ejemplo, podíamos apostar a quién podía robar la mayor cantidad de gorras en un día, o a quién podía robar gorras del mayor número de almacenes en un día, o a quién podía robar en la presencia de un detective y luego evadirte. Siempre nos estábamos retando el uno al otro de esa manera y pensando en nuevas tramas. Esta era la mejor parte del juego. Yo entraba en un almacén a robar una gorra, me probaba una y cuando el empleado no estaba mirando salía del almacén, dejando la gorra vieja. Con la nueva gorra en la cabeza entraba en otro almacén, hacía lo mismo que en el otro almacén, teniendo un sombrero nuevo y abandonando el que había cogido del otro lugar. Podía hacer esto todo el día y tener un sombrero por la noche. Era diversión lo que quería, no la gorra.

En el curso de su continua participación en las actividades de hurtar en almacenes de su grupo, Sidney se convirtió en un experto ratero de almacenes y desarrolló una actitud de orgullo y confianza en su habilidad para robar. Se debe notar, también, que no fue sino hasta después de que se hubiera comprometido en la actividad delincencial durante un período considerable de tiempo, que apareció el deseo de ganancia monetaria como un ingrediente de su tendencia hacia la delincuencia.

Después de muchos viajes a los grandes almacenes en el Loop me convertí en un experto ladrón de almacenes. Me tomó bastante práctica pero bajo la enseñanza de Joseph progresé bastante. Él entraba a un almacén, yo detrás, y

tomando un anillo o dos de un mostrador, o un frasco de perfume, o una caja grande de chicle, o cigarrillos y cigarros, o juguetes, los comprimía bajo su correa y abandonaba el almacén. Luego le vendíamos las cosas a un reducidor. Siempre podíamos encontrar compradores para comprar nuestras mercancías robadas; y luego íbamos a un espectáculo, comprábamos algo para comer, y ahí estás. Finalmente me puse tan así que podía robar en los almacenes casi tan bien como lo hacía Joseph. Así que no solo podía detectar a un detective privado a una milla de distancia, sino que casi podía olerlo. Aprendí todos los trucos del juego. Si nos atrapaban, y lo fuimos varias veces, unas pocas lágrimas y una promesa de nunca volver a robar serían suficientes para hacer que el detective privado nos soltara. Siendo jóvenes y pequeños, era fácil ganarse la simpatía del detective. Y así fui, interesándome en robar y no sabiendo nada más. El delito se convirtió en negocio. Empecé a robar como un medio para hacer dinero. Quería aprender todo lo que había que saber sobre el juego, cómo robar, cómo evadir a la policía, y cómo vender los bienes robados. Me volví engreído y seguro de mí mismo y sentía verdadero orgullo de mi habilidad para robar.

Durante sus experiencias posteriores y su continuo contacto con delincuentes juveniles y criminales adultos, Sidney empezó a identificarse con el mundo delincuencial y a encarnar en su propia filosofía de vida los valores morales que prevalecían en los grupos delictivos con los que tenía contacto. En el momento en que se involucró en el robo de automóviles y en el atraco con arma, cuando tenía unos quince años de edad, sus actitudes, intereses y metas en la vida estaban muy claramente definidos en términos de los valores sociales del grupo delincuencial. Nótese, por ejemplo, declaraciones como las siguientes: “Quería ser un tipo duro”. “Pensaba que si alguna vez pudiera entrar en la mafia apropiada no solamente conseguiría influencia, sino que podría hacer todo tipo de cosas fuera de la ley en la inmunidad”. “Pensaba que todos aquellos que tumbaban cargos por asesinato eran como reyes y tenían todo lo que querían”.

FACTORES SOCIALES

Para comprender el origen y desarrollo temprano de los rasgos de la conducta delictiva de Sidney, es importante, desde el principio, llamar la atención sobre ciertos hechos que pertenecen sobre todo a la situación social general en que vivía en el momento en que empezó su carrera en

la delincuencia. En primer lugar, él habitaba en una de las zonas más deterioradas y desorganizadas de la ciudad. En esta área las tradiciones convencionales, las instituciones vecinales y la opinión pública, a través de las cuales los vecindarios suelen ejercer su control sobre la conducta del niño, estaban en gran parte desintegradas. En consecuencia, Sidney tuvo muy poco acceso a las herencias culturales de la sociedad convencional y no estuvo sujeto a las influencias constructivas y restrictivas que rodean al niño en los vecindarios residenciales más integrados y convencionales de la ciudad. En la zona en que vivía, el control del vecindario se limitaba en buena medida al control que se ejercía a través de organismos formales como la escuela, las cortes y la policía.

La situación de esta comunidad no era solo de desorganización, y en consecuencia era inefectiva como una unidad de control, sino que se caracterizaba por una alta tasa de delincuencia juvenil y crimen adulto, por no mencionar la extendida corrupción política que había existido durante mucho tiempo en el área. Varias formas de robo y numerosas pandillas delincuenciales y criminales organizadas se habían extendido en el área. Estos grupos ejercían una poderosa influencia y tendían a crear un espíritu de comunidad que no solo toleraba, sino que realmente fomentaba, las prácticas delictivas y criminales.

Otro aspecto del trasfondo social general que parece ser importante era el estatus económico muy inferior de su familia. En distintos momentos, la familia fue indigente y totalmente dependiente de la caridad. Del estudio del caso se desprende que el hogar prácticamente no ofrecía medios para la satisfacción de los deseos fundamentales de Sidney ni para estimular su interés en sanos esparcimientos. Es probable también que los sentimientos de inferioridad e inseguridad de Sidney, que resultan evidentes a lo largo de su autobiografía, se debieran en parte a la insuficiencia económica de la familia (ver capítulo IV).

Asimismo, en este caso debe dirigirse la atención a su desorganizada situación familiar. A causa de las deserciones reiteradas del padre, la madre estaba obligada a buscar trabajo fuera del hogar. Como se desprende del material que se presenta en el capítulo IV, la familia nunca constituyó una unidad integrada capaz de ejercer un control constante del comportamiento de Sidney. En ausencia de restricciones morales efectivas en la familia y en la comunidad, el desarrollo de sus

relaciones grupales y su elección de compañeros fuera del hogar carecieron casi por completo de dirección.

Los primeros contactos sociales de Sidney fuera del hogar se dieron con un grupo de chicos delincuentes cuya mayoría era considerablemente mayor que él. Su asociación con este grupo marcó el comienzo de su carrera en la delincuencia. El primer episodio de robo consistió en el hurto de fruta del frente de una tienda local. Esta experiencia tuvo lugar cuando Sidney tenía siete años de edad, mientras estaba en compañía de un chico (Joseph Kratz) que era cinco años mayor que él. A juzgar por su propia historia (ver capítulo V), la participación de Sidney en esta fechoría inicial se debió en gran parte a la influencia de su compañero, que ya era experto en varias formas de hurto. Este tipo de pequeño hurto constituía una práctica común en la zona y estaba estrechamente aunada a los intereses y actividades consentidos por los grupos de juego y pandillas del vecindario (ver capítulo II). Poco después de su primera experiencia en el robo, Sidney se involucró en un episodio de robo con allanamiento. Esta experiencia ocurrió cuando estaba en compañía del mismo compañero mayor. El siguiente paso en el desarrollo de la tendencia delictiva de Sidney, quizás el más importante, fue su participación en las actividades de robo en almacenes de su grupo de juego. Este tipo de delincuencia era obviamente una tradición aceptada del grupo, como lo indica el hecho de que tres de sus miembros habían estado involucrados en una serie de casos de hurto en almacenes antes del contacto inicial de Sidney con el grupo (ver los expedientes oficiales de Reuben Silver, Joseph Kratz, y Max Izen, capítulo III). Se puede suponer que Sidney no solamente adquirió las técnicas del robo en almacenes y el código moral que imperaba en este grupo delincencial, sino que a través de sus numerosas experiencias en el robo en almacenes sus actitudes delictivas e intereses se definieron más claramente, y él se identificó más estrechamente con el mundo criminal.

Junto con sus primeras experiencias en el robo, Sidney comenzó a ausentarse sin permiso de la escuela. Estos dos tipos de comportamiento están estrechamente relacionados y, como en el caso presente, con frecuencia ocurren a la vez. Es evidente que la asistencia a la escuela interfería con la participación de Sidney en las actividades de su grupo de juego, que eran mucho más emocionantes, tentadoras y estimulantes

que la rutina formal de la escuela. Desde el punto de vista de Sidney, la escuela “era un mal necesario que la gente mayor esperaba que los niños aguantaran”. Resulta significativo que el absentismo escolar fuera una práctica bastante común entre sus compañeros mayores. En conjunto, el absentismo de Sidney parece haber sido una respuesta a la situación del grupo de juego más que a algún conflicto o dificultad dentro de la escuela. A pesar de su repetido absentismo escolar, su informe escolar muestra un record de buen aprendizaje.

Hemos asumido en los párrafos precedentes que la tendencia de Sidney al comportamiento delictivo se originó en el curso de su participación en las actividades de su grupo de juego. Por otro lado, uno puede preguntarse si Sidney era delincuente a causa de la influencia de su grupo de juego, o si él elegía a compañeros delincuentes dada su predisposición hacia la delincuencia. Es obvio que no se puede ofrecer una respuesta concluyente a esta cuestión. Es posible que ciertos factores subyacentes, no revelados en esta historia de caso, estuvieran operando en la determinación de su temprana tendencia a la delincuencia. Puede señalarse, sin embargo, que su primer contacto con la pandilla ocurrió más temprano, en la secuencia cronológica de eventos de su vida, que sus fechorías iniciales, y que el carácter de estas fechorías iniciales era idéntico a los patrones tradicionales del grupo. Si había una predisposición hacia la delincuencia antes de su primer contacto con la pandilla, eso no se expresó de modo tal que les fuera evidente a quienes tuvieron un contacto íntimo con él durante sus primerísimos años. Tanto la madre como el hermano, por ejemplo, fueron muy enfáticos en declarar que la primera indicación de delincuencia apareció después de su asociación con “Joseph Kratz y su pandilla”. Ya que los miembros de la pandilla vivían en la vecindad inmediata del hogar de Sidney, puede suponerse que él se puso en contacto con ellos en el curso de su espontánea vida de juego sin supervisión fuera del hogar. Además, no es improbable que sus primeras fechorías representen un ajuste a las normas de comportamiento, actividades y expectativas de su grupo de juego temprano.

Antes de que Sidney entrara en contacto con el Club Deportivo Burns, sus delitos se habían limitado en buena medida al hurto, al robo con allanamiento y al robo en almacenes. Este contacto, sin embargo, marcó el comienzo de una ampliación muy significativa de sus

actividades delictivas. Fue justo después de su asociación con este grupo, y mientras estaba en compañía de algunos de sus miembros más jóvenes, que tuvo lugar la primera experiencia de Sidney en el robo de automóviles y el atraco a mano armada. Tales delitos, junto con el contrabando de licores, el chantaje sistematizado, el secuestro y otras formas de violencia, no eran poco comunes entre los miembros del Club. La rápida aceptación de Sidney de los patrones delictivos adultos de este grupo no es de sorprender en vista del hecho de que sus actitudes e intereses ya tenían un carácter decididamente delincencial. Además, él nunca había desarrollado intereses vocacionales o del tiempo libre que hubieran servido para estabilizar su conducta y para contrarrestar la influencia de los personajes delincuentes y criminales que conoció en el Club. Parece bastante claro que los nuevos patrones delictivos de robo con arma y hurto de automóviles que adquirió en el curso de sus asociaciones en este Club representan una continuación, o desarrollo mayor, de una tendencia previamente establecida hacia la delincuencia.

Aunque el delito sexual de Sidney se discutirá por completo en el capítulo siguiente, debe señalarse aquí que este delito era parte integral de su patrón completo de comportamiento delictivo. Éste se desarrolló como un aspecto de los delitos de robo con arma y hurto de automóviles en los que él y su compañero habían estado involucrados durante varios meses. En consecuencia, el patrón de infligir violencia sobre otras personas estaba establecido en este grupo antes de que el acto de violación hiciera parte de sus prácticas delictivas. Quizás resulte importante observar, asimismo, que antes del primer episodio de violación en que se involucró esta pandilla había ocurrido una serie de casos similares en el distrito de Chicago. Sidney y su compañero conocían estos casos, que habían sido objeto de discusión entre ellos.

Con el fin de entender la aparente falta de reconocimiento por parte de Sidney de la significación moral de su delito, es necesario tener en cuenta que sus contactos sociales vitales fuera de su hogar se limitaban en buena medida a grupos delictivos y criminales. Se puede suponer que sus actitudes hacia las mujeres y su conducta sexual se definieron a través de su experiencia con prostitutas y en el curso de sus conversaciones con otros delincuentes. Él nunca se incorporó a un grupo convencional gracias al cual pudiera asimilar las actitudes y los valores morales convencionales de la sociedad. En su mayor parte, sus contactos

con grupos convencionales no solo eran casuales e infrecuentes, sino que tenían esencialmente un carácter formal y externo.

Es interesante observar que los habituales métodos formales de tratamiento –supervisión especial, libertad condicional, reiterada encarcelación en instituciones correccionales y libertad bajo palabra– no pudieron controlar el desarrollo de la carrera de Sidney en la delincuencia. Si bien no es posible probar que algún método de tratamiento hubiera sido efectivo en este caso, incluso en el momento de comenzar su carrera en la delincuencia, los registros disponibles del caso no revelan si hubo algún intento concreto para entender la naturaleza del delinquir de Sidney o para formular un plan de tratamiento adaptado a sus necesidades particulares. A lo largo del periodo de diez años en que estuvo involucrado en la delincuencia, el tratamiento administrado fue en gran medida formal y externo. Cada vez que era puesto en libertad condicional, o liberado bajo palabra, se lo devolvía a la misma situación en la que había tenido lugar su comportamiento delictivo, sin que se hubiera hecho intento alguno para modificar esa situación o para que desarrollara nuevos contactos grupales. En un capítulo posterior se presentará una discusión más detallada del caso desde el punto de vista del tratamiento social.

Otro aspecto muy interesante de este caso es el hecho de que, mientras Sidney, desde una edad muy temprana, presentaba numerosos problemas de conducta, su hermano era en casi todos los aspectos una persona modelo. Si este comportamiento divergente se debe a diferencias individuales o a diferencias en sus contactos sociales, no se puede determinar con base en la documentación ahora disponible. Abe, siete años mayor que Sidney, es un laborioso y metódico joven de inteligencia promedio. Como se señalaba antes, la madre ejerció sobre Abe una supervisión mucho más estrecha que la que le fue posible ejercer en el caso de Sidney. A una edad muy temprana Abe se asoció estrechamente con la sinagoga y, en consecuencia, estableció contactos permanentes con grupos convencionales. Sidney, por otro lado, nunca se identificó con grupos de este tipo. De las entrevistas personales queda claro que, durante sus primeros años, Sidney resentía el hecho de que sus padres compararan desfavorablemente su conducta con la de su hermano. De hecho, es posible que sus impulsos hacia un comportamiento no autorizado fueran en parte una reacción contra el

comportamiento modelo de Abe, y contra la manera en que ese comportamiento era definido en la situación familiar. Casos como éste sugieren la necesidad de estudios comparativos entre niños delincuentes y no delincuentes viviendo en la misma comunidad y, en la medida de lo posible, dentro de la misma familia. Dichos estudios deberían revelar los factores que determinan las muy amplias tendencias de comportamiento que tienen lugar entre niños que viven en la misma situación social general.

En las páginas anteriores se ha intentado describir los factores sociales que estuvieron implicados en el origen y desarrollo de las actitudes y comportamiento delictivos de Sidney. El siguiente capítulo, a cargo del profesor E. W. Burgess, es un análisis de la personalidad de Sidney y su relación con su conducta delictiva y criminal. A continuación de ese análisis, la jueza Mary M. Bartelme discute la historia de caso con particular énfasis en el problema del tratamiento social.

DISCUSIÓN
PROFESOR ERNEST W. BURGESS
Director en Funciones del Behavior Research Fund

El encabezamiento del capítulo I, "Apodado un 'retrasado'", y el subtítulo del libro, *La historia natural de una carrera delincuencial*, resumen por contraste los puntos esenciales del libro. El uso que hace la prensa del término "el retrasado" provoca reacciones emocionales de indignación y venganza; la frase "la historia natural de una carrera delincuencial" invita a una investigación científica sobre las causas del comportamiento.

Violación a punta de arma: ¿existe algún otro delito, a menos que sea un asesinato gratuito y deliberado, que ultraje y aterre tanto a la humanidad? Poco asombra, entonces, que el público, en su violenta reacción emocional y moral contra esta ofensa, estigmatizara a su autor como un monstruo, un degenerado, y un débil mental. Con bastante facilidad el público aceptó el epíteto de la prensa "el retrasado" como un nombre para aquellos culpables de ataques sexuales contra las mujeres.

El término "violación" y el término "el retrasado" son etiquetas que la sociedad coloca a una ofensa y al ofensor y que, indicando desaprobación, al mismo tiempo posibilitan a la sociedad definir el comportamiento con propósitos de castigo.

Sin embargo, etiquetar un comportamiento no sirve para explicarlo. De hecho, puede actuar para evitar la comprensión de los muchos tipos de comportamiento diferentes que pueden ser cobijados por un término. La siguiente serie de ejemplos presenta marcadas diferencias en el comportamiento:

1. Un joven le hacía compañía a una chica que le permitía diversas libertades, pero que rechazaba el coito. Él, en consecuencia, preparó deliberadamente

- una situación en la que tuvo relaciones con ella a la fuerza. Más tarde, ella voluntariamente sostuvo relaciones en distintos momentos.
2. Un hombre joven, al encontrarse casualmente con una mujer joven, le informa que dar un paseo en automóvil con él implicaba tener relaciones sexuales. Ella replicó que era capaz de cuidarse a sí misma y que a menudo había aceptado dar paseos con extraños. Él condujo a un lugar poco frecuentado y, después de un duro forcejeo, logró tener relaciones con ella. Intimaron sexualmente varias veces después.
 3. Un hombre joven de una familia adinerada e influyente, que regresaba a casa de una fiesta mientras estaba borracho, agredió sexualmente a la joven mujer que había escoltado hasta allí. En la lucha de ella por escaparse, él le infligió varias heridas. Fue procesado y sentenciado por violación.
 4. Un hombre joven llevó en automóvil a una mujer joven, una agente de libros, de la casa de la madre de él, donde ella se estaba hospedando, a una ciudad cercana. En el viaje de regreso él la agredió por la fuerza. Ella lo hizo procesar y sentenciar por violación.
 5. Tres hombres jóvenes de la clase trabajadora inmigrante invitan a cenar con ellos a una chica joven de dudosa reputación que había sido íntima de uno de los jóvenes. En lugar de eso, llevan a la joven a un garaje y todos tres tienen relaciones sexuales con ella, sin que ella proteste. Poco después de abandonar el garaje en el automóvil, ella llamó a un oficial de policía e hizo arrestar a los hombres por violación. El caso fue llevado ante el tribunal pero el proceso se archivó más tarde.
 6. Dos miembros de una pandilla condujeron a su club a una mujer joven con reputación de conducta sexual relajada. Propusieron el coito, pero ella se negó. Se hizo venir a otros miembros de la pandilla; fue sostenida a la fuerza por cuatro de ellos mientras todos por turno tuvieron relaciones sexuales con ella. No se presentó ninguna denuncia a la policía.
 7. Cuatro jóvenes desconocidos, armados con pistolas, le arrebatan a una mujer joven a su acompañante, conducen a una parte periférica de la ciudad, la agreden, y allí la abandonan en condición histérica. Son aprehendidos por casualidad, identificados, procesados, y sentenciados por violación.

Es verdad que en todos los casos precedentes se usó la fuerza física, y que todos podrían incorporarse legalmente bajo el término “violación”. Sin embargo, es evidente, incluso a partir de un examen superficial de los hechos externos como aquellos enunciados, que difieren

ampliamente uno del otro y del caso de Sidney y Richard¹⁵⁰. Desde el punto de vista del actor y su actitud, el acto asume formas radicalmente diferentes en estos casos.

Caso 1.— La actitud del grupo masculino que desapruueba el tipo de comportamiento femenino de “salamandra” (aquél que permite la estimulación de la excitación sexual pero que rechaza el coito) fue expresada por el hombre joven en el Caso 1 como la plena justificación para su comportamiento.

Casos 2, 3 y 4.— Estos casos enfatizan la idea actual de la actitud “cavernícola”. Dicha concepción es la de una edad prehistórica en que la resistencia de la mujer a los avances sexuales del varón era solo vencida por la superior fuerza física de éste. Estrechamente relacionadas con la actitud del cavernícola se hallan las teorías de las diferencias innatas o del patrón culturalmente inculcado, en el comportamiento sexual, en que el macho persigue y la hembra es perseguida. En la psicología anormal existe una amplia literatura sobre el sadismo y el masoquismo que sugiere la implicación sexual en la imposición y resistencia al dolor. En el Caso 2, pero no en los Casos 3 y 4, el comportamiento subsiguiente de la mujer está de acuerdo con la teoría.

Casos 5 y 6.— En el área desmoralizada del primer asentamiento, el llamado “gang-shag” o fiesta en la que una pandilla o grupo de hombres jóvenes tienen relaciones sexuales con una mujer fácil, es un patrón más o menos establecido. Generalmente los hombres son de un grupo nacional bastante diferente del de la chica. A las mujeres de su propio grupo cultural casi siempre se las tiene en una alta reputación, pero, a la inversa, a las mujeres jóvenes de otras nacionalidades se las puede considerar como inmorales. Este doble estándar facilita un comportamiento con miembros del grupo externo que sería estigmatizado por indignante y que es, sin duda, casi inconcebible dentro del grupo. Está también el factor de que un comportamiento no convencional dentro del propio grupo tiende a ser conocido y, quizás, a implicar obligaciones.

Caso 7.— En la comunidad de pequeños poblados todos sus miembros son por necesidad considerados primero como personas desde el punto

¹⁵⁰ [N.T. Cada vez que, en adelante, se mencione a Richard, se trata en realidad de Gerard, cuya propia historia cierra este libro].

de vista de su rol total en la vida de la comunidad. En la ciudad, salvo las relaciones en grupos íntimos y personales, todo esto ha cambiado. La gran mayoría de los individuos son completamente desconocidos entre sí, e incluso cuando entran en contacto las relaciones no tienden a darse en todos sus aspectos, sino tan solo en un aspecto de sus vidas. Las otras personas pasan a ser consideradas a partir de un solo segmento de su existencia, como servicios, como el hombre que vende tiquetes o lustra zapatos o trae el hielo. Naturalmente, entonces, este único aspecto categórico de la persona tiende a convertirse en el estímulo exclusivo al que reaccionan los demás, y al mismo tiempo la persona tiende a asumir hacia los otros este rol esperado.

La prostituta es de modo característico una criatura de la vida urbana. Puede considerarse como un símbolo de la mujer definida simplemente como un objeto sexual para satisfacer los deseos físicos del hombre.

Resulta que la compleja, impersonal y anónima vida de la ciudad es particularmente favorable para que se separe la satisfacción de los impulsos humanos de su unidad orgánica dentro de la personalidad y su expresión de manera más o menos independiente. Por consiguiente, el impulso sexual, casi tal vez como pura ansia fisiológica, puede llegar a separarse de los sentimientos de amor y respeto, y el individuo puede buscar su satisfacción con poca o ninguna referencia a sus otros impulsos, a menos que sea el estético. Esto es cierto en la ciudad o en cualquier situación en la medida en que el individuo del otro sexo sea extraño y nuevo, de modo que su naturaleza como un objeto sexual predomine sobre sus otras características¹⁵¹. Estos aspectos impersonales y anónimos de muchas de las relaciones humanas en la ciudad pueden explicar, en parte, el desarrollo del erotismo en los centros urbanos.

La enunciación recién hecha no consiente una explicación específica de las ofensas sexuales de los cuatro hombres jóvenes en el Caso 7, y de Sidney y Richard¹⁵² de este estudio, también condenados por cargos similares. Sí puede, sin embargo, proporcionar un marco de referencia

¹⁵¹ Ver a N. Shaler, *The Neighbor* [el vecino], para una discusión de la tendencia a tratar a las personas categóricamente, primero como objetos humanos, luego como objetos sexuales.

¹⁵² Ver la "Propia Historia" de Richard en el Apéndice II.

general dentro del cual toda conducta sexual en la ciudad, en la medida en que esté separada del condicionamiento habitual y moral, puede ser definida. En concreto, puede suponerse que las definiciones de las actitudes sexuales de estos chicos estaban orientadas por las discusiones de pandilla, por las experiencias con prostitutas, y con el conocimiento impulsor de este patrón particular de comportamiento delictivo-sexual, pero todo en el marco general de la vida de la gran ciudad: la impersonalidad y el anonimato de las relaciones humanas.

La cuestión crucial, sin embargo, es: ¿por qué estos dos muchachos de dieciséis años cometen este delito, cuando otros jóvenes igualmente sujetos a las mismas o a influencias similares se abstuvieron de tal conducta? Se ofrece la historia de vida y otros documentos personales para surtir la historia natural de una carrera delictiva. ¿Es posible, entonces, encontrar una respuesta, o por lo menos una respuesta hipotética a esta cuestión, en los documentos que se presentan en este volumen? ¿Describen éstos con suficiente claridad y exactitud los eventos pasados en las vidas de los dos jóvenes como para permitir un análisis, primero, de las situaciones sociales que inciden sobre ellos; y, segundo, de los patrones de personalidad tal como son moldeados por las presiones del entorno o a medida que evolucionan desde las reacciones, más o menos espontáneas y selectivas, a los estímulos del medio ambiente?

FIABILIDAD Y VALIDEZ DEL DOCUMENTO DE HISTORIA DE VIDA

El análisis de un estudio de caso siempre plantea antes la cuestión preliminar de su autenticidad. ¿Está diciendo la verdad el autor del documento? ¿Es él un buen observador? ¿Está a la defensiva o es prejudicado?

En este estudio de caso se debería hacer una distinción entre la historia de vida como un todo y el incidente crucial que se convierte en el punto central de referencia: ¿por qué estos dos jóvenes cometieron este hecho? ¿Cómo reacciona la sociedad frente a este acto? ¿Cómo reaccionan ellos mismos frente a éste?

Los autores de estos documentos ¿dicen la verdad sobre sus vidas hasta llegar al evento que se convirtió en el acto central en sus carreras?

Debe admitirse que sus historias de vida resisten la prueba de la fiabilidad, como se evidenció al ser verificadas con la información provista en el registro oficial, en los registros de agencias sociales, por miembros de la familia y por otros. De hecho, los recuentos de la historia de vida son mucho más reveladores, en cuanto a las causas y motivos que conducen al comportamiento, que todos los otros materiales sobre el caso en conjunto, valiosos e incluso indispensables como son los registros de las agencias públicas y de trabajo social y los reportes de los padres y el hermano de Sidney.

Estas dos historias de vida revelan, primero que todo, la manera en que sus autores consideran sus propias carreras a medida que se despliegan con sus primeros recuerdos, sus experiencias de niñez, y los acontecimientos posteriores de adolescencia y juventud. Este examen del propio pasado desde la perspectiva del presente, con cierta proyección de las propias esperanzas y deseos hacia el futuro, es lo que ofrece el documento autobiográfico al estudioso de la personalidad. La verdad del documento es, desde este punto de vista, no tanto la fiabilidad de los eventos, tal como se retratan, cuanto la validez de las actitudes del escritor del documento.

La validez de la declaración de actitudes en la historia de vida parece, a mi juicio, depender estrechamente de las condiciones siguientes: (a) un documento expresado con las palabras de la persona, i.e., una autobiografía escrita o un registro literal de una narración oral; (b) un documento que representa la expresión libre, espontánea y detallada de experiencias pasadas, aspiraciones presentes y planes futuros; (c) un documento que se obtiene en una situación favorable, en que las tendencias al engaño o al prejuicio estén ausentes o sean mínimas

En otra parte he desarrollado argumentos sobre el documento autobiográfico o *verbatim*¹⁵³ y sus numerosas ventajas sobre el informe que se da en el lenguaje del oyente. Es casi inevitable que en la traducción a las palabras de otra persona el significado original se altere. Con frecuencia quien registra el caso entremezcla su propia

¹⁵³ "What Social Case Records Should Contain To Be Useful for Sociological Interpretation" [qué deberían contener los registros de casos sociales para que sean útiles para la interpretación sociológica], *Social Forces*, VI, 1928, pp. 524-532.

interpretación con lo que presumiblemente es el registro de la vida de la otra persona. En cualquier caso, el lector del documento es incapaz de determinar en qué aspectos, y en qué medida, se ha modificado la historia original. Las historias de vida, como las dos que se presentan en este volumen, son, en contraste, documentos originales. Lo que es más, ellas son documentos objetivos en el sentido de que se exponen, con independencia de interpretación alguna, para que cualquier persona, cualquiera que sea su punto de vista, los analice e interprete como quiera. De todos modos, el lector tiene la certeza de que está tratando de primera mano con la historia tal como la contó el joven, más que con un material que se trasluce a través de la mente de otra persona.

¿Pero, sin embargo, no se planteará el punto, incluso si la narración aparece en primera persona, de que ésta ha sido controlada por quien la obtiene? ¿No podrían ser las propias preguntas a las que responde la persona, las que determinen sus respuestas? Hay un peso real en esta objeción, siendo una que debe enfrentarse directamente. Cualquier persona con experiencia en cuestionarios sabe muy bien cuántos cambios pueden producirse en las respuestas al reformularse las preguntas. El mejor modo, quizás, de reducir a un mínimo la influencia directriz del plantear preguntas sea sacrificándolas en interés de la independencia del documento. Desde el punto de vista de un documento como expresión libre y espontánea de la personalidad, lo ideal sería obtenerlo sin preguntas o instrucciones en absoluto. En todo caso, solamente se deben dar unas pocas preguntas o indicaciones simples y no guiadas, lo que entiendo es el método que han seguido el Sr. Shaw y el Sr. Moore para obtener las dos historias de vida de este volumen.

Por supuesto, en el mejor de los casos una historia de vida o cualquier otro documento personal representan una selección de la experiencia de toda una vida. Ninguna historia de vida puede ser completa, en el sentido de que registre íntegramente todos los acontecimientos de la vida de una persona; si así fuese, se necesitaría una biblioteca de libros más que un volumen. Y donde hay una selección, debe de haber factores que influyen la selección. Incluso si la persona escribe “libre y espontáneamente”, existen no obstante factores que determinan lo que ella incluye y excluye, factores de la propia composición de su personalidad, de su propio interés, de lo que considera que es

significativo, de lo que se inhibe de expresar, y también, en efecto, de la situación y relación particular en que se produce la escritura o la narración de su historia de vida.

Este último punto sobre los tipos de situaciones y relaciones en las que se obtienen las historias de vida y otros documentos personales se discutirá un poco más, puesto que su importancia metodológica no ha sido, quizás, apreciada por completo ni tomada en cuenta al evaluarse su validez.

SITUACIONES Y RELACIONES DE ENTREVISTA

Se pueden diferenciar varias situaciones y relaciones de entrevista que afectan de diversas maneras específicas el material que se obtiene en la historia de vida y en otros documentos personales.

1. La situación de *castigo* es aquella en que la relación entre el entrevistador y el entrevistado es de *acusación y defensa*. Es típicamente la situación legal, en la que el interés radica en determinar la culpabilidad o la inocencia. El testimonio del acusado, aunque bajo juramento, con frecuencia es notoriamente falso. Todas las otras situaciones de castigo, como aquellas entre el padre y el niño, o el maestro y el alumno, tienen la tendencia a invocar la mentira en lugar de decir la verdad.

2. La situación de *pesquisa* produce una relación del mismo tipo que la situación de castigo, pero en un grado menor, que quizás pueda llamarse relación *inquisitiva y protectora*. La pesquisa puede tener éxito en la obtención de hechos externos, pero rara vez consigue pasar de la superficie a las actitudes reales. Aquí deben incluirse pesquisas de todo tipo, comprendidas aquellas realizadas por organizaciones de trabajo social, agencias de detectives y cuerpos gubernamentales.

3. La situación *oficial* es aquella en la que se desea información rutinaria, como en un censo, en una solicitud de empleo, para completar un certificado de nacimiento. Aquí la relación es *formal*. Se solicitan datos, pero solo se busca un número limitado de hechos externos.

4. La situación *casual* es aquella en que la relación del entrevistador y la persona entrevistada es la del extraño¹⁵⁴. Con no poca frecuencia, en esta relación de anonimato la persona comunicará experiencias que hasta ahora nunca ha confiado a otro.

5. La situación de *amistad*, y su relación de *intimidad*, durante mucho tiempo se ha reconocido que opera para el intercambio mutuo de confidencias.

6. La situación de *penitencia*, con su relación confesional, ha sido institucionalizada en el caso del sacerdote y el laico en la confesión. Dondequiera que haya sentimientos de arrepentimiento y reverencia, la confidencia ofrecida tiende a asumir el carácter de una confesión. La oración y el testimonio religioso representan aspectos privados y públicos del impulso confesional.

7. La situación *profesional* se presenta cuando la relación es la de una persona que busca el *consejo de un experto* o especialista para la solución de un problema. Puede por tanto ser la relación entre una persona en dificultad y un médico, abogado, trabajador social, o un sicólogo, siquiatra, sociólogo.

8. La situación de *investigación* es una en que se establece una relación *científica* entre una persona entrevistada y el entrevistador, y en la que ambos están motivados por el deseo común de hacer una contribución a la ciencia del comportamiento humano.

Al comparar los materiales que se obtienen en estas situaciones distintas resulta evidente que la situación de investigación es, en general, superior a cualquiera de las otras para conseguir historias de vida que sean fiables y reveladoras, y que el valor del documento para desvelar la acción recíproca de impulsos y motivos aumenta un tanto según el orden en que estas situaciones han sido registradas arriba, esto es, de la de castigo, a través de las de pesquisa, oficial, casual, de amistad, de penitencia, profesional, a la situación de investigación. En

¹⁵⁴ George Simmel discute un aspecto especial de esta relación bajo el término "la sociología del extraño", la que, sin embargo, resulta más pertinente en situaciones de penitencia.

consecuencia, al evaluar cualquier documento resulta crucial determinar su orientación a la luz de la situación y relación particular en que se obtuvo.

Este examen puede aplicarse ahora a las dos historias de vida que se presentan en este estudio. En la medida en que es posible determinarlo, parece que se obtuvieron como respuesta a una apelación fundamentada en la situación de investigación y la relación científica. Los dos jóvenes fueron informados expresamente de que el entrevistador no podía de ninguna manera ayudarlos a obtener su liberación del encarcelamiento. Por lo tanto, puede asumirse que la validez de estos dos documentos es, en conjunto, la de los que se obtienen en una situación de investigación.

Sin embargo, debe hacerse una excepción, particularmente en los recuentos del incidente de la violación en las dos narraciones. Es bastante evidente que la historia que dan los jóvenes de este evento está hasta cierto punto escrita, consciente o inconscientemente, con referencia a la situación de castigo y con la esperanza de una reducción de la duración de la pena que debe cumplirse en el reformatorio. A sus recuentos de este incidente no se les puede por tanto dar la misma validez que a las descripciones de otros eventos en sus historias de vida.

Sus recuentos de esta ocurrencia son, no obstante, datos, y datos significativos, puesto que le permiten al lector penetrar, hasta cierto punto, en los procesos mentales implicados en la relación de acusación-defensa. En este caso no hay disputa sobre el hecho central del acontecimiento –la detención forzosa de la chica y los actos sexuales. Las discrepancias surgen con referencia a ciertos incidentes menores que guardan relación con la naturaleza y el grado de fuerza empleado por los jóvenes, y la resistencia de la chica. No parece haber dudas de que las actitudes defensivas, que fueron una respuesta a la acusación, condujeron por tanto a que se reconstruyera el evento con detalles más favorables para los jóvenes. No es improbable –en efecto, es muy probable– que los agresores hayan llegado a creer en la realidad de sus recuentos presentes.

Más revelador que su reconstrucción de este evento crucial es su recuento de la lucha moral que este incidente suscita en sus mentes, o, lo que es más importante aún, la reacción del público ante su comportamiento. Gabriel Tarde ha expuesto con agudo discernimiento

que el delincuente es primero creado por su acto y segundo por la manera en que la sociedad trata dicho acto.

De las narraciones de ambos chicos resulta bastante evidente que justo después del incidente de la violación ellos tenían poca comprensión de cómo reaccionaría el público ante el mismo. De hecho, ambos lo definieron en conversaciones con sus compañeros en el club como una conquista callejera. Ambos se quedaron asombrados, al salir los primeros informes del periódico, ante su expedita expulsión del club por los indignados socios-miembros, a quienes los chicos consideraban unos personajes mucho más endurecidos y desesperados que ellos mismos. Se quedaron atónitos ante la denuncia universal de su comportamiento por parte de la prensa y el público, y por las evidencias específicas de esta reacción en el trato que les dio la policía, el juez y el jurado, y los guardias en el reformatorio.

Esta aplastante condena de la sociedad por su comportamiento ocasiona en la persona, en tanto que ella es un miembro de aquella, una lucha moral. En la historia de vida de Sidney resulta evidente con cuánta energía ha batallado su mente con todos los distintos elementos de la situación a fin de forjar para sí mismo una justificación de su comportamiento y una explicación racional de su destino. El mismo proceso puede ser observado en el documento de Richard aunque con menos originalidad y en términos convencionales.

FORMACIÓN DE LA PERSONALIDAD Y TIPOS DE PERSONALIDAD

De hecho, estas dos historias de vida proporcionan una oportunidad inusual para una comparación dramática entre dos personalidades diferentes que cooperan en el mismo acto delictivo. En estas narraciones de vida se observan dos personalidades, moldeadas bajo situaciones sociales bastante distintas, puestas por casualidad en contacto entre sí y sujetas a prácticamente el mismo castigo.

De los dos documentos resulta evidente que Richard tiene una personalidad menos compleja que la de Sidney. Como lo revela su propio relato, Richard es una persona ingenua, afable, completamente convencional y poco original. Su cociente de inteligencia lo ubica en el

grupo mental de individuos fronterizos, justo por encima del nivel del imbécil¹⁵⁵.

Su documento es el de un cronista, y constituye una excelente manifestación de ese tipo. Él suministra un recuento franco de los acontecimientos externos de su vida. Pero su explicación de estos eventos nunca es personal u original; se hace siempre en términos de las convenciones de los grupos de los que es miembro. Según su propia declaración, su ingreso en la membresía del club que albergaba a gánsteres y criminales fue bastante fortuito, aunque él pronto aceptó como propios los estándares de sus nuevos socios.

A una persona objetiva y convencional como Richard pocas veces se la puede persuadir para que escriba una historia de vida completa o detallada. Ella está mucho más dispuesta a hablar que a escribir. Sin embargo, en un reformatorio o penitenciaría, el ocio impuesto por el internamiento parece proporcionar una situación favorable para obtener documentos escritos de personas del tipo extrovertido que viven en sus actos antes que en sus pensamientos.

El patrón de personalidad de Sidney es mucho más interesante para el análisis que el de Richard, no solo porque es más complejo sino porque es más raro. El siguiente análisis de la personalidad de Sidney no solo se basa en su caso sino en otros varios casos cuyas características externas difieren notablemente, pero que parecen tener todos en común ciertas actitudes fundamentales que, en conjunto, constituyen un complejo de rasgos que pueden llamarse los de la "personalidad precoz".

1. Muestra una tendencia temprana a asociarse con quienes son mayores que él, en vez de con niños de su propia edad o más jóvenes.
2. Compite con chicos mayores y, más tarde, con quienes considera superiores.
3. Tiende a ser un objeto de explotación, condición que tolera como el precio de asociarse con individuos de más edad y superiores.
4. Manifiesta precocidad intelectual pero inmadurez social.
5. Posee agudeza intelectual antes que emocional.
6. Concibe la vida en términos racionalistas y abstractos.

¹⁵⁵ [N.T. En un extracto tomado del historial médico de Gerard, se podrá no obstante leer que este joven "alcanza una clasificación de inteligencia adulta promedio". Ver el Apéndice II más adelante.]

7. Relativamente inmune a las formas más sutiles de la sugerencia.
8. Evidencia la tendencia a manipular a personas y situaciones.
9. Individualista en su perspectiva de la vida.

La situación social apropiada para el condicionamiento del tipo precoz parece ser la del niño pequeño de la familia, especialmente si existe cierto número de años entre él y el niño mayor más próximo. Sidney era el menor de dos hermanos, con varios años de diferencia entre sus edades. El Profesor L. L. Thurstone ha mostrado¹⁵⁶ que se produce un aumento regular, aunque pequeño, en el cociente de inteligencia del mayor al menor de la familia. Estos hallazgos en los niños examinados en el Institute for Juvenile Research en Chicago han sido verificados en un estudio con un vasto número similar de casos en Sioux City, Iowa¹⁵⁷.

En dicho documento se supone que la competición del niño más pequeño con los niños mayores obliga a un desarrollo mental más rápido, y que bajo ciertas condiciones, que deben esperar a un análisis posterior para ser aisladas y definidas, producen el tipo precoz.

Una de estas condiciones parece ser la tendencia temprana a *asociarse con niños de más edad* antes que con los de su propia edad. Nadie puede dudar del fuerte deseo de los niños pequeños de relacionarse con aquellos mayores, pero, por lo general, factores contrarios se orientan a que se asocien según el mismo nivel de edad. Los compañeros de Sidney eran invariablemente mayores que él: el chico que le enseñó a mentir era un año mayor y su primer instructor en el arte del pequeño hurto era cuatro años mayor. Él era el miembro más joven de las dos pandillas de muchachos en las que fue admitido. A los once años y medio de edad estaba tratando de viajar en compañía de delincuentes mayores de catorce y quince años. En toda su carrera delincencial, la única vez en que parece haber estado involucrado con un chico de su propia edad fue en la última aventura de su carrera delincencial.

¹⁵⁶ "Birth Order and Intelligence"[orden de nacimiento e inteligencia], *Journal of Educational Psychology*, December, 1929, pp. 641-651.

¹⁵⁷ Minnie Louise Steckel, "Intelligence and Birth Order in Family" [inteligencia y orden de nacimiento en la familia], *Journal of Social Psychology*, I, No. i, pp. 329-344.

Puede deducirse que su interés y atención se dirigen hacia la *competición con muchachos mayores* y con quienes considera superiores. Puede plantearse la pregunta de por qué Sidney, que es pequeño y menudo, es capaz de ganarse un lugar en grupos de muchachos que son mayores que él. Una explicación parcial, pero no completa, es la de su inteligencia superior. Él tiene un cociente de inteligencia de 119, lo que mentalmente le permite seguir el ritmo de los muchachos mayores. Se halla también la fuerza motriz de su deseo de asociarse con ellos, una vez que este deseo se cristalizó. Así también está la probabilidad de que sus dos primeros camaradas mayores fueran ellos mismos marginados sociales; o, si no, ¿por qué se harían amigos de un chico más pequeño? En el estudio del comportamiento problemático el asociarse con personas de diferentes edades se ha vuelto un síntoma diagnóstico de una relación no saludable.

En aquella situación en que una persona más joven aspira a asociarse con quienes son mayores y superiores, ella podría pagar, más o menos de buena gana, el precio de ser convertida en *un objeto de explotación*. En su propio caso, Sidney cita numerosos ejemplos de actitudes y actos de explotación por parte de chicos mayores y de jóvenes con quienes participaba en aventuras delictivas, las que él generalmente aceptaba a cambio de la oportunidad de asociarseles. En otros casos, fuera del campo de la delincuencia, la persona precoz a menudo invita a la explotación mediante la hiper-actividad o el servicio voluntario.

El rasgo paradójico de la persona precoz, que le facilita al estudioso la clave para explicar su comportamiento, es el de su *precocidad intelectual pero su inmadurez social*. En otras palabras, ella es capaz de competir intelectual más no socialmente con quienes le son mayores. Sorprendentemente, este es el caso de los niños "brillantes" que han sido obligados a adelantarse en su trabajo escolar, pero que luego fallan en hacer los ajustes sociales adecuados con personas mayores que ellos o con las de su propia edad cronológica más no mental. El deseo de reconocimiento social, además del logro intelectual, puede llevar a los niños precoces a realizar enormes esfuerzos para obtenerlo de quienes son mayores que ellos. En esta situación, la explotación puede surgir fácilmente.

Este mismo contraste entre precocidad intelectual e inmadurez social puede verse desde un ángulo un tanto diferente al llamar la atención

sobre aquel rasgo de *agudeza intelectual más que emocional*. Toda la autobiografía muestra la inusual agudeza intelectual de Sidney frente a situaciones y relaciones, aunque parece manifestar poca o ninguna agudeza emocional. La distinción es un tanto semejante a la que ha subrayado el Dr. Robert E. Park entre “conocimiento sobre” y “familiaridad con” la vida o cualquiera de sus campos. La persona precoz comprende, en vez de apreciar las relaciones humanas y las situaciones sociales. En consecuencia, es probable que piense en los aspectos técnicos de las situaciones más que en aquellos humanos y morales. Lo que resulta, quizás, de la situación del niño menor de la familia; del menor entre compañeros mayores; o, de hecho, del recién llegado en cualquier grupo que bajo el impulso de los sentimientos de inferioridad, y sin estar del todo familiarizado con el código del grupo, actúa con menos restricción social y más directa e impulsivamente. A menudo el novicio correrá riesgos que el veterano experimentado no consideraría, o llegará a interpretar literal e incluso erróneamente los ideales y preceptos del grupo.

Esta reconstrucción teórica de la relación de Sidney y Richard con lo que se discutía entre los miembros del club puede llegar a explicar por qué concibieron y llevaron a cabo el atraco y la agresión sexual. Es bastante evidente que ellos estaban familiarizados con este patrón de comportamiento delictivo, y que lo interpretaron como estando dentro de los límites de los asuntos sexuales de la calle, asuntos que hacían buena parte de la conversación de los compañeros en el club. El rango de temas puede muy bien haber cubierto este mismo patrón de comportamiento. De todos modos, no puede haber duda sobre la temeridad de su comportamiento al escenificar su delito en la vecindad del club, y de su mala fe al interpretar el acto de violación como “una pequeña fiesta” o un “levante callejero”.

Este hecho de inmadurez social y el fallo en apreciar el aspecto humano y moral de las situaciones, es lo que le otorga cierta justificación al uso del término “retrasado” para el comportamiento de Sidney. Con un cociente de inteligencia que lo colocaría como alguien con una mentalidad superior, actúa un tanto con la misma insensibilidad que Richard, quien no está muy por encima del nivel de imbécil, frente a los simples hechos humanos de la situación. En la interpretación del

público, este comportamiento es el de una persona mentalmente trastornada, o moralmente degenerada.

La inmadurez social de Sidney, aparejada como está con su precocidad intelectual, no es un fenómeno social raro. El genio en un campo es con frecuencia un tonto en otros. La impracticabilidad del intelectual se comenta con frecuencia. G. K. Chesterton ha satirizado sin piedad lo que llama “la ignorancia del educado”. Todavía no se ha hecho ningún estudio, por lo que sabe este autor, del niño precoz en su vida adulta, aunque los hallazgos de dicha investigación podrían tener implicaciones de largo alcance para el entendimiento del desarrollo de la personalidad y para la educación de los padres.

La intelectualidad de la persona precoz la lleva a concebir la vida y sus situaciones en *términos racionalistas y abstractos*. Sidney, como lo indica su autobiografía, es plenamente capaz de analizar eventos y situaciones. Uno de los numerosos extractos que pueden tomarse de su manuscrito será suficiente para aclarar este punto.

Un interno (de un reformatorio) es un ser humano y a él no le gusta ser controlado en su tarea. Los seres humanos trabajan solamente por amor o por remuneración. Nosotros trabajábamos solamente para evitar estar inactivos. No estábamos interesados en sacar una gran cantidad de trabajo. Los guardias vociferaban por mayor producción, y para nosotros se convirtieron en capataces de esclavos.

Su mente de adulto parece retener aquel impulso del niño más joven –la curiosidad para averiguar lo que está pasando y la urgencia de difundirlo públicamente.

De conformidad con esta atención a los aspectos técnicos y formales del comportamiento y la tendencia a elaborar explicaciones racionales, se encuentra la relativa *inmunidad* de Sidney a las formas más sutiles de la *sugerencia*. Esta es quizás una re-expresión, con un énfasis ligeramente distinto, de sus rasgos de falta de agudeza emocional e inmadurez social. En su interpretación del comportamiento de temor de la chica como disposición hacia las relaciones sexuales, tenemos uno, entre otros ejemplos, de su insensibilidad hacia las actitudes reales de los demás.

A medida que la narración avanza, el documento proporciona una evidencia creciente de la tendencia de Sidney a *manipular a personas y*

situaciones. Esta es una actitud bastante natural por parte de un joven que está labrando su camino ascendente en la escala social en el mundo delincencial o en el mundo exterior. Un ejemplo de ello es su éxito en convencer a Richard de que era uno de los “peces gordos” en las actividades delictivas del club. Otro ejemplo es su especulación en torno a una novela sobre el caso Loeb-Leopold, que dramatizaría, transformando los “hechos fríos que son perjudiciales para ellos en hechos vívidos que les serían beneficiosos”, que “le traería fama y riqueza al autor así como un lugar en el cielo por haber restituido la paz en los corazones de las generaciones de Leopolds y Loeb”. Una manifestación todavía más convincente es la carta suya para su hermano en la que le propone el plan, para “ponerse bien las botas”, de enviar a familias afligidas medallas de oro como recuerdos para conservarse, a cambio de una ponderación pecuniaria¹⁵⁸. Este último proyecto financiero, o “sablazo”, como debería ser llamado con mayor propiedad, es una ilustración que muestra, por un lado, la aguda visión intelectual, en este caso de una situación emocional, y al mismo tiempo poca o ninguna comprensión emocional de sus aspectos más sutiles.

Finalmente, Sidney parece ser marcadamente egocéntrico, con *una perspectiva individualista de la vida*. Él está obsesionado con su propio destino. Se devana la mente en torno a la tragedia de su situación. Él no es capaz, como en apariencia si lo es Richard, de adaptarse brava y prácticamente a las cosas como son. Mientras que Sidney es fuertemente egocéntrico, su documento resulta ser solo moderadamente egocéntrico si comparamos su autobiografía con la de Stanley, que se presenta en *El asaltante: la propia historia de un muchacho delinciente*, también de Clifford R. Shaw. No obstante, debe reconocerse que todos sus rasgos de comportamiento, tomados en conjunto, son indicativos del tremendo impulso de ese tipo de sentimiento de inferioridad que los psiquiatras han denominado el “complejo de inferioridad”.

Este análisis de los rasgos de personalidad de la persona precoz se presenta aquí tentativamente para que sea verificado, rechazado o modificado por investigaciones posteriores. El inventario de los rasgos de Sidney quizás le permitirá al estudioso comprender con mayor

¹⁵⁸ [N.T. En la obra que hemos traducido no aparece incluida la mencionada carta de Sidney para su hermano.]

claridad cómo interactuaba su personalidad con la de los demás para determinar la evolución de su carrera. También ayudará a comprender el destacado papel que jugó en el incidente que resultó ser el evento catastrófico de su vida.

En un análisis del comportamiento de Sidney se debería hacer claramente la distinción –que siempre debería ser tenida en cuenta– entre su tipo de personalidad y su tipo social. Sidney es de una personalidad precoz, pero desde la infancia en adelante fue del tipo delincuencial o criminal-social. Otras personas precoces pueden ser de tipos sociales bastante diferentes, como, acaso, filósofos, inventores, agitadores, hombres de confianza, charlatanes. Pero el punto significativo parece ser que el tipo de personalidad se forma temprano, probablemente en la matriz social de las relaciones familiares, y que evoluciona dentro de límites ya establecidos; mientras que el tipo social, que es condicionado más tarde, por lo general en la adolescencia y juventud, está sujeto a cambios profundos. Luego, por tanto, mientras el individuo posee solo un patrón de personalidad puede presentar tantos tipos sociales como los roles que tiene para jugar en la sociedad; él puede ser a la vez abogado, republicano, golfista, masón, clérigo y conservador inflexible.

PROBABILIDADES DE REFORMARSE

Con esta distinción en mente entre tipos personal y social se pueden plantear dos preguntas pertinentes: (1) ¿Por qué Sidney, con su excepcional habilidad mental y su éxito en el trabajo escolar, no se reformó en algún momento anterior de su carrera? (2) ¿Cuáles son las probabilidades de reformarse si Sidney y Richard fueran liberados del reformatorio?

La historia natural de la carrera delincuencial de Sidney ya ha sido analizada por el Sr. Shaw. Él muestra cómo su situación en la familia, en la vecindad y en la pandilla se conjugaron para iniciar a Sidney en una carrera delincuencial y para facilitar que progresara en ella. Ya se ha visto cómo una convergencia bastante distinta de situaciones familiares y escolares lo habría convertido en un estudiante modelo y en un joven prodigio intelectual.

Debe reconocerse, al mismo tiempo, que existen casos en que la escuela o el asentamiento han conquistado el interés de chicos brillantes como Sidney y logrado contrarrestar con éxito las influencias que conducen a una carrera delictiva, orientándolos hacia objetivos legítimos. ¿Por qué Sidney no aprovechó esta oportunidad educativa?

Pueden darse varias respuestas a esta cuestión. En primer lugar, su ingreso en la carrera delictiva empezó tan temprano como lo fue su asistencia a la escuela. Pronto la fascinación y emoción de estas aventuras en la delincuencia, especialmente las osadas excursiones al Loop en compañía de muchachos mayores, poseyeron una cualidad estimulante que ni el trabajo de la escuela ni el entusiasmo de los juegos y deportes normales podían igualar. En segundo lugar, su asociación con la pandilla y sus actividades delictivas tuvieron para él un encanto que sobrevivió a la mudanza de la familia del vecindario de sus viejos asociados. Es cierto que hubo un periodo, después de este cambio de residencia, en que no parecía improbable que la vieja vida de delincuencia sería olvidada y que él se adaptaría a la vida escolar y al juego sano. Pero la pobreza de su familia tendía a hacerlo un marginado del grupo, y su anhelo de vida pandillera lo llevó a buscar el compañerismo delictivo. En tercer lugar, no intervino ninguna persona mayor que estableciera el tipo de relación personal y comprensiva que asegurara las bases necesarias para la reorientación de un delincuente con el patrón de personalidad de Sidney.

La segunda pregunta sobre las probabilidades de reformarse, en caso de que Richard y Sidney fueran liberados del reformatorio cae en el campo de la predicción del comportamiento. Mediante el uso de tablas de expectativas, que se trabajaron en el estudio de los factores para el éxito o el fracaso de la libertad condicional¹⁵⁹, las posibilidades de que Richard cumpla con la libertad condicional son algo así como de cincuenta en una mientras aquellas de Sidney son solo de una en tres.

¹⁵⁹ A. A. Bruce, A. J. Harno, E. W. Burgess, y J. Landesco, *The Working of the Indeterminate-Sentence Law and the Parole System in Illinois: A Report to the Honorable Hinton G. Clabaugh, Chairman, Parole Board of Illinois* [el funcionamiento de la ley de sentencias indeterminadas y el sistema de libertad condicional en Illinois: un informe para el honorable Hinton G. Clabaugh, presidente, junta de libertad condicional de Illinois], parte IV, 1928.

A mi juicio, esta exposición estadística de probabilidades es corroborada por completo por las historias de vida. Richard no tenía un registro delictivo previo, poseía un buen expediente de trabajo, era un delincuente primerizo. Él es del tipo objetivo, convencional, y a menos que sea afectado de modo adverso por su experiencia en la prisión, debería fácilmente hacer el bien en la sociedad. De hecho, su expediente autobiográfico evidencia que en el pasado se ha beneficiado de las lecciones de la experiencia.

A partir de la autobiografía de Sidney, un pronóstico desfavorable concuerda también con la tabla estadística de expectativas. Él tiene una larga carrera delictiva que se inició en su niñez temprana. Tiene un historial de violación de la libertad condicional. Tiene un largo historial de castigo en instituciones. Su expediente de trabajo muestra un desempeño irregular en muchos empleos, los que abandonó porque no los encontraba interesantes. Incluso si al regresar a la sociedad no reincidiera en una consumada carrera delictiva, es probable que sucumbiera a la tentación de emprender algún cuestionable proyecto de "hágase-rico-rápidamente".

Como se revela en su autobiografía, su tipo de personalidad requeriría, para que lograra reformarse, de un tratamiento individualizado por parte de una persona capacitada y comprensiva. Incluso así, no podría asegurarse el éxito. El logro del Sr. Shaw en el igualmente difícil problema de personalidad de Stanley, tal como se describe en *El asaltante: la propia historia de un muchacho delincuente*, constituye un fuerte argumento en favor del valor científico de un experimento o demostración similar en el caso de Sidney.

EL MÉRITO DE LA HISTORIA DE VIDA

Para la historia de vida se han invocado tres méritos. El primero es que en la medida en que representa fielmente el curso total de la vida de una persona, el lector es capaz de introducirse vicariamente, en mayor o menor medida, en las mismas experiencias, e incluso quizás ser, por un momento, la misma persona. La historia de vida de Sidney parece ofrecerle al lector, en un alto grado, esta sensación de íntima relación con él.

El segundo mérito que generalmente se le adjudica a la historia de vida es el de surtir una fértil fuente de hipótesis que pueden ser probadas mediante un estudio posterior. Es evidente que muchas de dichas hipótesis pueden derivarse de este estudio de caso.

El tercer mérito de la historia de vida, que en general no ha sido reconocido, es el de revelar procesos de comportamiento y tipos de personalidad que pueden ser analizados cuando un número suficiente de historias de vida detalladas se hayan acumulado para un estudio comparativo.

Es en este tercer uso de la historia de vida que, a mi juicio, podemos buscar ampliar nuestro conocimiento de la personalidad y, eventualmente, un mayor control sobre la conducta humana.

Clifford R. Shaw

DISCUSIÓN
HONORABLE MARY M. BARTELME
Jueza de la Corte de Menores del Condado de Cook

El caso de Sidney arroja luz sobre muchas de las fases más humanas del problema de la delincuencia. El caso sugiere con bastante ahínco que en todos nuestros esfuerzos para tratar con los delincuentes debemos primero procurar comprender al delincuente mismo. Por fortuna, la forma de presentación de este caso es tal que desvía la atención de las fechorías y el delito de Sidney, y dirige la atención hacia las cualidades del propio muchacho y las circunstancias en que vivió. Y es justo este cambio en el énfasis, de las ofensas al delincuente, lo que resulta tan importante para la comprensión y tratamiento apropiado del niño delincuente. En nuestro trabajo con delincuentes muy a menudo descuidamos al propio muchacho; nos inclinamos a tratar con realidades externas en lugar de con los sentimientos personales y las actitudes del niño.

Este caso indica también que, en un sentido muy real, el problema del delito es esencialmente un problema de infancia y juventud. A medida que se lee la historia de Sidney, una queda impresionada por el hecho de que su interés en la delincuencia se desarrolló lenta y gradualmente en el curso de su experiencia familiar, en el vecindario, en la pandilla y en las distintas instituciones correccionales a las que fue confiado. Su tendencia hacia la delincuencia fue de naturaleza progresiva. Cada acto delictivo sucesivo conducía inevitablemente a delitos más graves.

El caso sugiere además la importancia de entender el punto de vista del propio niño. El estudio del punto de vista del niño, su interpretación de sus fechorías y de su situación, es esencial para una comprensión completa de la naturaleza del acto delictivo. Aunque las actitudes del niño puedan ser parciales y distorsionadas, constituyen no obstante un elemento esencial de su tendencia a la delincuencia.

La carrera de Sidney en la delincuencia comenzó como una forma de actividad espontánea de juego. Él declara que cuando empezó a robar “nunca se me ocurrió pensar si eso estaba bien o mal, era simplemente un juego interesante. La manzana o la naranja no hacían mucha diferencia como el apoderarse de ellas. Era cogerlas lo que disfrutaba”. En mis experiencias con niños delincuentes he observado que, en muchos, muchos casos, las carreras delictivas empiezan de esta manera. Mientras la primera fechoría puede ser trivial desde un punto de vista legal, puede tener una gran significación en lo que respecta al comportamiento y actitudes futuras del niño.

Me permito pedirles que lean con mucho cuidado la página 97 del capítulo V. Hacia el fin de ese párrafo Sidney declara, “Este es el único periodo de mi vida en que experimenté paz y felicidad”. Me pregunto por qué. Quizás porque ese periodo le proporcionó la seguridad de un hogar, así fuera uno de pobreza, y la relación íntima y afectuosa con su madre. Al parecer ese temprano contacto íntimo con su madre fue casi la única relación estabilizadora en su vida. A pesar de su inteligencia superior y de las excepcionales posibilidades de Sidney, él no encajaba en la rutina formal del sistema de la escuela primaria. Él empezó muy pronto a evadirse de la escuela y fue por tanto enviado a la Escuela Correccional. En el capítulo VI de su propia historia él ofrece su interpretación de lo que esa escuela hizo por él, o mejor, le hizo a él.

La descripción de su vida escolar me hace preguntar: ¿por qué tantísimos de nuestros niños, particularmente aquellos que viven en los distritos de barriadas de la ciudad, no logran encajar en nuestro programa escolar? ¿Es que la misma escuela no ha podido adaptarse a los problemas particulares que presentan estos niños? Cuando estos niños no pueden encajar en el sistema escolar y se vuelven absentistas, ¿dónde deberíamos situar la responsabilidad? Me parece que el actual sistema escolar debe ser revisado ampliamente para que satisfaga las necesidades del niño en crecimiento. La formación del carácter, la preparación del niño para los problemas de la vida, deben tener prioridad sobre todas las otras consideraciones, incluso sobre las tres

Rs¹⁶⁰. Hay una gran necesidad de tener escuelas especializadas y maestros visitantes a lo largo de todo el sistema escolar. Estos maestros visitantes, entrenados e inteligentes, pueden ayudar a las “familias Blotzman” a entender las dificultades de sus hijos y a ayudarles a buscar todos los medios disponibles para aliviar las condiciones miserables en las que viven. Estos maestros podrían ayudar a padres desesperados e ignorantes a abordar con afecto e inteligencia los problemas de sus hijos y a ayudar al niño a entenderse a sí mismo, asistiéndolo en la formulación de sus planes vocacionales.

Al leer la historia de caso de Sidney una queda impresionada por el trágico fracaso de las diversas agencias que trataron de hacer frente a los numerosos problemas que presentaba este delincuente juvenil. Desde la temprana edad de siete años, e incluso antes, Sidney era un desafío para las agencias de esta comunidad. Su historia de vida está repleta de fallos y de sus trágicas consecuencias. Y sin embargo, este caso, por desdeñable que sea, no es distinto al de una proporción sorprendentemente grande del flujo constante de casos que pasan frente a mí en la Corte de Menores, día tras día, a lo largo del año.

Resulta muy infortunado que al juzgar los casos que se presentan en la corte tengamos poquísimos elementos disponibles para tomar decisiones inteligentes. Comparados con el estudio de caso de Sidney, nuestros estudios de caso son, en efecto, fragmentarios y, en conjunto, demasiado formales. Es de esperar que en un futuro muy cercano esta comunidad apreciará el valor de los estudios de caso detallados y dará facilidades para el estudio intensivo y el análisis de casos como prerrequisito para un diagnóstico y tratamiento inteligente.

Con frecuencia me ha parecido que la mayor ayuda y satisfacción de un niño que está frente a frente a la ley se deriva de su contacto íntimo con alguien con quien pueda hablar con franqueza y con quien pueda dilucidar libremente sus problemas personales íntimos. Con un suspiro de alivio el niño dirá: “Bueno, nunca nadie ha hablado de esas cosas antes”, o, “No sabía que yo le importara a alguien o que se interesara en mí”. Al investigar estos casos se descubre a menudo que los padres del

¹⁶⁰ [N.T. Las tres Rs: la autora alude a las tres asignaturas que entonces se consideraban fundamentales en el aprendizaje escolar: lectura, escritura y aritmética.]

chico son indolentes, tienen exceso de trabajo, o no se dan cuenta de que el niño tiene necesidad de alguien en quien pueda confiar y con quien pueda comentar sus problemas.

Haciendo de lado el valor más teórico de la historia de caso de Sidney, tal como él la relata, pasemos ahora a considerar el interés más práctico del público en una vida como la de Sidney. ¿Qué tiene que decir el público sobre su contribución a esa vida? ¿Cuáles son, después de todo, los intereses y responsabilidades del estado en el bienestar de sus niños? El interés de esta comunidad en el problema del bienestar de sus niños ¿es acaso medido con los estándares que se expresan en los extractos siguientes del discurso del Presidente Hoover?

Abordemos todos los problemas de la infancia con afecto.

La suya es la provincia de la alegría y el buen humor.

Ellos son la parte más sana de la raza, la más dulce, pues ellos son los más recientes de las manos de Dios.

El propósito fundamental de esta conferencia es el de exponer una concepción de aquellas salvaguardas que les garantizarán salud de mente y cuerpo. Estas son las salvaguardas y servicios para la infancia que pueden ser provistos por la comunidad, el estado o la nación –todos los cuales están fuera del alcance del padre individual...

Que nadie crea que estas cuestiones no deberían agitar a una nación; que ellas están por debajo de la dignidad de los hombres de estado o de los gobiernos...

No es el niño delincuente quien está en el estrado del juicio, sino la sociedad misma...

Desearía que a cada ciudadano se le pidiera leer la descripción que hace Sidney de sus experiencias en las distintas instituciones correccionales a las que fue enviado. Su descripción, junto con muchos otros casos similares, plantea serias dudas sobre la eficacia de estas instituciones en el tratamiento y prevención de la delincuencia y el crimen. A través de estas instituciones estamos tratando solo con el producto terminado y no con los factores subyacentes que crean el problema. Nuestros programas terapéuticos y preventivos deben enfocarse en las situaciones de las que surge dicha delincuencia, y deben tratar de supervisar la vida del niño desde una edad muy temprana.

Instituciones que, me temo, serán necesarias durante muchos años por venir. Hay un factor vital que puede modificar los resultados que se obtienen de su operación, y es el de un personal apropiadamente entrenado e inteligente, libre de las influencias obstaculizadoras del sistema de botín político. Un complemento esencial a todo el trabajo institucional es un adecuado sistema de libertad condicional, que buscará no solo hacer visitas domiciliarias en periodos establecidos, sino que intentará formular planes definidos de tratamiento de acuerdo con las habilidades y necesidades de la persona en libertad condicional.

Durante muchos años la Corte de Menores ha visto muy obstaculizado su trabajo por restricciones de fondos. Nuestro personal es totalmente inadecuado para cumplir con las crecientes demandas que se nos imponen. En la actualidad el número promedio de individuos bajo el cuidado de nuestros oficiales está entre sesenta y setenta. Es obvio que con este gran número de casos por oficial al trabajador le resulta imposible hacer un trabajo intensivo y efectivo con el niño. Nuestro fondo de amparo debería ser adecuado para colocar a cualquier niño en un hogar de crianza cuando dicha disposición sea necesaria para el bienestar y felicidad del niño. En el caso de Sidney esa disposición, especialmente cuando estaba muy pequeño, hubiera hecho de él un ciudadano decente y respetuoso.

Nuestro fondo de amparo también es insuficiente y debería ser incrementado para hacer posible que a cada familia elegible para pensión se le asegure la ayuda necesaria para la protección de los niños involucrados. Antes de que podamos hacer alguna reducción tangible en el número de delincuentes será necesario suplementar el ingreso de muchas de las familias que ahora viven en la miseria.

Durante años nuestros dieciséis oficiales de libertad condicional han esperado que los ciudadanos de esta comunidad establezcan un hogar para niños (como aquellos que han sido establecidos para el cuidado y protección de las niñas) donde puedan gozar de un cuidado temporal mientras esperan un trabajo, o ser colocados en un hogar permanente, obviando así la necesidad de poner al chico en el Hogar de Detención de Menores donde por fuerza entra en contacto con otros delincuentes.

El entorno del niño es de la más grande importancia en el desarrollo de sus actitudes morales. Cuando he viajado en los trenes elevados y mirado hacia abajo sobre viviendas que no eran aptas para la habitación

humana, me he preguntado a menudo por qué no eran desahuciadas por insalubres e inseguras. Unos espacios abiertos serían preferibles a estos escondites que a menudo se usan como “estaderos” para pandillas y para otros propósitos ilícitos. El Secretario Wilbur, presidente general de la Conferencia de la Casa Blanca, ha dicho:

 Todos tenemos el propósito común de preparar al niño Americano, física y moralmente, para que cumpla más plenamente con la responsabilidad del mañana que lo que nosotros hemos sido capaces de cumplirla hoy.

 Queremos ver a nuestros niños convertirse en ciudadanos adultos con cuerpos sanos y mentes preparadas, ambos bajo el control de una voluntad desarrollada, operando en la atmósfera de lo que llamamos carácter —el padre, más la comunidad, deben ser más fuertes que el padre o la comunidad sola.

 Se debe subrayar que los programas de prevención deberían suplantar gradualmente el presente énfasis en el tratamiento. Mucho oímos en estos días sobre los niños desamparados, pero muy poco sobre los super-privilegiados ciudadanos que, a pesar del hecho de que poseen una riqueza superflua, tienen una educación superior y abundante ocio, no cumplen su deber con los infortunados niños que aparecen en nuestras cortes como dependientes y delincuentes. Esperemos que el caso de Sidney, que es un retrato triste y vívido del descuido de la infancia, estimulará en todos nosotros un interés más activo en los problemas y bienestar de nuestros niños. Es de esperarse que ello resultará en un incesante esfuerzo por traer tanto bien y felicidad a sus vidas que el mal tendrá poco lugar para asentarse.

 Mientras que el público se conmocionaba y horrorizaba ante el delito de violencia que cometió Sidney, y fue implacable en su exigencia de castigo, no se puede sino creer que el mismo público que clamaba así por venganza fue en buena medida responsable de la tragedia de esta joven vida. En un análisis concluyente, el problema de la delincuencia y el crimen es responsabilidad de la comunidad y debe ser satisfecho mediante la cooperación inteligente y concertada de todos los ciudadanos que están decisivamente concernidos en los problemas del bienestar humano. Solo mediante la cooperación sincera e inteligente de los ciudadanos de esta comunidad pueden evitarse las tragedias de la infancia como la que se describe en este volumen.

APÉNDICE I

BREVE SUMARIO DE LOS HALLAZGOS CLÍNICOS

A Sidney se le realizó un examen clínico de rutina en dos momentos diferentes. El primer examen fue realizado por la Detention Home Branch [sucursal del hogar de detención] del Institute for Juvenile Research, cuando Sidney tenía quince años y dos meses de edad, y el segundo, después de su reclusión en la institución penal estatal.

PRIMER EXAMEN

HISTORIA DEL DESARROLLO

En el momento de su concepción, el padre de Sidney tenía buena salud, pero bebía en exceso. Su madre tenía buena salud, pero estaba pasando dificultades considerables con el padre y estaba asumiendo la responsabilidad económica del hogar. El embarazo y el parto fueron normales. Peso al nacer cerca de 7 libras. Amamantado durante 18 meses. Primer diente a los 7 meses; caminó a los 10 meses; empezó a usar palabras a los 12 meses.

A la edad de 18 meses Sidney tuvo escarlatina y sarampión. Después de esta enfermedad, según la madre, “él dejó de hablar durante seis meses”. Él dormía con un sueño nervioso e inquieto. A la edad de 3 años se cayó de una caja de hielo y estuvo en el hospital durante cinco semanas.

EXAMEN FÍSICO

A la edad de 15 años y 2 meses, Sidney tenía cinco pies de altura, y pesaba 106 libras. Audición normal; visión defectuosa; reflejos normales, dientes cariados; acné *vulgaris*; sonidos cardiacos normales; nutrición razonable; pulmones normales; desarrollo muscular razonable; test de Wassermann¹⁶¹ negativo.

¹⁶¹ [NT. El test de Wassermann, o Wassermann Reaction, WR, se aplica para detectar la sífilis.]

EXAMEN SICOLÓGICO

Edad cronológica, 15 años y 2 meses; edad mental, 18 años; cociente intelectual, 119. Esta clasificación indica un desarrollo mental excelente, y lo coloca en el grupo que posee una inteligencia superior. Fue indolente y descuidado durante el examen y tenía que ser constantemente estimulado por el examinador.

EXAMEN SIQUIÁTRICO

Los exámenes físicos y neurológicos fueron negativos. No hubo indicación de patología mental. El muchacho fue descrito como egocéntrico, centrado en sí mismo y reticente. Asumió una actitud de indiferencia hacia sus fechorías y se dijo que no tenía algún interés vocacional.

El caso se resumió como sigue:

Es evidente que Sidney nunca ha sido capaz de adaptarse. Esto puede explicarse parcialmente por la dificultad que encuentra un muchacho con este raro desarrollo mental para asegurarse un buen lugar. Sidney insiste en que estaba interesado en su trabajo en la Escuela Secundaria Tilden, pero que fue obligado a interrumpirlo a causa de la actitud de su padre. No conocemos la veracidad de esta afirmación, pero las condiciones indicarían que eso no es improbable. La situación hogareña no ha remediado el problema de este muchacho, y es dudoso que exista entre el padre y la madre la cooperación necesaria para manejar satisfactoriamente la dificultad.

Sin oportunidad de probarse a sí mismo en un ambiente más acogedor, en este momento no recomendaríamos el traslado a una institución correccional.

SEGUNDO EXAMEN

Los hallazgos resultantes del examen clínico, que fue realizado después de que Sidney fuera encarcelado en la institución penal estatal, se resumen en la siguiente cita tomada del informe siquiátrico:

Con la excepción de un caso bastante agravado de acné, su examen físico y neurológico es negativo. En respuesta a los tests de inteligencia alcanza la clasificación de inteligencia adulta superior. Es poco cooperativo durante el examen y es a veces muy evasivo. Es un individuo centrado en sí mismo, bastante arrogante, y que se resiste al encarcelamiento y a la supervisión. Desde su llegada aquí trató, en una ocasión, de escapar, y por esa razón ha sido asignado al destacamento extra donde la supervisión y el confinamiento son

más rígidos. Su actitud no indica evidencia alguna de reformarse, sino que es más bien de tolerancia.

Él está clasificado como un caso de personalidad sicopática del tipo egocéntrico¹⁶².

¹⁶² Para hacer una interpretación correcta de esta clasificación, debería observarse que una tabulación de las entrevistas siquiátricas de 5.976 reclusos, encarcelados en esta institución durante los últimos once años, muestra que 5.278, o el 88.3 por ciento del número total, fueron clasificados como "personalidad sicopática". De este último grupo, 2.923, o el 55.4 por ciento, fueron clasificados como casos del tipo egocéntrico, el cual era una de las cinco subclases incluidas en la categoría general de "personalidad sicopática". Los casos de "personalidad sicopática del tipo egocéntrico" comprendían el 48.9 por ciento del total de los 5.976 individuos (ver el *Twelfth Annual Report of the Criminologist of the State of Illinois* [duodécimo informe anual del criminólogo del estado de Illinois], p. 11).

Clifford R. Shaw

APÉNDICE II

Para el beneficio de quienes deseen comparar la historia de vida de Sidney con aquella de George Gerard, quien fuera el cómplice de Sidney en el episodio de la violación, en este apéndice se presentan unos pocos extractos de la propia historia de Gerard.

Antes del contacto de Gerard con Sidney, sus problemas de conducta no habían tenido un carácter serio. Durante sus primeros años había estado implicado en casos de absentismo escolar y de robos en las inmediaciones de su hogar. Aparte de los pocos casos de absentismo escolar, su registro escolar era satisfactorio. Se empleó después de graduarse del grado octavo, y aportaba sus ingresos a la familia. Del estudio de las historias de vida de estos dos muchachos se entiende que la complicidad de Gerard en los delitos de robo a mano armada y violación se debió en gran medida a la influencia de Sidney. Es evidente que Gerard es una persona mucho más ingenua, simple y menos sofisticada que Sidney.

Según el informe clínico, Gerard “alcanza una clasificación de inteligencia adulta promedio. Su examen físico es negativo. Él ha reaccionado bien al encarcelamiento y muestra una actitud bastante buena en la institución”.

LA PROPIA HISTORIA DE GERARD

Nací en Chicago, Illinois. Soy Americano de descendencia Irlandesa y ambos mi Madre y Padre nacieron en este País. Mi padre murió cuando yo tenía unos cinco años de edad, así que no sé mucho sobre él. Lo que sé sobre él es bueno. Él era un buen trabajador estable, y no puedo recordar ninguna ocasión en que lo vi ebrio o tomándose un trago. Algunas personas pensarán que yo estaba demasiado joven en esa época para saber si un hombre estaba ebrio o no, para el beneficio de ellos declararé aquí que existía una de aquellas antiguas tabernas

a unas pocas casas de distancia de la nuestra, y vi salir de ahí a bastantes hombres borrachos.

Mi padre era carpintero de oficio y creo que trabajó todos los días de su vida. No puedo recordar un solo instante en que viniera a casa del trabajo y tratara mal a cualquiera de nosotros, es decir, que siempre fue bondadoso y gentil y nunca tuvo ninguna pelea con mi Madre o con cualquiera de nosotros.

Había y todavía hay otros cinco miembros en la familia además de mí, tres niños y dos niñas, así que puedes ver que mi padre no lo tuvo muy fácil alimentándonos y vistiéndonos con un salario. Pienso que eso le tomaba casi todo el dinero que ganaba para mantener funcionando la casa. Si logró ahorrar algún dinero no habría sido mucho.

Durante el tiempo en que mi padre estaba vivo teníamos las cosas bastante fáciles, es decir, no teníamos necesidad de nada; en cuanto a lo que pasa después de su muerte, mi Madre lo pasó bastante mal tratando de llegar a fin de mes con el salario que ganaba.

En el momento en que murió mi padre, el niño mayor en la familia era mi Hermana, y ella tenía unos trece años de edad, así que mi madre no podía tener ninguna ayuda de los niños en la familia hasta que terminaran la escuela. Solo había una cosa que podía hacer mi madre, y era ir a trabajar, y ella lo hizo.

Mi madre trabajó durante unos cuatro años hasta que mi Hermana y Hermano mayor terminaron la escuela, y luego ellos hicieron que ella dejara de trabajar para que pudiera cuidar nuestra casa. Durante el día, cuando mi madre estaba trabajando, mi Hermana se encargaba de la casa y cuando volvía a la escuela dejaba a mi Hermano menor y a mí con la dama que vivía al lado nuestro. Esta dama era una *mujer* amable de aspecto envejecido, y tenía tres hijos propios que eran mayores que nosotros.

No conozco la razón por la que ella estaba viviendo en un vecindario como ese, porque no era uno de los mejores que había en la ciudad. La única razón por la que vivíamos ahí era porque mi Madre no podía permitirse vivir en uno mejor. Admitiré que ella podría haber vivido en un vecindario mejor si quisiera reducir nuestra comida y ropa, pero mi madre no creía en vivir más allá de sus medios, y en algunos de los lugares en que ella trató de vivir objetaban tener niños en el edificio, así que no podía ser muy exigente sobre el vecindario en que vivíamos.

El vecindario en que vivimos poco después de la muerte de mi Padre estaba compuesto principalmente por Italianos con grandes familias. Casi todo el mundo por ahí tenía que trabajar para vivir o, si no, ganarse la vida de la mejor manera posible. Los edificios de alrededor eran como cualquier otro edificio en cualquier distrito Italiano, esto es, eran sucios, negocios de aspecto mugriento con olor a ajo y vino proviniendo de ellos.

En algunas de las casas había dos o tres familias viviendo juntas en una suite de habitaciones, con unos seis o siete niños en algunas familias. Supongo que los niños debe haber sido una de las principales razones por las cuales algunas estaban viviendo allí. Algunos de los niños estaban pobremente vestidos, y andaban por ahí con caras y manos sucias. Nosotros estábamos bastante mal entonces, pero *no estábamos* tan mal como alguna de la gente de allí, y nosotros siempre íbamos vestidos bastante decentes debido al hecho de que mi Madre hacía la mayor parte de nuestra ropa. Allí la familia promedio tenía unos seis o siete niños en la familia, y la mayoría de ellos tenía menos de diez años de edad, y estaban afuera en la calle la mayor parte del tiempo. Era inevitable que hubiera algunos malos en el grupo.

En un vecindario de cualquier tipo los muchachos se dividen en grupos, en sus propios grupos de edad, esto es, los chicos de unos cinco a siete años, de ocho a diez, de once a catorce, de quince a dieciocho, y de diecinueve en adelante, y cada uno de estos *grupos* se mantiene en sus propias edades. Por eso no permiten que un chico muy joven ande con ellos.

Yo andaba con los chicos de más o menos mi propia edad. La mayoría de estos chicos eran bastante buenos, había unos pocos que se metían siempre en problemas. Si no estaban afuera en la calle peleando, estaban por ahí robando fruta de algún vendedor ambulante, o sino quebrando la ventana de *algunos*. Participé en algunos de sus robos y en algún destrozo de ventanas y peleas.

Si un chico no era capaz de cuidarse a sí mismo, entonces era el blanco de todos sus chistes y trabajo sucio.

La mayoría de los chicos solía competir entre sí para ver quién podía hacer las cosas más atrevidas. El que podía, era mirado como una especie de líder, y cuando alguna vez él le decía a uno de los otros chicos que hiciera cierta cosa, entonces la mayoría de ellos lo hacía.

Viví ahí durante unos cuatro años y nunca me metí en un problema serio. La mayoría de los vecindarios en que vivíamos eran casi como éste, con excepción de los dos últimos. Eran lugares bastante limpios y la mayoría de los chicos con los que iba eran muy buenos chicos.

Cada vez que nos mudábamos mi madre solía moverse a un vecindario un poco mejor, debido al hecho de que ella podía pagarlo, ya que como los niños en la familia se hicieron mayores y eran capaces de ir a trabajar, ella podía pagar un poco más por un lugar decente donde vivir. Supongo que ella se dio cuenta de que los lugares en los que habíamos estado viviendo no eran muy buenos lugares, y que estaban teniendo un mal efecto sobre nosotros.

Casi que la única cosa mala que aprendí cuando vivía en los vecindarios de las clases más pobres fue a maldecir y cómo hacer para robar algo. Solía

observar a los otros chicos robar, y a veces comía parte de lo que ellos robaban, si era comestible, y a veces hice parte en el robo.

Cuando un grupo de chicos se juntan, empiezan a hablar sobre lo que hicieron. Si es baseball, fútbol o cualquier otro deporte en que están interesados, hablarán de eso. Bueno, la mayoría de los tipos se reunían y no hablaban de ningún deporte, porque no les interesaba; ellos tenían que tener algo sobre qué hablar, así que solían hablar de las diferentes maneras de robar ciertos artículos. Dejándolos hablar tuve una idea bastante buena de cómo robar si surgía la ocasión.

Alguna gente se preguntará qué hacía mi Madre todo el tiempo en que yo andaba por ahí con estos tipos. Mi madre no sabía con quién andaba, ella no podía estar afuera en la calle conmigo todo el día, y yo nunca dije nada en la casa sobre lo que aprendía en la calle. Sabía que si lo hacía *entonces* no habría estado ahí al día siguiente.

La mayoría de los chicos en estos vecindarios eran muy buenos chicos, es decir, ellos no salían a robar todo el tiempo, pero estaban metidos en algún tipo de travesura la mayor parte del tiempo. Ellos no tenían nada que hacer y salían a buscar a alguien que los persiguiera. Ellos iban a donde el Griego, que era el dueño de una tienda de frutas, y derribarían un troncho de bananos solo para hacer que él los persiguiera. Si uno de nosotros era de paso lento, entonces eso sería muy malo para él. Pero todos ellos estaban dispuestos a arriesgarse solo para ser capaces de hablar sobre la manera en que actuaba el Griego cuando vio lo que estaban haciendo. Si ellos no estaban molestándolo, estaban siempre seguros de encontrar a alguien para jugarle una broma de alguna clase.

No sé mucho sobre lo que los chicos hacían por la noche porque yo estaba en casa casi toda la noche, esto es, yo estaba afuera en la calle hasta que empezaba a anochecer, luego tenía que entrar y hacer mi tarea.

Empecé la escuela cuando tenía unos siete años y medio de edad y la terminé en bastante buen orden. Comencé a ir a una Escuela Parroquial y me gradué de una Escuela Pública.

Yo era como cualquier otro chico que iba a la escuela, es decir, a mí no me gustaba ir los pocos primeros años, y solía volarme de la escuela de vez en cuando. Dejé de volarme de la escuela cuando llegué al quinto grado. Cómo pasó que lo dejara, fue que fui promovido a un salón donde la hermana empleaba un poco de bondad y sentido común. El día en que fui promovido del cuarto al quinto grado fui a la escuela por la mañana y me volé por la tarde. La razón por la que me volaba era porque escuché que se suponía que la hermana a cuyo salón había sido promovido era estricta y, cuando ella empezó a sermonearnos sobre lo que ella toleraría y lo que no, mis creencias se confirmaron y decidí faltar esa tarde y lo hice.

No fui a la escuela durante dos días. Algunas de las chicas que estaban en mi salón me vieron afuera en las calles jugando, y cuando la hermana le preguntó a una de ellas si me vieron, supongo que una de ellas dijo que sí. Ella me envió una nota.

Mi madre recibió la nota antes que yo y cuando llegué a casa esa noche y le dije que estaba en la escuela, ella me mostró la nota y me soltó una buena parrafada. No recibí una zurra. Mi madre nunca me dio una todavía. Mi madre me mostró que yo era bastante malo al zafarme así de una Hermana como la que tenía. Cuando leí la nota eso me hizo sentir más mezquino. La Hermana me decía que si no me gustaba estar en su salón, ella podría ponerme en otro salón, y que no tenía sentido que *faltara* a la escuela.

Ella decía que si yo iba a la escuela al día siguiente no me enviaría a ver al Sacerdote. Las otras Hermanas, con las que no daba un golpe, solían enviarme a ver al Sacerdote cuando se daban cuenta de que yo estaba holgazaneando, y él me daba algunos latigazos con una correa. Él hacía eso a todos los chicos que holgazaneaban, y algunos de ellos solían salir y holgazanear de nuevo solo para mostrar al resto de los chicos que no tenían miedo de ser aporreados.

Fui a la escuela al día siguiente, y no volví a holgazanear el resto del tiempo en que fui a la escuela. La hermana que yo pensaba que iba a ser mala resultó ser la mejor que tuve. De vez en cuando yo solía tener que pararme en frente del resto del salón por perder el tiempo en el salón, o por no saber alguna pregunta que me preguntaba. No tuve que hacer esto a menudo. Las Hermanas usaban esto como una forma leve de castigo. Fuera de algunos rasguños menores, llegué al final de la escuela.

Cuando fui a la Escuela Pública en la escuela no perdí el tiempo en absoluto. Me la llevaba bien, es decir, yo les gustaba a los maestros porque era bueno en mis estudios. Esto se debió al hecho de que tenía la mayor parte del trabajo de sexto grado en la Escuela Católica que daban en séptimo grado en la Escuela Pública, y solía recibir un dólar de cada una de mis hermanas cuando obtenía una buena cartilla de calificaciones, así que tenía algo por lo que trabajar.

Estaba interesado en todos los deportes que había en la escuela. Estaba en el equipo de pista, el equipo de béisbol, el equipo de béisbol interior y el equipo de fútbol. Cuando la Escuela Pública de South Side tenía un encuentro de campo, solía participar en casi todos los eventos.

Yo estuve en la Patrulla de Seguridad unos siete meses y al final de ese tiempo era el capitán de la Patrulla, y eso lo mantuve hasta que me gradué en un año y medio. Nunca me metí en ningún problema en todo el tiempo en que fui a esa escuela, y realmente disfruté ir allí.

El verano antes de graduarme conseguí mi primer trabajo, y trabajé todo el verano ayudando a mi madre. No tenía que trabajar, pero tenía mucha

ambición, supongo que todos la tienen cuando buscan su primera colocación, y yo quería estar haciendo algo porque las otras vacaciones que tuve eran casi siempre lo mismo, esto es, las pasaba alrededor de nuestra casa.

Uno de los últimos barrios donde viví estaba situado en un distrito bastante decente. Estaba a cerca de una milla y media de los Stock Yards¹⁶³, y el vecindario estaba compuesto mayormente por familias Irlandesas. Casi toda esta gente era dueña de sus propios hogares y eran personas bastante decentes. Por supuesto había unas pocas familias viviendo por ahí que no eran muy buenas, pero la mayoría de la gente era bastante buena.

La mayoría de las casas eran bastante limpias, por lo menos en la que vivíamos lo era. Estábamos viviendo en un edificio de ladrillo de tres pisos. En el primer piso había una imprenta y yo solía hacer recados para los dueños después de la escuela. Solía recibir cincuenta centavos por cada uno que hacía, y me resultaba por lo menos uno todos los días.

Mi madre solía conseguir su alquiler más barato por tenerme a mí o a mi hermano a cargo de la chimenea. Yo también recibía todo el papel de desecho del taller de impresión y solía hacer unos tres dólares a la semana de eso.

Casi todos los chicos con los que andaba en este vecindario eran buenos chicos y nunca me metí en ningún problema con ninguno de ellos. En el viejo vecindario me metí en el lío por el que me enviaron a prisión, porque regresé allí para estar en un cierto club del vecindario llamado el Club Deportivo Burns. No vivía cerca del club en el momento de este problema.

La única cosa que me pasó antes de meterme en este problema fue que me arrestaron por error. Uno de los chicos con los que andaba tenía un hermano mayor que era dueño de una motocicleta, y una noche le fue robada. Su hermano vino por aquí y nos cogió a algunos de nosotros para que saliéramos a buscarla. Nos separamos y empezamos a buscar alrededor del vecindario. Yo fui el suertudo, o el desafortunado, porque la encontré. No sabía cómo manejarla, así que la estaba empujando calle abajo cuando el escuadrón de la policía vino y me arrestó por robarla. El tipo la había reportado como robada, y cuando la policía me vio con ella pensaron que la robé. *Traté* de decirles como era que la tenía, pero podría haberme ahorrado la respiración por todo lo que me *creen*.

Yo era un menor y me enviaron al Hogar de Menores, y tuve que quedarme allí hasta que mi madre averiguó dónde estaba, y cuando ella vino a verme al día siguiente le conté acerca de eso, y ella fue y consiguió al tipo que era dueño de la motocicleta, y cuando él les dijo que él me envió a que la encontrara me dejaron libre. Esto es todo lo que me pasó en ese vecindario.

¹⁶³ [N.T. Stock Yards: distrito de empacadoras de carne.]

No tuve muchas oportunidades para meterme en problemas porque estaba trabajando la mayor parte del tiempo para el Impresor que tenía su local debajo de nosotros. Empecé a trabajar después de que salí de la escuela, y trabajé todos los días hasta que me metí en este problema.

De los otros cinco hijos que tuvo mi Madre, yo soy el único que le ha causado algún problema. Tengo dos de las mejores Hermanas que un tipo podría querer tener. Desde que dejaron la escuela, ellas siempre han ayudado a mi madre, y ahora que están casadas una persona pensaría que se olvidarían de ella como hacen algunas hijas, pero no la olvidaron, todavía la ayudan cuando ella lo necesita.

No hay nadie en mejor posición que yo para juzgar la lealtad. Un tipo que ha pasado por lo que yo he pasado está en posición de saberlo cuando la ve, y cuando digo que mis hermanas son todo lo que una madre le gustaría que fuera su hija, lo digo en serio.

Mis hermanos son unos tipos muy buenos, pero son como la mayoría de los muchachos. Ellos no tienen tanto afecto parental como tiene una hija. Todos los miembros de la familia se han atascado conmigo durante los últimos seis años, y si fueran borrachos, o no fueran buenos, pues hubieran abandonado el barco hace mucho tiempo.

Todo lo que puedo decir es que lo que sea que soy hoy, mi vida de hogar no tuvo nada que ver con eso. Mi madre me envió a una Escuela Católica para mi entrenamiento religioso, y a mí nunca se me permitió decir nada fuera de la raya en casa. Todo lo que puedo decir es que mi madre o el resto de la familia no se merecían la desgracia que puse sobre sus cabezas.

Después de mudarme a nuestro nuevo vecindario solía juntarme con mis amigos en el Club Burns en el vecindario del que nos habíamos mudado. Solía bajar hasta allí casi todos los Miércoles y Sábados por la noche. La razón por la bajaba hasta allí esas noches era porque estaba trabajando durante la semana, y no podía permitirme bajar hasta ahí cada noche. No conocía a ninguno de los tipos en el vecindario al que nos mudamos, y cuando quería salir con alguien bajaba hasta el Club Burns, aunque todavía no era un miembro.

Cuando los niños están afuera jugando todos juegan juntos, y los buenos y malos se mezclan, y los buenos chicos y chicas aprenden cosas de los malos sin que sus padres sepan sobre eso. Creo que los padres de la mayoría de los niños no saben mucho sobre lo que sus hijos aprenden en las calles, porque si lo hicieran pondrían fin a su juego, y por esa razón la mayoría de los niños no repite en sus hogares lo que ven o aprenden en las calles.

En los vecindarios pobres los chicos y las chicas son bastante salvajes, y hacen las cosas bastante a su manera. Pienso que esto se debe al hecho de que no son observados muy de cerca, y en algunas partes falta interés de los padres.

Solo puede haber un resultado de condiciones como esa, y por eso es que algunos chicos y chicas se vuelven conscientes del sexo cuando son bastante jóvenes. No digo que todos los chicos y chicas son conscientes del sexo cuando son jóvenes. Cuando unos pocos se vuelven así, entonces no pasa mucho tiempo para que una cosa como esa llegue por ahí, y la mayoría de los chicos y unas pocas chicas saben lo que son las relaciones sexuales antes de que tengan quince años de edad.

Supe sobre las relaciones sexuales antes de que tuviera quince, pero no tuve una parte activa en ninguna de estas relaciones hasta que tenía unos dieciséis, y eso fue solo dos veces. Supongo que hubiera tenido más, pero mi arresto puso fin a eso.

En el vecindario la mayoría de los chicos estaban divididos en pandillas, y cuando yo tenía unos dieciséis estaba andando con algunos chicos de más o menos mi edad. La mayoría de los chicos en el vecindario de aproximadamente esa edad eran conscientes del sexo, y si no tenían ninguna relación sexual sabían lo que eso era. Algunos de los chicos que tenían relaciones sexuales solían hablar sobre sus conquistas del sexo débil. Ellos querían ser capaces de decir que hicieron algo que algunos de nosotros no hizo. Solía escucharlos, y me volví curioso, y quería averiguar de qué se trataba todo eso.

De sus conversaciones previas sabía que tenían el hábito de ir a cierta casa para tener sus relaciones sexuales, y decidí que los acompañaría a ésta en su próxima visita.

La vez siguiente fui con los tipos cuando fueron al lugar. Era mi primera visita a un sitio como ese, y estaba avergonzado cuando entré, y no presté mucha atención a los muebles del lugar. Había tres chicas trabajando en el lugar, y cobraban tres dólares por una relación. Cuando fuimos allí había otros tres tipos en la multitud. Una de las chicas vino hacia mí y me preguntó si quería ir a la habitación con ella. Dije que sí y entramos. Estaba un poco cohibido cuando llegamos allí, pero no tenía miedo de lo que estaba a punto de hacer. Cuando la chica se acostó en la cama me puse frío, y no tenía ganas de seguir con lo que había *empezado*. La chica me dijo que no había nada que temer y empezó a jugar conmigo. En un momento ella me tuvo a gusto e hizo que todos mis miedos se disiparan. No sentía una pasión muy fuerte por ella y pasé por la cosa como algo normal y no porque sintiera una pasión fuerte por ella. No conseguí una gran satisfacción.

Fui al mismo lugar dos semanas más tarde, y en mi segunda visita me sentía un poco más a gusto y no estaba tan cohibido como lo estuve en mi primera visita. La segunda fue casi como la primera, esto es, tuvo lugar la misma cosa. No me quedé en el lugar mucho tiempo después de que terminé con la chica.

Ella no sentía pasión por mí, y yo no sentía una por ella, así que no había amor entre nosotros, y no nos tomó mucho tiempo hacer lo que queríamos.

Esta fue la última vez que fui al lugar, y fueron las últimas relaciones sexuales que tuve previas a esta acusación. Andaba con algunas de las chicas del vecindario, pero nunca tuve ningún trato sexual con ellas. Podría haberme besado con algunas de ellas, pero eso nunca fue más allá de un beso o dos.

Salí con una chica del vecindario durante bastante tiempo, y nunca pensé siquiera en las relaciones sexuales mientras salía con ella. Esto es, me gustaba la *compañía* de la chica muchísimo, y la pasaba tan bien con ella cuando salíamos alguna vez, que nunca tuve un mal pensamiento en mi mente.

Una noche estaba parado en la esquina de las Calles F____ y H____ cuando un tipo del Club Burns venía por la calle. Conocía al tipo, su nombre era William Leggett, y él vino hasta donde yo estaba parado y comenzó a hablar conmigo. Me preguntó para qué estaba esperando en la esquina, y le dije que estaba esperando a un amigo mío. Me preguntó si yo no sabía que era un problema de vagancia estar esperando en la esquina, y le dije que iba a estar allí solamente por unos diez minutos, y luego iba a ir a un espectáculo. Me quedé allí por un rato hablando con él, y me preguntó qué tipo de trabajo estaba haciendo, y le dije que estaba trabajando para la W. & S. Printing Company. Me preguntó cuánto estaba ganando y le dije que dieciséis dólares a la semana. Me preguntó por qué no conseguía un trabajo real, y dije que iba a conseguir uno tan pronto como tuviera la oportunidad. Le pregunté qué estaba haciendo él, y me dijo que estaba trabajando como ayudante de cubiertas de tubería. Cuánto estás ganando, le pregunté, y me dijo que estaba haciendo de sesenta a setenta dólares a la semana. Cuando me dijo eso yo quería saber cómo consiguió el trabajo, y me dijo que lo consiguió afiliándose al Club Burns. Yo quería saber qué tenía que ver el Club Burns con este trabajo, y me dijo que el presidente del club, su nombre era Murphy, era el agente de negocios para el sindicato de cubiertas de tubería. Le dije que me gustaría conseguir un trabajo haciendo la misma cosa que él, pero que no quería afiliarme al Club Burns. Él me dijo que no dejara que una cosa como esa se interpusiera en mi camino. Le pregunté cuánto costaría afiliarme, y me dijo que él se encargaría de que no me costara nada, y todo lo que tendría que pagar sería un dólar al mes de cuota de socio. Vi la oportunidad de hacer unos cincuenta dólares más a la semana pagando un dólar al mes, así que le dije que pusiera mi nombre para ser miembro del club. Él me dijo que viniera al club el lunes siguiente por la noche, y le dije que allí estaría.

Unos pocos minutos más tarde mi amigo vino y fui a un espectáculo con él. Le dije que iba a unirme al Club Burns, y él me dijo que estaba cometiendo un error al afiliarme al club. Le dije que yo iba a ser uno de sus miembros

solamente hasta que consiguiera el trabajo, y luego iba a abandonar el club. A él no le gustó verme unirme a ese club porque él era unos pocos años mayor que yo y sabía más acerca del club que yo. Tuvimos una pelea por eso, y me dijo que mientras que fuera miembro de ese club no podría andar más conmigo. Le dije que si esa era la manera en que se sentía al respecto, pues estaba bien conmigo, y lo dejé.

Nunca anduve de nuevo con los tipos de la Calle F____. Pasaba por allí bastante y les decía hola a unos pocos de los chicos que conocía, pero nunca me detuve y hablé con ellos. Creo que si hubiera seguido andando con los tipos de la Calle F___ yo no estaría en este lugar. La razón por la que digo esto es porque todos los cinco tipos con los que andaba lo hicieron bien, y hoy tienen buenas posiciones.

El siguiente lunes por la noche bajé hasta el Club Burns y fui aceptado como miembro. En el momento yo solo tenía dieciséis años de edad, y para entrar en el club tenía que decir que tenía veintiún años. La mayoría de los tipos en el club sabían que yo no era tan mayor, pero nadie dijo nada sobre eso. La mayoría de los tipos que eran miembros de este club no vivían en el vecindario. Solamente había unos diez de sus miembros que vivían en el vecindario. El resto de ellos venía de diferentes partes de la ciudad. Supongo que la razón por la que no había muchos tipos del vecindario que pertenecían al club era porque sus padres no los hubieran dejado afiliarse. Yo sé que si en ese momento estuviera todavía viviendo en el vecindario, mi madre no me hubiera dejado afiliarme al club. A ella no le dije que yo era uno de sus miembros, y ella no supo que yo era uno de sus miembros hasta que me metí en este problema. Pienso que la razón por la que a la mayoría de la gente no le gusta el club era porque tenía un mal nombre y había alguien borracho ahí todo el tiempo.

Había unos doscientos tipos que eran miembros del Club Burns, y solamente unos cincuenta de estos tipos se quedaban alrededor del club. La mayoría de los tipos que estaban siempre en el club no trabajaban para vivir, y siempre tenían un montón de dinero y buena ropa para vestir. La mayoría de estos tipos conseguían su dinero con algún método torcido. Yo no sabía en qué trampa estaba la mayoría de ellos, pero había unos quince tipos en la trampa de la cerveza. La mayoría de estos tipos ahora están muertos. Había unos cinco de los tipos que iban por ahí posando de Agentes Gubernamentales en batidas en casas de cerveza –uno de ellos está ahora en Joliet pagando tiempo por asesinato, él es el único que conozco que está pagando tiempo ahora y que entonces era un miembro del club. La mayoría de los tipos que entonces estaban en el club están ahora muertos o afuera en las calles. El resto de los tipos del club harían cualquier cosa para conseguir dinero menos trabajar. No conocía

bastante bien a muchísimos de los miembros como para salir con alguno de ellos.

Yo fui miembro del club durante cerca de un mes y medio y luego me metí en este problema, así que no tuve la oportunidad suficiente para conocer bien a algunos de los tipos. La mayoría de los tipos que estaban afuera robando no eran muy amigables con los nuevos miembros en el club. Ellos no podían darse el lujo de tomar a cada uno en confianza y hacer lo que estaban haciendo. Por lo general esperaban hasta que sabían que el nuevo miembro estaba bien, luego, si él quería salir con ellos, él podía. Yo nunca tuve mucho que ver con alguno de estos tipos. Me afilié al club para conseguir un trabajo y no para salir con alguno de ellos, así que nunca fui realmente amigable con ninguno, y ellos nunca se me acercaron.

Esperé por ahí en el club durante cerca de un mes tratando de hacer que Murphy me diera un trabajo. Él seguía diciéndome que tan pronto como tuviera una vacante me la daría. Cuando estaba en el club pasaba la mayor parte de mi tiempo oyendo hablar a los tipos. La mayoría de estas charlas eran sobre la vida sexual o sobre alguna puta callejera que carga con veinte tipos en una noche. No sé por qué siempre hablaban sobre cosas como esta, pero he notado desde entonces que los tipos allá en ese lugar y aquí en la cárcel siempre estaban hablando de algo así la mayor parte del tiempo. Los tipos piensan que ellos tienen que hablar de algo así para llevarse bien. Algunos de ellos no están errados en su razonamiento porque siempre tienen a alguien que los oiga.

Nunca participé en ninguna de estas charlas porque estaba demasiado joven en el momento en que me metí en este problema para saber mucho de eso. Si los tipos en el club no estaban hablando sobre la vida sexual, estaban tirando dados y *solía* verlos apostar a veces. Yo *solía* ver a los tipos perder cuarenta o cincuenta dólares y aceptaban su pérdida con una sonrisa. Algunos decían algo sobre lo que fácil viene fácil se va, queriendo decir que hacían el dinero fácil y que lo perdían rápido. Una noche le dije al tipo que estaba sentado a mi lado que yo no advertía cómo ellos se salían con la suya, con las cosas que estaban haciendo. Él me dijo que era fácil de hacer si un tipo sabía cómo hacerlo. Nos sentamos allí hablando por un rato, y él me contó sobre todas las cosas que hacía. Cuando terminó de hablar me había hecho creer que él por ahí era uno de los mandamases. Yo no conocía a este tipo muy bien. Lo vi por ahí unas pocas veces, y todo lo que por entonces conocía de él era el nombre de Sidney. Desde entonces he sabido que su nombre era Sidney Blotzman. Después de que terminó de hablar le dije que yo nunca salí a hacer algún trabajo con nadie. Él me dijo que era fácil –todo lo que tenía que hacer era sostener una pistola y agarrar lo que quería. No me gustó decirle que yo tenía miedo de asaltar a alguien, así que le dije que yo no tenía nada con qué asaltar a alguien. Él dijo

que no me preocupara por eso, él tenía encima todo lo que necesitábamos. Él siguió hablando, y mientras hablaba yo pensaba en cómo el resto de los tipos del club se las arreglaban robando, y yo nunca vi que atraparan a ninguno de ellos. Aquí estaba yo trabajando todos los días, y me tomaba casi todo mi dinero mantenerme vestido, mientras ellos estaban tumbados por ahí todo el día y siempre tenían dinero y tres o cuatro conjuntos de ropa donde yo solamente tenía dos.

Cuando terminó de hablar me preguntó si quería dar un paseo con él. Le dije que quería. Supuse que podía permitirme tener una oportunidad. Fue la última oportunidad que tuve durante un largo tiempo porque ese paseo fue el que me llevó a este lugar.

Cuando salí a la calle Sidney me dijo que la primera cosa que hacer era conseguir un auto rápido. Le pregunté cómo íbamos a conseguir uno, y él dijo róbalo. Le dije que no sabía cómo robar uno. Él dijo que él sabía cómo, así que fuimos a buscar un auto. Él dijo que tendríamos una oportunidad mejor de conseguir uno en una calle lateral, así que empezamos a bajar caminando por una calle lateral buscando un auto. Finalmente terminamos alrededor de las Calles F__ y L__. Esa parte del vecindario estaba bastante muerta, y en el vecindario los tipos tenían el hábito de alzar a las putas callejeras que se reunían alrededor de esa parte del vecindario para tener con ellas sus relaciones sexuales. A la gente que vivía por ahí no le parecía importar lo que los tipos hacían por ahí. Había solamente dos o tres casas en el lado este de la calle, desde las Calles S__ a la F__. El resto eran lotes vacíos. En el lado oeste de la calle había unas pocas casas pero no había muchas. Había solamente unas pocas con luces en ellas, el resto estaba oscuro.

Vimos un auto parqueado entre la Calle S__ y F__. El auto estaba parqueado en el lado este de la calle al lado de un lote vacío. La casa al otro lado de la calle del auto era la única en la cuadra que tenía sus luces encendidas, así que pensamos que el propietario del auto estaba en la casa. Empezamos a caminar hacia el auto y cuando llegamos cerca del auto vimos una forma en el asiento delantero del auto. Yo no sabía qué hacer entonces, porque pensaba que el auto estaba vacío, y tenía una conciencia culpable, y pensé que la persona en el auto sabía lo que yo estaba haciendo. Sidney me dijo que caminara con él hacia el auto, así que caminamos pasando el auto y nos detuvimos a unos cien pies de distancia de éste. Nos detuvimos allí observando el auto y la persona dentro. En ese momento pensé que había solamente una persona en el auto, pero más adelante descubrí algo diferente. Vimos a la persona moviéndose, como si estuviera agitada o nerviosa. Pensé que él estaba así porque nos vio. Permanecimos allí durante un rato, y finalmente Sidney dijo que nunca llegaríamos a ningún lado parándonos allí. Me dijo que cogiera el

arma y me acercara y se la pusiera a quien fuera que estaba en el auto. Yo le dije que él sabía cómo manejarla mejor que yo, y que sería mejor si él hacía el atraco. Nunca dijo nada más sobre esto, así que empezamos por el auto. Me dijo que fuera por el lado en que estaba la persona, y que él iría por el otro lado. Yo no miré de nuevo dentro del auto hasta que estuve al otro lado de éste. Cuando miré dentro me sorprendió ver a dos personas en vez de una. Yo no sabía qué hacer, sentía ganas de dejarlos, pero no me fui. Pensé que mientras el otro tipo que estaba conmigo no retrocediera, yo no lo haría tampoco. Creo que el otro tipo sentía lo mismo que yo, porque él estaba temblando un poco y parecía tan nervioso como estaba yo...

Sidney le dijo a la chica que entrara en el asiento trasero y al tipo que se moviera. Cuando él hizo esto me puse detrás del volante del auto. Tuve algunos problemas para prender el auto, y Sidney me dijo que me metiera en la parte de atrás. Él tomó el volante y consiguió prender el auto. Antes de que hiciera esto, cuando nos subimos al auto y él tenía la pistola, pues él nunca le dijo nada al tipo en el auto, todo lo que hizo fue apuntársela y el tipo levantó las manos. Cuando el tipo hizo esto, y yo vi que no iba a dar ningún problema, le dije a Sidney que me diera el arma.

Condujimos lejos de allí. La razón por la que hicimos esto fue porque no queríamos dejarlos al otro lado de la calle de la casa que tenía las luces encendidas. Si lo hiciéramos, pues todo lo que ellos tendrían que hacer era atravesar la calle y llamar a la policía.

Sidney condujo el auto por las Calles F____ y M____. Fue más que todo una casualidad que llegáramos a esta parte del vecindario. La razón por la que digo esto es porque cuando comenzamos nos proponíamos conseguir un auto para poder asaltar alguna tienda, y no teníamos ninguna intención de asaltar a nadie en la calle. Con este objetivo a la vista, no hicimos ningún plan para sacarnos a nadie de las manos, así que cuando descubrimos que teníamos a dos personas en nuestras manos, no sabíamos qué hacer con ellos. Fue la primera vez que intenté hacer algo como lo que estábamos haciendo y estaba un poco nervioso. No sabía qué hacer, así que pensé que lo mejor que podía hacer era dejar que el otro tipo llevara el liderazgo, así que lo dejé que hiciera lo que quisiera. Cuando llegamos a la Calle F____, él condujo el auto por un callejón. No sé la razón por la que condujo por el callejón. La única razón que puedo dar que lo hizo conducir por el callejón era que él estaba tan nervioso como yo, y no creo que sabía lo que estaba haciendo. No era porque él quería registrar al tipo, porque podía haberlo hecho igual de bien en la calle, porque era una calle bastante muerta y no había nadie en ella. Cuando llegamos a mitad del camino por el callejón, Sidney detuvo el auto y le dijo al tipo que saliera. Cuando salieron, ellos se alejaron un poco del auto y Sidney registró al tipo. Cuando hubo

terminado, regresó al auto y me dijo que no le había quitado nada al tipo. Cuando él estaba regresando al auto, el tipo se alejó de éste. No sé por qué se alejó, porque no creo que Sidney le haya dicho que lo haga. La única razón que puedo dar para que el tipo se alejara así, era porque nos tenía miedo. No recuerdo que alguno de los dos hiciera algo que le hubiera hecho tener miedo de nosotros, y estoy seguro de que nos hubiéramos alejado de allí si él hubiera peleado un poco, pero él no hizo nada, así que dejé las cosas como estaban. Cuando Sidney regresó al auto, condujimos por la Calle F___ y luego por la M___. Bajamos por la M_____ hasta la Calle F____. Mientras conducíamos por ahí, pasamos a dos oficiales de policía que estaban parados en la esquina de las Calles F___ y M____. Cuando fuimos a juicio, la chica dijo que ella pidió ayuda a los oficiales de policía, pero ella no lo hizo porque si lo hizo, pues ellos la habrían oído. Cuando llegamos a la Calle T___ Sidney estaba tan agitado que trató de conducir el auto a través de un lote vacío. Le dije que detuviera el auto cuando lo hizo, le dije que estaba mal, y él empezó a sacar el auto del lote. El retrocedió tan rápido que estaba al otro lado de la calle y en un callejón antes de que supiera lo que estaba haciendo. Cuando el auto golpeó contra la cerca el motor se apagó y él no pudo conseguir sacar el cambio de reversa. Tratamos de que el auto prendiera de nuevo, pero no pudimos hacer nada con éste porque el cambio estaba atascado en reversa. Le dije a Sidney que no podíamos permanecer allí toda la noche, que la persona de la cerca que estrellamos iba a salir pronto para ver qué andaba mal. Así que empezamos a alejarnos de ahí, cuando estábamos caminando Sidney empezó a hablar con la chica. Le preguntó si estaba bien que tuviéramos relaciones sexuales con ella y ella dijo algo así como que yo no quielo.

Cuando Sidney estaba hablando con la chica, un tipo salió de una oficina de carbón que estaba en la Calle M___, nos pasó de largo, y la chica no le dijo nada. Cuando fui a juicio, no pensé en hacer llamar al tipo como testigo, en ese momento no pensé que eso hubiera hecho mucho bien, pero ahora sé que eso me hubiera ayudado mucho. La razón por la que digo esto es porque cuando estaba yendo por una conmutación de mi sentencia, el abogado que tenía en ese entonces fue por ahí para ver si podía conseguir a alguien que nos hubiera visto por ahí. Fue a la oficina de carbón, porque ese era el único sitio de negocios por ahí. Él le preguntó al dueño del lugar si sabía de alguien por ahí que nos vio aquella noche, y el tipo dijo que él lo hizo. Le dijo al abogado que su hijo nos vio esa noche. Mi abogado esperó hasta que el tipo vino a casa. Tuvo una charla con él, y el tipo le dijo que la policía habló con él el día siguiente después de la noche que nosotros estuvimos allí. Dijo que le dijo a la policía lo que él vio, y cuando ellos vieron que no podían hacer que mintiera para ellos, no lo pusieron como uno de sus testigos. Mi abogado le preguntó si él haría una

declaración juramentada del hecho, y él lo hizo. Creo que el abogado todavía la tiene. Él dijo que nos vio pasar y que nosotros caminábamos juntos cuando lo pasamos, y que no vio a ninguno de nosotros usando violencia alguna contra la chica. Cuando el tipo pasó, no vi adónde fue, empezamos a subir sobre las vías. El lugar al que subimos tenía unos tres pies de altura, Sidney subió primero, y yo subí segundo. Cuando llegamos ahí arriba, nos volteamos, y la chica levantó sus manos para que pudiéramos levantarla hasta donde estábamos nosotros. Ella tuvo un montón de tiempo para alejarse si lo quería. Cuando nosotros estábamos subiendo a las vías, si ella quería alejarse, todo lo que tenía que hacer era cruzar la calle hacia la oficina de carbón. Había una luz en la oficina de carbón, y parecía que había alguien en la oficina. Cuando llegamos arriba a las vías, caminamos a unos 100 pies de distancia de la calle, cuando llegamos allí nos detuvimos. Sidney le preguntó otra vez a la chica si estaba bien, y ella dijo que no quería. ...

Cuando terminamos, la chica se levantó y nos pidió que la lleváramos a su casa. Le dijimos que el auto estaba averiado y que no podíamos manejarlo. Nos pidió que le diéramos algo de dinero para poder llegar a casa. Le dijimos que no teníamos nada de dinero, y ella no dijo nada más. Nos bajamos de las vías y nos alejamos de allá. La chica caminó con nosotros unas pocas cuadras, y cuando llegamos a la plaza T__ y la Calle P__, bajamos por P__ y ella bajó por la Plaza T__. Eso fue lo último que vi de ella hasta pocos días después. Fuimos al Club Burns; cuando llegamos allí noté que mis pantalones tenían un poco de suciedad, así que fui hacia la habitación de atrás para cepillarme los pantalones. Cuando regresé, allá atrás había un tipo de nombre Morrison. Él me preguntó cómo me ensucié las rodillas, y le dije que acababa de tener una fiestecita. Me preguntó qué quería decir, y le dije que nos metimos en la fiestecita en que el tipo y la chica lo estaban haciendo. No pensé que había nada malo en contárselo, porque no vi donde hicimos algo malo. Los tipos en el club siempre estaban hablando sobre la puta callejera que se habían encontrado, y sobre las fiestas en las que estaban, donde había solamente unas pocas chicas y unos 20 o 30 tipos. No pensé nada más sobre la cosa hasta que bajé al club el domingo siguiente, y cuando entré todos los tipos me miraban de un modo raro. Yo quería saber qué andaba mal, y uno de los tipos me dijo que yo debía saber qué andaba mal. Le dije que no, y él me preguntó si yo salí con Sidney el pasado miércoles por la noche, y le dije que si lo había hecho. Me mostró una parte del periódico donde decía que un tipo y una chica *pasaba* por la Calle F__ y U__ cuando dos jóvenes saltaron sobre el guardabarros del auto en movimiento y le pusieron un arma en la cabeza del tipo. Decía que los dos tipos echaron al joven de la máquina y atacaron a la chica. Decían que la única pista que tenían era que uno de los tipos era llamado Blanquito. Les dije a los tipos que no sabía nada de

eso, y me dijeron que lo mejor que podía hacer era mantenerme alejado del club. Les dije que si así era como se sentían al respecto, que estaba bien conmigo, y me fui del club. No volví allí de nuevo. Fui a casa esa noche. No creí que el tipo al que estaba buscando la policía era yo. La razón por la que pensaba que no era yo, era porque nosotros no detuvimos ninguna máquina en la esquina de la Avenida F___ y U___. Nosotros nos encontramos con esta gente en la Avenida F___ y L___, y la máquina no se estaba moviendo. Estaba parqueada. Otra razón porque no pensé que era yo, fue porque nosotros no aporreamos al tipo y la chica, nunca pusimos una mano sobre ellos. No le presté más atención al asunto, y unos pocos días después, cuando estaba yendo a trabajar, alguien me llamó por mi nombre y me detuve para ver quién era. Cuando me di la vuelta vi a dos detectives detrás de mí. Me dijeron que me querían, así que me fui con ellos.

Me llevaron a las Calles F___ y S___. Uno de ellos entró para llamar a alguien y, cuando salió, dijo que ella vendría en unos pocos minutos. Esperamos un rato, y la chica vino unos pocos minutos después. Uno de los detectives salió del auto y habló con la chica durante unos pocos minutos, luego vino al auto y dijo, "Aquí está el Blanquito, Margaret". Ella me miró y dijo ése es él. Les pregunté a los detectives para qué me tenían, y ellos me dijeron que pronto lo averiguaría. La chica entró al auto y bajamos hacia el corral de la comisaría. Cuando llegamos allí, el capitán comenzó a interrogarme. Me preguntó si conocía a un tipo con el nombre de Sidney Blotzman. Le dije que fui a la escuela con un tipo con el nombre de Sidney, pero que no sabía su apellido. Él me dijo que el padre del tipo era dueño de una zapatería en la Calle F___. El padre del tipo que conocía era dueño de una zapatería, también, así que dije que lo conocía. Él me dijo que llamaron al tipo Sidney, cuando dijo eso supe que se refería al tipo con el que salí esa noche. Fue la primera vez que oí el nombre real de Sidney, y le dije que no conocía al tipo. Me dicho que yo era un mentiroso, y me abofeteó en la cara un par de veces. Me hizo preguntas durante unas dos horas, y luego me puso en la sección de las mujeres de la estación. La razón por la que me puso allí fue porque él sabía que yo era un menor, y no podía encerrarme en la sección de los hombres. Estuve ahí unas tres horas cuando un escuadrón de la oficina de detectives vino ahí. El tipo a cargo del escuadrón sacó el caso de las manos de los detectives que me arrestaron. El nombre del tipo que estaba a cargo del escuadrón era Blaker; él me interrogó durante unas pocas horas, e intentó colgarme otros varios cargos. Uno era un cargo de homicidio, y él consiguió al tipo que estaba ahí para identificar al tipo que lo hizo, diciéndole que estuviera seguro antes de decir que no era yo. El tipo le dijo que él estaba seguro de que yo no era, y que si yo era pues no vacilaría en decírselo. Él dijo que no quería acusar de eso a cualquiera que no

cometió el homicidio. Cuando Blaker vio que no podía colgarme más cargos, me envió abajo a la oficina para el reconocimiento. Llevaba allí abajo unos dos días cuando allanaron el Club Burns y bajaron a unos diez tipos del club. El mismo día atraparon a Sidney y, cuando lo trajeron aquí abajo, nos separaron, así que yo no sé lo que le hicieron ahí abajo. Me mantuvieron abajo en la oficina todo el día y alrededor de las tres de la mañana, me llevaron a la Estación de la Calle C___ y me pusieron allí dentro por unas pocas horas cada noche. Cuando estaba allí abajo en la oficina me abofetearon unas cuantas veces, y no me dejaban dormir. Me seguían despertando cada vez que iba a dormir. No conseguí nada para comer mientras estuve ahí abajo. Aguanté este tratamiento durante varios días. Finalmente no lo pude soportar más, y entonces cuando me llamaron para interrogarme de nuevo les dije cómo pasó la cosa. Les dije que los tipos en el vecindario tenían la costumbre de llevar a las putas callejeras con las que se encontraban a la parte del vecindario donde el tipo tenía parqueado su auto, y que ellos estaban teniendo relaciones sexuales cuando los vimos. Cuando dije esto, uno de los oficiales salió, y les dijo a los reporteros que habíamos acabado de confesar haber atacado a varias mujeres. No creyeron lo que les dije. Me siguieron acosando y molestando hasta que me agoté. Uno de los oficiales me dijo que él me iba a decir cómo cometí el delito. Él me dijo que nosotros nos subimos a la máquina y les dijimos que los asaltábamos, que yo traté de prender el auto y no pude hacerlo, que Sidney se puso en el asiento del conductor y condujo el auto lejos. Él dijo que arrojamos al tipo fuera de la máquina, y que yo conduje hasta las vías del ferrocarril y ataqué a la chica. Él me dijo que el otro tipo lo confesó, y que si yo no lo hacía iba a tirarme por la ventana. Le dije que si eso era lo que quería que dijera, que lo haría. La razón por la que dije esto fue porque estaba completamente agotado, y no es algo fácil para nadie pasar sin comer y dormir durante cuatro o cinco días. Al final de ese tiempo yo estaba dispuesto a decir cualquier cosa, así que le dije que todo lo que dijo era correcto. Esa noche me hizo subir al despacho de la oficina y cuando llegué allí, había varias personas en la habitación, y Sidney era uno de ellos. Me dijeron que les dijera como pasó eso, y yo les dije lo que el oficial me dijo que dijera. Le pidieron a Sidney que dijera como sucedió eso, y él les dijo la misma cosa. Más tarde Sidney me dijo que ellos le dijeron que yo confesé, y que era mejor que hiciera la misma cosa. Supongo que el oficial le dijo la misma cosa porque él les contó la historia como yo lo hice. Esa noche uno de los oficiales nos llevó al comedero, al otro lado de la calle de la oficina, y nos compró algo para comer. Era la primera vez que comía en varios días, y pensé que el oficial se estaba volviendo de buen corazón, pero supe algo distinto el día siguiente. Desde el momento en que fui arrestado los periódicos nos daban bombo todos los días. Nos dieron bombo durante varios días, y esto tuvo mucho que ver en

que nos declararan culpables. Mi madre no sabía qué hacer cuando vio mi foto en el periódico. Fue y consiguió a un abogado, y él le dijo que lo mejor que hacer era conseguir una orden para nosotros y sacarnos de la oficina. Mi madre le dijo que consiguiera una, así que él consiguió una orden para nosotros, y subí a la corte el día después de que el oficial nos compró la comida. Cuando subimos a la corte, el oficial le dijo al juez que se nos estaba tratando bien, y que él estaba pagando nuestras comidas de su propio bolsillo. El juez le dijo que nos entregara al sheriff para el mediodía del día siguiente. Él dijo que nos tendría en la County Jail [cárcel del condado] para el mediodía, y lo hizo. Regresamos a la oficina del detective y nos quedamos allí esa noche. El día siguiente fuimos llevamos a la Corte W.

Cuando subimos ante el juez no tuvimos la oportunidad de decir nada. El juez nos entregó al Gran Jurado y nos fijó una fianza alta. Dijo que lamentaba no poderla hacer por más. Fuimos procesados antes de llegar a la Cárcel del Condado, y pocos meses después fuimos juzgados por el delito que habíamos cometido. El juicio duró varios días y nos encontraron culpables. Fuimos puestos en frente del Juez X__.

Mi madre intentó que nos enviaran al Hogar de Menores, pero él dijo que si un delito era suficientemente grave podían juzgar a un niño de diez años de edad en el tribunal penal.

El estado tenía unos pocos testigos, y uno de ellos fue el doctor que examinó a la chica. Él dijo que cuando la examinó alguien acababa de tener relaciones sexuales con la chica, y que ella tenía algunos rasguños. Dijo que no tenía contusiones. No lo interrogaron mucho, y estuvo en el estrado solo durante pocos minutos. Al siguiente que llamaron fue a los oficiales de policía, y ellos dijeron cómo nos arrestaron y que confesamos el delito. Mi abogado no los interrogó mucho porque vio que tenían preparadas sus historias demasiado bien. El siguiente en el estrado fue el tipo que estaba en el auto. El fiscal le dijo al tipo que si él fue asaltado cierta noche, y que si lo arrojaron de su auto y lo robaron. Le preguntó si veía a los tipos en la sala de audiencias. Él dijo que sí y nos señaló. El fiscal no le hizo muchas preguntas. Mi abogado le preguntó por cuánto tiempo estuvo parqueado su auto en el lugar donde los encontramos, y él dijo una media hora. Mi abogado le preguntó qué estaba haciendo allí, y él no dijo nada. Él le preguntó que para qué se detuvo allí, y dijo que no sabía. Él quería saber si ellos hablaron acerca de algo, y el tipo dijo que solo se sentaron allí y no hicieron nada.

El siguiente testigo en el estrado fue la chica. El fiscal le hizo las mismas preguntas, preguntó por los tipos. Él le preguntó si ella veía a los tipos en la sala de audiencias, y ella nos señaló. Él le preguntó qué le hicimos a ella después de que arrojamos al tipo fuera del auto, y ella le dijo que yo le quité dos dólares.

No sé por qué dijo eso, porque nunca le quité nada. Él le pidió que contara a su manera lo que pasó, así que lo hizo. Ella dijo que después de que arrojamos al tipo, condujimos hacia la Calle F__ y que la arrastramos fuera del auto y sobre las vías del tren. Él le preguntó qué pasó allí, y ella le dijo. Él quería saber quién fue primero, y ella le dijo que Sidney lo hizo, y que cuando terminó yo hice lo mismo. Él quería saber que pasó después, y ella dijo que la dejamos allí. Él le hizo unas pocas preguntas más, y luego mi abogado le hizo algunas. Él quería saber qué estaban haciendo ellos cuando tenían parqueado el auto, y ella le dio las mismas respuestas que dio el tipo. Mi abogado le preguntó si ella pasó cerca de alguien después de que supuestamente nosotros echamos al tipo, y ella le dijo que pasamos cerca de dos oficiales y que ella les pidió ayuda. Él le preguntó si ella puso alguna resistencia cuando se suponía que la habíamos atacado, y ella dijo que tenía miedo de hacerlo, porque yo tenía un arma sobre su cabeza. Él le preguntó si yo tenía el arma sobre ella todo el tiempo, y ella dijo "sí". Él le preguntó cómo era que ella no le tenía miedo a la pistola cuando llamó a la policía, y que un poco más tarde ella le tenía miedo.

Cuando llegó el momento de ponernos en el estrado, mi abogado me dijo que no siguiera. La razón por la que no seguí al estrado fue porque no podía subir allí y contar mi historia, porque sería lo mismo que declararse culpable de lo que dijeron. Sabía que ellos creerían su historia antes que la mía, así que el abogado me dijo que no subiera al estrado, y lo tomé en su palabra porque sabía que él sabía más acerca de la ley que yo, así que hice lo que me dijo. Sidney no fue al estrado porque tenía una razón mejor que yo para no ir al estrado. Cuando el jurado vio que no fuimos al estrado, la mayoría de ellos entonces tomó eso como una admisión de nuestra culpa. Eso ayudó un poco, y los periódicos hicieron el resto para condenarnos. La razón por la que la policía y los periódicos estaban tan interesados en que nos confinaran era porque unas pocas semanas antes de que fuéramos arrestados por este problema un tipo mató a tres policías que detuvieron su auto y le dijeron que manejara hacia la curva. Él dijo que ellos no tocaron la campana o dijeron que eran oficiales, así que él les disparó. Le preguntaron por qué les disparó, y él dijo que pensó que eran asaltantes y pensó que iban a atacar a la chica con la que estaba. Ellos no pudieron hacerle nada al tipo que lo que hizo, así que salieron a buscar a alguien, y pienso que esa fue la razón principal por la que fueron tan duros con nosotros. El jurado salió durante unas seis horas y, cuando volvieron, dijeron que nos encontraban culpables, y le dieron a Sidney veintitrés años y a mí veinte. Supongo que la razón por la que conseguí tres años menos fue porque yo estaba trabajando en el momento en que me metí en este problema y tenía unos pocos testigos de carácter que fueron al estrado a mi favor. Sidney no tenía a nadie que fuera al estrado a su favor, y no tenía un abogado muy bueno. Nos

regresaron a la Cárcel del Condado y el sábado siguiente subimos para un nuevo juicio. El juez nos rechazó, y luego mi abogado pidió una suspensión de noventa días, y él la concedió. Al final de los noventa días Sidney bajó a la Prisión y yo permanecí en la Cárcel del Condado durante dieciocho meses; la razón por la que permanecí allí tanto fue porque yo estaba apelando mi caso ante la Corte Suprema. Al cabo de quince meses decidieron no darme un nuevo juicio. Desde entonces he estado en este lugar. Tenía solo dieciséis años cuando sucedió esto.
